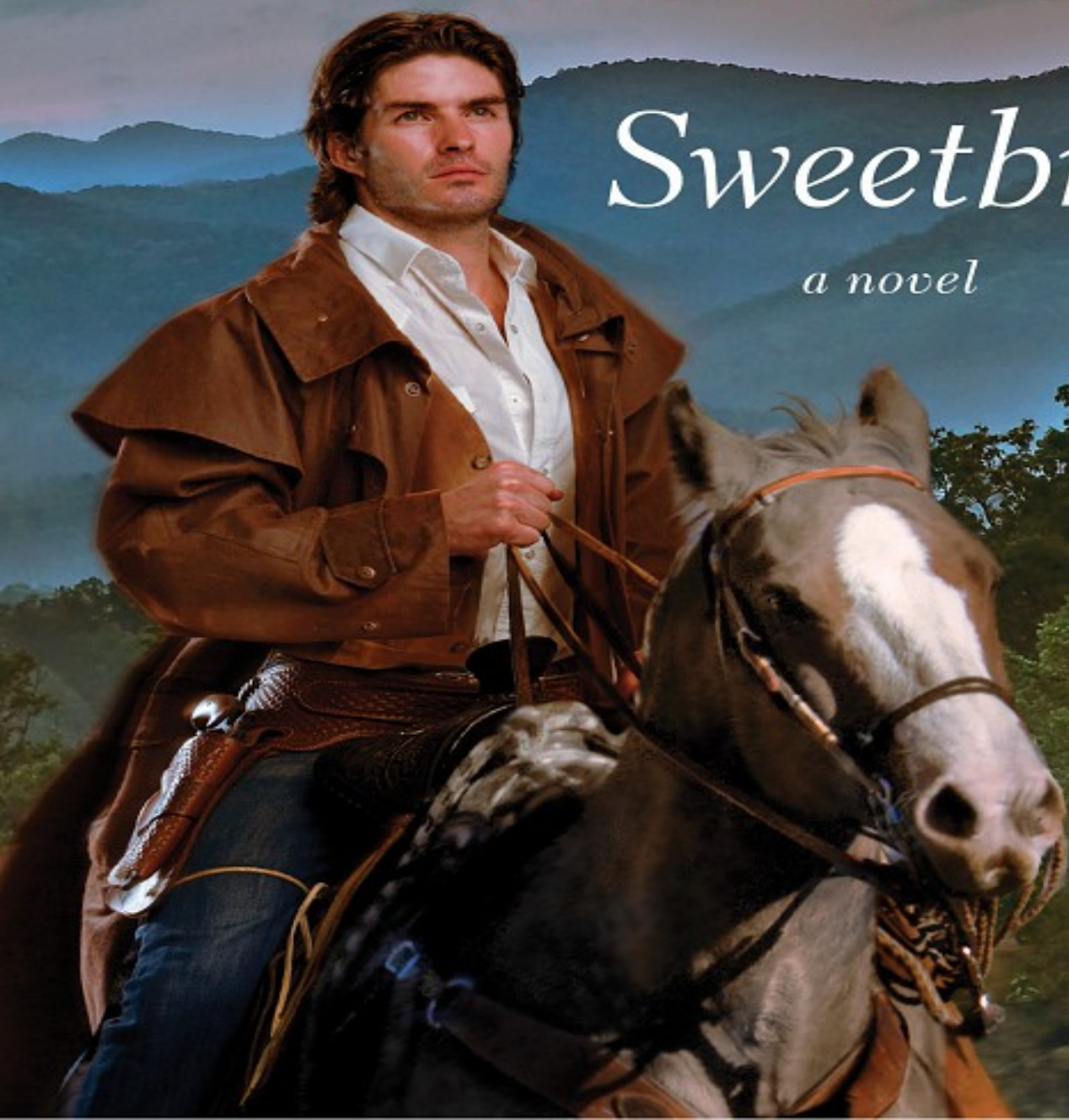


NEW YORK
TIMES
BESTSELLING
AUTHOR OF
MOONLIGHT
MASQUERADE

Jude Deveraux

Sweetbriar

a novel



Jude Deveraux

**SERIE JAMES RIVER I
SWEETBRIAR**

OceanofPDF.com

Capítulo 1

Kentucky Octubre de 1784

El bosque se cerraba sobre el variopinto despliegue de carros, caballos y personas. A un lado, había cuatro carromatos en buen estado y unos bueyes pastaban cerca de ellos. Algo lejos, dos carruajes, que un día fueron bellos, apenas se tenían sobre sus altas ruedas. Un grupo de mujeres, fatigadas, se consagraban al ritual de preparar la cena mientras los hombres cuidaban de los animales. Un grupo de niños jugaba lejos de la vigilancia de los adultos.

—No te puedes imaginar cómo celebro haberme librado de ese calor. Aunque añoro el mar... —la señora Watson se levantó colocando la mano en la parte baja de la espalda para relajar la barriga y al bebé que pronto habría de nacer—. ¿Dónde está Linnet, Miranda? —preguntó a la mujer que se hallaba al otro lado de la hoguera.

—Está otra vez jugando con los niños —la voz de la mujer más menuda tenía un claro acento inglés, muy diferente de la manera en que su acompañante farfullaba las palabras.

—Ah, ya la veo —la señora Watson protegió sus ojos del resplandor de la puesta de sol—. Si no la conociera, no sabría distinguir entre los niños y Linnet —observó a la chica que formaba parte del corro; para sus veinte años, no era más alta que los niños más crecidos, un vestido suelto cubría las jóvenes curvas de su cuerpo, las mismas curvas que tantas veces habían atraído al hijo mayor de la señora Watson hasta el carromato de los Tyler—. ¿Sabes, Miranda? Tú y Amos deberíais hablar con Linnet. Ya va siendo hora de que tenga sus propios hijos, en vez de encargarse de los de los demás.

Miranda Tyler sonrió.

—Puedes probar tú si lo deseas, pero Linnet sabe lo que quiere. Además, si he de serte franca, no creo que ningún joven esté preparado para asumir la responsabilidad de mi hija.

La señora Watson apartó la mirada y esbozó una sonrisa avergonzada.

—Me temo que tienes razón. No es que Linnet tenga nada de malo y,

desde luego, es guapa; es solo el modo en que mira fijamente a los hombres, y el hecho de que siempre parece capaz de cuidarse a sí misma. ¿Te importa si me siento un rato? Cada vez me duele más la espalda.

—Por supuesto, Ellen. Antes Amos ha sacado este taburete para mí.

La gruesa mujer se sentó con las rodillas separadas, tratando de acomodar su enorme barriga.

—Bueno, ¿dónde estaba? —no se percató, o fingió no percatarse, del ceño fruncido de Miranda—. Ah sí, estaba hablando de Linnet, de la manera que tiene de incomodar a los hombres. Una vez intenté hablar con ella, traté de explicarle que a los hombres les gusta sentir que son algo especial. Mira, allí está Prudie James —Miranda hizo lo que pedía antes de volver su atención a la olla de las alubias—. ¿Ves? No hay ni un solo instante del día en el que Prudie no esté rodeada de jóvenes —continuó Ellen—. Es menos bonita que Linnet, pero los chicos siempre andan tras ella. ¿Recuerdas la semana pasada, cuando a Prudie la picó una avispa? Cuatro muchachos corrieron a socorrerla.

Miranda Tyler se volvió hacia el claro y miró a su hija. Sus labios se curvaron en una cariñosa sonrisa. Ella atesoraba sus propios recuerdos, como el día en que el pequeño de los Parker se alejó del campamento solo. Linnet fue quien lo encontró y arriesgó su propia vida para colarse bajo las rocas inseguras y sacar al niño asustado de debajo. La señora Watson podía quedarse con todas las Prudies del mundo si quería.

—Por supuesto, no estoy insinuando nada contra Linnet. Ha sido una gran ayuda para mí. Es sólo que... bueno, que quiero verla feliz, con un hombre para ella.

—Agradezco tu interés, Ellen, pero estoy convencida de que algún día Linnet hallará un marido y de que este será de su agrado. ¿Puedes disculparme, por favor?

El único signo de alarma fue el aullido de un perro que se cortó en seco, pero ni siquiera eso oyeron, ya que los niños estaban riendo alborozados mientras esperaban con entusiasmo a que el niño del centro del corro eligiera a uno de ellos para cederles el turno.

Hacía mucho que los saqueadores indios conocían las ventajas del efecto sorpresa, de atacar cuando los hombres y mujeres, cansados, se

relajaban y descuidaban la vigilancia. Los hombres de guardia habían sido presa fácil: los degollaron de un cuchillazo limpio y silencioso. Solo quedaban las mujeres, algunos jóvenes y los niños. Los chiquillos eran lo que más les interesaba, de modo que enviaron a dos guerreros jóvenes para atarlos y sujetarlos.

Linnet, como todos los demás, había quedado paralizada de espanto. De pronto volvió la cabeza al oír un grito apagado y vio cómo Prudie caía desplomada al suelo. Entonces la gente empezó a correr, intentando en vano escapar de los indios que parecían estar por todas partes.

Linnet vio a su madre avanzar un paso. Extendió los brazos y empezó a correr hacia ella. Si pudiera alcanzar a su madre, asirla, todo iría bien.

—¡Madre! —gritó.

Algo dio contra su pie, y Linnet cayó de bruces. El fuerte impacto contra el duro suelo le cortó la respiración. Aturdida, intentó incorporarse, pero el pánico se apoderó de ella cuando notó que su aliento no retornaba al instante. Parpadeó, todo le daba vueltas. Al girar la cabeza, percibió el sabor de la sangre en la boca, donde los dientes se le habían hincado en el labio al caerse.

Su madre yacía silenciosa en tierra, cerca de la hoguera, al lado de la señora Watson. Su aspecto era tan normal que se diría que podían estar durmiendo la siesta, excepto por la sustancia espesa y roja que, paulatinamente, iba encharcando la superficie que las rodeaba.

—¡Linnet! ¡Linnet!

Linnet iba a atender a estos gritos que procedían de detrás de ella, cuando una mano tiró de ella de repente para ponerla en pie y la empujó hacia los niños.

El pequeño Ulysses Johnson corrió hacia ella y se abrazó a sus piernas. El cuerpo del pequeño temblaba espantosamente y sus lágrimas empapaban la falda de Linnet. Uno de los indios lo arrancó de ella. El niño se cayó y el hombre la tiró del brazo haciéndole llorar de dolor.

—¡No! —Linnet corrió hacia el chico, se arrodilló frente a él y le sacudió el polvo de la cara—. Creo que quieren llevarnos con ellos. Serás valiente, ¿verdad Uly? Estaremos todos juntos, pase lo que pase. No creo que nos hagan daño si les obedecemos. ¿Entiendes, Uly?

—Sí —respondió con voz entrecortada—. Mi ma...

—Lo sé.

Uno de los indios la empujó y le ató fuertemente los brazos a la espalda con una hiriente cuerda de cuero sin curtir. Linnet intentó no mirar hacia la carnicería que se extendía a su derecha, hacia el cuerpo de su madre. Trató de no pensar en su padre, que estaba de guardia. Dirigió la mirada hacia adelante, a los seis niños que tenía enfrente.

En solo unos minutos, sus vidas habían cambiado para siempre. Patsy Gallagher tropezó y derribó a Uly consigo; echó a llorar cuando el indio la levantó tirando de sus finas ataduras de cuero, que cortaron sus muñecas. Ulysses arrancó a llorar de nuevo, mientras los niños observaban fijamente las hogueras encendidas por los indios y los cuerpos ensangrentados de sus padres.

Linnet empezó a cantar. Al principio muy bajo, pero con una persistencia lenta y constante que consiguió que los niños, de uno en uno, fueran incorporándose al canto:

—Roca de los tiempos, quebrada por mí, déjame esconderme dentro de ti...

Empezaron a caminar, tropezando y cayéndose varias veces a medida que se iban adentrando lentamente en tierras que les eran desconocidas. Iban atados juntos, formando una línea temblorosa y desigual.

Linnet llevaba a Ulysses en brazos. El cuerpo lacio del pequeño estaba tan inconsciente como dormido. Hacía tres días que viajaban, con pocos descansos y menos comida. Por su aspecto, no parecía que los dos niños menores pudieran resistir mucho más, así que Linnet había persuadido a uno de los indios, el jefe, para que la dejara llevar a uno de los chicos en la espalda. Al mover los dedos de los pies, se percató de que estaban cubiertos de ampollas y cortes. Tenía hambre, pero había dado la mitad de su harina de maíz a Ulysses, que seguía gimoteando porque quería más. Linnet le acarició la frente y advirtió que tenía fiebre.

Había cinco indios, hombres hoscós, que exigían lo que querían y lo obtenían invariablemente. Cuando Linnet aminoró el paso a causa del peso añadido que suponía llevar a un niño de cinco años en la espalda, la azuzaron con palos afilados para forzarla a mantener la marcha. Se sentía

tan agotada que ni siquiera podía dormir; le dolía todo el cuerpo.

Uno de los hombres se giró a mirarla y ella cerró de inmediato los ojos. Los había visto varias veces señalándola y comentando algo. Sabía que discutían sobre ella.

Todavía no había amanecido cuando los indios instigaron a los siete cautivos a levantarse y a emprender de nuevo la marcha. Cerca del atardecer, los condujeron hasta un arroyo y los forzaron a entrar en el agua, que cubría hasta la cintura.

—Tengo miedo, Linnet. No me gusta el agua —dijo Uly.

—Yo lo llevaré.

—Linnet hizo un gesto al hombre del final de la hilera. Este cortó la cinta de cuero que lo ataba y Ulysses se encaramó a la espalda de la chica.

El resto de los niños ya había alcanzado la otra orilla cuando Linnet resbaló y cayó al agua. Al instante, uno de los hombres cortó la cinta que la conectaba a los demás: no se arriesgarían a perder a todos sus prisioneros por culpa de uno que pudiera ahogarse. Ulysses forcejeaba histérico y a Linnet le costó un esfuerzo sobrehumano arrastrarlo hasta la orilla. Tras conseguirlo, se tumbó de espaldas al suelo jadeando, agotada.

—¡Linnet! ¿Qué están diciendo? —inquirió Patsy Gallagher.

Linnet miró hacia arriba y vio a dos de los hombres señalándola y gesticulando desaforadamente. Uno de ellos llamó a otro hombre, el jefe, y Linnet percibió la furia de su semblante. Aún aturdida por su lucha en el agua, tardó en percatarse de que estaban señalando hacia su pecho. La ropa húmeda, que se le pegaba al cuerpo, realzaba la totalidad redonda de sus senos. Linnet cruzó las manos para cubrirse.

—¡Linnet! —gritó Patsy al tiempo que uno de los indios avanzaba hacia ella con enfado.

De prisa, Linnet se protegió la cara con los brazos y consiguió cubrirse del primer golpe, pero no fue capaz de blindarse contra las violentas patadas que recibieron sus costillas. El hombre siguió golpeando a una Linnet que se retorció de dolor.

Los indios escupían palabras de ira. Uno de ellos la guió poniéndole una mano en la espalda, sobre sus costillas magulladas, tal vez rotas. Linnet se esforzó por respirar. El hombre le arrancó el vestido hasta la cintura,

exponiéndola a él. Lo que vio le hizo enfurecer aún más. Cerró el puño, pero Linnet no llegó a verlo golpearla en la mandíbula.

—¡Linnet, despierta!

La chica se rebulló, preguntándose dónde se hallaba.

—Linnet, me han dejado encargarme de ti. Vamos, siéntate y ponte esto. Es la camisa de Johnnie.

—¿Patsy? —musitó ella.

—¡Oh, Linnet, tienes un aspecto horrible! Tu cara está muy hinchada... —la pequeña aspiró por la nariz para retener el sollozo y ayudó a la chica a sentarse mientras esta introducía los brazos en la camisa de tejido áspero—. Háblame, Linnet. ¿Estás bien?

—Creo que sí. ¿Te permitieron venir? Pensé que me dejarían aquí. ¿Por qué se enfadaron tanto?

—No sé. Johnnie y yo suponemos que te creían una niña y al descubrir que no lo eres...

—Pero entonces, ¿por qué han permitido que vinieras a por mí?

—No lo sé, pero todos sabemos que si no fuera por ti, ninguno de nosotros lo hubiera conseguido. Tal vez los indios también piensan así. Linnet, tengo tanto miedo...

La niña se abrazó al cuello de Linnet y esta tuvo que apretar los dientes para evitar una expresión de dolor.

—Yo también estoy asustada —masculló Linnet.

—¡Tú! Tú nunca tienes miedo. Johnnie dice que eres la persona más valiente del mundo.

Linnet sonrió a la chica, aunque hacerlo le producía dolor.

—Puede que parezca valiente, pero por dentro soy como de gelatina.

—Yo también.

Patsy ayudó a Linnet a volver al campamento levantado por los indios. El tamaño de la joven era apenas mayor que el de la chiquilla de doce años. Todos los niños la recibieron con breves sonrisas, intentando, por primera vez, sobreponerse al terror que sentían.

Al día siguiente, temprano, alcanzaron el asentamiento indio definitivo.

Las mujeres, sucias y harapientas, corrieron a recibir a sus hombres y a abrazar a sus hijos. El jefe indio empujó a Linnet hacia un grupo de mujeres, gesticulando y señalando desde su pecho al de ella.

Una de las mujeres gritó, abrió la camisa de Linnet de un tirón y le golpeó los pechos. La chica se dobló hacia delante y se cubrió con los brazos, a lo que las mujeres reaccionaron con carcajadas. Levantó la mirada y vio que se llevaban a los niños, que gemían pidiendo ayuda. Linnet trató de ir hacia ellos, pero las mujeres la detuvieron. Siguieron riendo y empezaron a pellizcarla; una le tiró de las trenzas.

El jefe indio volvió a decir algo y las mujeres apartaron las manos de ella refunfuñando. Una la empujaba hacia delante hasta que Linnet comprendió que quería que se pusiera a gatas para cruzar la entrada de un refugio rudimentario, hecho de hierba y palos. El tamaño de la choza no permitía estar de pie, solo había espacio para dormir dos personas. La mujer la siguió sosteniendo un cuenco de barro en las manos.

El contenido de la vasija apestaba a grasa rancia. La india comenzó a extender la pasta por toda la cara de la joven y por la parte superior de su cuerpo; la esparció también por el pelo. Linnet, sentada, permanecía quieta. Cuando la mujer presionó las manos contra la parte de su cuerpo más magullada, Linnet se esforzó por no gritar y contuvo las lágrimas.

Después, la mujer la dejó sola. Linnet se quedó escuchando los ruidos del exterior, los gritos frenéticos de los hombres que celebraban la victoria del asalto.

—Vamos, bébete esto —un hombre corpulento sostenía a Linnet y presionaba una taza metálica contra sus labios—. No tan de prisa: te vas a atragantar.

Ella parpadeó varias veces, como si no tuviera consciencia de que se había quedado dormida. Los hombros de aquel hombre eran tan anchos que parecían colmar la anchura total del refugio. La luz titilante de una fogata se colaba en el interior y hacía relucir el marfil del colgante que llevaba alrededor del cuello; el cuerpo apenas estaba cubierto. Despacio, se apoyó contra el poste de soporte, tomó las muñecas de Linnet y, tras examinarle

las manos, aplicó un ungüento sobre los cortes.

—Ya veo por qué te tomaron por una niña —comentó con una voz grave y profunda.

—¡Habla inglés! —observó Linnet con asombro.

Él le levantó una ceja.

—No de la misma clase que el tuyo, pero supongo que podría considerarse inglés.

—Me fijé en usted. Pensé que era indio, pero no lo es. Sus ojos son azules, ¿verdad? —él la miró sorprendido, desconcertado por su aparente calma—. ¿Dónde están los niños? ¿Por qué estamos aquí?

—Esos hombres... mataron a todos los demás —él apartó un momento la vista; no quería ver el profundo dolor que delataban los ojos de la joven, impresionado de que todavía fuera capaz de pensar en alguien que no fuera ella misma—. Se trata de un grupo de renegados, una mezcla de marginados de diferentes tribus. Capturan niños y los venden a otras tribus para reemplazar a sus hijos perdidos. Creyeron que tú también eras una niña y no les gustó nada descubrir que no lo eres.

Sus ojos se dirigieron involuntariamente a los senos de la chica; Oso Loco había hecho muchos comentarios acerca de su feminidad.

—¿Qué... qué piensan hacer con nosotros ahora?

La contempló atentamente, con la plena intensidad azul de sus ojos.

—Se encargarán de los niños, pero tú...

Linnet tragó saliva y coincidió con su mirada.

—Me gustaría saber la verdad.

—En este momento, los hombres están apostando para ver quién te gana. Después...

—¿Quién me gana? ¿Quiere decir que deberé casarme con uno de esos hombres?

Su voz tenía un tono suave.

—No, el matrimonio no entra en sus planes.

—Oh... —su labio inferior comenzó a temblar y Linnet lo atrapó entre sus dientes para inmovilizarlo—. ¿Por qué está usted aquí?

—Mi abuela era una Shawnee, y uno de estos hombres es mi primo. Me toleran, eso es todo. He estado en el norte, poniendo trampas.

—Supongo que no hay nada que usted pueda hacer para ayudarnos...

—No. Me temo que no. Ahora debo irme. ¿Quieres más agua?

Ella asintió con la cabeza.

—Gracias, ¿señor...?

—Mac —deseaba marcharse; ella era muy joven, y resultaba obvio que la habían apaleado.

—Gracias, señor Mac.

—No, solo Mac.

—¿Mac? ¿Es su nombre de pila o de familia?

Se sorprendió y la miró boquiabierto.

—¿Qué?

—¿Es su nombre o su apellido?

Estaba perplejo.

—Qué mujer más peregrina. ¡Qué más da!

Linnet parpadeó como si sus palabras bruscas pudieran hacerla llorar, aun cuando todos los golpes no lo habían conseguido.

Él hizo un gesto de condescendencia.

—Me llamo Devon Macalister, pero siempre me han llamado Mac.

—Le agradezco el agua y la compañía, señor Macalister.

—¡No! ¡Señor Macalister, no, solo Mac, a secas! —la chica empezaba a sacarlo de quicio—. Mira, no era mi intención... —se detuvo al oír unos pasos afuera, cerca de la entrada.

—Debe marcharse —susurró ella—. No creo que les guste encontrarle aquí.

La miró extrañado y salió de la choza.

Mac caminó solo por el bosque. Aquella era la muchacha más sorprendente que jamás había conocido y, a pesar de lo que dijera Oso Loco, él solamente era capaz de considerarla una niña. Los indios hablaron de su coraje durante el viaje y de cómo cargó con el niño durante la mayor parte del camino. Mac vio al chico y no parecía precisamente ligero.

¡Qué serenidad la suya! La última vez que había visto a una chica en su misma situación, se puso histérica. A ella también trató de ayudarla, pero

gritó con tal vehemencia que sólo escapó por los pelos de ser descubierto. No le gustaba pensar en cómo se comportaban esos hombres cuando habían bebido demasiado whisky. La última chica murió desangrada.

Pensó en la muchacha que ahora aguardaba paciente en el refugio. En vez de gritar, le había preguntado acerca de los demás y le dio las gracias, como si hubieran estado sentados en la calma de un lujoso salón.

Evocó sus ojos grandes y luminosos y se preguntó de qué color serían. Recordó haber sostenido su mano pequeña en la suya. «¡Diablos!», pensó suspirando con resignación. Probablemente estaba cavando su propia tumba.

La volvió a ver cuando entró de nuevo en el refugio. Ella estaba sentada estoicamente, con las manos juntas sobre el regazo.

—Vaya, señor Macalister, creo que usted no debería volver a estar aquí.

Él dibujó una amplia sonrisa, exponiendo la blancura de sus dientes, y asintió con la cabeza.

—Dime, ¿sabes leer?

—Oh sí, desde luego.

—¿Si te sacara de aquí, me enseñarías a leer?

—Por supuesto —musitó ella con una voz temblorosa que delataba lo asustada que se sentía en realidad.

Su admiración por ella iba en aumento.

—Entonces, de acuerdo. Procura mantener la calma. Me llevará un tiempo y, además, puede que no gane.

—¿Por qué? ¿A qué se refiere?

—Tendrás que fiarte de mí. Ahora trata de dormir; nada ocurrirá antes del amanecer. Pero mañana límitate a permanecer callada y confía en mí. ¿Lo harás?

—¡Lo haré, señor Macalister!

—¡No me llames señor Macalister!

Linnet esbozó una leve sonrisa.

—Confiaré en ti... Devon.

Él se disponía a protestar, pero se contuvo porque sabía que era en vano.

—Estoy convencido de que todo esto es un sueño y pronto me despertaré. Eres, sinceramente, la mujer más peregrina que he visto jamás

—le dedicó una última mirada y se fue.

Linnet no podía dormir. Estaba resignada a aceptar su suerte, fuera cual fuere, pero ahora este hombre corpulento le daba nuevas esperanzas y casi deseaba que no lo hubiera hecho. Habría sido más llevadero. Al amanecer, una de las mujeres indias entró en el refugio y le hizo señas para que saliera, pellizcándola varias veces.

Afuera esperaban otras mujeres que rompieron a reír y comenzaron a golpearla. Sus débiles rodillas se tambalearon. Prácticamente la llevaron a rastras hasta un árbol y le forzaron los brazos alrededor del tronco, atándolos fuertemente al otro lado. No se veía a los niños por ninguna parte.

Dos indios se acercaban a ella. No llevaban más que un breve retal que cubría sus nalgas; los cuerpos estaban untados con una fina capa de aceite. Los ojos de la joven se dirigieron hacia el hombre más alto de ojos azules, y por primera vez pudo ver a Devon con claridad. Su paso era firme, como si supiera con exactitud cuál era el sitio que le correspondía, el movimiento de sus músculos enjutos se adivinaba bajo su piel oscura.

Devon también podía ver a la mujer por la que estaba a punto de arriesgar la vida, y no se sintió demasiado complacido. Presentaba ojeras profundas y una mejilla hinchada que desfiguraba sus rasgos delicados; su piel y cabello apestaban a grasa de oso rancia. Pero los ojos que alzaron la vista hacia él eran claros y de un raro color, parecido a la caoba.

Antes de que pudiera alcanzarla, una de las mujeres desgarró la camisa de Linnet y descubrió sus senos. La joven bajó la cabeza, en un intento de taparse. Sabía que Devon estaba de pie frente a ella e intentó no cruzarse con su mirada. Miró en su lugar a la mujer que se hallaba junto a ella, carcajeándose y señalando de Devon a Linnet.

Entonces le miró a la cara. Lo vio asentir con un gesto a la mujer que se reía antes de encontrarse con los ojos de Linnet. Ésta sintió que su fuerza retornaba al instante, como si fluyera de él hacia ella.

—No tengas miedo —dijo colocándole la mano en el hombro—, los indios hablan ya de tu coraje —Devon bajó la mano, que abarcó el seno de Linnet. Ella se sobresaltó y en su cuello se perdió su aliento; los ojos de él no dejaron de mirarla ni un instante. Retiró la mano de su cuerpo y le sonrió—. Espero que cuando te limpies estés mejor. Creo que no soportaría a una

maestra que oliera como tú.

Ella consiguió esbozar una tenue sonrisa, aun cuando el tacto de la mano del hombre la había aturdido, tanto más por su propia reacción que por el acto en sí. Devon arregló la camisa de Linnet, hizo un gesto de asentimiento a la anciana y se alejó para situarse al lado del otro hombre. La mujer rió burlonamente y señaló desde la chica hacia el indio. Pero la mirada de aquel hombre era de enojo. Escupió en el suelo, a los pies de Linnet, y en seguida se volvió dándole la espalda.

Linnet aún no comprendía qué iba a suceder hasta que los dos hombres se colocaron frente a frente en el claro de hierba que se abría delante de ella. Les ataron una tira de cuero sin curtir a los tobillos para que no pudieran separarse más de una yarda. Linnet se estremeció al ver que entregaban un cuchillo a cada uno.

Los dos circularon uno alrededor del otro, y un cuchillo brilló al sol al derramar el indio la primera gota de sangre, cortando el brazo de Devon desde el hombro hasta el codo. El corte no pareció inmutarlo, pues en seguida arañó el estómago del indio con su propio cuchillo.

Linnet observaba su gracia animal, la fuerza del hombre que estaba arriesgando su vida por ella. No era ni blanco ni indio, sino una combinación de la astucia blanca y la compenetración con la naturaleza de la raza india.

Devon desgarró el hombro de su adversario al errar cortar su cuello vulnerable, al tiempo que del brazo izquierdo seguía goteando sangre sobre la hierba espesa. El indio embistió y Devon esquivó la arremetida con un súbito pasó atrás. Los dos cayeron sobre la hierba rodando juntos. Ambos cuchillos desaparecieron entre los cuerpos. Devon estaba debajo. De repente todo se detuvo: ninguno se movía.

Se hizo el silencio en el campamento, incluso en el bosque, parecía penetrar la quietud. Linnet no se atrevía a respirar y se preguntaba si su corazón seguiría latiendo.

El indio se movió y pudo sentir el gozo triunfal de las mujeres que se hallaban cerca de ella. Le pareció que pasaban años desde que el indio se había apartado del cuerpo de Devon y le costó percatarse de que era este quien había movido al indio al quitarse su cuerpo sin vida de encima. Linnet

observó sin pestañear, con incredulidad, cómo Devon cortaba la cuerda atada a su tobillo, se ponía de pie de un salto y se dirigía hacia ella. Cortó la tira de cuero que ataba las muñecas de ella y la liberó.

—Sígueme —ordenó con un tono de voz frío y severo.

La chica cerró los dos laterales desabotonados de su camisa agarrándolos con la mano, y reunió todas las fuerzas que pudo para seguir el paso rápido del hombre. Este prácticamente la lanzó sobre la montura de un gran alazán y montó detrás de ella al mismo tiempo, como en un único movimiento fluido. La rodeó con los brazos; con uno tomó las riendas, con el otro la sujetó por la cintura. Ella examinó el corte sangriento del brazo de él y se tranquilizó al comprobar que no era demasiado profundo.

Galoparon con energía, tanta como el caballo podía soportar llevando a dos personas, y Linnet se sentó tan erguida como pudo para no cargar con su peso al hombre que tenía detrás. Pasado el mediodía, llegaron a un arroyo y al fin se detuvieron. Él la levantó del caballo y la depositó en el suelo al tiempo que ella ataba los lados sueltos de su camisa sobre su estómago.

—¿Crees que nos están siguiendo?

Devon se agachó sobre el arroyo y se salpicó el brazo con agua fría.

—No estoy seguro, pero preferiría no arriesgarme. Estos no son una tribu, no conocen el honor. Si los Shawnee hacen un trato, lo cumplen, pero estos hombres no. Al menos yo no lo creo.

—Déjame a mí —la chica rasgó la mitad de su enagua, la empapó en el arroyo y comenzó a lavar la herida del hombre.

Mientras la vendaba, alzó la vista para mirarlo y al instante se percató de que estaba observando sus senos. La camisa, fuertemente anudada, mostraba la piel desnuda de ella desde el cuello hasta la parte superior del estómago. Instintivamente, se cubrió sujetando la camisa con la mano.

Él apartó la mirada.

—No te preocupes. Todavía no he caído tan bajo como Oso Loco, aunque pueda parecer uno de su tribu.

Ella se alegró de poder cambiar de tema.

—Lo pareces, Devon, excepto por tus ojos azules. Imagino que cuando estás dormido, te pareces del todo a un indio.

Todavía no se había acostumbrado al nombre de Devon, pues que él recordara, nadie le había llamado nunca así en toda su vida.

—Lo tendré en cuenta la próxima vez que duerma durante el camino. Ahora marchemos, a ver si conseguimos sacarles distancia antes de que anochezca —se paró al lado del caballo y sacó varias tiras de carne seca del interior de una bolsa, y le ofreció a ella unas cuantas—. Los indios te llamaban Pajarillo. El nombre te encaja, ya que estoy convencido de que tus huesos no son mucho más grandes que los de un pájaro.

—¿Pajarillo? —exclamó divertida.

—Fue un honor que te pusieran un nombre —explicó, al tiempo que la subía sobre el caballo—. No suelen hacerlo con los prisioneros —la rodeó con los brazos para hacerse con las riendas—. ¿Cómo te llamas?

—Linnet. Y no te lo vas a creer, pero un linnet es un pardillo inglés.

—¿Quieres decir...?

—Sí, eso me temo: es un pajarillo.

Devon rió, con un sonido franco y profundo que ella podía sentir justo donde el pecho de él presionaba su espalda.

—Eres la...

—Permíteme adivinar: la mujer más peregrina que existe, aunque no entiendo muy bien qué significa esa palabra.

—Pues significa exactamente lo que eres: la mujer más insólita que he conocido jamás.

No entendía por qué la complacía tanto esa afirmación, pero así era.

Capítulo 2

Cabalgaron sin mediar palabra hasta el anochecer, y al fin se detuvieron cerca de un arroyo.

—Acamparemos aquí esta noche —dijo Devon mientras levantaba los brazos para ayudarla a descender del caballo.

Linnet se sorprendió un instante por el hecho de haber dado por sentado que él la ayudaría a bajar de su montura.

—Quédate aquí. Yo volveré sobre nuestros pasos y comprobaré si nos están siguiendo. ¿Estarás bien aquí sola? —le sonrió, sabiendo que esa pregunta era ridícula.

Linnet se quedó un tiempo sentada, descansando. Le picaba la cabeza y se la rascó, poniendo una expresión de asco al ver la roña negra que se alojaba bajo sus uñas. Suspirando, comenzó a buscar leña para levantar un campamento.

Devon regresó y advirtió que ella había desensillado el caballo y encendido una agradable hoguera.

—No estaba segura de si debía encender fuego, puede que no quieras que nos vean....

—Bueno, creo que los hombres de Oso Loco son demasiado perezosos para seguirnos. Tienen a los niños y son todo lo que querían.

—¿Oso Loco? ¿Es ese el hombre al que tú...?

—No, ese era Lobo Moteado —la miró intensamente mientras avivaba el fuego.

—Siento que tuvieras que...

—No hablemos más del asunto. Ya está hecho. Ahora, ven aquí y deja que vea ese corte que tienes en el labio.

Ella recorrió la poca distancia que los separaba y se sentó frente a él, al tiempo que este tomaba su cara entre sus manos grandes y fuertes y tanteaba sus huesos con delicadeza.

—Abre la boca.

Ella obedeció, contemplando su frente mientras él examinaba sus

dientes.

—Bien. Parece que no te rompieron nada. ¿Qué hay del resto de ti? ¿Te golpearon en alguna otra parte?

—En las costillas, pero solo están magulladas.

—Ven, déjame ver. Creo que no dirías ni una palabra aunque estuvieran todas rotas.

Devon le levantó el faldón de la camisa y sus manos recorrieron con firmeza las delicadas costillas de la chica. Cuando terminó, apartó las manos y se sentó hacía atrás, en cuclillas.

—No parece tener nada roto ahí tampoco, pero si no fuera porque sé que no es así, diría que eres poco más que una niña. He traído un par de pájaros. Vamos a cocinarlos y a llenar tu estómago con algo de carne.

—¿Pájaros? —dijo la chica al tiempo que volvía a anudar su camisa—. No he oído ningún disparo.

—Hay otras formas de cazar aves, además de con un rifle. Mientras comienzas a cocinar, voy a asearme un poco. Linnet contempló el agua con fruición.

—A mí también me gustaría bañarme.

Él negó con la cabeza.

—Creo que vas a necesitar algo más que agua para quitarte toda esa grasa de encima.

Ella miró su falda rota, hecha harapos, su camisa anudada, su piel oscura y grasienta.

—¿De veras tengo tan mal aspecto?

—He visto espantajos más guapos. Ella lo miró con el ceño fruncido.

—No alcanzo a comprender por qué te arriesgaste tanto para salvarme. Podrías haber muerto, Devon.

—Yo tampoco lo entiendo —replicó él con toda sinceridad, al tiempo que arrojaba las aves a la chica—. Sabes cocinar, ¿no? Ella le sonrió por primera vez, mostrando unos dientes pequeños, bonitos y perfectos.

—Sí, me complace afirmar que así es.

Su sonrisa hizo pensar a Devon en su feminidad, bien oculta bajo la mugre. En seguida se dio la vuelta, tomó sus alforjas y se dirigió al arroyo.

Cuando regresó, Linnet se quedó atónita ante la transformación de

Devon. Vestía unos pantalones de algodón azul oscuro, y una gruesa camisa azul hilada a mano arrojaba sus amplios hombros. Buena parte de su aspecto de indio había desaparecido con el breve taparrabo de cuero y el colgante de huesos, pero retenía aún la nariz aquilina, el perfil casi recto y el pelo oscuro.

Se sentó al otro lado de la fogata y sonrió abiertamente.

—Ya vuelvo a ser civilizado.

Ella se tocó el pelo, pegado a su cuero cabelludo.

—Eso es más de lo que puedo decir de mí.

—Si yo soy capaz de soportar el hedor, tú también.

Se comieron los pájaros con avidez; sabían deliciosos después de toda aquella carne seca y harina de maíz seca. Devon juntó montones de hojas y formó dos camas un poco separadas la una de la otra. A continuación, entregó una manta a la chica.

—Quedará hecha un desastre después de cubrirme yo con ella —rió.

Devon la miró fijamente; la luz de la luna disimulaba la suciedad de su cara.

—Lo dudo —dijo en voz baja.

Linnet miró en sus ojos y experimentó un momentáneo sentimiento de temor hacia aquel hombre a quien tanto debía. Se echó en su cama de hojas mirando hacia otro lado y se durmió antes de poder considerar aquel miedo con más detenimiento.

Cuando Linnet se despertó, advirtió que estaba sola, pero se giró al oír el chasquido de una rama al romperse. Devon apareció en seguida de entre los árboles asiendo un conejo muerto por las orejas.

—El desayuno —sonrió ampliamente—. Esta vez, cocinaré yo.

Ella le devolvió la sonrisa y se marchó al arroyo, determinada a tratar de lavarse. Tras varios minutos, decidió que no estaba consiguiendo más que redistribuir la grasa en vez de retirarla. Se dio por vencida y regresó al campamento.

Devon le dirigió una sonrisa que pronto se tornó en carcajadas, pero se detuvo cuando apreció la expresión lacrimosa de ella. Se levantó y fue frente a ella, se sacó la camisa de los pantalones y comenzó a frotarle la

cara.

—Es difícil de creer, pero pienso que lo has empeorado. Espero que la gente de Sweetbriar sepa distinguir que eres humana.

Linnet bajó la cabeza.

—Siento estar tan repulsiva.

—Vamos, siéntate y come tranquilamente. Yo ya me estoy acostumbrando.

Se sentó, mordió una pata del conejo y se limpió el jugo de la barbilla sonriendo a Devon.

—Tal vez debería limitarme a perseguir animales y matarlos del susto.

Devon se rió.

—Seguro que serías capaz de ello.

Al día siguiente cabalgaron sin descanso y Linnet hubo de concentrarse para mantenerse despierta.

—Supongo que estás muy fatigada —le dijo Devon por la tarde.

Ella se encogió de hombros.

—He estado peor.

—Bien, menos mal que cabalgamos tanto ayer. Alcanzaremos Sweetbriar esta noche.

—¿Sweetbriar?

—Es donde vivo. Los cien acres más hermosos que jamás hayas visto, en el condado de Cumberland.

Le alcanzó un pedazo de carne a la chica.

—¿Vives solo allí?

—No, es casi como una ciudad —contestó él en tono divertido—. Están los Emerson, los Stark, los Tucker... Buena gente, te gustarán.

—Entonces, ¿yo también tengo que vivir allí?

—Claro, ¿cómo si no ibas a enseñarme a leer? No habrás olvidado nuestro trato, ¿verdad?

Ella sonrió porque, de hecho, sí lo había olvidado.

—Bueno, eso será tarea fácil.

Llegaron al lugar que Devon había denominado Sweetbriar bien entrada

la noche; Linnet desfallecía de extenuación. Sólo alcanzó a entrever unas cabañas en el claro, cuando Devon alzó los brazos para asirla y ella prácticamente se desplomó en ellos.

—Devon, por favor, puedo caminar. Sólo estoy algo fatigada.

—Después de lo que has pasado, me extraña que logres siquiera mantener los ojos abiertos. ¡Gaylon! —gritó por encima de la cabeza de Linnet—. Abre esta puerta y déjame entrar.

La puerta se abrió y apareció un hombre de ceño fruncido.

—¿Cómo te presentas a estas horas de la noche y qué es eso que llevas ahí?

—No es un «qué», es un «quién».

El anciano alzó la lámpara hasta ponerla a la altura de la cara de Linnet, quien al instante cerró los ojos, deslumbrada.

—No parece gran cosa —declaró el hombre.

—Soy Linnet Blanche Tyler, señor Gaylon, y estoy encantada de conocerle —le tendió la mano.

El viejo la contempló asombrado: una chica mugrienta, en los brazos de un hombre y comportándose como si le acabaran de presentar al presidente. Miró a Devon con incredulidad y este le dirigió una sonrisa graciosa.

—¿No es gran cosa? Estaba así cuando la encontré, era prisionera de Oso Loco.

—¡Oso Loco! Supongo que no la dejó ir con solo pedírselo.

—Puedes apostar a que no, y tengo un brazo herido para probarlo.

—Devon, ¿te importaría dejarme en el suelo, por favor?

Gaylon la miró desconcertado.

—¿A quién le habla?

—A mí —respondió Devon abochornado—. Me llama Devon.

—¿Y eso?

—Porque ocurre que ese, viejo cretino, es mi nombre: Devon Macalister.

—¡Vaya! No sabía que fueras otro sino Mac.

—Discútelo con ella —le replicó, mientras colocaba a Linnet de pie—. Corre y ve a buscar a Agnes. Le gustará la chica, siendo inglesa y demás.

—Ah, ¿por eso habla de esa manera tan rara?

—Sí, así es. Ahora ve y trae a Agnes, date prisa.

Acompañó a Linnet hasta una silla frente a la chimenea y ella se sentó agradecida. No recordaba haberse sentido tan agotada en toda su vida.

—Agnes estará aquí en un minuto y te atenderá —dijo en tono tranquilizador mientras avivaba el fuego.

Una mujer apareció casi al instante, o al menos eso le pareció a Linnet al despertar de su estado de sopor. Era alta, de mejillas sonrosadas, y llevaba un abrigo masculino echado sobre los hombros, cubriéndole el camisón. Linnet se sintió aún más sucia ante la pulcra apariencia de aquella mujer.

—Mac, ¿qué pasa?

Linnet se puso de pie.

—Temo que yo soy la causa de todas estas molestias. Devon me rescató de las manos de los indios, y sospecho que estoy destinada a ser una carga para todos ustedes.

Agnes sonrió con cariño a la chica mugrienta, al tiempo que Devon y Gaylon se cruzaban una mirada.

—No ha dormido ni comido demasiado estos últimos días, y ha pasado por una experiencia muy dura —explicó Devon.

—A juzgar por su aspecto, decir que ha pasado por una experiencia muy dura es quedarse corto. Me la tendré que llevar a casa. ¿Cómo te llamas?

—Es Linnet Blanche Tyler —intervino Devon, riéndose—. Vigílala bien porque, si te descuidas, pronto la tendrás gobernando tu casa.

Linnet bajó la cabeza desconcertada.

—Ven conmigo, Linnet, y no hagas caso a estos hombres. ¿Qué prefieres hacer primero, dormir o comer?

—Me gustaría bañarme.

—No me extraña —rió Agnes.

Horas después, Linnet se deslizaba bajo las sábanas, con el cabello y el cuerpo al fin limpios; estuvo restregándose hasta que Agnes la obligó a parar. Cenó cuatro huevos fritos y dos tostadas enormes, untadas con una mantequilla dulce y cremosa. Ahora yacía inmersa en un camisón limpio, demasiado grande para ella, y dormía profundamente.

Cuando Linnet se despertó, la casa estaba en calma, pero sabía que era

tarde. Se enderezó y se tocó el cabello para comprobar que estaba limpio. Abandonó la cama y se acercó gateando al borde del altillo para mirar hacia abajo. La puerta se abrió y entró Agnes.

—Veo que ya te has despertado. Todo Sweetbriar se muere por ver qué trajo Mac al pueblo. He pasado por casa de los Tucker, y su Caroline me ha prestado un vestido. Baja, y veremos si te sirve.

Linnet descendió por la escalerilla, remangándose el camisón.

Agnes calculó las medidas del vestido sosteniéndolo en el aire y poniéndolo delante de Linnet.

—Lo que imaginaba, tendré que ensancharlo del pecho. Siéntate ahí y come mientras le saco unas puntadas a esto.

Linnet comió tortitas de maíz, panceta y miel, mientras Agnes arreglaba el vestido de percal.

—Bueno, aquí está. Listo. A ver cómo te queda —tras ayudar a Linnet a ponerse el vestido, le sonrió—. Creo que Mac se va a llevar una buena sorpresa cuando descubra qué trajo a casa.

—¿De veras me veo tan distinta?

—Cielo, una muñeca embreada no sería tan fea ni tan negra como la «cosa» que Mac me mostró anoche. Deja que te cepille el pelo.

—Agnes, no tienes por qué hacer todo esto. Por favor, permíteme ayudarte un poco.

—Ya me diste las gracias muchas veces anoche. Nunca he tenido una hija, así que me gusta hacer esto —retrocedió para admirar su obra.

El cabello de Linnet le caía sobre la espalda en cascadas de densos mechones de un color dorado profundo, con reflejos más claros e incluso alguna insinuación de rojo. Lucía espesas pestañas oscuras sobre grandes ojos de un color tan inusitado que hacía que uno deseara mirarlos fijamente, una y otra vez, solamente por tratar de establecer qué color era.

Agnes contemplaba la esbelta y torneada figura de Linnet en aquel vestido ajustado.

—Desde luego, Corinne lo va a tener negro contigo.

—¿Corinne?

—Es la hija mayor de los Stark. Ha ido detrás de Mac desde que tenía doce años y, ahora que está a punto de conseguirlo, aparece alguien como

tú.

—¿Mac? Oh, Devon. ¿No te comentó que me trajo aquí para que le enseñe a leer?

—Ah, ¿ahora es Devon? Yo podría haberle enseñado... Bueno, no importa. Pongámonos en marcha. No puedo esperar a ver la cara que pondrá Mac.

La casa de Agnes Emerson se hallaba a más de un kilómetro de distancia del claro donde estaban ubicados el establecimiento de Devon y los demás edificios, y a lo largo del camino había gente, la mayoría niños, ansiosa por ver a la chica que Mac trajo consigo. Habían pasado toda la mañana escuchando sus historias, aderezadas con las abundantes exageraciones de Gaylon.

—No se parece a lo que dijo Mac —dijo una voz que provenía de detrás de Linnet.

Ella se giró y vio a un niño, de unos siete años, con la cara sucia y un pedazo de cordel colgando del bolsillo.

—¿Y qué es lo que dijo? —le preguntó.

—Dijo que eras la mujer más valiente que ha conocido.

Linnet sonrió.

—No me conoce muy bien. Lo que ocurre es que yo estaba demasiado asustada para hacer ningún ruido. Imagino que te gustaría escuchar la historia de cómo luchó contra Lobo Moteado.

—¿Mac luchó con un indio?

—Ciertamente, lo hizo.

—¿Cómo es que hablas tan raro?

—Soy de Inglaterra.

—Ah bueno. Tengo que irme. Adiós.

Agnes rodeó a Linnet con el brazo.

—Vamos, y vosotros, dejad de observarla como si fuera un bicho raro —ordenó a los niños que estaban todavía mirando—. Vamos a que te vea Mac.

La cabaña de troncos era muy grande, en forma de «L», y Linnet se dio cuenta de que la primera vez que la vio no advirtió que fuera un comercio. Devon se hallaba de pie, de espaldas a ella, conversando con una chica

preciosa, de pelo negro y figura voluptuosa.

La chica se detuvo en mitad de una frase y se quedó observando a Agnes y Linnet, que se encontraban de pie en la entrada. Devon se giró y las miró con los ojos como platos.

—¿Y bien? ¿Es que no piensas decir nada? No se parece ni remotamente al maloliente fardo de harapos que me entregaste anoche — proclamó Agnes satisfecha.

Devon se quedó sin habla. Linnet era preciosa, muy hermosa, con una carita delicada de ojos enormes, una nariz minúscula y labios dulces que, ahora, dibujaban una suave sonrisa. No alcanzaba a comprender por qué se sentía tan traicionado, pero así era. ¿Por qué no le había confesado que era tan condenadamente guapa?, pensó en un injusto arrebató de rabia. Podía, al menos, haberlo prevenido.

—Creo que lo has dejado sin habla. Esta es Corinne Stark, viene al almacén de Mac muy a menudo —el tono de Agnes evidenciaba lo que pensaba del descaro de Corinne.

Devon desvió la vista de las mujeres y la concentró en una enorme pila de pieles situada sobre una mesa muy grande.

—Agnes, ¿por qué no la llevas a la cabaña del viejo Luke? Pienso que, una vez limpia, puede servirle de alojamiento.

Linnet dirigió una mirada interrogativa a Agnes, preguntándose qué debía de haber hecho ella para que Devon la rehuyera de ese modo, pero Agnes no apartaba la vista de la espalda de Devon.

—Tengo demasiado trabajo que hacer en mi casa. Acompáñala tú y enséñale el sitio.

Corinne sonrió, volviéndose hacia Devon.

—Iré contigo, Mac.

Agnes se dirigió a Corinne con una sonrisa impasible.

—La verdad es, Corinne, cielo, que hace tiempo que necesito ayuda con un nuevo patrón de edredón que tu madre me dejó, y ella me dijo que precisamente tú eras la persona más indicada para ayudarme.

—Eso puedo hacerlo cualquier otro día —la miró con suma frialdad.

Agnes le devolvió una mirada cortante.

—Verás, yo no tengo tanto tiempo como tú y te necesito esta misma

mañana.

Con expresión contrariada, Corinne le echó un último vistazo a Devon y siguió a Agnes en su salida del establecimiento, prescindiendo de Linnet por completo.

Se quedaron los dos callados. Devon estaba de espaldas y ella se le acercó.

—¿Devon?

Él se giró y fijó su mirada en un punto por encima de su cabeza.

—Si tenemos que ver la cabaña, más vale que salgamos ya. Tengo trabajo que hacer.

Salió de la tienda, caminando de prisa, sin hacer caso de Linnet, quien se esforzaba por seguir el paso de sus largas zancadas.

Capítulo 3

La cabaña estaba hecha un desastre. Ubicada a pocos metros del almacén de Devon, la luz del sol se colaba a través de un agujero en el techo, las gallinas se habían adueñado de las losas de la chimenea y las ardillas entraban y salían a voluntad por las ventanas abiertas.

Devon espantó a las aves, cuyos aleteos levantaron una nube de polvo.

—Aquí es. No es mucho, pero con un poco de trabajo podría llegar a ser habitable. No te asustará un poco de trabajo duro, ¿no?, siendo como eres una dama inglesa.

Ella le sonrió y él recordó las dos noches que pasaron solos durante el viaje. Suerte que entonces la chica no tenía la misma apariencia que ahora, pensó. Desvió su mirada.

—Devon, ¿estás molesto conmigo?

—¿Por qué habría de estar «molesto» contigo? ¿Por qué razón podría haberme enfadado contigo? He oído que incluso a Jessie Tucker le gustas, y eso que a ese niño no le gusta cualquier mujer. No, no existe ninguna razón por la que pudiera estar enojado contigo —se sentó en un banco levantando el polvo que lo cubría.

Linnet le miró, pestañeando varias veces para proteger sus ojos de la polvareda.

—¿Cómo está tu brazo?

—Mi brazo está perfectamente.

—¿Deseas que le eche un vistazo?

—No necesito cuidados maternos, y menos de...

Ella desvió la mirada, incapaz de concebir razón alguna que pudiera justificar su enojo, pero sin sentirse herida por ello lo más mínimo.

Devon miraba la puntera de su bota, furioso consigo mismo por estar actuando de aquel modo, con lo que se enfadó aún más con ella por haberlo hecho enojar.

—¡Maldición! —exclamó a viva voz.

—¿Perdón?

Devon echó una ojeada alrededor de la sucia estancia.

—¿Cómo piensas arreglártelas para comer? ¿Has pensado en eso?

—No, no lo he pensado. Lo cierto es que no he tenido tiempo de pensar en nada. Hasta ahora, todo el mundo ha cuidado de mí. Primero tú y luego Agnes. Claro, le dijiste a Agnes...

La interrumpió.

—Bueno, creo recordar que nuestro acuerdo consistía en que si yo te rescataba de las garras de los hombres de Oso Loco, tú me enseñarías a leer. Ahora, he ampliado la oferta añadiendo esta cabaña, pero no me propongo alimentarte y vestirte también.

—No esperaba que lo hicieras. Ya me has ayudado más de lo debido.

Devon contempló la luz del sol que entraba por la ventana formando una cinta luminosa repleta de centelleantes partículas de polvo circulando alrededor de ella, que lo observaba con sus ojos enormes, aceptando que pudiera dejarla morir de hambre, sin intención de pedir, ni a él ni a nadie, más de lo que estuvieran dispuestos a ofrecerle.

Ella sonrió; en sus ojos había un destello de luz solar.

—¿Quién cocina para ti, Devon?

Devon se sobresaltó. Estas palabras le devolvieron a la realidad inmediata.

—Gaylon, si es que se le puede llamar cocinar. A veces, las mujeres de por aquí se apiadan de mí y me invitan a cenar.

—De acuerdo, te ofrezco un intercambio.

—¿Y qué planeas canjear? Incluso el vestido que llevas puesto es prestado —bajó la mirada instintivamente; sabía que ese vestido jamás había lucido de ese modo en nadie más.

—Yo sé cocinar. Si me proporcionas la comida, la cocinaré para ti, y si me suministras tela e hilo, te confeccionaré unas camisas y me haré dos vestidos para mí. ¿Te parece justo?

«Más que justo», pensó él.

—¿Quién cortará la leña que vas a necesitar?

—Yo lo haré. Soy fuerte.

Parecía cualquier cosa menos fuerte. Él sonrió abiertamente, negando con la cabeza.

—Apuesto a que serías capaz de caminar a través de una pila de estiércol y aparecer al otro lado oliendo a rosas.

Ella le devolvió la sonrisa.

—Por lo que todo el mundo comenta sobre mi anterior aspecto de los últimos días, creo que ya lo he hecho —se colocó ambas manos sobre la cabeza—. Es fantástico volver a estar limpia, llevando ropa limpia —se alisó la desvaída falda del vestido—. No has dicho nada, Devon. ¿Estoy bien? ¿Te sorprende que ya no parezca una muñeca embreada? Es lo que yo era, según Agnes.

Se hallaba de pie, no muy lejos de él. Al tirar de un grueso mechón de su pelo apartándolo de la cabeza para verlo, minúsculas partículas de polvo brillaron como purpurina a través del sol.

—Me resulta fantástico poder tocar mi pelo sin ensuciarme las manos.

Él no logró reprimir el impulso y extendió su mano morena para tocar el cabello de ella, acariciándolo con las yemas de sus dedos.

—Nunca hubiera imaginado que fuera amarillo. Antes era tan negro...

Soltó enseguida esa divina materia dorada, pero al mirar a Linnet a la cara advirtió que ella le sonreía y desapareció su enfado.

—Linnet, nunca hubiera dicho que fueras la misma que ese bulto negro y maloliente que encontré dentro de aquella choza de hierba. Ahora que ya lo tenemos todo resuelto, pongámonos a limpiar esto.

—¡Oh no! —exclamó la muchacha al instante—. Ahora que ya nos hemos puesto de acuerdo, podemos ir a buscar a los niños.

Mac no estaba seguro de haberla oído bien.

—¿Niños?

—Los niños que secuestró Oso Loco, por supuesto. No podemos dejarlos allí.

—Eh, ¡espera un momento! No sabes de qué hablas. Aquí hemos aprendido que nosotros dejamos en paz a los indios y ellos nos dejan en paz a nosotros.

—¡Paz! —exclamó en un grito ahogado—. Asesinaron a mis padres y ahora tienen a los niños. De ninguna manera puedo abandonarlos allí. Deben regresar con su gente.

—¡Tú! ¿Dices que «tú» no puedes? ¿Has olvidado lo que planeaban

hacer contigo?

—No—dijo con voz tenue, tragando saliva—. Pero tampoco he olvidado la visión de la sangre de mis padres. ¡Los niños no deben criarse de ese modo! Se acercó a ella.

—¡Escúchame bien, mujer! Esos niños crecerán en buenos hogares: no hay nada de malo en ser criado por un indio. En cuanto a ti, nuestro trato consistía en que me enseñaras a leer. He arriesgado mi vida por una extraña y no la arriesgaré de nuevo por un puñado de críos que no conozco. Se giró para marcharse.

—Si me prestas un rifle y un caballo, iré yo. Soy una buena tiradora. En Escocia cazaba aves y...

Él la miró cómo si hubiera perdido la razón y abandonó la cabaña.

Linnet permaneció quieta un momento, sin saber qué hacer, pero dio un suspiro y comenzó a limpiar. Era una discusión que tenía la intención de ganar, aunque quizá le llevara algún tiempo. No temía que los indios fueran a hacer daño a los niños, pero creía firmemente que los chicos debían regresar con su gente.

—Veo que el vestido te va bien —dijo una joven desde el umbral de la puerta. Tenía unos catorce años y era menuda como Linnet, de cara pecosa y afable.

Linnet le sonrió.

—Gracias por habérmelo prestado, aunque me temo que hoy se va a ensuciar. Soy Linnet Tyler.

Extendió la mano a la chica, que parpadeó un instante, sorprendida, antes de reír abiertamente y estrechar la mano que se le ofrecía.

—Soy Caroline Tucker.

—¿Tucker? Creo que he conocido a tu hermano esta mañana.

—Debes referirte a Jessie. Ha estado hablando de ti. ¿Te puedo ayudar?

—Oh no. Sólo estoy limpiando un poco este sitio. Es mi hogar —agregó con orgullo.

Caroline extendió la vista más allá de Linnet para contemplar la cabaña destartalada y dudó de que algún día pudiera llegar a convertirse en habitable.

—Bueno, no tengo nada mejor que hacer —dijo al tiempo que agarraba

uno de los extremos del banco que Linnet trataba de empujar hacia afuera.

Las gemelas de los Stark, Eubrown y Lissie, fueron las siguientes en llegar. Tenían ocho años, y las dos exhibían idénticas trenzas castañas que se balanceaban con el ajetreo de las niñas. Sus naricillas chatas parecían hinchadas de curiosidad. Se morían por conocer a la chica de Mac. Porque, si habían de fiarse de la señora Emerson, era la chica de Mac. ¡Corinne estaba hecha una furia!

Por todo Sweetbriar corrió la voz de que Linnet era muy bonita y pronto la mayoría de hombres jóvenes de la zona encontraron excusas para dejarse caer por allí y ayudar a los trabajadores de la cabaña del viejo Luke. Linnet les consintió que fueran a la fuente, a unos cien metros de distancia de las cabañas, a por otro cubo de agua. Estaba agachada cuando se percató de la presencia de dos pies cerca de ella, a pesar de no haber oído acercarse a nadie. El rápido recuerdo de los indios, de la última imagen de su madre, enterrada en lo más profundo de su memoria, aceleró su corazón. Miró hacia arriba, pero no consiguió ver la cara del hombre con claridad, puesto que el sol, a sus espaldas, impedía su visión.

Se alzó.

—Hola, soy Linnet Tyler —le tendió la mano, al tiempo que él la miraba boquiabierto, sin habla.

Apenas era más que un chico, ancho, musculoso. Su pelo grueso, de color castaño se erguía en punta alrededor de su cabeza. La boca, demasiado ancha, restaba atractivo a su semblante, pero aun así era bastante apuesto.

—Usted es la muchacha que trajo Mac —dijo con tono rotundo y voz agradable.

—Sí, lo soy. ¿Y usted quién es? —ella seguía con la mano tendida.

—Worth, señora, Worth Jamieson. Vivo en una granja, a ocho kilómetros de aquí. Hoy he venido a comprar al almacén.

Linnet tomó la mano del chico y, sacándola de su posición paralela al costado, la estrechó al fin.

—Encantada de conocerle, señor Jamieson.

—Sólo Worth, señora.

A Linnet se le hacía difícil habituarse al modo en que todos los

norteamericanos insistían en usar sus nombres de pila desde el primer momento.

—¿Vive en la cabaña del viejo Luke?

—Sí, así es.

—Traiga, deje que lleve eso. Usted es demasiado pequeña para trajinar algo tan pesado —le cogió el cubo de agua lleno hasta el borde.

Ella le sonrió.

—Gracias. No sé por qué todo el mundo me trata como si estuviera desvalida, pero debo admitir que es un placer.

—Señorita, es usted la cosa más hermosa que he visto.

Ella rió.

—Te agradezco no solo tu amable ayuda, sino también el cumplido. Ahora permíteme que coja el cubo: he de restregar este suelo tan sucio.

Worth no le cedió el balde de agua; lo llevó dentro y lo depositó en el suelo, miró a su alrededor un momento y luego salió. Al poco rato, Linnet se asombró al descubrir al chico en el tejado, reparando un agujero. Sonriendo, lo saludó con la mano antes de volverse a concentrar en la limpieza del suelo.

—Eh, Mac. ¿Has visto lo que ocurre en la cabaña de esa chiquilla? Tiene a todo el pueblo ayudándola —gritó Doll Stark desde su asiento favorito delante de la chimenea, ahora vacía.

—Sí, lo he visto —Devon respondió a regañadientes desde el otro lado del almacén.

Gaylon detuvo su cuchillo, con el que estaba tallando un palo de madera ya casi reducido a nada.

—Incluso tiene a Worth Jamieson subido al tejado.

—¿Worth? —preguntó Doll sorprendido—. Pero si ese chico es más asustadizo que un potro de tres años... ¿Cómo consiguió que la mirara siquiera, y menos aún que se pusiera a trabajar para ella?

Gaylon continuó tallando.

—Esa chica tiene un encanto especial, de eso no hay duda. Incluso nuestro viejo amigo Mac, aquí presente, luchó contra uno de los renegados

de Oso Loco para rescatarla de los indios, y puedo asegurarte que lo que él había visto entonces no se parecía en nada a la chica embriagadora que ha amanecido hoy.

—¿Es que no sois capaces de hablar de otra cosa que no sea Linnet? —preguntó Mac desde detrás del mostrador, con el grueso libro de cuentas delante de él.

Gaylon y Doll intercambiaron una mirada, arqueando las cejas. Se quedaron con la boca abierta.

—Siempre podemos hablar del tiempo, pero no es ni la mitad de interesante que la chica que trajiste —continuó Gaylon. —Eh, Mac, deberías marcarla con fuego antes de que Cord regrese.

—¿Cord? —Devon simuló no comprender.

—Sí, Cord —respondió Gaylon—. Has oído hablar de él, ¿no? Ese chico que te quitó a la muchacha de los Trulock el invierno pasado.

—No tengo ni idea de qué estás hablando, y tienes que saber que el hecho de haber traído aquí a Linnet no significa que ella me pertenezca.

Doll hizo un gesto nervioso con las comisuras de los labios.

—De eso puedes estar seguro. No, con todos los hombres del condado husmeando a su alrededor.

Devon cerró el libro de golpe.

—Ya que ninguno de los dos parece tener nada que hacer, ¿por qué no os unís a ellos?

—Yo lo haría, pero temo que me pondría a trabajar como todos esos bobos. Hace tiempo que mis días de conquista quedaron atrás y, en cuanto al trabajo, intento evitarlo siempre que puedo —comentó Gaylon mirando a Doll de reojo. Mac caminó hasta la puerta.

—Entonces, creo que saldré yo, a ver si me da el aire y puedo disfrutar de algo de paz y tranquilidad, para variar.

—Sí, hazlo. Y mejor llévate unos cuantos clavos contigo. He oído que necesitan clavos —gritó Doll al tiempo que la puerta se cerraba de un portazo.

Devon sacó un pedazo de cordel de su bolsillo y sonrió pensando en las palabras de los dos viejos. Estaba atardeciendo y aún no había cazado la cena. La idea de cenar a solas con Linnet ensanchó su sonrisa.

Dos horas más tarde Devon llamaba a la puerta de Linnet, sosteniendo dos conejos en la mano. Ella abrió y le sonrió; tenía un manchón en la mejilla.

—Acabamos de terminar —dijo a la vez que extendía la mano, algo trémula, para agarrar los conejos.

Él los apartó de su alcance, le colocó la mano en el hombro y la acompañó hasta un banco situado frente a la chimenea.

—Siéntate y descansa. Yo los cocinaré.

—Devon, ese no era el trato.

—¿Qué han hecho? ¿Hacerte trabajar todo el día, agobiarte a preguntas y luego marcharse a cenar a sus casas?

Ella le dirigió una tenue sonrisa.

—No te preocupes. No tenían mala intención. Es solo que todos están acostumbrados a ocuparse de sí mismos.

—Todos, excepto yo. Yo represento una carga para ti, ¿no es cierto, Devon?

—En absoluto. Ya me lo compensarás. Espera a que tengas que empezar a meter letras en esta dura mollera.

—¡Oh! —se irguió en su asiento—, ¡Tu lección de lectura!

—¿No pensarás que quiero una maestra tan fatigada como tú?

—No. Mira en la repisa de la chimenea.

Se levantó y descubrió una tablilla de madera con letras escritas con carbón.

—Pone «Devon». Al menos, supongo que es así como se escribe.

—¿No lo sabes? —preguntó con tono de incredulidad, como si se sintiera muy decepcionado con ella.

—Hay diferentes maneras de escribir ciertas palabras, en especial los nombres. Únicamente puedo suponer cómo se deletrea el tuyo. ¿No tendrías por casualidad un certificado de nacimiento?

—¿Un qué? —discretamente, colocó la pieza de madera en su bolsillo.

—Una hoja de papel que el doctor escribió cuando tú naciste.

Devon pinchó los conejos para comprobar su estado de cocción, y el jugo de los animales se derramó sobre el fuego.

—No había ningún doctor allí cuando yo nací, solo mi madre y una

vecina, pero conservo una Biblia que contiene algo escrito a mano.

—Podría ser lo que necesitamos. ¿Te sería posible traerla mañana? Quiero decir... siempre que te parezca bien que pospongamos nuestra primera lección, claro.

—Sería incapaz de consentir que te durmieras en mitad de «Macalister». Vamos, comámonos el conejo.

Linnet se puso en pie, bostezó delicadamente y se estiró para relajar sus hombros doloridos. Devon apartó la vista ante la posibilidad de que fueran a reventar los botones frontales del vestido de ella. A veces se preguntaba si ella se percataba de que era una mujer.

—Dime, ¿qué opinas de Sweetbriar? —dijo él.

—Todos han sido muy buenos conmigo, no imagino cómo podré compensarlos. ¿Conoces a Worth Jamieson?

—Claro —mordió un succulento pedazo de conejo.

—Háblame de él.

—Vive solo. Es un chico callado, reservado, muy trabajador. Llegó hace dos años y reclamó su terreno. Trabaja todo el día, por su cuenta. Viene al almacén una vez al mes y compra lo que necesita —Devon la miró frunciendo el entrecejo—. ¿Por qué te interesa tanto?

—Porque me pidió en matrimonio.

Devon por poco se atraganta con el bocado de conejo que tenía en la boca.

—¿Qué? —exclamó indignado.

—Digo que tengo interés en Worth Jamieson porque me pidió que me casara con él.

Devon apretó repetidamente los dientes.

—Mírate: ahí sentada, tan tranquila, chupándote los dedos, comentándome que un chico te ha pedido en matrimonio, como si nada. ¿Tan habituada estás a las propuestas de matrimonio que ya ni te inmutan?

—No —replicó con seriedad—. No lo creo. No han sido demasiadas.

—¿Demasiadas? ¿Y a cuántas llamas tú «demasiadas»?

—Lo cierto es que, aparte de la de Worth, solo ha habido dos: una por parte de un hombre de Inglaterra, que era muy viejo, y otra de un hombre que viajaba conmigo en el barco, camino de América. Ahora está en

Boston, creo.

—¡Vaya! ¡No sé cómo eres!...

—¿Muy peregrina? —preguntó Linnet inocentemente.

Ambos se miraron y comenzaron a reír juntos.

—Todavía hay pocas mujeres en Kentucky, por lo que imagino que muchos hombres te propondrán matrimonio —la escrutó con una mirada indagadora—. Me doy cuenta de que vas a poner a esta comunidad patas arriba. ¿Has terminado con eso? Echaré los huesos afuera. Debo irme de todos modos —se detuvo en el umbral de la puerta—. ¿Qué le dijiste a Worth?

—Gracias.

Se volvió hacia ella, nuevamente irritado.

—¿Gracias? ¿Eso es todo?

—Es un honor que un hombre te proponga matrimonio. Significa que desea pasar toda su vida contigo.

—No me sueltes un discurso sobre lo que significa el matrimonio. ¿Qué le contestaste a Jamieson, aparte de «gracias»?

—¿Te refieres a si acepté o no?

Él le lanzó una mirada iracunda a modo de respuesta.

Con gran parsimonia, Linnet retiró una pelusa de su cabello.

—Le dije que no lo conocía suficiente para poder responderle aún —lo miró sonriendo—. ¿Me permites que vaya a tu almacén mañana, a por algo de tela? Me gustaría devolverle a Caroline su vestido.

—Claro —se sentía un poco avergonzado tras su arrebató—. Buenas noches, Linnet.

—Quizá mañana podamos discutir lo de rescatar a los niños —dijo con voz cansada.

Sus ojos se enfurecieron.

—Discútelo tú. Yo tengo cosas más importantes que hacer.

Marchó pegando un portazo.

Capítulo 4

—Buenos días, Devon.

Él apartó la vista del libro de cuentas y dirigió a Linnet una sonrisa.

—¿Es ella? —dos hombres cuchicheaban cerca de la chimenea.

—Linnet, chica, ven aquí —gritó Gaylon.

—Vosotros dos, dejadla en paz —les gritó Devon—. Tiene cosas más interesantes que hacer que perder el tiempo con dos buenas piezas como vosotros.

—¿Qué mosca te ha picado, chico? —preguntó Gaylon—. ¿Te has levantado con el pie izquierdo?

Doll se inclinó y susurró algo al oído de Gaylon que provocó que los dos hombres se echaran hacia atrás en sus sillas y arrancaran a reír a carcajadas, palmeándole los muslos.

Devon los miró enfurruñado y se volvió hacia donde estaba Linnet, pero ella ya se dirigía hacia los dos hombres riendo.

—Permítanme que me presente. Me llamo Linnet Blanche Tyler, para servirles —agachándose, les hizo una reverencia.

Se quedaron pasmados mirándola un instante.

—Esto lo supera todo —comentó Doll—. ¿Qué es eso que acabas de hacer?

—Es una reverencia que hacemos las damas, cuanto más importante es la persona, más nos agachamos. Miren —haciendo una demostración—: un barón; más bajo, un duque, y hasta aquí, un rey.

—Vaya, vaya, qué linda. Dicen que eres inglesa...

—Sí, lo soy.

—Crecéis muy hermosas, en Inglaterra —dijo Doll—. No es de extrañar que estés atrayendo a todos esos chicos lejos de sus campos.

Ella no respondió, prudentemente, y examinó una figura de madera tallada que estaba colocada sobre la repisa de la chimenea. Era de unos diez centímetros de alto, extremadamente detallada. Representaba a un anciano de hombros caídos y cada una de sus líneas enfatizaba la expresión de

hastío del hombre.

—¿Ha tallado usted esto? —le preguntó a Gaylon.

—No, eso es de Mac. Él es aquí el tallista.

—¿Esto es obra de Devon? —dirigió la mirada hacia el otro lado de la sala, hacia donde Devon se hallaba, oculto entre varios sacos de harina.

—Se refiere a Mac —informó Gaylon al hombre que tenía al lado—. Sí, es suya.

—Es preciosa —no se percató de la mirada que intercambiaron los hombres—. Si me disculpan, por favor, necesito tela —a su pesar, devolvió la figura de madera a la repisa.

—¿Ya has terminado de contarles todo sobre Inglaterra? —dijo Devon enojado.

—Devon, no sé cómo, pero parece que siempre consigo hacerte enfadar. La miró a la cara.

—Yo tampoco sé cómo. Simplemente pasa. A ver —dijo apresuradamente—, ¿qué es lo que quieres?

—Tela y material para confeccionar un vestido y una camisa para ti.

—No necesito una camisa.

—Yo opino que sí. Además, según nuestro trato, no puedo llevarme tela solamente para mí, y necesito devolverle el vestido a Caroline; así que estoy obligada a hacerte una camisa.

—Yo no sé tú, Gaylon —la voz de Doll se oía a lo lejos—, pero yo empiezo a sentirme como un segundo pie izquierdo. Gaylon se aclaró la garganta.

—Sí, sé a qué te refieres; creo que aquí sobramos. ¿Qué tal si vamos a echar una ojeada a los nuevos cerdos de los Tucker?

—No puedo esperar.

Los dos hombres abandonaron el establecimiento.

Devon observó la puerta al cerrarse.

—¿Por qué tienes esa expresión en los ojos, Devon?

—¿Acaso no te das cuenta? —inquirió enojado—. Sólo por el hecho de haberte rescatado de un puñado de indios asesinos y haberte traído aquí, el pueblo entero nos trata como si ya nos hubieran casado y bendecido. Lo más probable es que incluso ya hayan elegido nombres para nuestros hijos.

—¿Cuáles crees que serán?

Se giró para mirarla de frente, con los ojos llenos de furia.

—¿Qué?

—Me preguntaba qué nombres deben de haber escogido para nuestros hijos.

Él se percató de que se estaba riendo de él y aceptó la gracia. Se relajó y sacudió la cabeza en un gesto de cariñosa desaprobación.

—Devon, la gente siempre se comporta del mismo modo. No tiene importancia, no debería preocuparte tanto.

—En especial ahora, que pareces estar tan unida a Worth Jamieson.

Ella guardó silencio por un momento.

—¿Crees que Worth sabe algo de los indios? Tal vez estaría dispuesto a ayudarme a buscar a los niños.

—¡Jamieson! —exclamó Mac indignado—. Ese chico se crió en una granja de Pensilvania. No sería capaz de seguir el rastro de una manada de bueyes, y mucho menos el de un puñado de indios renegados.

—En ese caso, ¿conoces a alguien que pueda ayudarme?

—¡Nadie te va a ayudar! —dijo Devon casi chillando. El modo en que ella lo miraba, como si él pudiera sacar a los seis niños cautivos de una chistera, lo estaba poniendo furioso—. Tienes que quitarte esta idea de la cabeza. Vamos, ven y elige la tela que quieras.

Esbozando una sonrisa, Linnet se colocó tras el mostrador.

—Gracias.

—Buenos días, Mac.

A Linnet le llegó la voz de una mujer, pero no consiguió ver quién era, ya que se encontraba agachada, cerca del suelo.

—Buenos días, Wilma. ¿Cómo estás hoy?

—Estoy bien, pero he oído que tienes algunos problemas con Corinne.

Devon lanzó una mirada de reojo a Linnet, que se hallaba detrás de él, pero ésta no miró hacia arriba.

—¿Qué puedo hacer por ti?

—Oh, pocas cosas. Solo he vuelto otra vez para echar una ojeada a esta cinta verde de aquí. Vi a tu chica ayer y es tan bonita como dijiste, aunque Corinne tiene otra opinión de ella. ¿Crees que le gustará a mi Mary Lynn

esta cinta?

—Seguro que le entusiasmará —Devon salió de detrás del mostrador y tomó a Wilma Tucker del brazo, tirando de ella hacia la puerta—. Hará juego con el color de sus ojos.

—Los ojos de Mary Lynn son castaños —contestó indignada.

—Bueno, piénsatelo. Marrón y verde combinan muy bien. —prácticamente la sacó a empujones por la puerta y la cerró.

—Creo que me llevaré estas dos —Linnet colocó los dos cilindros de tela sobre el mostrador—. ¿Te gusta el azul para una camisa, Devon?

—Perfecto —se apartó de la puerta.

—Ahora, si me permites, te tomaré las medidas.

—¿Para qué?

—Para tu camisa nueva.

Suspiró con resignación y la observó mientras ella rasgaba varias tiras de un trapo viejo que había encontrado embutido debajo del mostrador.

—Ven aquí —le hizo señas para que se acercara a la chimenea—. Ponte justo ahí, de pie.

Linnet colocó un taburete a sus espaldas, se subió a él y cortó las tiras de trapo a la medida exacta del ancho de sus hombros y la longitud de su tronco.

—¿Seguro que sabes lo que haces?

—Por supuesto. Esto es todo lo que necesito —contestó la chica.

Devon se volvió hacia ella. Sus caras, que ahora se hallaban al mismo nivel, habían quedado separadas unos pocos centímetros.

—Mac.

Devon se giró al oír la voz de Corinne.

—Buenos días, Corinne.

—Hola Corinne —Linnet descendió del taburete—. Debo irme. Te veré a la hora de cenar, Devon.

Cuando Linnet cerró la puerta, Corinne aún no había terminado la frase:

—¿A qué se refiere con lo de «te veré a la hora de cenar»?

—¡Lynna! ¡Lynna! ¿Te has levantado ya?

Linnet abrió la puerta a Jessie Tucker, quien, exhibiendo su nariz chata y sus pecas, levantaba la cabeza para sonreírle. Linnet notó con desagrado que había algo en su bolsillo que parecía vivo, y estaba tratando de encontrar una salida.

—Buenos días, Jessie.

—Um... Veo que también hablas raro cuando te acabas de levantar.

—Claro, igual que tú, pero ya hace bastante tiempo que me he levantado.

El no respondió y entró adentro.

—¿Qué opinas de mi casa?

—Es una casa —comentó, restándole importancia, mientras se sentaba en el banco—. ¿Quieres ir a ver Sweetbriar?

—Me encantaría, aunque no puedo entretenerme demasiado. Hoy necesito coser una camisa para Devon.

—¿Por qué le llamas Devon, si su nombre es Mac?

—¿Por qué tú me llamas Lynna, si mi nombre es Linnet?

El niño se encogió de hombros.

—A veces me gustas, pero otras eres una chica.

—Es extraño, pero considero lo que acabas de decir como un cumplido. Deja que coma alguna cosa, y después nos iremos.

—Mi madre me ha hecho traerte una cesta llena de comida. Dijo que si iba a visitarte, era lo menos que podía hacer. ¿Qué quiso decir con eso?

—Quiso decir que eres un jovencito tremendamente animado y alegre. Jessie, cuando salgamos afuera, ¿te importaría soltar al monstruo que se revuelve en tu bolsillo?

El niño esbozó una sonrisa pícara.

—Claro. Ya verás, ¿vas a gritar cuando te lo enseñe?

—Espero que no. Estoy convencida de que mi imaginación está anticipando algo peor de lo que es en realidad.

—¿Eh?

—Echemos una ojeada a lo que envía tu madre. Me muero de hambre.

Jessie le mostró todos los que él consideraba sitios importantes de

Sweetbriar: un manantial secreto, huellas de ciervo, dos nidos de pájaros que él mismo había ocultado y la guarida abandonada de un lince.

Hacia el mediodía, Linnet se despidió de él para regresar a su propia cabaña y a su labor de costura.

Sonrió al entrar en la única estancia de la casa, pues alguien había estado allí en su ausencia, y sabía que había sido Devon. Había sacos de harina de maíz, manzanas secas, un cubo lleno de manteca, panceta, pescado salado y un bote grande de conservas de verduras en vinagre. Cuatro conejos colgaban de la pared del fondo de la chimenea y una enorme pila de leña estaba cerca del fuego, que se había renovado. Linnet acarició cada una de aquellas cosas antes de ponerse a coser la camisa de Devon.

Alguien llamó a la puerta y ella gritó desde su posición, cerca del hogar:
—¡Adelante!

Devon entró en la cabaña.

—¿Por qué has dicho que pase si ni siquiera sabías quién era? Deberías mantener esta puerta cerrada bajo llave y no dejar que entre nadie hasta que sepas quién es. Hay gente que sería capaz de aprovecharse de una chica guapa, sola en una cabaña.

—Gracias.

—¿Gracias por qué?

—Por llamarme guapa.

Él agitó la cabeza como dejándola por imposible.

—Te he traído la Biblia que me pediste. ¿Qué es lo que huele tan bien?

—Tú cena. ¿Qué es lo que prefieres hacer primero: estudiar o comer?

—Ambas cosas —sonrió—. Si sabe tan rico como huele, quiero comer antes y después.

—Muy bien. Así será.

Ella hundió un gran cazo en el perol de hierro colocado sobre el fuego y colmó su cuenco de un guiso rico y denso. Una portezuela entreabierta, situada en la pared lateral de la chimenea, dejaba ver una dorada y crujiente hogaza de pan recién horneada. Linnet cortó una gruesa rebanada y la untó de dulce y cremosa mantequilla fresca. Una jarra de leche fría sirvió para

acompañar la comida.

—¿Dónde has conseguido todo esto? Yo no envié mantequilla, ni leche, ni estas cebollas y patatas —dijo él inspeccionando su cuenco y separando los componentes del estofado con su cubierto.

—Ha sido muy extraño, Devon. Toda la tarde han estado llamando a la puerta y, cuando la abría, no había nadie, pero alguien había dejado algo de comida. Era un verdadero misterio.

—¿Era? —preguntó entre bocados.

—Al fin, dos de los donantes se han parado a charlar: eran las gemelas Stark.

—¿Cuáles? —interrumpió el hombre.

—¿Cuántas gemelas hay?

—Dos pares, y Esther está a punto de dar a luz otra vez; todos dicen que serán más gemelos. Parece que lo único que Doll Stark es capaz de producir son gemelos. Pero continúa explicándome lo de la comida.

—Eubrown y Lissie me contaron que todo era para ti, que sabían que yo cocinaba para ti y que, como tú habías hecho tanto por todos ellos, querían compensarte de alguna manera. 46-47

Por un instante, Devon bajó la cabeza avergonzado, pero en seguida la levantó y sonrió.

—Si tanto me deben, ¿por qué dejan que siga comiendo el mejunje que cocina Gaylon?

—Imagino que toda generosidad tiene sus límites, aunque, por lo que entiendo, también tiene algo que ver con la ira de Corinne —lo observó con atención, pero él no dijo nada, no abrió la boca más que para comer—. Tendré que conocer mejor a esta chica. ¿De veras es tan temible?

Devon soltó una carcajada, al tiempo que partía un enorme pedazo de pan con las manos.

—Si planeas pelearte con ella por mí, avísame: no me lo perdería por nada del mundo.

Ella lo miró con serenidad.

—Dudo mucho que ocurra. Ahora, si ya has terminado de atiborrarte, ¿podríamos empezar con tu lección de lectura?

Mirándola, arqueó una ceja y contuvo la risa.

—Estoy preparado.

Ella tomó la Biblia y la abrió por la mitad; se quedó absorta ante el árbol genealógico que aparecía en sus páginas. Era muy completo, documentado meticulosamente.

—Vaya, Devon, aquí consta toda tu familia. Este es tu padre: Slade Rawlins Macalister, y aquí está tu madre: Georgina Symington Macalister.

—¿Georgina?

—Tiene un nombre muy bonito —observó Linnet.

—Tenía. Está muerta —aclaró Devon en tono rotundo.

—Oh, perdona. Sí, aquí está la fecha. Solo hace tres años, el mismo año que tu padre —lo miró: estaba de perfil, con los codos apoyados en las rodillas y las manos sólidamente entrelazadas—. Aquí apareces tú: Devon Slade Macalister.

—¿Slade? Ese era el nombre de mi padre.

—Y el tuyo también, por lo que se ve. ¿Quién es este? Kevin George Macalister.

—Mi hermano.

—No sabía que tuvieras un hermano.

—No te oí preguntarlo. ¿Podemos comenzar con la lección y dejar de repasar a toda mi familia?

—¡Vaya, Devon! Nacisteis el mismo día: 10 de enero de 1758. Era tu hermano gemelo.

—Es todo lo que sé. Si hubiera imaginado que en ese libro ponía tantas cosas, lo habría dejado en casa.

—Está bien —se disponía a cerrar el libro cuando otro nombre captó su atención—. Cord Macalister. He oído mencionar ese nombre con frecuencia. Debe de ser tu primo.

—Sí, Cord es mi primo.

El sentimiento que había en su voz la impresionó.

No deseaba seguir indagando en la historia familiar de Devon, ya que parecía obvio que era algo muy doloroso para él; así que cerró el libro y se concentró en la desconocida tarea de enseñar.

—¿Qué te parece si empezamos con tu nombre de pila?

Devon tomó el pedazo de carbón que Linnet le ofrecía y se aplicó

trabajosamente en escribir «Devon» sobre una piedra de la chimenea. Cuando hubo terminado, sonrió con aire triunfal ante su creación.

—He estado practicando.

—¡Devon, es fantástico! Vas a ser un buen alumno.

—Vamos, no está tan bien —murmuró.

Ella lo miró con severidad.

—Cuando una persona te hace un cumplido, debes decir «gracias». Nunca debes rechazar los elogios de alguien, aunque creas que son falsos.

—Te estás tomando en serio el papel de maestra, ¿eh?

Linnet aguardó pacientemente.

Finalmente, Devon sonrió y dijo:

—Gracias por tus palabras. Ahora enséñame algo más.

—Con mucho gusto —respondió devolviéndole la sonrisa.

Linnet arrojó otro leño al fuego. Había pasado dos semanas en Sweetbriar y comenzaba a sentirse como si hubiera vivido allí toda la vida. Todos los habitantes del pueblo se habían convertido en sus amigos y los quería tanto por sus defectos como por sus virtudes. Ellos también la aceptaban —atizó el fuego con virulencia—, excepto Corinne Stark. Aquella muchacha aprovechaba cualquier oportunidad para soltar un comentario malicioso acerca de Linnet, incluso había difundido el rumor de que lo que Devon y ella hacían todas las noches a solas en la cabaña nada tenía que ver con la lectura.

Linnet se rió al recordarlo. No sabía con certeza a quién de los dos estaba intentando proteger la gente del pueblo: ¿trataban de ponerla a salvo a ella de Devon o, por el contrario, querían rescatar a su precioso Mac de las garras de la temible seductora Linnet? En todo caso, durante cuatro noches habían estado interrumpiendo sus lecciones constantemente, presentándose de improviso en la cabaña con las peores excusas imaginables. Al final, Devon se enojó muchísimo y les comunicó su opinión acerca de lo que pensaban y acerca de su ilegítimo derecho a inmiscuirse en el asunto, incluso aun si creían que lo que allí sucedía, lo que allí sucedía... (Linnet se ruborizó al pensarlo.) Por fin, acabaron por dejarlos

en paz, y Devon demostró estar haciendo rápidos progresos con su lectura.

Linnet se alisó la falda de su vestido nuevo, uno de los dos que había confeccionado, junto con dos delantales, un chal y un camisón; prendas, todas ellas, que ahora poseía. Devon se reía, afirmando que tenía más camisas que todos los hombres de Sweetbriar juntos, pero ella sabía que en realidad estaba contento.

Una llamada en la puerta la arrebató de sus pensamientos. Wilma Tucker se hallaba de pie, en la entrada. Tenía una mirada perturbada y sus manos se retorcían con nerviosismo.

—Es Jessie —exclamó—. ¿Está aquí?

—No, no está —Linnet frunció el ceño—. Entra y siéntate. Pareces muy alterada.

Wilma hundió el rostro en sus manos.

—Jessie se ha ido. Se ha escapado o lo han secuestrado. No sé. Anoche miré y creí que estaba en la cama, pero esta mañana solo he hallado un bulto de edredones. No ha pasado la noche en casa. Alguien se ha llevado a mi único hijo —gimió, y comenzó a llorar.

Linnet se esforzó por controlar su propio temor.

—Tranquila, quédate aquí y yo iré a por Devon. Él sabrá lo que hacer.

—Mac no está. Se fue a cazar antes del amanecer. Fui a buscarlo a él primero porque lo había olvidado. Entonces se me ocurrió acudir a ti. Pensé que como eres la chica de Devon...

Linnet parpadeó. «La chica de Devon.» Era la primera vez que oía a alguien declararlo de forma tan explícita.

—Lo buscaremos —se echó el chal sobre los hombros—. Ve a casa de los Stark y trae a Agnes. Ella sabrá qué hay que hacer. ¿Entiendes Wilma? ¿Dónde está Floyd? —Acababa de acordarse del padre de Jessie.

—Se fue a cazar con Mac.

Linnet agarró el brazo de Wilma: se hacía difícil controlar su pavor.

—¿Podría ser que Jessie hubiera ido con su padre?

—No. Jessie y Floyd tuvieron una pelea terrible. Floyd le dijo a Jessie que debía quedarse y ayudar a Jonathan en la granja, pero ya conoces a Jessie.

Sí, conocía a Jessie, y creía adivinar lo ocurrido. Jessie deseaba ir a

cazar con su padre y, como este no se lo permitió, decidió escaparse, después de amañar los edredones de la cama para que nadie se percatara de su ausencia.

—Wilma, ve a por Agnes. Los demás comenzaremos la búsqueda.

Linnet sintió que su temor crecía al recordar a los niños capturados por Oso Loco. Automáticamente, acudió a su memoria la imagen de su madre tendida cerca del fuego, con aquella mancha de sangre que se extendía junto a su cabeza. Una sensación de pánico comenzó a apoderarse de ella. A pesar de su bravuconada, Jessie no era más que un niño y se hallaba en grave peligro.

Prácticamente empujó a Wilma fuera de su casa.

—Ve a ver a Agnes. Ella te ayudará a reunir a la gente para comenzar la búsqueda —le repitió.

—¿Adonde vas tú?

—Voy a buscar a Jessie. Creo que conozco algunos lugares en los que podría encontrarse.

Linnet salió al aire frío de noviembre y emprendió el camino hacia el bosque. Su corazón latía desbocado.

Capítulo 5

Ya se ponía el sol cuando Devon llegó al claro montando en su caballo. Sonrió mientras miraba en la dirección de la cabaña de Linnet, preguntándose que habría preparado para cenar. Se detuvo un instante y pensó en lo mucho que disfrutaba de sus veladas a solas, en lo fácil que era hacerla reír, en cómo su preciosa boca... Decidió detener su línea de pensamientos, rió para sí y entró en el almacén.

—¿Ya has regresado, chico? —preguntó Gaylon.

—Sí, Floyd y yo hemos traído un ciervo. Tengo la mitad del animal ahí afuera.

—¿Te has enterado del alboroto que ha habido hoy? —le preguntó Gaylon.

—¿Qué alboroto?

—El pequeño Jessie Tucker se ha perdido.

Devon miró fijamente al viejo.

—¿Perdido? ¿Y ya le han encontrado?

—Oh, sí. Le han castigado a dormir en la leñera, que es justo donde su madre quería verle. Imagino que Floyd también tendrá algunas palabras con él.

—Se las merece —manifestó Devon, consciente de los peligros que el bosque entrañaba.

—Desde luego. Todo el pueblo ha estado buscándole. Han perdido una mañana entera de trabajo.

—Bueno, me alegro de que se encuentre sano y salvo. ¿Por qué no descargas ese ciervo y lo despellejas? Yo voy a cenar, me muero de hambre.

—Vuelves con tu pequeña, ¿eh? —comentó Gaylon con una sonrisa burlona—. ¿Cuándo la vas a desposar? Así podrás pasar todo el tiempo con ella. Alguna otra cosa sabrá hacer, aparte de leer y cocinar...

—Linnet es asunto mío y no necesito que ni tú ni nadie me diga lo que debo hacer —lo miró con severidad antes de esbozar una amplia sonrisa—. Me estoy tomando mi tiempo, eso es todo; disfrutando del envoltorio antes

de abrir el regalo.

—Eso está muy bien —replicó Gaylon con seriedad—, pero si yo fuera tú...

—Pero no lo eres —lo interrumpió bruscamente—, y es probable que nunca lo seas. Ahora ve a por el ciervo como te he pedido y deja que yo corteje a mi manera.

—Todo lo que quería decir es que la chica es demasiado bonita para andar suelta. Podría pasar algo. He oído que Worth Jamieson anda detrás de ella.

Devon le lanzó una mirada iracunda.

—No te lo tomes a mal —protestó Gaylon—. Sólo intento darte un consejo, pero ya conozco cómo sois los jóvenes. Yo era igual a tu edad, pensaba que lo sabía todo —Gaylon cerró la puerta tras de sí.

Devon salió afuera y se dirigió a la parte trasera del edificio, donde se encontraba el barril que utilizaban para recoger el agua de lluvia. Se lavó con ella la suciedad acumulada tras la jornada de caza y, mientras secaba sus fornidos antebrazos, pensó en cuánta razón tenía Gaylon. Pero, ¿qué significaba Linnet para él exactamente? Sabía cuánto le agradaba estar cerca de ella y cómo a veces, cuando el hombro de ella rozaba el suyo, provocaba en él una reacción inmediata que lo hacía estremecer de vergüenza. «¡Diablos!», pensó, el mero recuerdo de su proximidad era capaz de producir aquel efecto en su cuerpo. Sonrió socarronamente y sus blancos dientes relucieron a la luz de la luna: Worth Jamieson. No era más que un chico, mientras que él, Mac, era un hombre adulto. No le preocupaba Jamieson.

Miró hacia el cielo, y las estrellas le recordaron que se estaba haciendo tarde. Se frotó las palmas de las manos, aún húmedas, contra los muslos y caminó hasta la cabaña de Linnet. Se sorprendió al ver que ésta no respondía de inmediato; siempre solía estar esperándolo. Empujó la puerta que se abrió sin más, pues el pestillo no estaba echado.

—¿Linnet?

Al instante advirtió su ausencia y soltó una maldición. Se inquietó al ver lo mal que se sentía al no poder verla enseguida. En el camino de regreso al almacén no halló ni rastro de ella. Se dirigió a la parte trasera del edificio.

Gaylon estaba agachado sobre el cuerpo del ciervo, cuchillo en ristre.

—¿Has visto a Linnet?

—No la he visto en todo el día, pero yo casi nunca la veo. Prueba en casa de los Emerson. Quizás ha creído que no ibas a regresar esta noche.

—Pero si se lo dije...

—Puede que lo olvidara, chico. Tú no eres el único en su vida.

Devon le lanzó una mirada asesina destinada a acallarlo de golpe, pero Gaylon no tenía intención de decir más; se limitó a reír y volvió a concentrarse en el ciervo. Devon colocó una brida a su caballo, que estaba exhausto, y lo condujo fuera del establo. Se deslizó sigilosamente sobre el lomo desnudo del animal y cabalgó hacia la cabaña de los Emerson.

La muchacha no estaba allí y nadie la había visto en todo el día, así que se dirigió a casa de los Tucker.

Al cabo de un rato abandonaba a la familia Tucker profiriendo toda suerte de improperios. Wilma había ido a casa de Linnet a pedirle auxilio, pero cuando el niño apareció nadie cayó en la cuenta de que había que informar a Linnet. Devon estuvo hablando con Jessie unos minutos y tenía alguna idea de dónde podía haber ido a buscar al chico. Se sentía tan furioso con ellos que no se juzgaba responsable de lo que pudiera decir o hacer; así que prefirió marcharse cuanto antes sin decirles lo que opinaba, aunque se figuraba que ya se lo imaginaban.

La luna se había ocultado, estaba muy oscuro y hacía un frío gélido. La estuvo llamando durante horas sin obtener respuesta, ya casi no le quedaba voz. El temor de no encontrarla jamás, de que Oso Loco se hubiera vengado de él quitándole a la chica, le perforaba el estómago. Devon ladeó la cabeza y escuchó. Había oído un sonido lejano, apenas perceptible. No era un ruido común del bosque. Sin embargo, él ya se había alejado unos veinticinco kilómetros de Sweetbriar. ¡Ella no podía haber llegado tan lejos!

Hizo que su caballo se adelantara y, cuando ella apareció en forma de sombra, acurrucada bajo un árbol, desmontó quedamente y se arrodilló junto a la chica.

—¿Linnet? —susurró con una voz que contenía toda la preocupación,

toda la agonía que sintió mientras no conseguía encontrarla.

Ella le volvió un rostro pálido, devastado por las lágrimas. Era su llanto lo que había escuchado. Sin pronunciar palabra, se dejó caer desfallecida sobre él y Devon la sostuvo en los brazos, abrazándola con alivio.

—Jessie —lloraba—. Se ha perdido.

—Linnet —él le levantó la cabeza para mirarla de frente—, Jessie está a salvo. Se enojó con su padre y se escondió, eso es todo. Está bien. Perfectamente —notó que su enojo hacia los Tucker aumentaba.

Las lágrimas de Linnet no cesaron, sino que comenzaron a aflorar de nuevo.

—Fue como... Fue como...

—¿Como cuando Oso Loco os secuestró a ti y a los niños? —preguntó en voz baja.

Linnet se atoró con las palabras, pero sacudió la cabeza contra el pecho de él en un movimiento afirmativo.

Devon se reclinó contra el árbol y la atrajo hasta su regazo, reparando una vez más en lo menuda, en lo delicada que era. Maldecía a Wilma Tucker por haber depositado semejante carga sobre los hombros tan pequeños y frágiles que ahora sostenía. Todos se comportaban igual últimamente, a sabiendas de que ella siempre escucharía sus problemas, que siempre les tendería una mano amiga, sin importarle nunca lo que ellos le estuvieran haciendo.

—Explícamelo, Linnet, háblame de esos momentos —Linnet negó con la cabeza. Quería mantener esos recuerdos enterrados. Él le acarició la mejilla—. Lo compartiré contigo. Cuéntamelo todo.

Las palabras comenzaron a brotar, poco a poco al principio, pero pronto, tropezando una con otra en su prisa por salir. Habló del pavor que sintió durante el ataque de los indios, de cuando vio a su madre yaciendo sobre su propia sangre, de no saber de su padre, de la larga y ardua marcha con los niños. Habló de lo aterrada que se sintió cuando los indios la golpearon y cuando ella pensó que la abandonarían para que muriera de inanición. Sintió que los brazos de Devon la enlazaban con fuerza, sujetándola con reconfortante protección.

—Devon, estaba aterrorizada.

Él le acarició el brazo.

—Ya no tienes nada que temer. Estoy aquí y ahora estás a salvo.

—Siempre me siento segura cuando estás a mi lado. Siempre has venido a mí, siempre has estado cerca cuando te he necesitado.

Linnet se retiró y levantó la vista para mirarlo. Devon apartó el cabello empapado en lágrimas de su rostro. El cielo empezaba a clarear en las tempranas horas de la mañana y su boca se hallaba tan cerca de la suya, que casi podía sentir su tacto suave. Sus senos se apoyaban contra su pecho. Devon hizo ademán de besarla.

Pero Linnet se echó para atrás.

—Tenía miedo de que se hubieran llevado a Jessie, de que tuviera que vivir lejos de su propia familia, como les ocurrió a los demás niños. Devon, deberías haber visto al pequeño Ulysses. Era un niño encantador, muy dulce. Jessie es como él.

Devon la soltó con desdén.

—No puedes dejar nada en paz, ¿verdad? Me vas a llevar a la tumba, acosándome continuamente con esos condenados niños que no significan nada para mí.

—Vaya, vaya. ¿Qué tenemos aquí? ¿Una riña de enamorados? —preguntó una voz que venía de arriba.

Ambos se volvieron para descubrir a Cord Macalister, que se alzaba ante ellos. Solo una palabra era capaz de describir a Cord Macalister: deslumbrante. Era un hombre de complexión fuerte. Estaba de pie, con las piernas separadas y las manos en la cintura. Vestía pantalones de gamuza blanca, con flecos de medio metro colgando a lo largo de sus costuras. Su amplio pecho estaba cubierto por un intrincado diseño de diminutas cuentas de cristal que captaban y reflejaban la temprana luz matinal. Su cabello espeso y ondulado tenía el mismo color que la luz solar, y sus ojos el del más azul de los lagos. Contempló el semblante de Linnet, convencido del efecto que había de causar en ella: esa mirada que todas las mujeres ponían la primera vez que lo veían, o incluso la milésima vez, para el caso era igual. Cuando advirtió esa misma mirada en el rostro de Linnet, le regaló su mejor sonrisa, aquella sonrisa que, según numerosas mujeres afirmaban, rivalizaba con la hermosura de las estrellas.

Devon también advirtió esa expresión en el rostro de Linnet y la miró asqueado. La retiró de su regazo y la ayudó a ponerse de pie. Cuando ella lo interrogó con la mirada, él giró la cabeza hacia otro lado.

—Cord —dijo Devon con sequedad—, no esperaba verte tan pronto.

—¿No esperabas verme tan pronto este año o no esperabas ver a nadie tan pronto por la mañana? —replicó sonriendo con aire de guasa y mirando a Linnet.

Devon apretó bien fuerte los dientes ¿Cómo es que Linnet no le ofrece la mano para presentarse como hace siempre? Se preguntó.

—Esta es Linnet Tyler. Linnet, este es Cord Macalister.

—Tyler, ¿eh? Al veros a los dos tan *rejuntos* pensé que debía de ser una Macalister. Me gusta que no lo sea —sus ojos recorrieron su cuerpo, su pelo enredado, colmado de hojas—. Sí, señor, me gusta de veras que todavía esté *suelta*.

Devon comenzó a sentir la hostilidad que afloraba en su interior cada vez que tenía a Cord cerca. Una hostilidad que se había generado con los años, a base de estar juntos y de percatarse de cómo las mujeres reaccionaban ante él.

—Vamos —sugirió, agarrando con brusquedad el brazo de Linnet—. Debemos volver a Sweetbriar para que te metas en la cama. Tienes un aspecto terrible.

—Bueno, bueno, primito, sobre gustos no hay nada escrito. A mí el aspecto de esta pequeña dama me parece terriblemente hermoso. ¿Sólo tienes un caballo?

—Sí, acabo de encontrar a Linnet —le explicó brevemente la desaparición de Jessie y cómo Linnet había salido en su búsqueda.

—Entonces, sólo tienes un caballo medio muerto —Cord observó a Linnet atentamente, pensando que su relación con Mac no era en absoluto lo que el había supuesto en un principio. Ahora Linnet alzaba la cabeza y lo miraba con esos ojos enormes.

—¿De qué color son tus ojos?

—No... No sé —le falló la voz.

Cord rió entre dientes y lanzó una arrogante mirada a Devon.

—Mac, primo querido, ¿por qué no devuelvo yo a esta damita a Sweetbriar en mi montura? No querrás matar de agotamiento a tu único caballo.

—No —dijo Linnet categóricamente— Devon...

—¿Devon? —la interrumpió Cord—. Vaya, me parece recordar que tu otro nombre era Devon. Aunque nunca he oído a nadie llamarte así.

Devon lanzó una mirada iracunda a su primo.

—Llévatela, si quieres. No tengo ningún mando sobre ella.

Cord sonrió cínicamente.

—Bien, me agrada oír eso, chico.

Antes de que Linnet fuera capaz de protestar, la prendió, la colocó sobre la silla de su caballo blanco, montó detrás de ella e instigó al animal para comenzar la marcha.

—Bueno, chiquilla, cuéntame qué haces tú en Sweetbriar.

Ella le relató brevemente cómo Devon la había rescatado.

Cord rió a pleno pulmón y el sonido de su carcajada vibró en el aire.

—Vaya, vaya, si ese no es un modo de impresionar a una dama, no sé qué es. El viejo Mac mató a Lobo Moteado. Oso Loco no va a olvidarlo fácilmente, Lobo Moteado era su hermano.

Llegaron a Sweetbriar horas más tarde; todo el pueblo los estaba esperando en el claro. Se sorprendieron un poco al ver a Linnet montada delante de Cord, pero se sintieron aliviados al comprobar que se encontraba ilesa.

Floyd Tucker la bajó del caballo.

—Linnet, siento mucho lo que ha pasado.

—Y yo —dijo Wilma, empezando a llorar—. Estaba tan inmersa en mis propios problemas, que no pensé en nadie más.

—Está bien, Wilma —Linnet le dio unas palmaditas en el brazo.

—No, no está bien —Devon desmontó del caballo. No había cabalgado junto a Cord, sino que había tomado otra ruta, solo—. ¡Linnet podría haber muerto mientras estaba ahí fuera buscando a tu chico!

Wilma aspiró fuertemente.

—¡Devon! No pasa nada. No se ha producido ningún daño —insistió Linnet.

—¿No se ha producido ningún daño? ¡No he comido nada desde ayer al mediodía, he perdido una noche entera de sueño, y tú dices que no se ha producido ningún daño!

Ella lo miró enojada, y su boca se convirtió en una línea recta.

—Siento profundamente haberte importunado hasta tal extremo. Estoy convencida de que seré capaz de conseguirte algo de comer.

Devon igualó su enojo al de ella.

—No te molestes. No quisiera alejarte de ninguna de tus otras obligaciones... o intereses. Si me disculpas, tengo mis propios asuntos que atender.

Se volvió para entrar en el almacén y cerró la puerta tras de sí, dando un portazo.

En el claro, Gaylon dio un codazo a Doll.

—¿Qué crees que causó ese arranque?

Doll lanzó un escupitajo de tabaco de mascar y agitó la cabeza mirando hacia la ancha espalda de Cord. El trampero estaba de pie rodeado de mujeres, desde las mellizas de siete años de los Stark hasta Agnes Emerson.

—Creo que ese de ahí es el problema. Siempre ha sido el problema de Mac.

Gaylon observó la escena con repugnancia.

—No sé yo qué le ven las mujeres. Es todo de relumbrón, como el lujoso plumaje que un día vi luciendo sobre la cabeza de un caballo de gala.

—Bueno, sea lo que sea, a las mujeres parece gustarles.

En la cabaña, Linnet se quedó un rato sentada en silencio, satisfecha de haberse alejado del bullicio. Se lavó la cara y las manos y empezó a quitarse el vestido, pero no se había desabrochado más que unos pocos botones cuando cayó desfallecida sobre la cama, y se quedó profundamente dormida antes de poder arreglarse.

La despertaron unos golpes en la puerta. Miró rápidamente a través de la ventana y vio que comenzaba a oscurecer. Devon había acudido a su cena y a su sesión de lectura y ella estaba todavía durmiendo. Aletargada aún, se levantó de la cama y gritó:

—¡Adelante! —y luego recordó que a Devon no le agradaba que hiciera eso.

Cord Macalister se quedó de pie, justo en el umbral de la puerta.

—¿Qué me aspen si no da gusto verte!

Sus ojos barrieron las mejillas de ella, sonrojadas, su cabello dorado, que fluía sobre sus hombros, derramándose sobre su espalda, y su vestido desabrochado, que revelaba la curva completa de su pecho.

—Cord, No suponía que...

—¿Esperabas a Mac? Vaya, es más afortunado de lo que creía.

Linnet se apresuró a abrocharse el vestido y recogió su pelo hacia atrás, formando una larga y gruesa trenza que caía sobre la espalda.

—¿Qué puedo hacer por ti?

Cord se acomodó en el banco que se hallaba junto a la mesa, con sus largas piernas estiradas, apoyadas en el suelo. Había en Cord Macalister un cierto aire de exigencia que conseguía que uno se viera obligado a prestarle atención, a ser consciente de su presencia en todo momento.

—Solo intento comportarme como un buen vecino. Pensé que nos apetecería conocernos mejor.

Sus ojos rieron divertidos cuando Linnet se vio obligada a pasar por encima de sus piernas para acceder a la chimenea.

—Me temo que habrás de disculparme: debo preparar la cena.

La observó mientras ella se apresuraba a pelar patatas y a echarlas en el puchero.

—Parece un montón de comida para alguien tan pequeña como tú.

—Es para Devon. Cena aquí.

—Vaya, qué conveniente para él, ¿eh?

—Es lo menos que puedo hacer para compensarle.

Después de observarla de arriba abajo, imaginándola sin ropa, Cord volvió a conducir su mirada hasta sus ojos.

—Creo que yo sabría encontrar otra manera de cobrar una deuda, si fueras tú la que me debiera.

Llamaron a la puerta y Cord gritó:

—¡Adelante!

Linnet no tuvo ocasión de responder.

Devon perdió su sonrisa al ver a Cord y dedicó una fría mirada a Linnet.

—No sabía que tuvieras compañía. Iré a ocuparme de mis asuntos.

—Vamos, primo, no seas así. Esta damita está preparando una cena estupenda. Seguro que hay bastante para los tres.

Devon lanzó una mirada de desprecio a Linnet.

—No desearía interrumpir nada. Buenas noches.

Cerró la puerta de un golpe.

Linnet hizo ademán de ir tras él, pero Cord la asió del brazo.

—Déjalo. Siempre ha sido así. Tiene el genio más vivo que he visto. No se le puede decir nada sin que se haga mala sangre.

Los ojos de Linnet atraparon a los de Cord y los fulminaron con rabia.

—Y tú, sabiéndolo, provocas su ira deliberadamente.

Cord la miró con incredulidad.

—Bueno, quizá tengas razón, pero cuando la presa es una cosita tan dulce como tú, diría que en la cacería todas las artes son buenas —sujetaba el brazo de Linnet y desplazó la mano desde su muñeca hasta su codo.

Ella se apartó de él enojada.

—Ahora que te has invitado a cenar, más vale que comas... —echó un cucharón de estofado medio crudo en un cuenco de madera, salpicándose el vestido.

Cord estaba fascinado. En treinta y seis años ninguna mujer se había resistido a sus encantos, es decir, ninguna que él hubiera decidido poseer. Por esa razón, sentía un respeto reverencial por la actitud de esta mujer.

Comió muy despacio, sin reparar en lo que estaba engullendo, pero contemplando a Linnet mientras esta, de muy mal genio, metía y sacaba una aguja de coser en lo que parecía ser una camisa de hombre.

Cuando hubo terminado de comer, se alzó y se estiró. Los flecos blancos de sus pantalones se mecieron a su alrededor y sus cuentas resplandecieron a la luz del fuego. Sonrió y se percató de que Linnet lo estaba observando.

—Señorita Tyler, encanto, ha sido una velada muy interesante, pero se me hace tarde.

Ella asintió con la cabeza.

—Buenas noches.

Él le dedicó una última sonrisa y entonces se detuvo en la puerta, pensativo.

—Sweetbriar nunca me ha gustado demasiado para vivir, pero quizá cambie de opinión bien pronto. Podría quedarme por aquí este invierno, a ver qué pasa —comentó antes de marchar definitivamente.

Caminó hasta el almacén de Devon, sabedor de que habría gente allí esperándolo. Era un buen narrador de historias y a los habitantes de Sweetbriar les complacían sus visitas. Sonrió ampliamente a los niños que estaban enfrente de la chimenea; les habían permitido quedarse despiertos por ser la primera noche de Cord en el pueblo. Se acercó al ancho mostrador, donde se hallaba su primo.

—Vaya cocinera, esa damita tuya.

Devon dedicó una mirada glacial al hombre que, aún siendo diez años mayor que él, había sido su rival la mayor parte de su vida.

—No lleva mi marca, así que...

—Solo quería oírlo otra vez. Me alegra oírlo, sí señor.

Avanzó lentamente hacia la chimenea, al tiempo que empezaba a contar una historia.

Capítulo 6

Linnet se detuvo un momento en la entrada, sin decir nada. Llevaba una cesta bajo el brazo, cubierta con un paño. Contempló a Cord, que seguía rodeado de gente arrobada por su magnetismo. Linnet fue capaz de distinguirlo por el rubio deslumbrante de su cabello y sus pantalones blancos de flecos, que le hacían destacar entre la multitud.

Doll Stark la agarró del brazo y la dirigió discretamente hasta una puerta situada al fondo del almacén. Nadie la vio cuando Linnet la cruzó creyendo que conducía al exterior, a los establos. Se sobresaltó momentáneamente al descubrir que se hallaba en otra habitación, y transcurrió un instante antes de que sus pupilas se ajustaran a la oscuridad y pudiera ver a Devon tendido en un camastro, con su camisa y sus botas echadas sobre un banco. Su piel morena resplandecía a la luz de la luna y Linnet reparó en su pelo negro, espeso, ligeramente rizado a la altura del cuello. Se quedó maravillada de lo joven que parecía, de lo mucho que se asemejaba a uno de los guerreros de Oso Loco. Recordó el colgante que llevaba la noche en que la rescató.

Se acercó a hurtadillas a un banco ubicado al lado de la cama. Debería marcharse, pensó, debería dejar la cesta de comida allí y marcharse. Los dedos de Devon se agitaron un instante durante lo que debía de ser un sueño. ¡Cómo deseaba tocarlo! De repente, los ojos de Devon se abrieron y la miraron fijamente, con aquel azul intenso tan incompatible con su piel oscura.

—Te he traído la cena —dijo con voz queda—. No hubiera entrado aquí de no ser porque Doll Stark me condujo en esta dirección y yo pensé que la puerta daba al exterior —explicó precipitadamente.

Por supuesto, eso no explicaba por qué estaba sentada a apenas medio metro de él, ni por qué había extendido la mano para rozar los cálidos dedos de él.

Devon se sentó en la cama, con los pies desnudos en el suelo, y pasó la mano por su espeso cabello, mientras ella especulaba sobre si sería áspero o suave. No tenía vello en el pecho, solo una piel limpia y morena que cubría

unos músculos magros, estilizados.

—No tenías por qué traerme nada.

Linnet sonrió tratando de sostenerle la mirada.

—Ya sé que no tenía que hacerlo, pero quería hacerlo. No podía permitir que pasaras hambre, en especial siendo yo la culpable de que no hayas comido ni dormido.

Devon tomó la cesta de manos de Linnet.

—A veces me enfurezco y digo cosas que no pienso en serio. ¡Oh, Dios! ¡No me digas que esto es pollo frito!

—Un pollo entero y toda una tarta de manzana.

—Creo que seré capaz de comérmelo todo.

—Eso pensé yo.

Mientras Devon hincaba el diente a un muslo de pollo, Linnet inspeccionó la habitación. Había un estante colgado en la pared del fondo, y se acercó a él para examinar los objetos decorativos que había encima. No conseguía distinguirlos claramente a causa de la oscuridad, pero comprobó que eran esculturas de madera, como la que había visto en la tienda. Recorrió una de ellas con las manos, apreciando la suavidad de la talla, al tiempo que Devon la observaba.

—¿Las has hecho tú?

Él asintió moviendo la cabeza con la boca llena.

—Devon, ¿eres consciente de que son piezas de arte? ¿De que si vivieras en el este, probablemente se venderían a precios muy elevados?

Devon hizo una breve pausa, reteniendo un bocado en el carrillo, antes de seguir masticando.

—Sólo son tallas. Mi viejo era mucho mejor que yo.

—No me lo imagino —opinó, tomando otra pieza en su mano—. ¿Cómo era? Me refiero a tu padre. Devon sonrió.

—Era un buen hombre. Agradaba a todo el mundo. El mejor padre que un chico pudiera tener. Me dejaba en paz cuando lo necesitaba y me curtía cuando me lo merecía.

—No era muy mayor cuando murió, ¿verdad?

—No —contestó él escuetamente.

—¿Qué pasó? —preguntó ella con voz suave. —Un oso.

Devon pareció depositar todo su dolor en ese único vocablo, el dolor profundo que experimentó al ver a su padre desgarrado por aquel oso. Gaylon tuvo que agarrarlo con firmeza para contenerlo, ya que, de lo contrario, se hubiera abalanzado contra aquel animal para destriparlo con sus manos. Más tarde, Devon se preguntó de dónde debía sacar la fuerza ese anciano, pues Devon era ya un robusto joven de veintitrés años.

—Quédate algunas si quieres —señaló hacia las figuras con un gesto—, o todas, no me importa.

—Devon, debería importarte. Son preciosas, y no deberías regalarlas indiscriminadamente.

—No entiendo lo que quieres decir.

—Que no deberías regalárselas a cualquier persona, así porque sí.

—¿Por qué no? —inquirió—. Son más y hay mucha más madera ahí fuera, de donde éstas provienen.

—Devon Macalister, no oses volver a enojarte conmigo. Ya he tenido suficiente por una noche.

Sus palabras le recordaron a Cord y Devon prosiguió comiendo en silencio.

—De todos modos, sí me gustaría tener una, aunque está tan oscuro que ahora sería incapaz de decidir cuál prefiero.

Se dirigió hacia Devon.

—Me llevaré la cesta si ya has terminado.

—Estaba bueno; una de las mejores comidas que he tomado jamás —comentó con la voz somnolienta, mientras colocaba los pies en la cama—. Gracias.

—Buenas noches, Devon —se despidió desde la puerta.

—Buenas noches, Lynna.

A la mañana siguiente, Linnet acudió al almacén de Devon, pero Gaylon le informó de que se había marchado muy temprano, con el caballo completamente cargado de comida.

—Casi siempre se marcha cuando aparece Cord —comentó Doll—. Va a visitar a su bisabuelo, el Shawnee.

—No te preocupes, volverá —añadió Gaylon.

Linnet no podía concebir lo sola que se sintió los días posteriores a su marcha. Pasaba algunos ratos con los habitantes de Sweetbriar, pero ellos tenían sus vidas y no demasiado tiempo libre para estar con ella.

Cuando Cord la invitó a dar un paseo a caballo, Linnet vaciló un instante, pero aceptó. Le interesaba averiguar cuál era la causa de la animosidad que existía entre los dos hombres.

Cord se colocó las manos en la cintura y agachó la cabeza para mirarla, con una tenue sonrisa en los labios.

—No me tendrás miedo, ¿no?

Ella lo contempló un instante.

—No, no tengo.

—Entonces, no se hable más. Le he pedido un caballo a Floyd Tucker, así que, si estás preparada, podemos partir cuando quieras.

La idea de montar a caballo y apartarse del asentamiento la tentaba.

—Sí, me apetece dar un paseo a caballo, Cord. Deja que vaya a buscar mi chal.

Cord la observó entrar en su pequeña cabaña, tras lo que dirigió su mirada hacia el cielo gris. «Sí, señor», pensó, todo iba a salir según lo había planeado.

Linnet era consciente de que el tiempo era demasiado cálido para aquella época del año. Todos afirmaban que aquel clima no duraría mucho; ese día estaba nublado y había algo extraño en el ambiente, como si se hubiera formado un vacío en todas las cosas y cada ruido resonara como un eco a través de los árboles. Cord apenas dijo nada, se limitó a dirigirla a través de un sendero angosto que conducía hacia el interior del bosque. Daba la impresión de que hubieran recorrido kilómetros.

—¿Cord, no nos hemos alejado ya bastante del pueblo? Devon no deja de prevenirme acerca de los indios.

Él le dirigió una sonrisa burlona.

—Sólo porque ese primo mío a veces viva con los indios, no significa que sea el único que los conoce. Puedes confiar en mí, no te llevaré a ningún sitio que no sea seguro. De todos modos, ya hemos llegado.

Linnet detuvo su caballo al lado del caballo de Cord y se quedaron así,

juntos, sentados sobre sus monturas, admirando la amplia extensión azul del Río Cumberland.

—Es bonito, ¿verdad que sí? —observó Cord, rompiendo el silencio.

—Sí, es impresionante.

Él desmontó.

—¿Tenéis algo así en Inglaterra?

—Todo en América parece más grande, incluso las personas parecen de mayor envergadura.

Cord se acercó al caballo de Linnet y alzó los brazos para ayudarla a desmontar, tal como había hecho Devon tantas veces. Linnet apoyó las manos en sus hombros y él la elevó en el aire y la depositó en el suelo, pero no la soltó, continuó asiéndola firmemente por la cintura. Durante un segundo, la miró a los ojos y Linnet notó cómo su corazón se aceleraba. Su deliberada forma de aferrarla y la confianza que emanaba la dejaron sin respiración. Lentamente, fue acercando su rostro al de ella, sus ojos buscando los suyos todo el tiempo. Sus labios rozaron suavemente los de Linnet cuando, en un instante, empezaron a separarlos para abrir su boca. Al principio Linnet se sobresaltó, pero la sensación no la molestó lo más mínimo; de hecho, el beso le gustó. Cord apartó su boca de la suya y la atrajo contra su pecho, de manera que Linnet podía oír palpar su corazón. Extrañamente, el suyo había retornado al ritmo normal.

—Eres una cosita muy dulce, Linnet —dijo, acariciando su cabello.

La apartó de sí para contemplar su rostro, pero antes de que ninguno de los dos pudiera decir nada, los cielos se desprendieron, partidos en dos por el brillante resplandor de los rayos. Inmediatamente, cortinas de lluvia glacial colmaron el aire.

Linnet emitió un grito ahogado cuando la primera acometida la caló hasta los huesos y empezó a tiritar al instante.

—Agarra a tu caballo —rugió Cord, por encima del estruendo del agua—. Sígueme.

Linnet tomó las riendas y siguió a aquel hombre imponente. En pocos minutos, Cord la había dirigido a una cueva seca y profunda. Retorció su cabello para escurrirlo y se enjugó el agua de la cara, mientras Cord conducía a los caballos hasta la parte trasera de la cueva y los desensillaba.

—Toma esto, te servirá hasta que acabe de preparar el fuego —le dijo, colocando una manta sobre sus hombros.

Ella lo observó, mientras él recogía ramas de una enorme pila de leña amontonada contra la pared y encendía el fuego.

—Ahora, ven aquí y entra en calor. Estás congelada —frotó sus hombros fríos y húmedos, que pronto recuperaron algo de circulación.

Linnet sostuvo sus manos por encima del fuego.

—Ésta es sin duda la lluvia más fría que jamás he experimentado.

—No tardará demasiado en convertirse en nieve —dijo, al tiempo que arrojaba algo más de leña al fuego—. Me temo que nuestro veranillo de San Martín ha llegado a su término y el invierno se avecina.

—Fue una suerte que conocieras esta cueva —lo miró mientras él se mantenía en silencio.

Cord se volvió hacia ella con una mirada risueña.

—Sí que fue una suerte —tendiéndose sobre el suelo de arena, la cabeza apoyada sobre un brazo plegado, extendió la mano hacia ella haciendo un gesto que indicaba aproximación—. ¿Por qué no te acercas y continuamos donde la lluvia nos interrumpió?

Linnet lo miró fijamente un instante. La lluvia gélida formaba una densa pared de agua frente a la entrada que los encerraba dentro de la caverna. Ella dirigió su mirada a la pila de leña y, a continuación, se levantó y se acercó a la boca de la cueva para contemplar la lluvia, tiritando de frío, lejos del calor del fuego.

—Tú planeaste todo esto, ¿no es cierto?

—Pero bueno, ¿cómo podría planear yo una tormenta como ésta?

—Has vivido mucho años en el bosque y conoces cómo se comporta el tiempo en Kentucky.

Lentamente, Cord esbozó una sonrisa maliciosa, reparando en el vestido de ella, húmedo, adherido, pensando en su piel cremosa y suave.

—Bueno, admito que sospechaba lo que podía ocurrir hoy y pensé que más valía estar preparado. ¿Qué te inquieta? No va a pasar nada que tú no vayas a gozar tanto como yo.

—Dime Cord, ¿qué sucedería si te dijera que no?

Él la observó con una mirada de genuina sorpresa.

—Pues, ahora que lo pienso, no lo sé muy bien. Ninguna mujer me ha dicho nunca que no.

Linnet continuaba observándolo fijamente, pero su mirada adquirió una expresión más severa.

—La verdad es, Linnet, que no sé si me gustaría que una mujer me dijera que no.

Linnet volvió a catar la lluvia.

—No estarás pensando en salir con la que está cayendo, ¿verdad? Está enfriando por momentos y dudo que conozcas el camino de vuelta a Sweetbriar. Vamos, ¿por qué no dejas ese mal genio y vuelves aquí, junto al fuego?

La ojeó un momento y se echó a reír. Linnet se volvió a mirarlo.

—Imagino que ésta debe de ser la primera vez que estás en esta situación con un hombre, y eso te asusta. No hay nada que temer. Seré cuidadoso y casi no sentirás dolor.

Linnet volvió a acercarse al fuego y recogió su chal. Cord alargó la mano pero falló en agarrar su falda. Entonces se incorporó; sus ojos echaban chispas.

—¡No vas a salir con la que cae!

—Me temo que no me dejas elección. O me quedo aquí y... —suspiró —. O me arriesgo ahí fuera. Prefiero la lluvia.

Cord se puso de pie, con una expresión de ira en el rostro.

—No he forzado a una mujer en la vida y no voy a comenzar a hacerlo ahora.

Linnet se detuvo a anudarse el chal.

—¿Significa eso que si me quedo, me dejarás tranquila?

La increíble furia que inundó los ojos de Cord sirvió como respuesta.

—En ese caso, no tengo elección.

—Muy bien, pero no creas que voy a salir en tu busca para rescatarte como hizo Mac. Si sales ahí fuera, vas sola. Te veré en tu funeral —sus ojos recorrieron el cuerpo de Linnet—. Qué desperdicio —comentó desdeñosamente.

Linnet echó una última ojeada al cálido fuego y agachó la cabeza, al tiempo que cruzaba la pared de agua para aventurarse en la gélida lluvia

torrencial.

Cord la contempló por un momento, después se volvió y le dio una patada a una roca suelta que había en el suelo de la cueva. Se sentó junto al fuego sobre la calidez de la manta. «Esa mujer lo supera todo», dijo en voz alta, sacudiendo la cabeza con un gesto de resignación y esbozando una sonrisa divertida. Esperaría unos minutos y luego saldría a buscarla. Estaría más que dispuesta a volver con él, después de pasar un tiempo a la intemperie. Desperezándose, colocó los brazos detrás de la cabeza. Había que reconocer que la chica tenía coraje, pensó, al tiempo que se frotaba las manos sobre el fuego y evocaba el momento en que la había besado. En toda su vida no había deseado nada con tanta vehemencia como deseaba a esta mujercita.

Linnet pudo comprobar cuan ciertas eran las palabras de Cord tan pronto como la lluvia se volvió aguanieve. El agua se heló sobre su cabello mojado y pequeños carámbanos de hielo pendían de su chal. Ya no sentía los pies, pero mantuvo la cabeza gacha contra el torrente de aguanieve que la azotaba de frente, y continuó avanzando. Cord se había equivocado de lleno en un aspecto: Linnet tenía un excelente sentido de la orientación y, en esos momentos, se dirigía inequívocamente hacia la casa de Agnes Emerson. Hubo un momento en que le pareció oír a alguien andando cerca y vislumbró los inconfundibles pantalones de gamuza blanca de Cord a través de los árboles. Se ocultó tras una inmensa cepa de árbol podrida y aguardó a que Cord se alejara.

Al cabo de una hora, dudaba de lo acertado de su decisión de abandonar la calidez de la cueva. Puestos a comparar, Cord no sería peor que la muerte. Lo que sentía superaba el concepto de frío, su cuerpo estaba tan entumecido que ni siquiera era capaz de temblar. El aguanieve se convirtió en nieve y su vestido húmedo se congeló sobre ella, pegándose a su piel y actuando a modo de lastre.

Resultaba extraño cómo su cuerpo insensible había dejado ya de percibir el frío, pero, por otro lado, Linnet empezó a sentir una incontenible somnolencia. Todo lo que deseaba era acostarse en alguna parte y dormir. Oyó el ladrido de un perro a lo lejos, pero su mente estaba demasiado ofuscada para tomar conciencia de aquel sonido. Si conseguía dormir un

rato, podría después levantarse y caminar un poco más. La casa de Agnes no debía de estar lejos. A su paso halló un árbol caído; junto al tronco se había formado una mullida cama de nieve blanca y suave. Hundió las rodillas en ella y tocó aquella apetecible sustancia blanda. Al tacto de sus manos, que habían superado el color azul para adquirir un horrible tono grisáceo, la nieve se antojaba casi templada. Se tendió sobre ella y cayó en la bendición del sueño. Algo rozó su rostro, pero no la despertó.

—¡Mamá! ¡Aquí está! ¡La he encontrado!

Agnes echó a correr bajo la nevada hacia donde se encontraba su hijo de dieciocho años. Doyle se arrodilló al lado de la forma inmóvil de Linnet y le sacudió la nieve de la cara. Con una mano, palpó el cuello de la chica para comprobar que estaba con vida. Inclinandose sobre ella, la alzó en brazos, horrorizado por la rigidez de su vestido helado.

—Aún está viva —dijo cuando apareció Agnes.

—Llevémosla a casa. ¿Puedes con ella?

Doyle lanzó una mirada despectiva a su madre. ¿Cuándo se iba a dar cuenta de que ya era un hombre hecho y derecho? Sostuvo a Linnet, estrechándola firmemente contra su cuerpo, tratando de transferirle su calor. Estaba tan fría y rígida como un trozo de hierro, solo que, gracias a Dios, no era tan pesada. Rápidamente, alcanzaron la cabaña, y su madre le hizo señas para que depositara a Linnet en la cama que ella misma había acercado a la chimenea.

—Ahora sal y tráete a Lonnie y a tu padre. Mientras, yo la iré haciendo entrar en calor.

Doyle salió con presteza, preguntándose si un cuerpo tan helado como el de Linnet conseguiría alguna vez volver a la vida. Agnes tuvo que cortar el vestido para sacárselo, ya que la tela estaba demasiado fría para manejarla. A continuación, envolvió a la chica en uno de sus inmensos camisones de franela y frotó todo su cuerpo con una basta manta de lana.

La puerta se abrió y entraron Doyle, su padre, y su hermano Lonnie, de ocho años.

—Está muy fea, mamá. ¿Está muerta? —preguntó Lonnie.

—No —respondió Agnes con brusquedad—. No está muerta y no se morirá. Lyttle —dirigiéndose a su marido—, frótale los pies y tú, Doyle,

prepara un té de sasafrás caliente.

—¿Yo qué hago? —preguntó Lonnie impaciente.

—Tú frótale las manos. ¿Crees que podrás hacerlo?

—Claro, mamá —empezó con su tarea—. Míralas, son tan pequeñitas y tienen un color tan raro ¿verdad?

Agnes se sentó en el borde de la cama y meció la cabeza de Linnet en su regazo.

—¿Por qué no dice nada, mamá? ¿Por qué está ahí tendida como si estuviera muerta?

—Porque está muy fría, Lonnie, y lo que nosotros tenemos que hacer es conseguir que entre en calor.

Lonnie sostuvo las manos juntas de Linnet en las suyas, exhaló su aliento cálido sobre ellas y escrutó los ojos de su madre en busca de confianza.

Agnes miró a su hijo menor con una tenue sonrisa de aprobación en los labios, pero todos podían apreciar su preocupación.

—Le abrigaré los pies —sugirió Lyttle—. Quizá podríamos cubrirla con varios edredones y avivar el fuego.

Apenas su padre había terminado de pronunciar estas palabras, cuando Doyle arrojó otro leño a la chimenea.

—Mamá —dijo Lonnie con lágrimas en los ojos—. No quiero que se muera. Es muy buena y Mac se volverá loco si se muere.

—¡No se morirá! —exclamó Agnes con una contundencia que la impresionó incluso a ella misma—. No permitiremos que muera.

Lyttle sostenía un montón de edredones en el brazo y comenzó a esparcirlos sobre Linnet. Agnes se inclinó sobre la chica, helada, y la atrajo hacia ella, mientras Lyttle las cubría a las dos. En ese momento, Lonnie se acercó a los pies de la cama y levantó los edredones.

—Por favor Lonnie, ¿qué haces? Tratamos de mantenerla caliente.

—Ya lo sé —replicó el chico con solemnidad—, voy a colocarme enfrente. —Se metió debajo de las colchas y presionó su espalda menuda contra el cuerpo de Linnet—. Vaya, sí que está fría, ¿eh, mamá?

—Sí, muy fría, Lonnie —musitó Agnes al tiempo que su corazón se inflamaba de orgullo hacia su hijo.

Capítulo 7

Linnet abrió lentamente los ojos. Agnes estaba agachada frente a la chimenea, removiendo algo que olía deliciosamente en un gran puchero negro.

Se volvió y sonrió a Linnet.

—Qué contenta estoy de volver a tenerte entre nosotros.

Linnet trató de mover un brazo, pero sus músculos entumecidos le dolían demasiado.

—¿Qué estoy haciendo aquí?

—¿No te acuerdas? —Agnes volvió a colocar la tapa en la olla y se incorporó—. Cord vino ayer a casa. Nos avisó de que te habías perdido en la tormenta y nos pidió que le ayudáramos a buscarte.

—¿Cord hizo eso? —preguntó Linnet con desprecio, recordándolo todo.

Agnes se asombró ante su reacción.

—Cord no es malo, solo que a veces lo parece. Aunque nunca he oído a ninguna joven quejarse de él.

—Pues ya lo has oído.

Resultaba obvio que Linnet no deseaba discutir acerca de Cord.

—Toma, bébete esto —Agnes le acercó una taza humeante a Linnet—. Imagino que todavía te sentirás bastante débil y dolorida durante unos días, pero nosotros te cuidaremos bien.

—Agnes, no puedo quedarme aquí.

Linnet intentó sentarse, pero Agnes tuvo que apresurarse a ayudarla, pues no era capaz de moverse por sí sola.

—Ya oí esa misma monserga cuando llegaste a Sweetbriar por primera vez y no tengo intención de escucharla de nuevo.

Linnet se echó a reír, pero tuvo que detenerse en seco, pues el gesto de la risa hizo que los músculos de su estómago se resintieran.

Agnes le sonrió.

—Bueno, ahora que ya está todo aclarado, vamos a meter algo de alimento en tu estómago.

Linnet dio otra puntada a la colcha tendida frente a ella. Llevaba cerca de una semana alojada en casa de Agnes y cada vez que mencionaba que debería marcharse, la familia hacía oídos sordos. Se enteró de que Devon había regresado, pero este no fue a visitarla. Agnes, que se hallaba sentada al otro extremo del bastidor, pasó la mano por encima de la colcha y la examinó con una mirada crítica.

—La rosa de Siria siempre ha sido uno de mis patrones favoritos, ¿este era de la señora Macalister? —Linnet detuvo su labor para preguntar.

—La madre de Mac, sí, solo que ella no dejaba que sus chicos la llamaran mamá. Tenían que decir «madre».

Linnet volvió a concentrar su mirada en la colcha. Devon no había ido a verla desde que cayó enferma, pero, pensándolo bien, tampoco tenía por qué hacerlo.

—Entonces, ¿conociste a su madre? ¿Cómo era?

—Oh, era una dama elegante de veras. Slade, el padre de Mac, viajó al norte con la intención de conseguir dinero para abrir un comercio en el nuevo territorio de Kentucky. Todos nosotros, los Tucker y los Stark, además de Lyttle y yo misma, vivíamos por aquel entonces en Carolina del Norte. Ninguno de nosotros se había casado siquiera; éramos simples amigos y vecinos. Como decía, Slade se fue al norte... ¡Ah! —Agnes se interrumpió con un suspiro—. Qué hombre más apuesto era Slade Macalister: alto, atractivo, de pelo oscuro y anchos hombros. Tenía una forma de andar sosegada y sigilosa, como la de un gato.

—Como Devon —musitó Linnet para sí misma.

Agnes se detuvo un instante, pero no dio ninguna señal de haber oído el comentario de Linnet.

—Cuando Slade regresó del norte, traía consigo a una novia de blanco: una chica menuda, bonita, que hablaba de una manera curiosa y se comportaba de una forma muy rara —miró a Linnet de soslayo y advirtió que la inglesita conseguía que la ordinaria taza de té que sostenía en sus manos pareciera una pieza de porcelana fina—. Estaba ya encinta cuando regresaron a casa y, tan pronto como nacieron los gemelos, muchos de

nosotros salimos a toda prisa hacia la nueva tierra de Kentucky. La mujer de Slade enseguida empezó a tener problemas. Todo el tiempo se quejaba del viaje, de la cantidad de trabajo; casi consiguió volvernos locos a todos, pero la verdad es que Slade la amaba. Nunca he visto a ningún hombre adorar a una mujer como él la adoraba a ella —Agnes se rió entre dientes—. Como mínimo, esa esposa suya parecía ser buena para algo porque, por las mañanas, Slade se levantaba más cansado que cuando se había acostado.

Linnet mantuvo la cabeza agachada, ocultando sus mejillas congestionadas.

—Supongo que no se puede culpar del todo a la mujer. Slade me contó que se crió en una casa con cuerdas en las paredes, y que cuando tirabas de una de esas cuerdas, alguien acudía corriendo a ver qué podían hacer por ti.

Linnet miró a Agnes, sorprendida. Podía decirse que su propia vida también había sido de ese modo, hasta que las minas de su padre se agotaron, y tuvo que vender las tierras para pagar las deudas.

—¿Y qué me dices de Devon? —preguntó en voz baja.

—¡Esos chicos! Puede que fueran gemelos, pero te digo que no podían haber sido más opuestos. Kevin era el vivo retrato de su madre, con el cabello amarillo y rizado, y la piel blanca, mientras que Mac era como su padre, oscuro, pero con esos ojazos azules. Al cabo de un tiempo, Slade empezó a mantenerse alejado de Sweetbriar. Creo que las constantes protestas de su mujer empezaron a hacer mella en él, aunque, desde luego, los verdaderos problemas llegaron a causa de los indios.

—¿Qué indios?

—La madre de Slade era una Shawnee de pura sangre, de los importantes de la tribu, para que nos entendamos, y sus parientes venían a ver a los gemelos constantemente. Los indios asustaban a la madre de los chicos, así que empezó a recluir a los niños en la casa, sin dejarlos salir nunca fuera. Slade y ella tuvieron una bronca terrible a causa de aquello; se pudo oír a más de un kilómetro. Pero en cuanto los chicos comenzaron a andar, ellos mismos resolvieron el asunto. Al menos, Mac lo hizo —rió.

—¿A qué te refieres?

—Ese jovencito era más escurridizo que un cerdito engrasado. No se le podía encerrar en ninguna habitación. Recuerdo una ocasión en que Slade

por poco le muele a palos, cuando le encontró subido al tejado. Solo tenía cuatro años y nunca llegamos a entender cómo consiguió llegar ahí arriba —Agnes rió para sí y prosiguió con la labor.

—Pero, ¿qué pasó con su madre? ¿Dónde está Kevin?

Agnes suspiró.

—Fue muy triste. Cuando los chicos tenían unos cinco años y la señora Macalister había desistido por completo de intentar mantener a Mac dentro de la cabaña, le encontró un día agachado en la arena, junto a un niño indio; ambos llevaban uno de esos trozos de cuero que llevan en las nalgas, y el niño le estaba enseñando a Devon algunas palabras en Shawnee. La pobre mujer se puso a gritar y no paró hasta que casi perdió la cordura.

—Pero, ¿por qué? —preguntó Linnet con toda honestidad.

Agnes le sonrió con cariño. Aun después de haber pasado lo suyo con los indios, Linnet no los odiaba como otras personas.

—Creo que fue porque era imposible distinguir a su hijo de entre los otros niños indios que correteaban por el almacén. Verás, con Kevin era diferente: él siempre obedecía a su madre. Pero Mac, no. Aquella noche la oímos chillarle a Slade que regresaba al este y que se llevaba a los chicos consigo. Dos días más tarde, un grupo de misioneros pasó por aquí; se dirigían hacia el este, así que tomó a Kevin y se marchó con ellos. Nunca volvimos a verla.

—Pero ¿y Devon? ¿Cómo pudo abandonar a su hijito?

Agnes movió la cabeza negativamente en un gesto triste.

—Realmente, no lo sé, pero lo hizo. Lo abrazó, lo besó y le dijo que lo quería una y otra vez, pero después subió a una carreta y se marchó.

—¿Y Devon? —preguntó Linnet con un hilo de voz.

—Entonces solo tenía cinco años. Se quedó ahí de pie un minuto y volvió a entrar en la tienda. Todos pensamos que era demasiado pequeño para entender lo que pasaba.

—Pero no lo era —declaró Linnet rotundamente.

Con una expresión de tristeza, Agnes hizo un gesto de negación.

—Desde luego que no. Al cabo de unas horas, Slade advirtió su ausencia y empezó a buscarlo. Todos le buscamos. Dos días más tarde, uno de sus primos indios lo devolvió a casa. El chiquillo tenía aspecto de no

haber dormido ni comido en todo aquel tiempo. Slade se quedó ahí de pie, todos pensamos que iba a pegarle un cachete, pero se arrodilló y extendió los brazos, y Mac corrió hasta él —Agnes se detuvo un segundo para secarse una lágrima—. Fue espantoso. Ese chiquillo estuvo llorando durante tantas horas, que Slade tuvo que darle un poco de whisky para conseguir que se durmiera.

—¿Y volvió a ver a su madre?

—Nunca. Hace tres años, cuando Slade murió, escribí a su hermano y le envié una de las tallas de Mac. Kevin me contestó diciendo que su madre había fallecido recientemente y le envió a Mac unos instrumentos para tallar fabricados en Alemania. Sigo esperando que Kevin aparezca por aquí algún día.

Se quedaron un rato en silencio, escuchando el ritmo cadencioso de los golpes de hacha de Doyle partiendo leña. Fuera, la nieve espesa generaba un silencio sobrenatural que lo inundaba todo, incluso el interior de la casa.

—¿Por qué Devon odia a Cord?

Linnet agachó la mirada. Quería saberlo, necesitaba saberlo, pero era incapaz de exponerse a la censura de Agnes.

Seguramente, Agnes también opinaba que debía saberlo, pues respondió a su pregunta sin más.

—Mac conoció a Cord cuando ya había cumplido dieciocho años. En el mismo instante en que se miraron el uno al otro se convirtieron en enemigos, aunque durante un tiempo fue una desavenencia amistosa. Cada verano recibimos una oleada de gente que pasa por aquí de camino al oeste, y Cord y Mac siempre rivalizaban sobre quién sería capaz de enamorar al mayor número de chicas —Linnet miró a Agnes con cara de incredulidad y Agnes asintió con una amplia sonrisa.

»Lo sé. Estaba mal. Hablé de ello con Slade, pero cuando se trataba de Mac no había forma de razonar con él. Bebía los vientos por aquel hijo suyo. Yo estaba cansada de ver a las chicas llorando, y a Mac y a Cord tomándoselo a guasa. Pero entonces, el verano pasado, todo cambió. Llegó una muchacha llamada Amy Trulock, y Mac se enamoró perdidamente de ella —Agnes no hizo caso de los ojos dilatados de Linnet y siguió hablando.

»En esos momentos, Cord todavía no andaba por aquí, pero en cuanto

apareció derrochó todos sus encantos con la chica, como hace siempre, excepto que para Mac esta vez era diferente. Yo no me habría enterado de lo que pasó si no hubiera sido porque Lyttle estaba cazando con Mac cuando vieron a la chica bañándose con Cord, sin ropa. Desde entonces, Cord no es capaz de hacer nada que no haga enfurecer a Mac.

Estuvieron calladas durante unos minutos. Agnes miraba la cabeza gacha de Linnet. Se preguntó qué pensaba la chica de Mac, qué había pasado entre ella y Cord. Deducía que Mac no la visitaba porque creía saber lo ocurrido entre ellos. La experiencia con Amy Trulock lo hirió más de lo que él mismo podía imaginar y Agnes suponía que no estaba preparado para pensar siquiera en amar de nuevo, especialmente después de que Linnet hubiera pasado tanto tiempo en el bosque con Cord. Mac no se arriesgaría a que volvieran a hacerle daño.

A la mañana siguiente, bien temprano, Linnet caminó más de un kilómetro para regresar a su cabaña. Le costó trabajo convencer a Agnes y al resto de la familia de que se encontraba en perfecto estado y de que no requería que nadie la acompañara. Al fin, miró a Agnes con tal exasperación que la mujer comprendió que Linnet prefería ir sola.

Ahora, pisaba con suavidad la exquisita textura de la tierra blanda y fangosa, y el aire frío se le antojaba refrescante, después de haber pasado una larga semana encerrada en casa de Agnes. Perduraban aún pequeños retazos de nieve aquí y allá, pero prácticamente toda se había derretido. Linnet respiró profundamente y empezó a andar con brío. Desde que, el día anterior, Agnes le contara aquella historia, no había pensado en otra cosa que en la vida de Devon, en aquel niño llorando por su madre y en el hombre, ya adulto, que había visto a la chica que amaba nadando desnuda junto a su primo. Ahora entendía por qué motivo Devon no la había visitado, ni había (que ella supiera) preguntado por ella: la juzgó y halló culpable del mismo crimen cometido por Amy Trulock. Claro que lo que podía hacer era ir directamente a ver a Devon y contárselo todo, toda la verdad acerca de lo que había sucedido entre Cord y ella.

Pero, pensándolo bien, ¿por qué debía hacerlo? Sí. ¿Por qué? Si fuera ahora y le suplicara que la creyera, y sabía que no sería tarea fácil convencer a Devon de su inocencia, establecería un precedente. Por siempre

jamás, tendría que darle explicaciones sobre todo. Brevemente, Linnet visualizó su futuro: Devon, con cincuenta años, acudiendo a su cabaña para su lección de lectura, acusándola a ella, una dama de cabello entrecano, de estar interesada en otro hombre. ¡No! Borró aquella ridícula imagen de su mente. Él debía aceptarla tal como era, y si pensaba que pasaba las noches con hombres, pues allá él. Debía entender por sí mismo que ella era Linnet Tyler y no Amy Trulock. La embargó una fugaz sensación de pánico al comprender lo que su decisión implicaba. Devon podía enojarse y apartarse de ella para siempre. Trató de convencerse a sí misma de que si, en realidad, Devon fuera un hombre tan superficial, ya le parecería bien quedarse sin él. Se rió sola ante la absurdidad de semejante razonamiento, ya que sabía perfectamente lo que haría si jamás llegara a perder a Devon.

El claro se divisaba ya a lo lejos y observó que salía humo de la chimenea de su casita. Había vivido muy poco tiempo en ella, pero ya la consideraba su hogar. Linnet se arremangó las faldas y corrió hacia la puerta. Estaba sin aliento cuando entró y, de espaldas a la puerta, comenzó a inspeccionar la estancia. El fuego ardía con viveza en el hogar, el suelo estaba barrido y todo tenía un aspecto limpio y ordenado, sin rastro de la acumulación de polvo que esperaba encontrar después de una semana de ausencia.

Había cuatro objetos sobre un extremo de la mesa. Linnet se acercó a ellos y su vista se nubló un instante a causa del alivio y la felicidad que sintió al comprobar que eran cuatro de las tallas de Devon. Tomó una de ellas en las manos y acarició sus curvas y sus líneas delicadas. La contempló algún tiempo antes de percatarse de que era la viva imagen de Agnes Emerson. Agnes estaba de pie con los hombros hacia atrás; toda su energía y vitalidad casi podían sentirse en aquellos diez centímetros de madera.

Linnet pasó impaciente al resto de las figuras. En la siguiente reconoció a las cuatro gemelas Stark formando un corro. La talla captaba la sensación de movimiento de las niñas, con sus faldas al vuelo. Parecían idénticas, pero Linnet distinguió enseguida cuál de ellas era Sarah. Sonrió fascinada con aquella pieza de arte.

Los modelos de la tercera escultura eran fáciles de reconocer: eran Doll

y Gaylon sentados en un banco. Gaylon inclinado hacia delante tallando un palo, y Doll con los ojos de par en par y la boca abierta, riendo.

La última figurilla intrigó a Linnet. Era una chica joven mirando hacia abajo, hacia Jessie Tucker, con sus característicos bolsillos repletos, pero Linnet no reconocía a la chica y en seguida pensó en Amy Trulock. La muchacha esbozaba una suave sonrisa y su rostro parecía expresar que lo único que le importaba en el mundo era lo que Jessie le estaba diciendo. A Linnet no le agradó especialmente esta talla, pero adoraba las otras tres. Las colocó con cariño sobre la repisa de la chimenea (la de Jessie y la chica un poco aparte) y a lo largo del día, mientras amasaba pan, limpiaba verduras y echaba leña al fuego, las miraba y se sentía reconfortada.

La luz del atardecer empezaba a desvanecerse y Linnet, muy nerviosa, se arregló la falda del vestido y el cabello antes de acudir a la llamada a la puerta. Devon se hallaba de pie en el umbral y ella alzó la vista para mirarlo, incapaz de pronunciar palabra.

—¿Vas a dejar que me congele aquí fuera o vas a permitirme que pase?

Devon le sonrió al tiempo que Linnet retrocedía para dejarle paso.

—Por supuesto, entra, por favor.

Devon pasó por su lado y echó una ojeada al interior de la cabaña.

—¿Lo encontraste todo en orden cuando llegaste?

Linnet fue a remover el guiso que tenía en el fuego. Devon se comportaba como si estuviera de visita en casa de algún familiar.

—Sí —sonrió—. Todo estaba perfecto. Gracias por cuidar de la casa y, en especial, de estas figuras —su mano acarició suavemente las tres tallas, deteniéndose antes de rozar la cuarta.

Devon percibió el gesto y le lanzó una mirada herida. Se acercó a Linnet y tomó la cuarta figurilla, sosteniéndola con delicadeza.

—¿No te gusta esta? —preguntó en voz baja.

—Yo... Sí, es muy bonita —respondió Linnet, vacilante.

—Me costó bastante captar a Jessie porque su cara cambia de expresión constantemente, pero tú fuiste fácil.

Linnet, que estaba poniendo la mesa, interrumpió su actividad al instante.

—¿Yo? —preguntó con un tono de incredulidad.

Devon la miró sorprendido.

—Tal vez no te saqué tan bien. ¿No sabías que eras tú?

Linnet dejó el plato en la mesa y le quitó la estatuilla de las manos, examinando a la chica. Nunca creyó tener esa apariencia, tan joven, tan ingenua.

—No. No me había reconocido —dijo en voz queda, al tiempo que alzaba su mirada hacia Devon.

Él le dirigió una amplia sonrisa y notó la manera en que Linnet cerraba los dedos alrededor de la pieza de madera oscura. Pasó una pierna por encima del banco.

—Estoy a punto para cenar. Gaylon ha estado tratando de envenenarme con su cocina durante tu ausencia.

Mientras le servía generosas raciones de todo, Linnet cayó en la cuenta de que Devon pretendía olvidar por completo el incidente con Cord. No sabía si sentirse aliviada o enojada por ello.

—¿Quién pensabas que era? —preguntó, entre bocado y bocado—. No se parece a nadie más de por aquí.

—Yo... Yo no sabía. Creí que sería alguien que habías... conocido en el pasado.

Devon frunció el ceño.

—No sabes mentir bien.

Se hizo un silencio.

—Devon, quiero contarte...

Devon levantó la cabeza de golpe y la cortó en seco.

—No tienes que contarme nada. Eres mi maestra. Eso es todo. Lo que sea que hagas es asunto tuyo, no mío. No tengo ningún derecho sobre ti. Ahora, será mejor que limitemos nuestra conversación a temas de nuestro interés, como, por ejemplo: ¿qué tal si me das otro pedazo de tarta?

Devon le sonrió, pero su mirada no hacía juego con su sonrisa.

—De acuerdo —dijo Linnet al cabo de unos segundos—. Entiendo lo que sientes.

Linnet cortó otra gran porción de tarta.

—Gaylon me dijo que probablemente te habías ido a ver a tu bisabuelo —comentó.

Devon no hizo caso de sus palabras.

Linnet retiró su plato vacío con rabia.

—Tal vez no te interese mi vida, pero, como tu maestra, a mí me preocupa la tuya. ¿Tu bisabuelo es tan terco como tú?

—Fui a buscar a esos niños que tanto adoras. Los entregué a unos misioneros para que los llevaran con ellos hacia el este.

Linnet se sentía tan asombrada que apenas podía hablar.

—¿A todos? —preguntó en un suspiro.

—A todos, los seis, y dos más que Oso Loco debió de capturar durante otra incursión...

Capítulo 8

Como por un acuerdo tácito, durante las semanas siguientes Devon no regresó a la cabaña de Linnet y la vida de la chica empezó a caer en la rutina. Sentía que le debía más que nunca por haber rescatado a los niños, por lo que, tres veces al día, le llevaba comida caliente que dejaba en manos de Gaylon. Por una u otra razón, Devon siempre parecía haber salido cuando ella iba.

Se acercaba la Navidad, y Linnet, al igual que todos, esperaba las fiestas con ilusión. Agnes se presentó en el almacén y comenzó a dar órdenes a todo el mundo. A Gaylon lo envió al bosque a cazar pájaros, a Doll lo puso a practicar con su violín, mientras que a Linnet le encargó decorar el almacén de Devon, donde iba a tener lugar el baile.

Agnes atrapó a Devon con una mirada desafiante.

—Y tú quédate al lado de Linnet y ayúdala.

Linnet creyó oír unas risitas profundas que parecían provenir de donde se encontraban Gaylon y Doll.

—Bueno, ¿qué quieres hacer? —preguntó Devon de un modo extremadamente desagradable.

Los labios de Linnet se tensaron.

—No necesito nada de ti. Soy perfectamente capaz de arreglármelas sola.

La muchacha cruzó la sala como un huracán y salió dando un portazo.

—¿Linnet? —Devon la llamó mientras salía tras ella.

Linnet se dio media vuelta para mirarlo a la cara.

—Ahórrame tus comentarios odiosos. Soy perfectamente capaz de arreglármelas yo sola.

—Eso ya lo has dicho. Vengo a traerte esto —dijo, sosteniendo su chal—. Pensé que lo necesitarías.

Linnet estaba tan enojada que ni siquiera había reparado en el frío que hacía fuera. Se echó el chal por encima de los hombros.

—Ahora, si me disculpas...

Se alejó de un ramalazo y se dirigió hacia el bosque, pero Devon la siguió, aumentando aún más su estado de cólera.

—No tienes por qué seguirme.

—Ya lo sé, «eres perfectamente capaz» —dijo remedando la nítida pronunciación de Linnet— pero, que yo sepa, este es un país libre.

Linnet trató de no hacerle caso, mirando a su alrededor, buscando algo de verde para colocar sobre la repisa de la chimenea. Para empeorar su desespero, Linnet cayó en la cuenta de que había olvidado llevar un cuchillo consigo. En lugar de ir a buscar uno a su cabaña, intentó retorcer uno de los tallos más bajos de un árbol.

Devon contempló cómo batallaba con la rama durante unos minutos antes de intervenir.

—¿Te ayudo? —blandió un cuchillo afilado como una navaja y rápidamente cortó el tallo—. ¿O tal vez preferirías que te ayudara Cord?

—Sí —susurró—. Preferiría a Cord cien veces, o a cualquier otro, para el caso.

Linnet no pudo mirar mientras Devon daba media vuelta y se iba. Con manos temblorosas, llevó la rama verde de regreso al poblado.

El almacén bullía de gente cuando llegó, los niños correteaban alrededor de la sala, excitados por los preparativos del baile que había de tener lugar al día siguiente.

—Baile de cuadrillas —le dijo Doll a Linnet.

Caroline Tucker pasó todo el día con Linnet, cocinando. Usaron los ingredientes que las mujeres habían estado reservando todo el invierno para la ocasión. Jessie hacía tiempo que andaba pegado a la falda de Linnet y, al cabo de un rato, Lonnie Emerson se le sumó. Lonnie sentía que había salvado la vida de la chica y que, por lo tanto, ella era de su propiedad. A Jessie no le gustó nada esa idea y, siendo esa una excusa tan buena como cualquier otra, empezaron a pelearse. Tuvieron que separarlos varias veces durante toda la mañana.

En una ocasión, Devon abrió la puerta de Linnet de una patada, trajinando a los dos escurridizos niños, uno en cada mano, y le pidió que hiciera algo con ellos. También dejó caer un par de observaciones referentes a cómo tenía a todos los hombres de Sweetbriar peleándose por ella y a que

antes moriría que sumarse a la contienda. Devon desapareció a toda prisa, antes de que Linnet fuera capaz de replicarle.

La noche de la fiesta se presentó clara y fría. Linnet lucía el vestido nuevo que había confeccionado para el baile; de fino algodón azul, fruncido en el escote y la cintura, con anchas mangas abullonadas que le llegaban hasta el codo. Sabía que era más apropiado para el verano, pero adivinaba que el salón estaría bastante caldeado con tanta gente. Peinó su largo pelo, recién lavado, que se deslizaba por sus hombros y caía sobre su espalda, ondulándose levemente en las puntas.

Se quedó unos minutos junto a la chimenea, nerviosa, censurándose a sí misma por el ridículo atolondramiento que sentía. Al darse media vuelta, la falda con vuelo de su vestido giró a su alrededor. ¡Ojalá Devon la encontrara bonita! ¡Ojalá Devon...! Sonrió ilusionada. Se preguntó qué pensaría de ella si supiera cuánto tiempo pasaba soñando con él, cuántas horas había dedicado a su vestido, solamente por él. ¿Le ofrecería salir a tomar el aire esa noche? Ella aceptaría, por supuesto. Iría adonde él le pidiera.

Salió de su casa e inspiró con fuerza el aire de la noche, sin reparar en el frío que hacía mientras recorría los pocos metros de camino al almacén. Tímidamente, abrió la puerta y muchos ojos dirigieron su mirada hacia ella, pero ninguno de ellos eran los ojos de Devon. Él estaba sentado en un discreto rincón, al lado de Corinne, y ni siquiera había notado su presencia.

Agnes Emerson se acercó a Linnet.

—Lynna, ¿por qué no vienes conmigo? ¿No habrás pensado casarte con él verdad? —le susurró al oído.

Linnet no comprendió al principio, pero enseguida dedicó una sonrisa ausente al chico que se le había acercado sin ella darse cuenta: Worth Jamieson.

—¿Cómo sabes que me lo pidió?

—En Sweetbriar todos sabemos todo de todos. Al igual que sé que tú y Devon habéis estado riñendo y que apenas os dirigís una palabra amable.

Linnet agachó la cabeza y fijó la vista en sus manos.

—Devon tiene algunas ideas equivocadas acerca de mí. Además, creo que prefiere otra compañía.

—Él no quiere a Corinne, al menos no más que cualquier otra —Agnes pasó directamente al quid de la cuestión—. Si Worth, o cualquier otro hombre, le propusiera matrimonio, probablemente lo arrastraría hasta la vicaría sin dudarlo. Es sólo que Corinne piensa que puede conseguir a Mac y cree que Mac es rico.

—Agnes, ¿crees que mis sentimientos resultan tan evidentes para todo el mundo?

—Desde luego. Cada vez que miras a Mac pareces derretirte ante su visión.

—¡No! Por favor, no digas eso.

—No lo puedo evitar. Es la pura verdad. Venga, acerquémonos a Mac, a ver si podemos apartarle un rato de Corinne. En cuanto te eche el ojo, será incapaz de ver a nadie más.

—¡Mac! —gritó—. Sal de ese rincón y ven aquí a ver a nuestra Linnet.

Devon alzó la vista y sus ojos, como con vida propia, se ensancharon de impresión.

—Creo que ya le tienes, ahora no le dejes escapar —Agnes le susurró a Linnet, a la vez que avanzaba para interceptar a Corinne.

—Estás preciosa, Linnet —dijo Devon con voz suave.

—¿Más que una muñeca embreada?

—Mucho más —sonrió.

Doll empezó a tocar el violín y Devon prendió a la chica del brazo.

—¿Lista para el baile?

—Me temo que tendrás que mostrarme los pasos.

—¿Qué pasos? Aquí no hay pasos, solo pegamos patadas al suelo —la tomó de las manos y la hizo girar por todo el salón.

El baile resultó tan agotador que, cuando se detuvieron, Linnet se sentía sedienta.

Devon la tomó de la mano, la condujo hasta el barril de sidra y le sirvió la bebida. Los dos se miraban a los ojos por encima de los bordes de sendas tazas, cuando, de repente, Devon dejó la suya en la mesa, rodeó la cintura de Linnet con el brazo, y la atrajo hacia sí.

—Creo que tus ojos son del color de la miel, jaspeados de plata, pero juro que una vez los vi casi rojos.

—Ya basta de monsergas. Ya ves dónde te pueden conducir —le gritó Floyd Tucker, señalando a varios niños sentados en fila al lado de su embarazada madre, Esther Stark.

—Instantáneamente, todo el rubor del mundo acudió a las mejillas de Linnet, pero Devon la estrechó contra él y esbozó una risa divertida.

—Esa es la mejor idea que he oído en toda la noche, Floyd —se echó a reír.

—¡Devon! —Linnet lo apartó de sí, pero Devon la miró con una sonrisa tan picara que Linnet, rendida, no pudo más que sonreírle también.

—Agnes —Lyttle llamó a su esposa—, creo que es hora de empezar a deshojar la mazorca antes de que estos jóvenes pierdan el control.

—No se puede decir que tu sugerencia sea tan buena como la de Floyd, pero también servirá —comentó Devon.

Por el modo en que todos se rieron, Linnet intuyó que el comentario de Devon no era precisamente inocente.

Agnes se le acercó.

—Cada año guardamos unos treinta kilos de mazorcas de maíz y les retiramos la farfolla aquí. Si alguien retira la farfolla y resulta que la mazorca que se oculta en su interior es de grano rojo, esa persona, ya sea hombre o mujer, obtiene el derecho de besar a alguien de su elección.

—¡Ah! —exclamó Linnet al comprender el significado de la broma de Devon.

—Vamos, vale más que empieces o se acabaran todas.

—¿Yo? —preguntó Linnet.

—¡Claro! —rió Agnes—. Si encuentras una mazorca roja, puedes besar a quien prefieras.

Linnet alzó la mirada hacia Devon que la estaba observando. Linnet no vaciló.

—Vamos —dijo al tiempo que se apresuraba hacia la pila de mazorcas de maíz.

Doll Stark fue el primero en hallar una mazorca roja y, sin dudarlo, se fue derecho hacia su esposa. No tuvo ninguna dificultad en abrazarla sorteando diestramente su enorme vientre. Alguien gritó que tenía mucha práctica, ya que no había visto nunca a su mujer que no fuera en ese estado.

Doll la besó apasionadamente, elevándola del suelo mientras todos se reían a carcajadas.

Agnes dio un codazo a Linnet.

—Por lo que he oído, ahí tienes la razón por la que Esther tolera la holgazanería de Doll. Una mujer no podría desear más.

Al fin, Doll dejó a su mujer en el suelo y volvió a su violín. Todos se rieron de la expresión embelesada de Esther.

La puerta del almacén se abrió de golpe, y Cord Macalister inundó el estrecho portal con su presencia. Linnet no le había visto desde que escapara de él aquel día, en la cueva. Cord no aparentaba ningún remordimiento por lo sucedido, ya que lo primero que hizo fue buscar a Linnet con los ojos y mostrarle una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Cord! —gritaron algunos niños, que corrieron hacia Cord y se agarraron a los largos y oscilantes flecos de sus pantalones.

—¡Vaya! Veo que llego justo a tiempo —dijo echándole un vistazo a la pila de maíz—. Este es mi juego favorito. Atención, pequeños, Cord va a encontrar una mazorca de grano rojo.

Los niños reían mientras aquel formidable cazador se hundía en el montón de mazorcas de maíz.

—¡La tengo! —exclamó triunfalmente unos minutos más tarde.

Saltó por encima de la pila de mazorcas de maíz, dando con los flecos en la cara de Wilma, y tiró del brazo de Linnet para ponerla en pie.

Linnet lo apartó con la mano.

—No, Cord, déjame en paz.

—No, señor, he ganado limpiamente, y tú eres mi premio.

Tirando de ella con brusquedad, Cord atrajo a Linnet hacia él y empujó su cabeza hacia atrás, doblándola con fuerza mientras forzaba su lengua hacia el interior de la boca de la joven. Linnet creyó que iba a vomitar.

Cord la soltó súbitamente y los pies de Linnet aterrizaron golpeando fuertemente contra el suelo.

Cord la atravesó con los ojos, con una mirada repleta de odio. Tras ese terrible instante, se dio media vuelta y abandonó el almacén dando un portazo.

El salón se quedó en silencio.

—Creo que no he barrido bien todas las alimañas en las esquinas —comentó Gaylon entre dientes.

Los asistentes reaccionaron a la broma con risas nerviosas, pero el incidente había empañado los ánimos de todos.

Doll hizo sonar un acorde en su violín.

—A mí ese no me arruina la fiesta —rugió—. Y vosotros, amigos, poneos a pelar mazorcas; que no tengan que hacerlo mi mujer y mis hijos.

Todos se rieron de corazón del chiste de Doll, bromeando sobre su propia reputación de holgazán. Aparecieron varias mazorcas rojas más y las emociones y las risas se fueron sucediendo. Prácticamente no restaba ninguna mazorca de maíz por deshojar, cuando Devon descubrió una mazorca roja, y todos los presentes aguardaron expectantes, mientras dedicaban alguna que otra sonrisa secreta a Linnet.

Devon la contempló durante un largo instante con una expresión de gran seriedad.

—Vamos, chico —le exhortó Gaylon—. ¿Tantas mujeres tienes que no sabes decidir?

—No, no tengo —respondió Devon tajantemente—. Corinne, acércate.

Se dirigió a la voluptuosa chica. Se hizo un silencio absoluto entretanto Devon tiraba de Corinne y la atraía a sus brazos. Linnet no conseguía sacarles los ojos de encima; no pudo evitar ver cómo la piel oscura y suave de Devon rozaba la piel de otra mujer. Vio cómo su boca se abría para cerrarse sobre los hambrientos labios de Corinne y cómo esta apretaba, ansiosa, su cuerpo contra el de Devon.

Linnet bajó la mirada hacia su regazo y observó los granos rojos que asomaban por uno de los extremos de la mazorca que tenía a medio deshojar. Rápidamente, abandonó la mazorca en manos de Agnes y le murmuró algo sobre que no se encontraba bien. Con suma discreción, salió del almacén sin decir nada, pero todos los presentes se percataron de que se iba, incluyendo el hombre que estaba besando a otra.

Capítulo 9

Linnet corrió a su cabaña y se echó a llorar en la cama, boca abajo, sintiendo la vacía desolación de alguien que se ha perdido.

—Vaya, vaya, mujer, vas a arruinar ese bonito vestido tuyo.

Linnet se dio la vuelta y, a través de sus ojos empañados de lágrimas, pudo distinguir a Cord, de pie, al lado de la cama.

—Vete y déjame sola.

Linnet observó cómo se le endurecía la mirada.

—Ya empiezo a estar más que harto de ti y de tus aires de arrogancia. No eres tan casta y pura como pretendes. He sabido del modo que suspiras por mi primito y estoy seguro de que él ha recibido todo lo que podías ofrecerle. Así que me parece que me corresponde un poco de lo que has estado regalando tan ricamente.

—¡Te equivocas! Ahora sal de aquí o gritaré con todas mis fuerzas.

—Vamos, hazlo.

Linnet abrió la boca para cumplir su amenaza, pero, antes de que alcanzara a emitir un solo sonido, Cord le cubrió la cara con la mano, bloqueándole el aire. Tras varios segundos, la liberó.

—¿Te das cuenta? Grita si quieres. Aunque, ahora que lo pienso, podría ser muy desagradable tener que amordazarte mientras pruebo ese dulce cuerpecito que tienes.

—Cord, no —se apartó de él, esta vez asustada.

—¿Crees que puedes disuadirme con palabras? Todas las palabras del mundo no podrían convencerme de que me fuera sin poseerte.

Se oyó una voz que provenía del exterior, y Cord saltó inmediatamente sobre Linnet y le tapó la boca.

—¡Malditos entrometidos! Vienen a ver qué hace su niñita Lynna; por qué no está en la fiesta. Me veré obligado a llevarte a otra parte.

—No... —empezó a rogarle.

—No vuelvas a decirme «no» —gruñó—. No me gusta. Ahora, deja que piense un minuto. No quiero a esa gente pisándome los talones. Ese primo

mío sería capaz de seguir el rastro de una serpiente contracorriente —su cara se iluminó—. Le has estado enseñando a leer, ¿no es cierto? Pues puedes escribirle una bonita carta diciéndole que te has fugado conmigo. Se lo creará a pies juntillas. ¿Te ha contado Mac alguna vez lo de aquella chica, la Trulock? Estaba tan rendida de amor por él, tan sedienta de él, que la lengua le tocaba al suelo. Hasta que llegué yo. Entonces, Mac dejó de existir, completamente invisible a sus ojos.

Linnet se sentía más que asustada, aterrada. Cord estaba fuera de sus cabales. Podía percibir el odio y los celos que sentía por su primo en su voz y volvió a preguntarse cuál podría ser la causa.

—Ahora escribe lo que te diré.

Linnet no tenía lápiz ni papel, solo el pedazo de pizarra que Devon usaba en sus lecciones.

—Dile que te has fugado conmigo y que no piensas regresar. Y ten cuidado, porque sé leer.

Cuando la vio vacilar, sus labios conformaron una mueca de desprecio.

—No me gustaría tener que romper uno de esos huesos tuyos, pero lo haré y, aun así, te llevaré conmigo. Como dijiste en la cueva: no tienes elección.

Linnet escribió exactamente lo que él le ordenó. Cuando Cord le retiró la pizarra y la observó fijamente, Linnet se dio cuenta de que la había engañado, pues era obvio que él no sabía leer.

Cord se rió con malicia al intuir sus pensamientos.

—Odio tener que hacer esto, pero no creo que quieras venir de buen grado.

Ató un pañuelo alrededor de la boca de ella y le ató las manos a la espalda. Se dirigió a la entrada empujándola tras él y sacó la cabeza por la puerta para inspeccionar el área. Tras comprobar que no había nadie merodeando, montó a Linnet en su caballo y cabalgaron juntos hacia el bosque.

Cuando Devon soltó a Corinne, se encontró con las miradas hostiles de prácticamente la totalidad de la población de Sweetbriar. Era consciente de

que Linnet se había marchado y, por un instante, se alegró de que la chica hubiera probado su propia medicina. Seguro que no se sintió ni la mitad de herida que él, cuando la contempló, poco antes, en brazos de Cord o cuando se enteró de que había pasado la noche con Cord. Sin embargo, ahora que ya no tenía a Corinne en sus brazos, sentado solo en un banco junto a la pared, no se sentía tan ufano. Hacía tiempo se juró que no permitiría que otra mujer volviera a hacerle daño, pero Linnet se lo había hecho. No se había alejado de su pensamiento desde que lo miró con aquellos ojos enormes en el campamento de Oso Loco.

Se dirigió a la parte de detrás del mostrador y se sirvió un vaso grande de whisky. ¿Por qué no podía simplemente casarse con Corinne y criar a un puñado de hijos como debería hacer cualquier hombre? ¿Por qué tendría que ir por ahí prendado de una chica que se juntaba con todos los hombres de Sweetbriar?

Cuando Gaylon le quitó la botella, esta ya estaba medio vacía.

—Ya has hecho el ridículo una vez esta noche, y no tengo intención de dejártelo hacer otra vez. Sal y date un paseo. Toma un poco el aire —le dijo empujándolo hacia fuera.

Lo primero que vio Devon fue la cabaña de Linnet, con la puerta abierta y el resplandor del fuego casi apagado de la chimenea, iluminando el escalón de la entrada. Se acercó a él despacio, con la mente embotada por el alcohol.

—¿Linnet? —murmuró con voz espesa mientras entraba dentro y cerraba la puerta tras de sí.

Ella no estaba. Echó otro leño al fuego con un movimiento lento y torpe. Fue entonces cuando reparó en la pizarra. La leyó atentamente, repetidas veces. Se había fugado de Sweetbriar con Cord. Aquellas palabras contenían una irrevocabilidad insoportable.

Agarrando la pizarra, se acercó a la cama, la cama de Linnet, y se derrumbó en ella. Se quedó dormido con la pizarra en una mano y el otro brazo extendido, con la palma de la mano hacia arriba, en un gesto desvalido.

Por la mañana le dolía la cabeza y tenía la lengua seca e hinchada. Al mirar a su alrededor en busca de agua, se dio cuenta de dónde estaba y empezó a recuperar los sentidos. Al alzar las piernas para sentarse en el borde de la cama, la pizarra cayó al suelo. Devon leyó las palabras escritas y estas avivaron el recuerdo de la noche anterior y, al mismo tiempo, la ira descontrolada que sentía.

Así que se había fugado con Cord, pensó, y recordó la imagen de Linnet en los brazos de aquel hombre fornido. También recordaba cómo Linnet trató de apartar a Cord de sí. Por supuesto, eso solo había sido una actuación. Leyó la pizarra de nuevo y frunció el ceño. No, Linnet nunca fingiría. Extendería el brazo ofreciendo su pequeña mano y diría: «Soy Linnet Blanche Tyler y me voy a casar. ¿Vendrás a mi boda?».

Cuanto más analizaba el contenido de la pizarra, más extraño le parecía todo. Realmente, huir ante cualquier contrariedad no era propio de Linnet. Miró a su alrededor, inspeccionando la estancia, y vio su chal colgado de un gancho, cerca de la puerta.

En aquella sala nada faltaba ni estaba fuera de lugar. Sus dos vestidos también seguían allí, colgados en la pared. Las cuatro tallas que le regaló se hallaban en su sitio, sobre la repisa de la chimenea. Ella no se hubiera marchado sin su ropa. Tal vez Cord había prometido comprarle todo nuevo cuando llegaran adonde fuera que se dirigían.

Devon se levantó. La cabeza estaba a punto de estallarle. ¡Cord! No, no podía creerlo de Cord. No podía concebir que se hubiera llevado a Linnet contra su voluntad, al menos no cuando ella ya le había otorgado lo que quería. ¿O no lo había hecho? Pensándolo con detenimiento, ¿qué estaba haciendo aquel día Linnet, sola, perdida en la nieve, si no era que se había escapado de Cord? Devon imaginaba que si Linnet, en efecto, había rechazado a Cord, este se sentiría tan furioso como para ser capaz de hacer cualquier cosa.

Bebió varias calabazas repletas de agua y salió al aire temprano de la mañana. Gaylon se hallaba roncando sobre unos sacos de harina. Era evidente que se había bebido lo que quedaba de la botella que Devon había dejado.

—¡Gaylon! —le chilló, y el hombre abrió un ojo—. Voy a buscar a

Linnet. Todo apunta a que Cord la ha raptado.

—¿Estás seguro de que ella no quería ir con él? Lo digo porque algunos de por aquí no parecen hacerle ningún caso.

—No tengo tiempo de discutir contigo. Tráeme algo de carne, mientras yo ensillo mi caballo.

Linnet estaba sentada frente a Cord, rígida como un palo. Al principio, Cord estuvo acariciando su cuerpo, pero al notar rigidez por parte de la joven, se enojó y cesó de hacerlo. Ahora cabalgaban en silencio. Linnet no se podía permitir relajarse por temor a dormirse, y quería estar bien despierta, atenta al recorrido que tomaban. Esperaría a una oportunidad, para escaparse y regresar a Sweetbriar.

Cord no se detuvo hasta bien entrado el nuevo día, y Linnet se sentía tan agotada que apenas podía andar. Por el contrario, Cord tenía un aspecto fresco como una rosa, como si acabara de tomarse un largo descanso.

—Aquí. Siéntate —la empujó hacia el suelo—. Nadie nos sigue —rió—. No va a ser fácil conseguir que mi primo no se entere de esto. Cuando me haya cansado de ti, te venderé a cualquier otro trampero y más tarde apareceré por el pueblo como si nada. Ya ha pasado otras veces, así que Mac no lo encontrará extraño.

Linnet escuchó sus palabras, pero atendió al tono de su voz incluso con mayor intensidad.

—¿Por qué le tienes miedo? —su voz temblaba.

Cord montó en cólera y su cara se volvió casi púrpura.

—¡Tenerle miedo! ¿Cord Macalister tenerle miedo a una menudencia como Mac?

—Dices que no le tienes miedo, pero tu voz expresa lo contrario.

Él agitó el brazo para golpearla, pero ella continuó sentada y sin moverse, mirándole tranquilamente y sin temor. Sabía que hay cosas peores que recibir golpes.

—Vaya, vaya, veo que eres una chica muy lista —dijo Cord, recuperando su postiza apariencia risueña—. No es que le tenga miedo a Mac, pero sí hay algo más profundo de lo que la mayoría de gente es capaz

de apreciar. Algo que yo sé, y él no, es que no es mi primo, sino mi hermano.

Los ojos de Linnet se ensancharon.

Slade Macalister era mi padre. Él mismo no era mucho más que un crío cuando yo nací. Aun así, debió haberme reclamado, en vez de dejarme con aquella gente. Nunca soporté a aquellos beatos. Yo tenía la edad de Mac la primera vez que vi a Slade. Siempre me ha indignado que nunca le dijera a nadie que yo era su hijo.

—Pero no lo entiendo —Linnet insistió en el asunto—. Agnes conocía a Slade, todo el mundo le conocía muy bien antes de venir a Kentucky. Lo habrían sabido, si hubiera tenido otra esposa.

—No hubo otra esposa, nenita. Yo fui el resultado de un revolcón nocturno en un sembrado, cuando Slade Macalister no era más que un cachorro.

Linnet reflexionó un momento y entonces preguntó suavemente:

—¿Crees que Slade sabía quién eras?

—¡Debió saberlo! —respondió Cord con veneno en la voz.

Linnet empezaba a comprenderlo todo. Cuando Cord se hizo adulto, viajó hacia el oeste en busca de su padre, esperando que este le reconociera, pero un profundo rencor arraigó en él cuando Slade no le reconoció.

—Tal vez te pareces a tu madre.

La miró atentamente.

—Mi madre murió maldiciendo a Slade Macalister. Hizo de su vida un infierno. Yo crecí con ella en casa de sus padres. Aquel viejo siempre me estaba sermoneando, diciéndome que era hijo de la lujuria y el pecado —esbozó una sonrisa perversa—. Le rompí la mandíbula antes de marcharme, el mismo día en que mi madre murió.

—Así que ahora te vengas de Slade hiriendo a su hijo.

—Eso es, nena. El año pasado le arrebaté a aquella muchachita y ahora se quedará sin ti.

—Pero me temo que ahí te equivocas. A Devon no le importo. ¿No sabías que anoche, cuando tuvo la oportunidad de besar a alguien, escogió besar a Corinne y no a mí? Yo solo soy su maestra de lectura.

—¿Tratas de que vaya a por Corinne?

—¡No! —se percató de que había sonado de ese modo—. No —continuó, bajando el tono de voz—, lo que intentaba decir es que Devon no ama a ninguna mujer desde lo que ocurrió con Amy Trulock.

—Sabes su nombre, ¿eh? Mira, no estoy loco, así que no me trates como si lo estuviera. No te habría arrastrado conmigo si no me hubieras puesto en ridículo delante de todos los habitantes de Sweetbriar.

—¡No lo hice, Cord! O al menos, no fue esa mi intención.

—Pierdes el tiempo tratando de disuadirme con palabras. El hecho es, damita, que estoy empezando a sentirme algo afectuoso en este preciso momento. Ven aquí.

La agarró y Linnet se apartó de un tirón. Cord se quedó con el hombro de su vestido rasgado en la mano.

—No vas a conseguir nada resistiéndote. ¿Por qué no te quedas quietecita y disfrutas de lo que voy a hacerte?

Linnet retrocedió y, caminando hacia atrás para apartarse de él, tropezó con el tronco de un árbol caído. Se golpeó la espalda con fuerza contra el suelo y sus piernas quedaron, despatarradas, sobre el tronco.

Cord se detuvo frente a la muchacha, con las manos en la cintura.

—Justo como me gustan las piernas: bien alto en el aire —se arrodilló y su inmensa mano recorrió el largo interior de su muslo—. Tienes más redondeces de las que yo creía. Me gustan las piernas bien torneadas —su otra mano acariciaba la otra pierna.

Ella se incorporó sobre los codos tratando de cobrar impulso para separarse de él. El largo bajo de su vestido estaba enredado en su cuerpo, y la pantorrilla había quedado atrapada entre el tronco y el pesado cuerpo de Cord. Las manos del hombre partieron de sus muslos y comenzaron su ascenso. Linnet notó una roca en la punta de los dedos y se estiró para alcanzarla. Con todas sus fuerzas, la golpeó contra la cabeza de Cord y se asustó al ver la cantidad de sangre que empezaba a fluir sobre ella y sobre el lacio amasijo de flecos blancos enredados entre sus piernas.

El corazón le latía con fuerza, aceleradamente: su primer impulso fue el de atender la herida. Pero Linnet se dijo que no. Podía sentir el corazón de Cord contra su muslo y sabía que estaba vivo. Bastante escaso era ya el tiempo de que disponía antes de que él recobrara el sentido. Lo empujó con

fuerza para apartárselo de encima y su vestido se enganchó en el árbol, de modo que se rasgó desde la cintura hasta el bajo de su falda.

Se levantó aturdida, incapaz de decidir qué hacer o adonde ir. «Piensa, Linnet, ¡piensa!», se ordenó. «Escapa en dirección sur, hacia Sweetbriar. Avanza sin prisa pero sin pausa. No corras, pero mantén un ritmo constante.» Comenzó a caminar tan rápidamente como le permitían sus fuerzas, respirando profunda y regularmente, escuchando todo el tiempo para detectar cualquier sonido que indicara que la estaban siguiendo, tratando de avanzar haciendo el menor ruido posible.

Estaba desesperadamente sedienta, pero no se atrevió a parar a por agua. A juzgar por el sol, era la última hora de la tarde cuando tropezó. Aterrizó sobre su espalda, pero su caída provocó que un árbol carcomido se desplomara sobre ella. Se mordió la mano para ahogar un grito cuando vio que aquel tronco se abalanzaba sobre su pierna, pero se recuperó enseguida, sorprendida por no sentir dolor. No podía mover el pie, así que se incorporó para ver qué había sucedido. Tenía el pie metido en un agujero; eso es lo que la hizo caer. El árbol se había desplomado sobre el hueco sin aplastarle el pie, pero este estaba ahora inmovilizado bajo el pesado tronco. Trató de empujarlo, pero no consiguió reunir fuerzas suficientes para desplazarlo.

Sin embargo, estaba tan agotada que casi no le importaba. Demasiado fatigada para desperdiciar sus últimas energías, se tumbó hacia atrás, contemplando el sol que se filtraba a través de las hojas del olmo, y se quedó dormida.

—¿Dónde está?

Cord apartó la mirada del arroyo y alzó la vista, presionando un trapo húmedo contra su cabeza ensangrentada. Vio a Devon de pie junto a él y se volvió de nuevo hacia el agua.

—¡Cord, quiero saberlo ahora! —la voz de Devon era letal.

Cuando Cord se giró de nuevo, blandía un cuchillo de caza con el mango nacarado.

—Hace tiempo que andas pidiendo esto y te lo voy a dar.

Devon también sacó el cuchillo que llevaba en el costado y empezaron a

circular uno alrededor del otro, doblados hacia delante, con los ojos clavados mutuamente. Cord jamás había creído en la fuerza de Mac, siempre le tuvo por un hombre escuálido, pero el cuerpo de Devon era prieto, de acero, y estaba tenso como un arco, en guardia. Los años pasados con sus parientes indios se adivinaban en cada uno de sus movimientos.

—Cada vez te pareces más a uno de esos indígenas —dijo Cord mirándolo desdeñosamente—. Dime, ¿qué ves en esa chica? No tiene mucho aspecto de india, que digamos.

Devon no habló, su rostro era una máscara solemne, indescifrable. Su mente estaba libre de cualquier pensamiento, excepto el de supervivencia. Cord se exacerbó al ver que no lograba turbar su concentración. Le embistió con su cuchillo, pero Devon esquivó rápidamente su trayectoria, ejecutando una grácil maniobra.

Cord había matado a algunos hombres durante varias peleas con cuchillos como la que ahora se debatía, pero nunca se había enfrentado a los movimientos ágiles, como latigazos, de Devon.

—Te gustan las filigranas, ¿eh, chico? Danzando alrededor de ese modo. Pero, ¿van a servirte contra un hombre de verdad?

De repente, el poderoso brazo de Cord barrió el aire, rodeando a Devon por la cintura, con un movimiento tan inesperado que hizo saltar su cuchillo de la mano. Con todas sus fuerzas, Devon empujó el codo hacia abajo, hundiéndolo en las costillas de Cord, que se sintieron quebrar bajo el golpe. Entonces, el brazo de Cord se abrió liberando a Devon, pero fue solo un instante, pues perdió el equilibrio y ambos rodaron por el suelo; finalmente, Cord cayó encima de Devon. Aquel alzó su cuchillo para clavarlo en la garganta de su hermano, pero este le agarró la muñeca y, en ese mismo instante, se inició un pulso entre fuerzas, un combate brazo contra brazo, hombre contra hombre, en el que solo la pura fuerza bruta podría proclamar al vencedor, decidir quién iba a quedar con vida.

El rostro de Cord no reflejaba únicamente su tensión, sino también su asombro ante la increíble fuerza de aquel hombre de menor envergadura que él. Los minutos transcurrieron inmóviles, mientras los dos trataban de ladear el cuchillo que se alzaba, neutral, en el aire, pero el entrenamiento de Devon y la perseverancia que había aprendido de sus hermanos Shawnee

acabaron por inclinar la balanza.

El cuchillo empezó a girar lentamente hacia el estómago de Cord y el sudor resbalaba por sus sienes, mientras este se percataba, aterrado, de la ruta que seguía el cuchillo. Cord gimió de dolor cuando la hoja perforó sus resistentes músculos.

Devon se desembarazó del hombre que tenía encima, comprobó que seguía vivo y fue al arroyo a limpiarse la sangre y el sudor del cuerpo. El agua fría revivió sus sentidos y Devon se cubrió el rostro con las manos durante un instante. No era un buen Shawnee, ya que no había disfrutado con la visión de la sangre de su enemigo.

Regresó a donde yacía Cord y le extrajo el cuchillo del estómago. Lo frotó con un puñado de musgo y lo devolvió a la funda que Cord llevaba en el costado.

—¿Dónde está? —preguntó al hombre que le miraba fijamente—. Cord, no quiero matarte, pero lo haré si me obligas. Dime dónde está y te subiré a tu caballo. Hay un asentamiento un poco al norte de aquí. Allí obtendrás ayuda. Sobrevivirás si me dices dónde está.

—No lo sé —Cord logró farfullar al fin—. Se escapó hace siete, ocho horas. La he estado buscando, pero no he conseguido encontrarla.

Devon asintió con la cabeza y, colocando un brazo por debajo de los hombros de Cord, le ayudó a ponerse en pie. Cord no protestó cuanto Devon lo medio levantó en el aire para sentarlo en su montura. Ya había subestimado la fuerza de Mac una vez.

Cuando Cord estuvo sobre su caballo, doblado, presionando el corte ensangrentado con una mano, miró a su hermano directamente a los ojos y, por vez primera, no hubo odio entre los dos, solo un vínculo pagado con la sangre compartida, y derramada en ambos casos, la sangre de su mismo padre.

Capítulo 10

Linnet oyó el ruido apagado de los cascos del caballo mucho antes de alcanzar a ver a nadie. Trató desesperadamente de mover el tronco que la retenía, pero no pudo. Oyó el crujir de una rama, y supo que alguien andaba cerca.

—Lynna.

No fue más que un murmullo, pero Linnet se torció hacia el sonido, a la vez que le empezaban a brotar las lágrimas. Divisó su contorno recortado contra la temprana luz de la mañana y sus ojos se abrieron de par en par. Le abrió los brazos.

—Devon —susurró.

Se acercó rápidamente a ella y la estrechó en sus brazos, calmándola.

—¿Estás lastimada?

—No —logró responder a pesar del nudo que tenía en su garganta—. Mi pierna...

Se apartó de ella para examinarle la pierna y, sin dilación, retiró el tronco que la oprimía. Linnet se aproximó a él y volvió a atraerlo hacia ella.

—Oh, Devon —le susurró al oído—. Viniste. Lo supiste. No sé cómo, pero lo supiste.

Devon hundió la cara en su cabello, percibiendo su rico aroma a bosque.

—Tú no te hubieras fugado. Nunca te habrías marchado de ese modo.

Ella rió de felicidad, al comprender lo que quería decir. Era maravilloso tenerlo cerca, saber que todo iba a ir bien.

—Tú siempre estás cuando te necesito, siempre cerca. Eres el hermano que nunca tuve.

De repente Devon se apartó de ella, con el rostro contraído por la cólera.

—Te veo con otros hombres —masculló entre los dientes apretados de rabia—, y me llamas hermano. Ya es hora de que entiendas que soy un hombre.

Linnet abrió la boca con intención de replicar, pero no pudo, pues, inmediatamente, Devon deslizó la mano por la abotonadura de su camisa y

la abrió, casi rasgó, de golpe. Al instante, se la arrancó del cuerpo y la arrojó a un lado. Su piel resplandeció, viva y tersa. Era el hombre que había conocido por primera vez: una perfecta aleación de músculos y fuerza contenida.

Devon la atrajo hacia sí con brusquedad y, por primera vez, su boca rozó la de ella. ¡Qué diferente al primer beso de Cord! Mientras que aquel había resultado agradable, el beso de Devon era fuego vivo, una extraordinaria sensación que empezaba en la boca y le abrasaba el cuerpo en su paso hacia las puntas de los pies, para volver a subir después. Devon no hubo de forzar sus labios para abrirle la boca, pues estaba tan ansiosa por saborear su dulzura como él la suya. Linnet le rodeó el cuello con los brazos para atraerlo hacia sí y la piel de Devon rozó la suya a través del hombro rasgado de su vestido, estremeciendo la totalidad de su ser.

Linnet presionó su cuerpo contra el suyo, Devon la reclinó contra el suelo y depositó su cuerpo sobre el de ella. Linnet estaba ardiendo. La boca de Devon se separó de la suya y ella gimió en señal de protesta, pero él pasó los labios por su cuello y Linnet se arqueó brindándole acceso a cualquier parte de su cuerpo. Sus manos acariciaron el cabello de Devon, deleitándose con su suave espesura.

Las manos de Devon rasgaron parte de su vestido y rozaron la curva del comienzo de su pecho.

—Oh, Devon —suspiró, y su sonido se fundió en la exuberante densidad del bosque que los rodeaba.

—Sí, Devon —murmuró—, ¡Devon!

Devon envolvió su seno con la mano, mientras el pulgar despertaba su cima rosada. Linnet volvió a atraer la boca de Devon hacia la de ella, la agresora, exploradora de la caverna húmeda, de miel, de un néctar tan dulce y tan devorador, al tiempo. Él le deslizó la mano por la pierna; la piel de ella estaba expuesta desde la cadera hasta el tobillo. Linnet sintió su propio corazón retumbando en sus oídos.

Devon se apartó y el cuerpo de Linnet se sintió perdido, necesitado de él. Alzó sus brazos implorantes, pero sus manos rozaron el aire, ahora, frío. Linnet abrió los ojos. Devon estaba arrodillado, con las piernas separadas, sentado a horcajadas sobre las caderas de Linnet, sonriendo con aire de

suficiencia; sus labios dibujaban casi una mueca de desprecio.

—Acuérdate de esto la próxima vez que estés con alguno de tus otros hombres, y la próxima vez que pienses que soy tu hermano.

Linnet comprendió que se había reído de ella. Que lo que para ella había sido una nueva y maravillosa experiencia, no suponía nada para él, sólo era un acto para probar su masculinidad. Ella alzó la mano del suelo y le abofeteó con todas sus fuerzas.

Él no trató de detenerla; el sonido del bofetón reverberó en el bosque. Linnet se mantuvo tumbada, inmóvil, observando la huella roja de sus dedos en la mejilla de Devon.

Devon se levantó y se alejó andando. Linnet se sentía demasiado enojada para llorar. Se esforzaba por componer las piezas de su vestido con los dedos temblorosos. No oyó sus pasos cuando volvía hacia ella, pero notó cómo Devon colocaba su camisa sobre los hombros de ella. Linnet se la quitó de encima como si tuviera la peste, como si estuviera sucia, tan sucia como ella se sentía después de su humillación.

—Estás a menos de dos kilómetros al norte de Sweetbriar —dijo Devon con un tono de dureza en su voz—. Toma el caballo y vuelve allí.

Linnet no levantó la vista para mirarlo, pero supo que se había alejado.

Se quedó sentada en silencio solo un momento, antes de que una furia ciega invadiera todo su cuerpo. ¡Era inocente de los cargos que le imputaba! Recogió la camisa de Devon del suelo, corrió, saltó encima del caballo que la aguardaba y comenzó a buscarlo frenéticamente. Devon debió de oír que se acercaba porque se detuvo y se quedó de pie, alzando su mirada, expectante.

Linnet no tenía más arma que la camisa de Devon, la cual sujetó de un extremo y usó a modo de látigo para azotarlo.

—Cord Macalister es mejor hombre que tú —le chilló—. Al menos él es honesto. No me extraña que Amy Trulock le escogiera.

Con eso, soltó el extremo de la camisa que sostenía e instigó al caballo para alejarse de él.

Pero Devon fue más rápido que ella y, en el mismo momento, saltó

sobre el caballo. En un instante, los dos cayeron al suelo dando tumbos. Rodaban juntos cuando la boca de Devon tomó la de ella con una fuerza arrolladora. Linnet enterró las manos en su pelo y le devolvió el beso con igual ardor.

—¡Maldita seas, Linnet! ¡Maldita seas! —murmuró, y su boca descendió hasta su cuello.

Linnet trató de devolver la boca de Devon a la suya, pero él la detuvo.

—He esperado demasiado para esto y no permitiré que me metas prisa.

Él empezó a besarla lenta, suavemente, sujetándole la mejilla con la mano. El recuerdo de los resentimientos y las hostilidades que habían sentido se desvaneció ante la culminación de largos meses de deseo almacenado, sepultado.

Devon desabrochó el vestido de Linnet y expuso la pálida piel de la muchacha ante sus ojos.

—Quiero mirarte —dijo en voz muy baja, solo un susurro en realidad.

Ella lo miró y percibió la dulzura de la mirada de él. En sus pensamientos solamente estaba Devon, muy cerca de ella, que la acariciaba, que le pertenecía al fin. Los ojos de Linnet respondieron a su mirada, y Devon deslizó con cuidado el vestido roto, retirándolo de su fino hombro, al tiempo que sus labios seguían a sus manos. Linnet no notó cómo desaparecía el resto de su vestido, pero era consciente de estar desnuda, tumbada frente a él, contenta de agradarle.

—Eres preciosa, Lynna, muy hermosa.

Al contacto de la mano de Devon, diminutos escalofríos de placer recorrían su cuerpo. El contraste entre la suavidad de la piel de ella y la palma endurecida de él incrementaba la percepción que ella tenía de su masculinidad, de su vitalidad. Devon no volvió a besarla en la boca, sino en el cuello, en la línea por debajo de la mejilla, en el aterciopelado punto bajo la oreja. Recorrió con la cara el collar perfecto de la clavícula y ella sintió el suave comienzo de la barba en la mandíbula.

Cuando los labios de él rozaron su seno por primera vez, Linnet dio un grito ahogado, de sorpresa y de placer al mismo tiempo. Se arqueó contra él, sintiendo que, a su vez, Devon también la atraía hacia sí. Sus toscos pantalones, duros y ásperos, rozaron sus muslos y el delicioso contraste la

colmó de placer.

—Devon —musitó.

Él regresó a su boca, y la curva de sus labios le sonrió, cálida y cercana. Buscó su boca y ella la abrió, y él la bebió de pura necesidad. La pasión de Linnet aumentaba, reemplazando su asombro y sobrecogimiento. Ella se encontró con su beso y se apretó contra su cuerpo, empujándolo hacia sí al mismo tiempo, con las manos en su cabello, entrelazado en sus dedos. Linnet cató su boca con avaricia, con brusquedad, con hambre.

Devon se apartó de ella y le sonrió, acariciando su sien con el dedo. Ella se enfurruñó, se sintió estafada. No quería que se alejara, quería más besos, quería más caricias, quería más y más, hasta morir de querer.

Devon se alejó más aún de su lado, rozando apenas su cuerpo, su estómago, sus muslos. Pero pronto no quiso esperar más: se arrodilló junto a ella en el suelo del bosque, contemplándola. A Linnet le dolían los dedos sin el tacto de su piel dorada y alzó de nuevo sus brazos hacia él, mientras Devon le regalaba una amplia sonrisa y se quitaba los pantalones.

Linnet lanzó un grito ahogado al verlo. Alarmada por su virilidad, se echó hacia atrás, pero Devon no debió de percatarse, pues enseguida se volvió a acostar a su lado. A pesar de su miedo a lo desconocido, el cuerpo de Linnet reaccionó rápidamente al tacto de Devon, a su aliento en la oreja, a su mordisco en el lóbulo. Él la atrajo hacia sí con sus fuertes brazos y su piel entró en contacto con la de ella, caliente, y al tiempo fresca, viva, casi vibrante. Los besos de Devon se transformaron al incrementar su pasión, y Linnet igualó la intensidad de su deseo y mordió el sabor de la piel de su cuello, que sintió firme y suave.

Devon la colocó debajo de su cuerpo y Linnet se sobresaltó al sentir su peso, sus fuertes y recios muslos en contacto con los suyos, suaves y redondeados, su oscura piel sobre los senos, atrapados entre los dos cuerpos. Se exaltó al percibir las sensaciones que inundaban su interior.

Cuando Devon inició el acto profundo, Linnet abrió los ojos, ensanchados, y se retiró.

—¿Linnet? —le preguntó desconcertado.

—No—susurró desesperadamente.

Él la empujó de nuevo hacia sí y forzó su boca sobre la de ella. Toda

intención de protesta cesó hasta que Linnet sintió el primer dolor agudo, la fuerte herida que causó que la idea de amor huyera de su mente. Devon sostuvo entre sus manos la cara de Linnet.

—Linnet, no lo sabía. No lo sabía. Por favor, mírame.

El dolor fue disminuyendo mientras Linnet yacía quieta. Abrió los ojos. Era Devon, su Devon, y ella quería complacerlo. Consiguió esbozar una sonrisa, y Devon la besó de nuevo tratando de resistir su agonía interna.

—No puedo... —susurró, y empezó a moverse. Todavía le dolía, pero Linnet vio placer en el rostro de Devon, su mirada era casi etérea cuando sus ojos se cerraron y sus labios se separaron. Rápidamente, se desplomó sobre ella y la atrajo hacia él toscamente, antes de caer dormido.

Linnet yacía quieta bajo su brazo robusto, pensando en cómo deseaba que los besos no se hubieran detenido, pues sus ansias de él no se habían saciado lo más mínimo. Incorporó un poco su cabeza y contempló los músculos largos y tersos de su espalda, y sus labios desearon su tacto. ¿Cuántas veces había visto esa piel y deseado tocarla?

Devon dormía profundamente y no se despertó cuando ella se escurrió de debajo de su brazo. Linnet no vaciló en presionar sus labios contra la nuca de Devon, oculta y secreta tras sus rizos negros. Su cabello olía a humo y a la rica e intensa tierra de Kentucky. Con los dientes, recorrió el músculo de la parte posterior de su cuello, maravillada de su poder, el mismo poder que ella poseía sobre él... El poder de darle placer.

Linnet sintió que Devon se agitaba debajo de su cuerpo, como si saliera de su aletargamiento, pero él no se volvió. Linnet empezó a olvidar quien era, ya no recordaba la estricta educación de su niñera inglesa y las numerosas veces en que la oyó decir: «¡Eso no es propio de una dama!». Ahora era una mujer, sola en un paraje silencioso, y el hombre al que amaba yacía bajo ella, oscuro y cálido, y en ese instante estaba sin tocar, y los tantos meses de solo mirarlo habían hecho insaciable su deseo de tocarlo.

Ella depositó las manos sobre los redondos y recios músculos de los hombros de él y deslizó sus dedos sensibles a lo largo de sus brazos hasta que su cuerpo quedó tendido sobre el de Devon y, tras un instante, se elevó de nuevo, manteniendo solo el contacto de las puntas sensibles de sus pechos contra su piel. Entonces, empezó a besarlo, besó toda la superficie

de su espalda, al tiempo que sus labios y sus dedos ávidos acariciaban y exploraban con curiosidad, interesados, excitados.

—¡Dios, Linnet! No puedo más. Ven aquí.

Devon la prendió de los brazos y la atrajo a su lado y sintió cómo Linnet volvía a tensarse.

—No te volveré a hacer daño. Confía en mí.

Ella confiaba en él. Era la misma confianza que él le pidió y que ella le concedió en aquella burda choza india, pero que le había retirado desde entonces. Ahora se la volvía a conceder, con perdón, con amor desbordado. Devon no la hirió de nuevo, y esta vez ella pudo descubrir la culminación de su deseo. Él se movió despacio, con cuidado, hasta que notó que ella también lo quería. Linnet incorporó el cuerpo, acercándose hacia Devon, hundiendo los dedos en sus brazos, y empezó a moverse con él, juntos, descollando, remontando, creciendo y explotando en uno. Se acostaron entrelazados, húmedos, saciados, y durmieron.

Devon se despertó primero, sin hacer ruido. La luz del sol empapaba el hermoso cuerpo de Linnet, y él trató de no mirarla mientras se vestía y se alejaba caminando. Tenía lo que quería, por fin ella le había pagado por su rescate y ahora podía tener a Cord o a cualquier otro hombre que quisiera.

Sin pensar adonde iba, se dirigió hacia el norte, hacia la morada de su abuelo Shawnee. Necesitaba tiempo para pensar.

Con gran afecto y no poco alboroto, las gentes del poblado Shawnee salieron a saludar al joven que llegaba andando con un ciervo recién cazado sobre los hombros. Las mujeres le recogieron el ciervo, y él se dirigió directamente a la gran wigwam redonda de su bisabuelo. El rostro del anciano era una telaraña de arrugas, y todas ellas se reorganizaron en la cara al sonreír el viejo a su alto y delgado nieto.

—La vida del hombre blanco te ha reblandecido —dijo, a modo de saludo.

Con timidez, el joven recorrió su estómago duro y plano con la mano y sonrió ampliamente, a la vez que se sentaba delante de su abuelo.

—Solicito permiso para quedarme con mis hermanos Shawnee por un tiempo.

El anciano asintió con un gesto y tomó una larga pipa de barro que se hallaba colgada en la pared.

—Eres bienvenido, ya lo sabes. ¿Hay algo que te preocupa? —le preguntó, mirándole por encima de la cazoleta de la pipa.

—Nada que el tiempo no pueda curar.

El anciano hizo una breve pausa y le miró fijamente, con sus ojos negros, como diminutas cuentas de vidrio.

—Es una mujer la que te hace esto —afirmó con calma.

El joven alzó repentinamente la cabeza, sorprendido, y el anciano se rió entre dientes, emitiendo un sonido seco.

—No siempre he sido como soy ahora. Una vez fui joven también. Puedes quedarte para tratar de olvidar a esa mujer, o para recordarla.

—Mi abuelo es un hombre sabio —tomó la pipa de los dedos largos, delgados y secos del anciano y fumaron juntos, sin necesidad de más palabras.

Cuando Linnet se despertó y se encontró sola, fue casi como si ya hubiera supuesto que él se habría ido. Era obvio que sus celos y su odio contra Cord eran más poderosos que los sentimientos que pudiera tener hacia ella.

Linnet cabalgó con tranquilidad, de regreso a Sweetbriar.

Al cabo de seis semanas, Devon todavía no había vuelto, y Linnet estaba convencida de estar embarazada. No sabía qué hacer exactamente y se preguntaba si la gente de Sweetbriar aún se preocuparía de ella, sabiendo que portaba un hijo ilegítimo en su interior.

Corinne decidió por ella. La chica acudió a Linnet llorando a lágrima viva y le suplicó que le dijera dónde estaba Mac. Cuando Linnet le respondió que no tenía ni la menor idea de dónde se hallaba Devon, la muchacha incrementó su llanto, lanzando miradas hacia Linnet entre los dedos húmedos que cubrían su rostro.

Corinne confesó dramáticamente que llevaba al hijo de Mac en su vientre y que tenía que casarse con ella.

Linnet se echó a reír con tal histerismo que Corinne huyó, desfavorida,

de la pequeña cabaña.

Por la mañana, Linnet empezó a recoger sus pocas pertenencias y pidió a unos comerciantes que halló en el almacén de Mac si podían ayudarla a viajar hacia el este. Ellos le hablaron de unos colonos que se dirigían hacia allí y que iban a pasar por el pueblo al cabo de dos días.

OceanofPDF.com

Capítulo 11

—He oído que te vas mañana —le dijo Agnes, con la cara rígida.

—Sí, así es —le respondió Linnet, en el mismo tono.

Las dos mujeres se miraron a los ojos, sin chistar. Agnes habló primero.

—Estás cometiendo un disparate. Lo sabes, ¿no?

—No. No lo sé —declaró Linnet mientras partía un pedazo de madera con una hacha de mango largo.

Agnes le arrebató el hacha.

—Puede que engañes a los demás, pero no a mí.

—Por favor Agnes, discúlpame. Ya te he dicho que no tengo ni idea de qué estás hablando.

—Hablo de Mac y tú.

—¿Mac? Ah sí, creo recordar que conocí a ese hombre, pero no recuerdo mucho más. Ciertamente, no lo suficiente como para considerarnos una pareja.

Agnes agarró a Linnet por la parte superior de los brazos.

—¿Qué te ha hecho para que te comportes de este modo?

—Nadie me ha hecho nada que yo no pidiera. Voy a regresar al este, donde pertenezco. Me niego a quedarme aquí a esperar a que ese hombre terco y egoísta regrese y se ría de mí.

—Un hombre significa más que la suma de sus defectos.

—¿Y qué más podría ser? —preguntó Linnet con un tono sarcástico.

—El sentimiento que deja el cansancio tras haber pasado todo el día limpiando los pañales de los hijos de un hombre, cuando tienes náuseas y él sostiene el cazo para recoger tu vómito. El sentimiento hacia un hombre que hace que le perdones cuando lo hace todo mal, cuando dice lo que siente sin intención. Y ese sentimiento es amor, algo de lo que, imagino, tú sabes mucho.

—Pero te equivocas, Agnes —replicó en voz baja—. Yo no sé nada de amor. Todo lo que conozco es una infantil adoración por la heroicidad de un hombre que no es capaz de sentir nada más que rencor y hostilidad.

¿Esperas que persiga a un hombre como ese? Puede que lo hiciera una vez, pero no lo haré de nuevo. Hay cosas, cosas imperdonables, entre nosotros.

—No me hables de adoraciones de héroe y otras tonterías. Sé lo que he visto, y te repito que estás cometiendo un disparate. Ve a por él y dile que le amas.

Los ojos de Linnet titilaron, divertidos, pero su rostro expresaba algo muy diferente.

—Pero es que tú no lo comprendes, Agnes. Se lo dije. Le dije que le amaba del mejor modo de que fui capaz, pero la verdad es que no le importa, francamente. Así que, ahora, si me disculpas, debo comenzar a preparar la cena —pasó por el lado de Agnes y se alejó, dejando a la voluminosa mujer, por primera vez, sin palabras.

La mañana llegó casi sin avisar, y Linnet pudo oír el rumor de la gente en el exterior de su cabaña y el sonido de las carretas en movimiento. Echó un último vistazo a la pequeña estancia. Fuese lo que fuese que le deparara la vida a partir de ese momento, sería sin Devon Macalister. Las cuatro figuras permanecían en su sitio, sobre la repisa de la chimenea. No, no se las llevaría. Se acercó a ellas para acariciar aquella madera oscura por última vez pero, tras ese instante, suspiró y, con un barrido de la mano, echó las cuatro dentro de su pequeño fardo de ropa. Pasara lo que pasara, se justificó a sí misma, siempre podía venderlas.

Contestó a la llamada a la puerta de Lyttle Emerson.

—Es hora de irse, Lynna. La gente de Sweetbriar ha venido a decirte adiós —le informó con tristeza.

Linnet salió fuera y vio a todos esperándola. Se acercó primero a Wilma y a Floyd Tucker, con sus cuatro hijos, que estaban callados a su lado.

—Vamos a echarte mucho de menos —comenzó Wilma, lanzando sus brazos alrededor de Linnet—. Muchas gracias por haber salido aquel día en busca de Jessie.

Linnet giró la cabeza para ocultar las lágrimas.

Floyd le estrechó la mano con una expresión solemne. Jonathan, Caroline y Mary Lynn le sonrieron y le dijeron que sentían que se fuera. Linnet se agachó frente a Jessie y el niño le tendió la mano.

—Toma. Pensé que te gustaría. No es mucho: solo es una piedra, pero

tiene un agujero.

—Gracias Jessie —dijo, con los ojos demasiado enturbiados como para poder verla. Jessie se encogió de hombros y se alejó.

Esther Stark la abrazó y le agradeció el haberla ayudado a traer a su bebé, Lincoln, al mundo, y las cuatro gemelas se echaron a llorar y le rogaron que se quedara.

Lo más duro fue despedirse de la familia Emerson. Lonnie estaba indignado. Decía que la había salvado y que no tenía derecho a marcharse sin su permiso.

Agnes de poco no la aplastó con un vigoroso abrazo.

—Recuerda lo que te dije y no olvides que siempre serás bienvenida en Sweetbriar.

Linnet estrechó la mano de Lyttle. Las lágrimas rodaban por sus mejillas. Hasta ese momento, jamás se había percatado de cuan feliz había sido en Sweetbriar.

A cierta distancia, se hallaban Doll y Gaylon, de pie, con la mirada seria. Linnet derramó aún más lágrimas al comprender que nunca volvería a ver a esos dos hombres ni a oír como tomaban el pelo a Devon. Se detuvo al lado del carromato, a medio metro de ellos, y les dedicó la reverencia más baja y elaborada que pudo: una reverencia para reyes.

Lyttle estaba de pie, listo para ayudarla a subir a su asiento en el carromato. Linnet en ningún momento volvió la vista atrás.

Capítulo 12

Sweetbriar, Kentucky Abril de 1787

El trampero dejó caer el fardo de pieles sobre el mostrador y se aproximó a la chimenea para calentarse las manos. Era la primera vez en dos años que pisaba Sweetbriar y se le antojó que había cambiado mucho. La extensión del asentamiento se había casi duplicado, y él ya no conocía a muchas de las personas que allí vivían. Se preguntó dónde estarían Mac y Gaylon, y aquel hombre mayor que solía sentarse frente al fuego; Doll era su nombre. El trampero echó un vistazo alrededor del almacén y percibió que también había variado. Mac solía mantenerlo bastante limpio, o al menos se aseguraba de que Gaylon lo hiciera, pero ahora parecía como si dos osos hubieran pasado todo el invierno en el lugar.

Zeke se sentó y estiró las piernas, orientándolas hacia el fuego. Tal vez tuviera algo que ver con aquella chicuela que había visto en el pueblo del Terrateniente. Le asombró verla allí, jugando con un grupo de niños, algunos tan altos como ella. Le intrigó porque la ocasión anterior en que la había visto, ella vivía en Sweetbriar y tenía a todo el gallinero revuelto.

Zeke no pudo más que sonreír recordando a Mac, enfurruñado con la chica, observándola todo el tiempo y fingiendo no mirarla. Él era igual que Mac a su edad pero, gracias a Dios, Molly tuvo bastante sentido común para ver más allá de las apariencias. Hubo de utilizar su enorme barriga para arrastrarlo al altar y, aún después de aquello, él la trató bastante mal por un tiempo, pero ella le enderezó. Durante diez años, fue el hombre más feliz sobre la capa de la tierra. No le agradaba pensar en la muerte de Molly, ni en sus consiguientes problemas con la bebida, ni en cómo, finalmente, tuvo que enviar a sus hijos al este, mientras él se entregaba a la vida en el bosque.

Zeke agitó la cabeza para espantar los malos recuerdos y su memoria se transportó a los primeros años con Molly. A Mac, pensó, le pasaba igual que a él mismo: le aterrorizaba lo que sentía por la chica. Algo se trastorna en un hombre cuando ama a alguien con tanta intensidad, pues acaba

renunciando a gran parte de sí mismo.

Mientras Zeke se recreaba en estos pensamientos, la puerta se abrió y entró Gaylon, con los hombros gachos y con un aspecto bastante más envejecido que la última vez que Zeke lo vio.

—Buenos días, Gaylon —gritó el trampero.

Gaylon le clavó los ojos.

—¿Quién eres tú?

—¿No me recuerdas? Zeke Hawkins. Os he traído algunas pieles.

—Um... —el viejo apenas las miró.

—¿Qué ha ocurrido aquí? —preguntó Zeke—. ¿Dónde está Mac? ¿Y aquel hombre que siempre solía sentarse junto al fuego?

Gaylon alzó la mirada con una expresión de sorpresa.

—Vaya, hace tiempo que no vienes por aquí, ¿eh? Las cosas han cambiado. Ahora, el almacén Macalister lo regenta un demonio. No permite nada que no sea trabajo —escupió una sustanciosa bola negra de tabaco de mascar en el suelo.

En ese momento, la puerta se abrió con un golpe y Mac entró a toda prisa en la tienda. Zeke soltó un grito sordo al verle. Había perdido mucho peso, sus ojos estaban hundidos, como si no hubiera dormido en días, y llevaba la ropa y el cabello sucios.

—Mac —Zeke se le aproximó y le ofreció la mano—. Ha pasado mucho tiempo.

El joven alto y moreno no le hizo caso y se dirigió al mostrador.

—¿Has traído tú estas pieles?

—Sí —respondió Zeke, no muy convencido de sí mismo.

Mac se volvió hacia Gaylon.

—¿Por qué no las has contado aún?

Gaylon volvió a soltar otro escupitajo de tabaco, que en esta ocasión fue casi a aterrizar sobre el pie de Mac.

—No he tenido tiempo. Si tienes tantísima prisa, hazlo tú. Yo tengo otras cosas que hacer.

—Sí, y seguro que son muy importantes —gruñó Mac, al tiempo que Gaylon salía dando un portazo.

Zeke se apartó del mostrador. Fuera lo que fuese lo sucedido a Mac en

aquellos últimos dos años, no le gustaba lo más mínimo.

—¿Te importa si me quedo unos días por aquí?

—Haz lo que te plazca —respondió el joven—. No es asunto mío.

—Lo sé —replicó Zeke, tratando de ser sociable.

La puerta se abrió de nuevo y entró una mujer alta de constitución ancha.

—¿Qué quieres Agnes? —preguntó Mac, de mala gana.

—No tu mal humor, eso seguro —le replicó la mujer—. Vengo a ver ese nuevo tejido que acabas de recibir.

—Ya sabes dónde está —le dijo sin mostrar ningún interés.

Agnes prescindió de él y, en ese momento, se fijó en el trampero.

—¡Vaya, señor Hawkins! No le había visto por Sweetbriar desde hace mucho.

El se quitó su sombrero de pieles y sonrió.

—Me alegro de que me recuerde. He estado más al norte, cerca de Spring Lick, ahora ya hace bastante tiempo, casi dos años.

—¿Spring Lick? ¿No es allí donde se está hablando tanto de convertir Kentucky en un estado?

—Sí, algo de eso se cuece. Tienen a un hombre llamado Squire Talbot que piensa ser el primer gobernador del nuevo estado.

—¡Gobernador! ¿Oyes eso, Mac? Kentucky va a tener su propio gobernador.

Mac la ignoró por completo.

—Bien, señor Hawkins...

—Zeke.

Agnes le sonrió.

—Zeke, me encantaría escuchar todas sus noticias. ¿Por qué no viene a cenar a mi casa?

Zeke dibujó una sonrisa de oreja a oreja.

—Esa es la mejor proposición que me han hecho en años. De verdad que añoro la cocina de una mujer. Por cierto, eso me recuerda algo que iba a preguntarle a Mac justo cuando usted ha entrado.

Mac alzó la cabeza.

—No me dedico a regalar comida a todo trampero que pasa por aquí.

—No. No es eso. Es mi reumatismo. Las lluvias de la primavera lo empeoran cada vez más, y dormir al raso, sobre la tierra húmeda, no me ayuda mucho.

Mac cerró el libro de cuentas de un golpe.

—Puedes dormir aquí en el suelo siempre que quieras.

—No pretendo molestar, pero cuando venía cabalgando vi una cabaña vacía en el claro y me preguntaba si sería posible que me quedara allí un tiempo.

—¡No! —casi gritó Mac.

Zeke miró a Agnes sobresaltado, y ella atravesó a Mac con la mirada.

—Me temo que tratamos de conservar la cabaña tal como está. Así todos podremos recordar la ignorancia de algunos —dijo Agnes.

Mac devolvió la mirada hostil a Agnes.

—¿Has encontrado lo que necesitas, Agnes? Tengo otras cosas que hacer aparte de quedarme aquí todo el día.

Zeke se interpuso entre los dos.

—Miren, no pretendía empezar una discusión. Ya sé que todos tenían mucho aprecio a la chiquilla que vivía allí, pero como ella no ha de volver, pensé que...

Agnes se volvió para dirigirse a Zeke.

—¿Qué le hace estar tan seguro de que la muchacha no va a volver?

—Bueno, porque la he visto —Zeke notó que los dos se habían quedado estupefactos, más tiesos que si les hubiera caído un rayo encima.

Agnes fue la primera en recuperarse.

—¿Dónde la vio? —preguntó en voz baja.

Zeke apartó la vista de los ojos de Mac, que lo estaban atravesando.

—Ha estado viviendo en Spring Lick, ahora hará ya más de un año. Llegó en un carromato junto a unos misioneros la primavera pasada, sobre estas fechas, creo. Es la maestra del pueblo —Zeke rió entre dientes—. Será pequeña, pero desde luego tiene a todos los niños dominados. Varias veces la he visto en el patio jugando con ellos pero, en cuanto ella les dice que es hora de volver a entrar en la escuela, la obedecen como corderitos, y lo más gracioso es que muchos de esos chicos son más crecidos que ella.

Agnes se rió.

—Esa es Linnet, no hay duda. Esa chica tiene un don especial. Pero, ¿por qué está en Spring Lick? Se marchó para dirigirse hacia Boston o algún sitio parecido.

—¿Es que no tenéis ningún otro sitio donde ir a hablar de los viejos tiempos sin fastidiarme a mí?

Agnes ni siquiera se molestó en volverse para constatar el arrebató de Mac.

—Zeke, creo que no podré esperar hasta la cena para escuchar todas sus nuevas. ¿Por qué no viene conmigo ahora?

Zeke se alegró de poder alejarse de lo que fuera que estaba corroyendo a Mac.

—Será todo un placer, señora.

Durante un corto lapso de tiempo, Mac miró fijamente la puerta cerrada. Así que Linnet se hallaba en un lugar llamado Spring Lick... Cogió una botella medio llena de whisky del estante y se fue adonde el viejo roble, junto al arroyo. Acercó la botella a los labios y apenas notó la quemazón del whisky puro; a esas alturas, ya estaba habituado a aquella sensación.

Esa chica lo corroía por dentro, pensó. Noche y día. Lo corroía. ¿Cuántas veces había visitado su cabaña vacía y había examinado la estancia, recordando las horas que compartieron allí? No era que la añorara, era más bien como si Linnet fuera una herida que iba creciendo dentro de él, una herida que dolía todo el tiempo.

Macapuró las últimas gotas de whisky para descubrir que no había surtido efecto suficiente para detener sus pensamientos acerca de Linnet. ¿Qué la hacía tan diferente? Se enamoró de Amy Trulock, pero superó el hecho de que ésta le abandonara. ¿Por qué continuaba, entonces, pensando en Linnet constantemente? Había solo una manera de deshacerse de su fantasma, y era viajar hasta Spring Lick y verla. Lo más probable es que estuviera casada, con dos hijos feos y roñosos, y que estuviera gruesa y estropeada, como otras tantas mujeres. Cuando la viera de ese modo, sería capaz de reírse de todo su sufrimiento y se sentiría satisfecho de no verla nunca más.

Sonrió por primera vez desde hacía mucho tiempo. Sería fantástico sacarse su voz de la cabeza, y sus palabritas precisas. Le haría bien no

volver a ver jamás esos ojos extraños, que cambiaban del gris al verde, y al azul, hasta aquellos airados destellos de rojo. Trató de sorber algo más de whisky de la botella vacía, pero al no conseguirlo se enfureció y la lanzó con fuerza, y observó cómo se hacía añicos contra un árbol distante.

Linnet se hallaba sentada, inclinada sobre un bastidor de acolchados. Metía y sacaba la aguja, mientras las mujeres que se hallaban a su alrededor chismorreaban con malicia, despedazando a la amiga de Linnet: Nettie Waters. Linnet no se atrevía a rechistar, pues sabía que podía provocar que toda la bilis de aquellas mujeres cayera sobre su propia cabeza.

Hacía casi un año que vivía en Spring Lick, y ya estaba contando las horas que le quedaban para irse. Había abandonado Sweetbriar desatinadamente, movida por la rabia y la desesperación, sin considerar el hecho de que no tenía dinero ni nadie que pudiera ayudarla. Durante meses trabajó de lo que pudo, por lo común, como criada de alguna mujer indolente. Pero para cuando alcanzó Boston, su estado de embarazo era ya tan avanzado que se le hizo difícil encontrar incluso aquel tipo de empleos.

Su hija Miranda nació en un hospital católico para madres solteras. Allí intentaron convencerla de que entregara a su bebé en adopción, pero Linnet miró esos ojitos azules tan semejantes a los de Devon y supo que moriría antes que desprenderse de aquella criatura.

Durante su estancia en el hospital, su suerte pareció cambiar cuando leyó un anuncio en el periódico local. Un hombre solicitaba una maestra para ejercer en el territorio de Kentucky. Linnet deseaba regresar a aquella tierra agreste, indómita, y criar a su hija lejos de la ciudad, lejos de la gente que pudiera insultarla.

Linnet solicitó el empleo a un hombre llamado Squire Talbot y, tras seis largos días de incertidumbre, aquel hombre le concedió el trabajo.

No le llevó mucho tiempo percatarse del error que había cometido. El Terrateniente —que era como se hacía llamar Squire, dado que ese era el significado de su nombre— había descubierto que la historia de su viudedad era falsa y, automáticamente, dio por sentado que Linnet era una mujer fácil. En una ocasión, durante su travesía hacia Kentucky, Linnet asestó un

cacerolazo en la cabeza al Terrateniente, y el hombre comenzó a captar el mensaje.

Como resultado, sin embargo, Linnet se había granjeado un enemigo.

El Terrateniente se mantuvo alejado de ella, pero su orgullo estaba herido y ansiaba venganza. Presentó a Linnet a la población de Spring Lick como la señora Tyler, viuda, pero a los pocos días todos se habían enterado ya de que Miranda era hija ilegítima, y a Linnet no le cabía duda de que fue el Terrateniente quien desveló su secreto.

Los habitantes de Spring Lick eran gente entrometida, de miras estrechas, que utilizaban la religión para justificar todo aquello que deseaban. Al principio, los hombres del pueblo parecieron asumir que debían recibir favores de Linnet, pero ella se las arregló para repelerlos; con lo que se granjeó aún más enemigos. Las mujeres la detestaban porque tentaba a sus maridos, y los hombres consideraban que debía darles lo que ansiaban pues, obviamente, ya se lo había dado a algún otro antes que a ellos.

Inmersa en semejante coyuntura, Linnet trataba de ahorrar hasta el último penique que ganaba como maestra para que Miranda y ella pudieran abandonar cuanto antes aquel pueblo, donde Linnet tenía una sola amiga: Nettie Waters.

—Miranda crece muy rápidamente, ¿verdad, Linnet? —observó Jule Yarnall desde el otro lado del bastidor—. Dinos, ¿se parece a tu familia o a la... de tu marido?

—Se parece a mi marido. Al menos tiene sus ojos, aunque el pelo de él era mucho más oscuro —contestó Linnet sin mirar a la mujer.

La puerta se abrió de golpe sin que Jule hubiera comenzado apenas sus indagaciones, y una bella mujer entró en la sala. Vestía ropa desgastada pero limpia, que resaltaba su figura.

—Linnet, acabo de preparar cera para hacer unas velas y me preguntaba si te apetecería ayudarme con los moldes.

Jule protestó:

—¿No te pueden ayudar Váida o Rebekah, Nettie? Tus hijas parecen muy capaces, ¿o es que están ocupadas en otros menesteres?

Nettie le lanzó una mirada asesina, pero no le contestó. Se volvió de

nuevo hacia Linnet, dando la espalda a Jule.

Linnet sonrió, agradecida.

—Me encantará ayudar.

A toda prisa, Linnet guardó las tijeras, el hilo y la aguja dentro de una pequeña cesta roja y se agachó para levantar a Miranda en brazos.

—No imaginas cuánto te lo agradezco —dijo Linnet cuando estuvieron fuera.

—Supuse que sería un buen momento para rescatarte. Han tenido suficiente tiempo para terminar conmigo y mi familia, y estarían a punto de comenzar contigo y Miranda.

Linnet se echó a reír ante la perspicacia de Nettie. Miranda empujó el pecho de su madre para apartarse de ella y quiso bajarse. Linnet tomó su mano diminuta, y las dos mujeres aminoraron el paso para acomodarlo al de la niña.

—Nos está haciendo una primavera preciosa —comentó Nettie—. Buena época para una boda —miró a Linnet con sagacidad—. ¿Cuándo regresa el Terrateniente?

—No estoy segura —contestó Linnet, evitando los ojos de su amiga.

—Supongo que sabes que está esparciendo el rumor de que Miranda es suya, ¿no? —le dijo Nettie en voz baja.

—¡No! —exclamó Linnet con un grito ahogado—. Ni siquiera él...

—No me extrañaría nada de él. Has herido su orgullo. Y hablando del rey de Roma, mira quién viene por ahí...

Se les aproximaba un hombre alto, de pelo cano, montado a caballo. Tenía buen porte y parecía más joven de sus cincuenta años. Llevaba los hombros erguidos hacia atrás y el estómago metido hacia dentro. Era un hombre acostumbrado a obtener de la vida lo que le placía y Linnet intuía que su atracción hacia ella se debía únicamente al hecho de que ella lo rechazaba.

El Terrateniente detuvo el caballo ante las dos mujeres. Sus ojos marrones descendieron un segundo para sonreír a Linnet, antes de reparar siquiera en Nettie y la niña. Saludó a las damas levantándose el sombrero.

—Hola Nettie. ¿Va todo bien en casa?

—Perfectamente, Squire —respondió ella—. A Ottis le gustaría que te

pasaras y echaras un vistazo a unas nuevas semillas de maíz que le ha comprado a un trampero. A mí no me parecen gran cosa, pero Ottis se comporta como si creyera que de cada semilla va a germinar una planta tan enorme que van a hacer falta cuatro hombres para cargarla.

El Terrateniente soltó una risita jocosa.

—Tendré que pasarme hoy a verlas. No quisiera perderme algo así. ¿Es que hoy no hay escuela, Linnet? —le sonrió.

—La habrá esta tarde. Todos me suplicaron que les permitiera la mañana libre, y yo misma no pude resistir la oportunidad de hacer novillos.

—Eres demasiado blanda con los niños, Linnet —declaró con seriedad.

Nettie emitió un leve sonido de garganta.

—No alcanzo a comprender cómo se las arregla Linnet para manejar a los hijos de los Gather. ¿Sabes, Squire?, deberías tener unas palabras con Butch. Si pasara menos tiempo en ese almacén suyo y se involucrara un poco más en la educación de los niños, estoy convencida de que se comportarían mejor.

El Terrateniente desmontó de su caballo y se colocó cerca de Linnet.

—Nettie, cada vez sueñas más y más a Jule. Ella dice que tendría que hacer algo con respecto a tu hija mayor.

—No hay nada de malo en Váida, y tú lo sabes. Está celosa porque es más bonita que cualquiera de sus hijos.

—Digas lo que digas, comprenderás que yo debo atender todas las quejas. Si Linnet está descontenta con la disciplina de alguno de sus alumnos, tendré que interferir, pero hasta entonces... —se detuvo en la mitad de la frase y ambos miraron fijamente a Linnet, esperando una réplica.

—No —contestó Linnet en voz baja—, no tengo ninguna queja. He de preparar algunas lecciones antes de que lleguen los niños.

Se arrodilló y abrazó a su hija, quien dedicó una amplia sonrisa a su madre.

—Miranda, ahora tengo que regresar a la escuela, así que ve con la tía Nettie y sé buena, ¿de acuerdo?

Miranda gorjeó una respuesta incoherente y se aproximó a Nettie sin ningún reparo.

—Te acompañaré —dijo el Terrateniente, al tiempo que la tomaba del brazo.

—¿Tuviste un buen viaje? —le preguntó Linnet cuando estuvieron a solas.

—Sí —su mirada se sumergió en el intenso y profundo gris de los ojos de Linnet—, pero me sentía ansioso por regresar a casa. ¿Qué me dices de Jule y Ova? ¿Alguna de ellas ha vuelto a importunarte?

—Apenas —sonrió—. Debo irme ya —dijo frente a la entrada de la pequeña escuela.

—Entraré contigo y...

—¡No! —le interrumpió Linnet.

Él retrocedió.

—Supongo que tienes razón, sabia y sensata Linnet. Por supuesto, no me debes nada por haberos sacado a ti y a tu hija de Boston. Pero bueno —prosiguió al ver que no obtenía respuesta por parte de la chica—, eso es historia pasada. Tengo mucho trabajo que hacer hoy. ¿Puedo verte esta noche?

Linnet dio media vuelta y huyó al interior de la escuela sin contestar. Lo primero que hizo fue golpear con el puño sobre el enorme diccionario que había en su mesa. ¡El Terrateniente! Todo el mundo le adoraba y le veneraba, acudían a él para pedirle permiso para cualquier cosa que planearan hacer. Spring Lick incluso se había dado en llamar el Pueblo del Terrateniente, al igual que Sweetbriar era el Pueblo de Devon. ¡Pero qué diferencia! Devon apreciaba a las personas de Sweetbriar, mientras que el Terrateniente únicamente coleccionaba gente. Siempre hacía cosas por ellos, muchas cosas, y siempre se negaba a que le pagaran por sus favores. Sin embargo él nunca le pedía ayuda a nadie.

Durante un tiempo, Linnet trató de llevarse bien con él, y él fue a cenar con ella y Miranda unas cuantas veces, pero pronto la visitaron Jule y Ova para hablarle «por su propio bien». Dijeron que no daba buena impresión que tuviera a un hombre en su casa todas las noches, como hacía, que la gente sin duda comentaría. Ellas no, por supuesto, pero había gente mucho menos cristiana y caritativa que ellas.

Al poco de llegar a Spring Lick, Linnet se había quedado atónita con la

actitud de la gente, pero aprendió a entenderlos e incluso a predecir sus reacciones. A las mujeres les entusiasmaaba contar con un atractivo hombre soltero en su comunidad y no les interesaba tener a una joven soltera alrededor. Linnet tuvo que soportar muchos comentarios insidiosos por esta causa. Spring Lick tenía una superficie cuatro veces mayor que Sweetbriar, pero aun así había hallado más amigos de verdad en aquel pueblecito de los que jamás podría encontrar entre la totalidad de los habitantes de aquel mayor asentamiento. Nettie era la única que no hacía preguntas, la única que no miraba de vez en cuando a Miranda como si fuera un poco rara o, tal vez, un poco sucia.

El alboroto de los pequeños dirigió sus pensamientos hacia la escuela. Su primera experiencia con niños había sido durante su viaje a Kentucky, con sus padres. Eran chiquillos felices y sinceros, y ella llegó a adorarlos, al igual que adoraba a los niños de Sweetbriar. Pensó en la talla de sí misma con Jessie Tucker, que ahora se hallaba en la repisa de la chimenea de su casa, y se preguntó cuánto habría cambiado Jessie en aquellos últimos años. ¿Acaso alguno de ellos la recordaría aún?

Se forzó a alejar sus pensamientos de Sweetbriar y los concentró en Spring Lick. Cuando el Terrateniente aceptó su solicitud de empleo, Linnet se llenó de felicidad, pero ahora ya no se sentía tan ufana. Al igual que aquellos dos pueblos eran tan distintos, así ocurría también con las dos poblaciones de niños. Los chicos de Sweetbriar siempre habían correspondido al amor que ella les profesaba, pero ese no era el caso de los niños de Spring Lick, ni mucho menos. A veces, sentía que si un día cayera muerta en medio del aula, los niños tal vez, solo tal vez, pensarían en evitar pisarla.

La miraban con ojos ausentes. Nettie había dicho que los hijos de los Gather eran un problema, pero distaban mucho de serlo. Cuánto añoraba a un niño como Jessie, que la desobedecía o le tiraba de las trenzas. Cualquier cosa antes que esos niños fríos que se la quedaban mirando, sin percatarse de que era un ser humano. En una ocasión oyó a Pearl Gather decir: «Ella ha dicho que lo hagamos». Linnet se quedó de piedra cuando comprendió que lo que la chica quería decir era exactamente eso: «ella»; no «la señora Tyler», ni siquiera «la maestra», o «la vieja», no, eso hubiera sido

demasiado personal. Incluso ahora, al recordarlo, Linnet aún se sorprendía. No eran tanto las palabras como el tono de la chica.

Oyó a los niños fuera y cuando abrió la puerta, ninguno de ellos la miró al entrar.

OceanofPDF.com

Capítulo 13

—Miranda, ¿te gustaría ir a dar un paseo? —preguntó Linnet a su hijita.

La niña hizo un esfuerzo extraordinario por impulsarse hacia arriba y ponerse de rodillas, con las manos en el suelo. A continuación, consiguió levantarse con suma precariedad y tanteó sus pasos hacia su madre. La sonrisa con que Linnet aguardaba la aproximación de la niña se desvaneció con el sonido de la llamada a la puerta: esperaba haber salido para cuando llegara el Terrateniente.

—Hola —consiguió decir con un tono cortés—. Miranda y yo estamos listas.

El Terrateniente no hizo caso de la niña, como de costumbre. La chiquilla le miró con toda seriedad; la intensidad de su mirada era demasiado cortante para propiciar ningún gesto de afecto por parte de aquel hombre. Además, no sería propio de un caballero de su clase tocar a una niña «manchada».

—Hace una noche preciosa, ¿no crees? —le preguntó Linnet, al tiempo que aspiraba el aroma de las flores de primavera.

—Sí —dijo él, sin quitarle la vista de encima.

—¿Cómo te fue en Danville?

El Terrateniente sacó pecho de forma ostensible.

—Creo que mi discurso les impresionó, verdaderamente —la miró de soslayo—. Gracias por ayudarme a redactarlo.

—De nada. Fue un placer. Entonces, ¿consideras que tienes muchas posibilidades de cumplir tus aspiraciones de ser gobernador?

—Sí, eso creo, Linnet, y... —se interrumpió cuando Linnet corrió a impedir que Miranda se metiera en un charco de lodo—. Linnet, yo... —prosiguió, tomándola del brazo.

Linnet se desaferró de él del modo más educado posible. A menudo sus roces habían conducido a algo más de lo que ella estaba dispuesta a tolerar.

Él percibió su reacción.

—Será mejor que regresemos, ¿no te parece? Empieza a oscurecer.

Un hombre alto entró en el almacén y miró a su alrededor con aires de profesional.

—¿Puedo ayudarle en algo?

La voz provenía de un hombre increíblemente obeso. Su pequeña cabeza se asentaba sobre varios pliegues de papada, sus hombros y el resto de su forma corporal se perdían dentro de una inmensa masa de carne.

—¿Es usted de por aquí?

—No —contestó el hombre—, soy de Sweetbriar. Hace algún tiempo que llevo pensando en abrir un nuevo establecimiento por esta zona, pero veo que usted me ha ganado por la mano.

El hombre grueso mostró satisfacción por el cumplido.

—Mi nombre es Butch Gather —extendió la mano, cuya palma tenía forma de globo, con unas protuberancias cortas que querían ser dedos.

—Macalister, me llaman Mac —estrechó la mano tendida.

—¿Tiene intención de quedarse por aquí?

—Pensaba hacerlo, por un tiempo breve, si consigo encontrar una habitación o algún sitio donde quedarme.

—Yo tengo una habitación en la trastienda, si puede pagar por ella.

Devon lanzó una moneda de plata sobre el mostrador.

Butch la examinó de cerca pegándola a su ojo minúsculo.

—A cambio de plata, caballero, incluso le cedería mi habitación.

Alguien se rió detrás de Devon, y este se giró.

—Si Ova llegara a catar un hombre de verdad, no recuperarías tu cama nunca jamás —dijo uno de los tres hombres.

Butch sonrió con suficiencia.

—Hasta ahora, nunca la he oído quejarse, y le he dado ya seis hijos.

—Acércate Mac. Es Mac, ¿no? Quédate un minuto y dinos qué noticias tienes.

Devon ya había estado conversando con los hombres durante un buen rato, cuando alguien mencionó por primera vez a la nueva maestra.

—Una chica bonita de verdad. Más vale que el Terrateniente se la adjudique pronto.

—¿El Terrateniente? —preguntó Devon—. He oído que pretende presentarse para gobernador cuando Kentucky se convierta en un estado.

—Has oído bien.

—¿Y esta maestra es su mujer?

El hombre le guiñó un ojo a Devon.

—No. No delante de un predicador, si sabes a qué me estoy refiriendo.

—Claro —Devon forzó una sonrisa.

Linnet terminó en la escuela tan pronto como le fue posible. Debía ir a casa de Nettie y recoger a Miranda, pensó, pero en realidad lo que necesitaba era pasar un tiempo a solas. Se adentró en el bosque, arropada por su sombra fresca y fragante. Sonrió y estiró los brazos, disfrutando de su soledad, aspirando la paz.

—Hola, Linnet.

A Linnet se le heló la sangre al escuchar aquella voz que conocía tan bien y, al instante, empezó a temblar. Lentamente, se dio media vuelta y su mirada se inundó del brillante azul de los ojos de Devon Macalister.

No consiguió evitar quedarse mirándolo con la boca abierta. No podía creer que su corazón hubiera empezado a palpar con tanta fuerza, que no fuera capaz de sentir la misma serenidad que él aparentaba.

—¿Te acuerdas de mí? —preguntó alegremente.

—Sí —consiguió murmurar Linnet, controlando su respiración y tratando de apaciguar su pulso.

—Estaba de paso —mintió— y oí que vivías aquí, así que pensé en saludarte. Parece que Spring Lick te sienta bien —sus ojos barrieron su cuerpo, recordando hasta el mínimo detalle.

Linnet alzó su mentón en el aire.

—Me las he arreglado.

—Por lo que he oído, has hecho algo más que arreglártelas —se reclinó contra un árbol despreocupadamente, pero Linnet percibió un breve destello de enfado en sus ojos.

¿Cómo era capaz él de quedarse ahí de pie, haciendo gala de semejante indiferencia? ¿Por qué el cuerpo de ella, en cambio, aún temblaba?

Devon se sentó en el suelo, con las piernas cruzadas, y arrancó una larga brizna de hierba. Linnet había olvidado cuan elegante era, cómo se movía con fluidez, como si bajo la piel estuviera hecho de agua y no de huesos como todos los demás. Su pelo se le antojó más negro de lo que recordaba, pero se rizaba del mismo modo, a la altura de la nuca. Las yemas de los dedos de ella conocían bien su tacto.

—Así que, dime, ¿qué has estado haciendo estos dos últimos años?

Linnet volvió a mirarle a los ojos. Debía aparentar que no sentía lo que estaba sintiendo.

—Oh, no demasiado, la verdad. Viví un año en Boston, tras lo que me mudé aquí hace otro año. Sin embargo, preferiría escuchar cosas de Sweetbriar. ¿Cómo está Agnes?

Devon sonrió, y Linnet contempló sus dientes fuertes y blancos, en contraste con aquella piel oscura, cuyo sabor creía poder sentir ese mismo instante en su boca... «¡Basta!», se dijo.

—Agnes tuvo otro bebé, una niña, no mucho después de tu partida —la observó fijamente—. La llamó Blanche.

Linnet se sorprendió.

—¿Blanche?

—Sí, como Linnet Blanche Tyler, supongo, aunque nunca lo ha admitido claramente.

Linnet se sintió complacida.

—Esther está de nuevo encinta —continuó él—. Y Lester... Oh, no conoces a Lester. Sweetbriar ha crecido de forma considerable desde que te fuiste.

—¿Y Jessie Tucker? —preguntó ella—. ¿Y Lonnie?

—Jessie y Lonnie crecen tan rápidamente que no los reconocerías. Y el bebé de Esther, Lincoln, el que ayudaste a traer al mundo, ya anda y está empezando a hablar, y manda en la casa llena de mujeres. Las gemelas siguen pareciendo iguales.

—Pero tú nunca creíste que fuera así. Siempre lograbas diferenciarlas.

Devon le sonrió por un instante, en silencio, y ella apartó la vista. Era como si el aire entre los dos estuviera cargado de una fina lluvia magnética de rayos brillantes. Al menos, así lo percibía Linnet.

—¿Y cómo se encuentra tu esposa? —preguntó Linnet, confiando en apaciguar aquella lluvia eléctrica.

—¿Esposa? —preguntó él con un tono de incredulidad—. ¿Para qué querría yo una esposa? He llegado hasta donde estoy sin grilletes ni cadenas, así que imagino que seré capaz de seguir así lo que me queda de vida.

Linnet se quedó atónita.

—Pero tu hijo... ¿Qué hay del bebé?

—No sé de qué me hablas —Devon se reclinó contra un tronco de árbol, sacó su cuchillo de la funda y empezó a tallar un trozo de corteza.

Linnet se sentó, dejando caer su peso sobre un árbol muerto que estaba tumbado sobre el suelo del bosque.

—Pero ¿qué pasa con Corinne? —continuó.

Devon levantó la mirada para mirar a Linnet durante un segundo.

—Corinne sería la última mujer con la que me casaría. Yo no recojo las sobras de Cord —le echó una fugaz mirada resentida, antes de retornar sus ojos a la talla—. Corinne se casó, de eso no te quepa la menor duda, y alumbró a un bebé justo después de la boda, pero el responsable fue Jonathan Tucker. ¿Qué te hizo pensar que me iba a casar con ella?

Linnet se agarró con fuerza y respondió con sinceridad.

—Me dijo que estaba esperando un hijo tuyo.

Después de lanzarle una breve mirada de dureza, Devon se echó a reír con tanta energía que las venas se hincharon en su poderoso cuello.

—Corinne siempre fue una mentirosa. Todo el mundo lo sabía. No me quería a mí, sino a mi negocio. Lo intentó todo para conseguir que yo... —se interrumpió y miró a Linnet hasta que las mejillas de la chica se encendieron de vergüenza—. Bueno, basta con decir que hubiera sido completamente imposible que llevara un hijo mío en el vientre.

Linnet pestañeó sin decir nada, preguntándose si no sería él quien mentía.

Devon pareció leer sus pensamientos y desvió la vista.

—No digo que no tonteara un poco con ella, pero no más que otros muchos hombres. No me gustaría estar en el pellejo de Jonathan. Pero, quién sabe, tal vez él logrará enderezarla.

—Sí, tal vez.

Linnet trataba de digerir la información. ¡Cómo desearía que no fuera demasiado tarde! Pero, aún si Corinne mintió, no podía obviar el hecho de que Devon la abandonó después de hacerle el amor en el bosque.

—Ahora, cuéntame algo de ti. No hemos hecho más que hablar de mí.

—No, no es cierto. No has dicho ni una palabra sobre ti —respiró hondo—. Tienes aspecto de estar agotado y has perdido peso.

La observó largamente, sin apartar la vista.

—Me he estado alimentando con la cocina de Gaylon, o la mía propia, que es incluso peor. Es un milagro que todavía me quede la piel.

De repente, Linnet deseó que se marchara, deseó pegarle patadas, morderlo, besarlo, tocarlo... ¡No! No debía pensar de ese modo. Debía mantenerse sosegada, como lo hacía él.

—Ayer horneé pan. ¿Te apetecería probarlo?

Devon dibujó una amplia sonrisa y el corazón de Linnet se aceleró de nuevo.

—Me encantaría volver a probar tu cocina —se levantó y se quedó de pie frente a ella, pero Linnet no osó mirarlo. No podía, no cuando se encontraba tan cerca.

Se apartó de él y caminaron juntos hasta el límite del bosque. Lo primero que Linnet divisó fue a Nettie, con Miranda de la mano. Linnet no podía creerlo y se avergonzó de sí misma: se había olvidado por completo de su hija. No tuvo tiempo para explicaciones; en su lugar, soltó un rápido «discúlpame» por encima del hombro, se remangó las faldas y echó a correr hacia su amiga.

Cuando aferró el brazo de Nettie, Linnet jadeaba, sin respiración.

—Si eres mi amiga, si alguna vez he hecho algo por ti, por favor haz esto por mí ahora: no le digas que Miranda es mi hija.

Nettie miró por encima del hombro de Linnet para ver a quién hacía referencia aquel «le». Distinguió a un hombre alto y más bien flaco, apuesto, con el pelo negro y... los ojos de Miranda. No hacía falta ser una lumbrera para adivinar de quién se trataba.

Devon se aproximó a las dos mujeres.

—Nettie, este es Devon Macalister. Todos le llaman Mac.

Devon miró a Linnet de soslayo, arqueando una ceja. Así que evitaba que otra gente le llamara Devon. Conservaba ese nombre exclusivamente para su uso personal.

—Y esta es Nettie Waters.

Devon la saludó con una ligera inclinación de cabeza.

Nettie se agachó para agarrar a Miranda y la aupó en el aire.

—Y esta es Miranda —Nettie advirtió perfectamente la profunda inhalación de Linnet, pero la ignoró empujando a la niña contra los brazos de Devon—. ¿Le gustaría tenerla en brazos?

Devon se desconcertó. Le agradaban los niños, pero siempre se las arreglaba para mantenerse lejos de ellos. Aquellos seres diminutos tenían el don de convertirse en algo húmedo o ruidoso en tan solo un instante. Observó a la niña que le habían colocado en los brazos.

—Es una niñita muy linda —dijo tendiéndosela de vuelta a Nettie—. Bonitos ojos —dijo, sin comprender por qué su comentario hacía tanta gracia a aquella mujer.

Después de lanzar una mirada fulminante a Nettie, Linnet se apresuró a hablar.

—Conozco a Devon de cuando vivía en Sweetbriar.

—No sabía que vivías en Sweetbriar. Creía que habías llegado de Boston.

—Y así fue... Yo... —Linnet se sentía confusa. Después de haber visto a Devon sosteniendo a Miranda, había perdido el poco aplomo con el que contaba— Ahora voy a preparar algo de cena para Devon. Te veré más tarde.

Devon se sentó a la mesa de pino situada en el centro de la estancia. La cabaña en la que vivía Linnet era mayor que la que tenía en Sweetbriar, pero, en esencia, era igual, excepto por el alto porche frontal.

—Todavía no me has contado nada acerca de tu vida aquí. ¿Eres la maestra? —preguntó con la boca llena.

¿Cómo podía estar ahí sentado tan tranquilo? ¿Cómo había sido capaz de sostener a su hija en sus brazos sin percatarse de quién era? ¡Bonitos ojos! ¡Y que lo dijera! ¡Eran idénticos a los suyos! ¡Idénticos a los de aquel hombre vanidoso e increíblemente exasperante!

—Se está bien aquí, aunque la gente es muy diferente a la de Sweetbriar.

—Conocí a un hombre, Butch Gather, ahí abajo en el almacén...

Se detuvo y se aproximó a la chimenea para observar sus tallas.

—¿Las conservaste? —preguntó en voz baja.

—Sí, así es —Linnet podía sentir cómo su enojo iba *in crescendo*.

¿Con qué derecho volvía a entrar en su vida? Ella se había adaptado a un mundo sin él. Había horas enteras del día en las que ni siquiera pensaba en él, de modo que, ¿qué derecho tenía a volver?

—¿Por qué estás aquí? —le increpó.

Devon se volvió a sentar a la mesa y continuó comiendo.

—¡Te he preguntado qué haces aquí y exijo una respuesta!

Con calma, Devon depositó en la mesa el pedazo de pan que acababa de morder.

—Pasaba por aquí y, cuando me enteré de que una vieja amiga vivía en el pueblo, pensé en pararme a saludarla.

—Vieja amiga —dijo en voz baja, sepulcral—. ¿Eres capaz de sentarte ahí como si todo siguiera igual, como si nos encontráramos en Sweetbriar y yo te estuviera dando tu lección de lectura? —empezó a incrementar su tono de voz, que se convirtió en un chillido estridente—. ¿Eres capaz de hablarme con calma después de todo lo que ha ocurrido entre nosotros? ¿Después de esa noche en la que...? —sintió como las lágrimas se agolpaban en sus ojos—. ¡Bien, pues yo no puedo! —gritó—. Abandoné Sweetbriar porque no deseaba volver a verte nunca, y sigo sin desearlo. Quiero marcharme, irme lejos de aquí, para no regresar jamás. ¿Me comprendes? —estaba gritando todo lo que su voz podía dar de sí, y las lágrimas empañaban su visión.

Salió corriendo por la puerta abierta de la cabaña y se aventuró en el bosque.

Devon se quedó sentado a la mesa, en silencio, viéndola correr. «Sigue corriendo con la misma lentitud y torpeza de siempre», pensó antes de regresar a la comida. Sonrió. Creía recordar que era la primera vez en dos años que le apetecía comer de veras. Más de una vez había apartado su plato y alcanzado la jarra de whisky en su lugar. En aquel instante, no sentía

ningunas ganas de beber.

¡Vaya si se acordaba de él! Untó una capa de dos dedos de grosor de mantequilla fresca en una rebanada de pan, la mordió y miró con detenimiento las marcas que los dientes habían dejado en aquella sustancia cremosa. Ella pensaba que había olvidado la noche que pasaron juntos. Durante los últimos dos años, aquella única noche con ella había arruinado todas sus sucesivas experiencias con otras mujeres. Se había acostado con otras, pero a ninguna de ellas le había hecho el amor, a ninguna de ellas...

Sonrió y dio otro mordisco a la rebanada de pan. Si ella todavía le recordaba con tanta claridad, tal vez podrían pasárselo bien un rato antes de que él regresara a Sweetbriar y la devolviera al Terrateniente. ¡Señor! ¿Qué clase de hombre permitiría que le llamaran Terrateniente? En fin, poco le importaba a él, siempre y cuando obtuviera lo que quería.

Capítulo 14

—Me parece una vergüenza traerlo aquí, delante de buenos cristianos como nosotros. Cualquiera que tuviera dos dedos de frente sería capaz de percatarse de quién es. ¡Virgen Santísima, si esa niña es su viva imagen! —exclamó Jule.

—Y ella, dispuesta a reanudar su relación con él justo dónde la dejaron. Butch me comentó que él no regresó a su habitación hasta altas horas de la madrugada.

Ova apuñalaba la colcha con su aguja, dando puntadas desmesuradamente largas.

—Lo que me gustaría saber —continuó Jule— es lo que vamos a hacer al respecto. Spring Linck es una comunidad muy piadosa, temerosa de Dios, y no me agrada nada lo que está sucediendo justo delante de nuestras narices. Y la maestra del pueblo, nada menos. ¿Qué se supone que va a enseñar a nuestros hijos?

—Cierto —asintió Ova—. Una maestra debería dar ejemplo, y si eso es un ejemplo de lo que ella considera correcto... Bueno, ya entiendes a lo que me refiero.

—¡Sin duda! —Jule empezó a coser más rápidamente, alzando su tono de voz a la par—. Siempre supe que no traería nada bueno; rondando constantemente al Terrateniente.

—Ahí tienes a un inocente cordero, necesitado de protección.

—Desde luego. Y creo que alguien debería advertirle de lo que está ocurriendo delante de sus propias narices.

Jule y Ova se miraron mutuamente.

—Es nuestro deber —opinó Jule.

—Nuestro deber de mujeres cristianas —matizó Ova, y las dos mujeres guardaron sus instrumentos de costura, salieron fuera y emprendieron su marcha acelerada hacia la gran casa de madera del Terrateniente.

—Buenos días, señoras. Bonito día para tomar el aire ¿no les parece?

Ova, que de repente se sintió muy avergonzada, agachó la cabeza para

clavar la vista en sus pies, pero Jule no compartía la misma emoción.

—Squire, lo siento pero venimos por un asusto desagradable.

La cara del Terrateniente se ensombreció.

—¿Ha habido algún accidente? ¿Hay alguien herido?

Ova suspiró.

—Es muy propio de usted pensar en los demás antes que nada. No, tememos que el único que podría resultar herido es usted y consideramos nuestro deber...

—Nuestro deber cristiano —intercaló Jule.

—Sí —prosiguió Ova—, nuestra obligación moral ineludible, informarle de lo que está ocurriendo en su pueblo, en su propia casa, por así decirlo. Algo de lo que usted es demasiado piadoso para darse cuenta.

—Tengan a bien tomar asiento, señoras, y permitan que escuche lo que han de decirme —señaló las sillas que había en el porche y, cuando las damas se hubieron aposentado, dijo—: Ahora, ¿qué es lo que puedo hacer por ustedes?

—Se trata de esa maestra.

—¿Linnet? —preguntó él.

—Sí Linnet Tyler. O al menos así es como se hace llamar.

Jule tomó el relevo.

—Estábamos todos dispuestos a pasar por alto algunas cosas, como esa niña sin padre, como mínimo ante los ojos del Señor, pero que se traiga al progenitor de su hija al pueblo y pretenda que nosotros...

—¿Qué? —el Terrateniente se puso en pie, estupefacto.

—Como lo oye —añadió Ova—. Ha traído al padre de la niña. Se hospeda en el almacén de mi Butch.

El Terrateniente se inclinó hacia un puntal del porche, buscando soporte.

—Señoras, les ruego que empiecen a contármelo todo empezando desde el principio, sin omitir ni un solo detalle.

Linnet barría el suelo del pequeño colegio. Se arrepentía de su reacción de la noche anterior, pero nada podía hacer ya para reparar el daño. Deseaba haber sido capaz de mantener la compostura en su presencia; tal vez de ese

modo él se hubiera marchado sin más. Por lo menos, cuando ella regresó a su cabaña, él ya no se hallaba allí, aunque aún así ella lo sintió cerca toda la noche, como si todavía siguiera sentado a la mesa, observándola.

—Buenos días, maestra —Devon se hallaba de pie, recostado contra una de las jambas de la entrada.

—Buenos días —dijo Linnet con el tono más sosegado de que fue capaz—. ¿En qué puedo ayudarte?

Devon esbozó una sonrisa perezosa.

—Pensé en acercarme a ver el lugar en el que pasas tantas horas de tu tiempo —hojeó con su pulgar el libro gordo que se encontraba sobre la mesa de Linnet—. ¿Qué es esto?

—Es un diccionario. Si desconoces el significado de una palabra, puedes buscarla en él para descubrirlo.

—Eso no tiene sentido. ¿Quién usaría una palabra cuyo significado no conoce?

Linnet lo miró con repulsa.

—¿Y si alguien te dijera algo en Shawnee y tú lo entendieras todo menos una palabra? ¿No te gustaría entonces tener un libro en el que consultar su significado?

—No —contestó él con seriedad—. Para eso tendría que trajinar un libro como este a todas partes. Sencillamente, preferiría preguntárselo a un nativo.

—Pero, a veces... —se detuvo al ver entrar al Terrateniente en la escuela.

—Linnet, me acaban de informar de que tenemos un visitante en el pueblo. Un amigo tuyo.

Linnet se puso de pie, flanqueada por un hombre a cada lado.

—Sí. Te presento a Devon Macalister, de Sweetbriar, Kentucky.

—Bien, Devon —el Terrateniente le estrechó la mano.

Ambos, Linnet y Devon, exclamaron al unísono:

—¡Mac!

Los ojos de Devon titilaron y Linnet se apresuró a explicar:

—Todo el mundo le llama Mac.

—Oh —exclamó el Terrateniente, habiendo visto ya más de lo que

deseaba ver—. Linnet, ¿te importa si salimos a hablar un momento?

—En absoluto —dijo sin mirar a Devon, puesto que se imaginaba lo que este estaría pensando.

Sus celos ya les habían hecho bastante daño una vez, y Linnet no tenía motivos para creer que él hubiera cambiado.

—¿Es él el padre de tu hija? —preguntó el Terrateniente cuando apenas habían salido aún por la puerta.

Linnet pestañeó de asombro.

—No se han demorado.

—¿Pasaste la noche con él?

—¿Me preguntas cómo he osado aceptarle a él después de haber estado rechazado las generosas ofertas de todos y cada uno de los hombres del pueblo? Discúlpame, tengo cosas que hacer.

El Terrateniente la prendió del brazo.

—Yo te traje hasta aquí. Pagué por tu viaje, y estás en deuda conmigo...

—¡Yo no te debo nada! Te he pagado con creces, puesto que tú has arruinado la poca reputación que tenía dando a entender a todo el mundo que pasas las noches conmigo —Linnet bajó la vista para mirar claramente la mano que le oprimía el brazo—. Dañaría tu reputación delante de los demás hombres si yo fuera explicando que he preferido a un tendero antes que a nuestro próximo gobernador, ¿no crees? —se desprendió de él de un tirón y regresó a la escuela a paso ligero.

—¿Una riña de enamorados? —le preguntó Devon desde el vano de la puerta.

—Sí —bufó entre dientes—. El Terrateniente no es más que uno de la larga lista de hombres que tengo haciendo cola. Ahora, por favor, ¿te importaría salir de mi vida?

—¿Vas a casarte con el Terrateniente?

Linnet se dirigió a su mesa sin molestarse en responder.

—He oído que es bastante rico. Podría comprarte muchas cosas bonitas.

Linnet le miró largamente, sin apartar la vista.

—¡Oh, qué maravilla! Es especial teniendo en cuenta que mi vida entera gira en torno a vestidos de seda y criadas. ¿Sabías que la casa en la cual crecí era tan grande que todas las casas de Sweetbriar hubieran cabido en el

comedor? Si a eso le sumáramos las cocinas, podríamos añadir también la mayor parte de los jardines de Sweetbriar. Cuando era niña, jamás tuve que mover un dedo. Mi padre empleaba a doce personas dedicadas exclusivamente a mi cuidado. Contaba con dos doncellas personales, una institutriz, una cocinera, dos lacayos, un cochero, un...

—Ya me hago una idea. Así que ahora vas a casarte con el Terrateniente para recuperar parte de todo aquello.

—Ciertamente —contestó con los ojos dilatados.

Devon la examinó en silencio.

—Debes disculparme. Tengo muchas cosas que hacer. Deberé trabajar todavía algún tiempo, hasta que alguien me proporcione el tipo de vida al que siempre he estado acostumbrada.

Devon salió de la escuela en silencio, atravesó el pueblo y se adentró en el bosque. Se sentó dejando caer todo su peso sobre el tocón de un árbol, con la cabeza en las manos. ¿Por qué diría todas aquellas cosas si no eran ciertas? Señor, aquella mujer le estaba volviendo loco. Creyó que lo había resuelto todo, que al verla se liberaría de su sentimiento hacia ella para siempre, pero ahora era incluso peor, mucho peor.

—¿Mac?

Levantó la vista y vio a una mujer de pie a su lado. Tardó un instante en reconocer que se trataba de la amiga de Linnet: Nettie.

—¿Puedo hablar contigo un momento? Miranda, no te alejes demasiado.

Devon contempló a la criatura con la mente gris.

—Sé que no es asunto mío, y además me lo han recordado ya varias veces, pero considero que deberías estar al corriente de lo que ocurre en Spring Lick.

—No era consciente de que ocurriera nada.

—Lo sé, pero, ¿sabes?, la realidad es que has causado un verdadero revuelo en el pueblo.

—¿Yo? Pero si ni siquiera conozco a nadie aquí.

Nettie le sonrió. Entendía qué era lo que Linnet había visto en él.

—Resulta obvio que tú y Linnet os conocéis muy bien.

Devon arqueó una ceja y Nettie se rió.

—Miranda, ven con la tía Nettie. Me gustaría mostrarte algo.

La pequeña se dirigió torpemente hacia los brazos abiertos de Nettie.

—Dijiste que era una niñita muy linda. ¿No te recuerda alguien?

Devon llevó su mirada de la niña a la mujer, mirando esta última como si hubiera perdido la razón.

—¿Qué me dices de sus ojos? ¿Los has visto antes? Jule y Ova los reconocieron de inmediato.

—No tengo ni idea de lo que quieres decir —Devon estaba empezando a decidir que no le agradaba aquella mujer—. ¿Y quiénes son Jule y Ova?

—Son las cotillas del pueblo. Los chismes, por desgracia chismes muy perniciosos, son el centro de sus vidas. Si no hubiese sido por ellas, nadie se habría preocupado de quién era el padre de la hija de Linnet, y ella no hubiera estado tan marginada, acosada por todos esos hombres.

—¡El padre de la hija de Linnet! —estalló—. Ella no me dijo nada.

—Lo sé. De hecho, se ha tomado muchas molestias para ocultarte a la niña. Te sugiero que observes a Miranda con atención, a ver si recuerdas haber visto esos ojos azules con anterioridad, en un espejo tal vez.

Devon miró fijamente a la pequeña y advirtió el mentón de Linnet, frecuentemente alzado. También reconoció sus propios ojos.

—Mucha gente tiene los ojos azules. Quizás...

Nettie se levantó y depositó a la niña en el regazo de su padre.

—Eres un necio, Devon Macalister. Quédate aquí y conoce a tu hija.

Nettie los dejó solos.

Devon se quedó tan perplejo que no era capaz ni de pensar. Miranda comenzó a tirar de los botones de su camisa, pero pronto perdió el interés. Se revolvió y se peleó con sus propias extremidades hasta que consiguió descender con dificultad del regazo de su padre. Devon la contempló. ¡Su hija! ¿Sería cierto que Miranda era su hija?

—¿Miranda? —la llamó con dulzura, y la pequeña se volvió y le sonrió con los ojos brillantes.

Devon se metió la mano en el bolsillo, extrajo un collar de cuentas de vidrio, y se lo alcanzó a la niña. Esta inmediatamente se lo puso en la boca y su padre se rió con ella.

—Bueno, hijita, ahora tienes un padre. Apuesto a que tu nombre es

Miranda Tyler. ¿Qué te parece si lo cambiamos por el de Miranda Macalister?

Devon la tomó al vuelo en sus brazos y la niña se rió, divertida con el movimiento de vaivén.

—Miranda. ¡Qué nombre más bobo! Aunque supongo que si tu padre te puede conceder el apellido Macalister, tu madre tiene derecho a escoger el nombre de pila que prefiera.

La niña le golpeó con el collar de cuentas y él la estrechó en sus brazos.

—Creo que me gusta esto de ser padre.

Linnet los vio salir del bosque caminando, cogidos de la mano. Devon se detuvo frente a ella, mientras Miranda se fue a ver a unos gatitos que había escondidos debajo del porche.

—¿Es cierto? ¿Es mi hija?

—Sí, Miranda es hija tuya.

Devon suspiró y respiró hondo.

—De acuerdo —dijo con resignación—, me casaré contigo.

Capítulo 15

—¿Casarte conmigo? —dijo Linnet sin poder creer lo que estaba oyendo. Creyó que su cabeza le iba estallar de furia—. ¿Así que te casarás conmigo? ¡Después de dos años y una hija, tú, criatura vil e insoportable, ahora me dices que te casarás conmigo!

—Vamos, espera un minuto...

—¡No! Espera tú un minuto. Yo ya te he escuchado durante mucho tiempo. Ahora tú vas a escucharme a mí. La primera vez que entraste en aquella pobre choza donde Oso Loco me tenía retenida, cuando arriesgaste tu vida por mí, yo me enamoré de ti tan profundamente que me ha costado un infierno percatarme de lo necia que fui. ¿Qué crees que se siente cuando se ama a alguien que está constantemente enojado contigo, que nunca cesa de acusarte falsamente?

—¡Falsamente y un cuerno! Te he visto con un hombre detrás de otro.

—¡¿Un hombre detrás de otro?! —exclamó en un grito ahogado—. Sólo existió Cord, y él estaba ennegado por los celos como lo estás tú. Los dos me utilizasteis para repetir vuestro juego privado. Él ya te había ganado a una mujer y no estabas dispuesto a dejar que hiriera tu orgullo ganándote a otra.

—¿Cómo iba yo a saber a cuál querías? —dijo suavemente.

Linnet alzó los brazos en el aire.

—Pero si hubo ocasiones en las que apenas me dirigías la palabra... Cord me arrastró del pueblo y, en vez de quedarme con él, me aventuré en una tormenta de nieve que por poco me mata. Pero, ¿te importó? ¡Claro que no! Lo único que te preocupaba era pensar si tu rival me había tocado.

—¿Por qué me llamaste hermano? —musitó.

Linnet emitió una risa grotesca y burlona.

—Tú lo eras todo para mí: hermano, padre, madre, hermana, todo. Te amaba con locura. Tú, con todo tu egoísmo, no hubieras sido capaz de entender cuánto. ¿Por qué crees que permití que me hicieras el amor? Estaba tan loca por ti que en cualquier momento me hubiera ido a vivir

contigo, a pesar del descaró. Todo lo que tenías que hacer era chasquear los dedos, y yo hubiera acudido a ti. Tú no eres capaz de entender cómo me sentí cuando me abandonaste aquel día. Pero ya no importa; es agua pasada. Por fin, he recuperado el juicio. Lo que sentía por ti ha muerto, asesinado poco a poco, con cada una de tus sospechas, tus acusaciones, tus constantes arrebatos de ira. Ahora quiero que desaparezcas de mi vida. No quiero verte nunca más. Y puedo asegurarte que no me llevará más de diez minutos deshacerme de tu nefasto recuerdo.

Linnet pasó por su lado con la intención de alejarse, pero Devon la prendió del brazo y tiró de ella para situarla de cara.

—He sido un necio, ¿verdad? —dijo sencillamente, con una mirada nueva de comprensión.

—Sí, así es —respondió ella con un tono de dureza, dominada aún por el enojo.

—Ese ha sido mi problema desde que te conocí, ¿no es cierto? He estado enamorado de ti sin ni siquiera saberlo. Tenía tanto miedo de volverme a enamorar. Después de lo que pasó con Amy, tenía miedo. Tú lo sabías. Probablemente, toda la gente de Sweetbriar lo sabía, excepto yo. Te he amado durante mucho tiempo, pero era demasiado necio para darme cuenta.

Linnet se desprendió de él.

—Y ahora, ¿se supone que debo caer en tus brazos y perdonarte para que podamos vivir felices para siempre jamás? La vida no funciona así. ¿Tienes idea de lo que me has hecho? No hace ni una hora me acusabas de querer casarme por dinero. ¿Se te ha pasado alguna vez por la cabeza que pudiera desear tener algo de dulzura en mi vida, que pudiera incluso querer a alguien capaz de decirme «buenos días» sin rastro de sorna ni desdén, sin indirectas destinadas a insinuar que soy una fulana o algo parecido? Me has culpado de irme a la cama con cada hombre que me ha mirado en la vida, pero te diré que tú eres el único hombre que me ha tocado.

—Linnet, yo...

—No me pongas esa cara. Ahora te lo puedo decir porque ya no me importa lo más mínimo lo que creas de mí.

—Pero yo te amo. Acabo de decirte que te amo.

—¿Y se supone que eso lo arregla todo? ¿Por qué no me lo dijiste la noche en que concebimos a Miranda? ¿Por qué no pudiste decirlo el día que me encontraste después de que Cord me hubiera raptado?

—Entonces no lo sabía. Debes perdonarme.

—¡Oh, debo perdonarte! —dijo con tono sarcástico—. Siempre me acusaste de querer a Cord y, ahora, años más tarde, entras de nuevo en mi vida y lo primero que haces es acusarme de acostarme con el Terrateniente. ¡Squire! —soltó un grito ahogado.

—Linnet, por favor —dijo tomándola del brazo—. Miranda es mi hija.

Linnet se zafó de su brazo.

—¿Con qué derecho es tu hija? ¿Estuviste presente cuando sufrí dieciséis horas de parto para traerla al mundo? ¿Cuando pasé dos semanas en cama con fiebre después de dar a luz? ¿O únicamente estuviste allí una tarde de diversión, la tarde en que quisiste probarte a ti mismo la clase de mujer que yo era?

Sus ojos se encontraron un momento y Devon comprendió cuánta razón había en las palabras de Linnet. Su voz era apenas un hilo cuando habló.

—Nunca antes me había dado cuenta de cómo era, de cómo te traté. Y a mí me duele aún más, pues sé lo que sentía por ti. Tienes toda la razón. No puedo pedirte que me perdones, pero ¿tal vez podríamos volver a empezar? ¿Puedo compensarte de algún modo?

Linnet le quemó con la mirada, su boca era tan solo una línea apretada.

—Qué bonita y brillante idea. Volver a empezar, borrar el pasado. No es posible. No sería capaz de volver a confiar en ti, de volver a amarte. Tú no puedes cambiar. La primera vez que le dijera «hola» a otro hombre, ya me estarías acusando de cualquier cosa imaginable. Estoy convencida de que un día incluso dudarías de si Miranda es tu hija o la de otro hombre. Cord también tiene los ojos azules.

Devon retrocedió, su rostro parecía haber recibido un puñetazo.

—Entonces no hay nada que yo pueda decir o hacer para convencerte.

—Nada.

—En ese caso, algún día alguien será el padre de mi hija.

—Mi hija. Tú no tienes ningún derecho sobre ella.

Devon se acercó a pocos milímetros de Linnet, posó la mano sobre su

mejilla, su palma cálida y dura contra la piel tersa y suave de Linnet.

—Te quiero, Lynna. ¿No significa eso nada? Nunca se lo he dicho a nadie.

Linnet le contempló fijamente, con extrema frialdad.

—Hubo una vez en que lo hubiera significado todo para mí, pero ahora llega demasiado tarde.

Devon se apartó de ella.

—¿Deseas que me vaya de aquí y te deje en paz?

—Sí —respondió en voz baja—. Deja que me recomponga a mí misma y construya una nueva vida para Miranda y para mí. Creo que seré capaz de hacerlo ahora que me he liberado de ti.

Devon asintió con la cabeza, mientras sus ojos de largas pestañas parpadeaban rápidamente.

—Si alguna vez me necesitas... —murmuró, pero se le quebró la voz; dio media vuelta y se alejó.

Miranda estaba asustada de oír la voz de su madre en aquel tono tan alto y enojado. Sostenía al gatito sobre su brazo y miró hacia arriba desde debajo de las tablas del porche. Su madre le estaba gritando a aquel hombre alto que la tía Nettie conocía. Los ojos de Miranda se empañaron de lágrimas al ver que se incrementaba la ira de su madre. No le agradaba aquel sonido y deseaba que cesara.

Las lágrimas rodaban por sus menudas mejillas y abrió la boca con la intención de chillar, pero el gatito de pronto saltó de su brazo y se fue correteando por el otro extremo del porche. Miranda cerró la boca y aspiró por la nariz para contener el llanto, mientras contemplaba la diminuta espalda negra y blanca del gatito persiguiendo a una inmensa mariposa azul. Miranda se dejó caer sobre sus manos y rodillas y gateó, saliendo de debajo del porche para seguir al minino. Se impulsó para ponerse de pie y corrió torpemente sobre el campo de tréboles, siguiendo al gatito y a la mariposa, tras lograr superar el pavor que había sentido ante el enojo de su madre.

La puerta de la escuela estaba abierta, y Miranda se olvidó del gatito mientras trepaba los tres peldaños de la entrada, de uno en uno. Conocía el

edificio de la escuela, sabía que tenía algo que ver con su madre y con niños mayores que jugaban allí. Tropezó con el suelo tosco y desigual y cayó sobre sus nalgas. Se echó a llorar, pero pronto se percató de que no había nadie allí que pudiera oírla, así que detuvo su llanto infructuoso, se levantó y caminó hacia el gran escritorio que había al fondo del aula. Miró tras la silla y halló un huequecito cómodo y acogedor, cálido y secreto. Se metió dentro de él, se sentó, miró a su alrededor y decidió que le gustaba aquella pequeña cueva. Se tumbó de costado y se quedó dormida.

—¿Ves? Ya te he dicho que aquí no hay nadie. Vamos, ¿piensas hacerlo o tienes demasiado miedo?

—Yo no tengo miedo.

—Shhh... ¡Alguien viene! Salgamos de aquí.

Los dos chicos salieron corriendo del edificio de la escuela y se dirigieron hasta el comienzo del bosque.

—¿Ves? No era nadie.

—Da igual. Podría haber sido. ¡Eh! ¿Dónde está la lámpara?

El chico miró hacia su mano derecha con una expresión de sorpresa al ver que no sostenía la lámpara.

—Supongo que me la debo de haber dejado dentro.

—Tendrás que volver a buscarla.

—Ni hablar. Yo no entro allí a oscuras.

—Cuando mi padre se entere de que falta una de sus lámparas, voy a decirle que has sido tú.

—¿Yo? Eres un mentiroso.

Los chicos saltaron uno encima del otro y rodaron por suelo.

El gatito vio la puerta abierta de la escuela y entró delicadamente, sin hacer ruido con sus patitas acolchadas. La lámpara de aceite reposaba en el suelo y su llama titilaba arriba y abajo, anaranjada y amarilla, bailando una danza que tenía al pequeño animal fascinado. Este contempló la luz por un momento, ladeó su redondo cabezón y alargó su pequeña garra blanca hacia el calor, pero pronto comprendió que controlar a aquel enemigo iba a requerir una estrategia más elaborada. Sigilosamente, saltó sobre uno de los

bancos del aula y examinó la luz titilante con detenimiento hasta que conoció bien sus movimientos erráticos. De repente saltó sobre la lámpara, la derribó y su contenido se derramó en el suelo.

El fuego quemó la patita del gato, que chilló y corrió afuera, en busca de aire frío. El trébol fresco le calmó el dolor y el gatito se sentó a lamerse la herida, aliviado al comprobar que su pelo solo se había chamuscado. Una vez recuperados su cuerpo y su dignidad felina, el animalito se alejó del edificio de la escuela, con el rabo erguido, sin mirar atrás.

Los chicos continuaban peleándose, sin demasiada animosidad, cuando uno de ellos descubrió las llamas.

—¡Mira, la escuela se está quemando!

El otro chico se detuvo con el puño levantado hacia atrás y se volvió para ver cómo el fuego empezaba a salir por la ventana del lateral.

—Lo has hecho tú —dijo, al tiempo que bajaba el puño—. Tú te dejaste la lámpara ahí dentro.

—Pero tú fuiste quien me la dio.

—Sea como sea, a los dos nos van a arrancar la piel a tiras.

—¡Cómo lo sabes! Mira, de todas maneras, no es más que la escuela. No es que fuera la casa de alguien o que hubiera personas dentro. Si arde hasta los cimientos, no tendremos clases durante mucho tiempo, incluso puede que nunca más.

El otro chico miró la escena con impotencia y asombro. —Supongo que tienes razón. Si el edificio se quema, no tendremos escuela. Más vale que nos esfumemos de aquí antes de que alguien venga y nos eche las culpas de lo que solo ha sido un accidente.

El Terrateniente fue el primero en advertir el resplandor de las llamas e hizo sonar la campana situada en un extremo de su porche, la campana que solo se tocaba en casos de emergencia.

—¿Qué ocurre? ¿Otra vez los indios? —Butch Gather caminó como un pato hacia la casa del Terrateniente.

—¡La escuela se está incendiando! Tenemos que organizar una brigada de cubos.

—¡Um! —murmuró Butch, al tiempo que seguía al Terrateniente resollando—. ¿Por qué no dejamos que arda? Así nos libraríamos de los

problemas con esa maestra.

Las llamas ya se habían apoderado de uno de los laterales del edificio. Largas y estilizadas lenguas anaranjadas se deslizaban hacia fuera por la ventana, tratando de tomar el tejado. Daba la impresión de que mucha gente del pueblo debía de ser de la misma opinión que Butch, pues pocos se afanaron en colaborar. No les interesaba en demasía que la escuela continuara alejando a los niños del trabajo, y no lamentaban mucho que ardiera hasta las cenizas. Fueron únicamente la ira y las órdenes del Terrateniente las que consiguieron hacer que unos pocos fueran de aquí para allá transportando cubos llenos de agua.

La puerta principal se abrió de golpe mostrando una enorme pared de fuego en su interior y un buen número de gente sonrió al comprender que no iban a ser capaces de salvar gran cosa del edificio.

Linnet llegó corriendo a través de la negra noche, guiada por las llamaradas. Corrió hasta el Terrateniente y le agarró el brazo, impidiendo que pasara el cubo de agua.

—¡Miranda! ¡No encuentro a Miranda! —gritó por encima del estruendo.

Él la apartó de sí.

—Ahora no tenemos tiempo de buscarla. Iremos a por ella más tarde. Hazte con un cubo y únete a la fila.

Linnet miró hacia las llamas. Las luces danzantes iluminaban su cara hinchada y enrojecida. La escuela no significaba nada para ella, mientras que Miranda lo era todo. Dio media vuelta y se alejó de la gente que intentaba sofocar el fuego.

Nettie se acercó corriendo a través del campo, seguida por sus dos hijas.

—Oh Linnet —dijo—. Lo siento mucho. Sé que estabas muy orgullosa de tu escuela. Parece que no se va a salvar nada.

—No —replicó Linnet ausente; sus ojos escudriñaban la noche bajo su luminosidad ultraterrena.

—Al menos Miranda ha salido —dijo Rebekah.

Ambas, Nettie y Linnet, se giraron hacia ella.

—No quise decir nada —la niña de diez años retrocedió, tratando de eludir el intenso examen de las dos mujeres.

Linnet agarró los hombros de la niña.

—¿Qué quisiste decir sobre Miranda? —la interrogó.

—¿No la tienes tú? —dijo la niña tartamudeando—Quiero decir que la vi hace un rato en la escuela.

Nettie desencajó los dedos de Linnet de los hombros de su hija.

—Vamos, Rebekah, quiero que nos expliques exactamente de qué estás hablando.

—Iba hacia el manantial, cuando vi a Miranda entrando en la escuela. La puerta estaba abierta, así que pensé que la señora Tyler estaba dentro.

Linnet dio media vuelta, se remangó las faldas y echó a correr a toda prisa en dirección al fuego. La gente había desistido de continuar arrojando agua sobre el edificio, pero seguían rodeándolo, listos para sofocar cualquier chispa incendiaria.

Linnet corrió directamente hacia las llamas, sin detenerse un segundo, sin advertir el calor brillante.

—¡Linnet! —el Terrateniente gritó, y la agarró de la cintura.

Linnet comenzó a arañarlo y a darle patadas, retorciéndose, doblándose como si estuviera luchando contra él, con una energía más bestial que humana.

—¡Por Dios, Linnet! ¿Qué te ocurre?

No podía creer que alguien tan menudo pudiera tener tanta fuerza. La retenía con ambos brazos por la cintura, soportando con no poca dificultad el dolor de sus patadas en las espinillas. Se hallaban demasiado cerca del calor abrasador del fuego.

—¡Es Miranda! —Nettie gritó al Terrateniente por encima del rugido ensordecedor de las llamas—. Linnet cree que está ahí dentro.

El Terrateniente pudo oír lo que decía y frunció el ceño. Si la niña se encontraba en el interior del edificio, no seguiría viva mucho tiempo, no cuando la pared frontal del edificio se había convertido en un inexpugnable muro de fuego.

—¡Linnet! —trató de que le escuchara en vano. Linnet todavía le pegaba patadas, y sus manos estaban despellejadas y ensangrentadas a causa de los arañazos—. ¡Linnet! No puedes salvarla. ¡Escúchame! Ahora está en manos de Dios.

Más tarde se dijo que el lamento que emitió Linnet fue el sonido más espeluznante que nadie hubiera podido llegar a imaginar jamás. Fue un largo y hueco gemido de agonía y dolor, de desesperación atroz. Resonó por encima del fragor de las llamas, por encima del clamor de la gente, por encima de los sonidos de aquella noche funesta, y no hubo persona o criatura alguna que al oírlo no se paralizara y se estremeciera de espanto.

Devon pareció surgir súbitamente de la nada.

—¿Qué sucede? —le preguntó al Terrateniente.

—Miranda —respondió el hombre, todavía con el cuerpo inerte y sin sentido de Linnet en sus brazos ensangrentados. Indicó hacia el fuego con la cabeza.

Devon no perdió un segundo. Se arrancó la camisa del cuerpo, la humedeció en un cubo de agua, hizo una pelota con ella y se la puso en la cara. Corrió directamente hacia las llamas. Solamente Nettie fue capaz de reaccionar para gritarle «¡No!», pero Devon ya no la oía.

La niña yacía acurrucada en el suelo, con la cara envuelta con los largos faldones de su vestido. El escritorio que aún se tenía sobre su cabeza le había servido de protección contra el fuego. Dormía, aletargada por el humo y el calor. Devon tomó su pequeño cuerpo y lo envolvió por completo con su camisa, sin que la niña se despertara.

Rápidamente, miró a su alrededor. La parte posterior de la cabaña no ardía aún, pero la sólida pared de troncos no ofrecía vía de escape. Las ventanas de ambos lados estaban en llamas y eran demasiado pequeñas para salir a través de ellas con su hija en brazos.

La única salida posible era la parte delantera. Devon había entrado por allí y ya podía sentir la piel de su espalda y brazos despellejada y quemada.

Estrechó a la niña inconsciente contra su pecho, sosteniéndola firmemente hecha un pequeño lío de ropa bien atado, asegurándose de que la totalidad de su cuerpo estuviera protegido por el suyo.

Tomó una larga bocanada de aire saturado de humo, colocó su cara contra el diminuto fardo que era Miranda y corrió directamente hacia el exterior, calzado con unos mocasines que apenas le protegían del pavimento ardiente.

El Terrateniente zarandeó a Linnet para forzarla a alzar la vista,

mientras Devon le tendía el pequeño fardo.

—Creo que está bien —dijo con voz ronca.

Linnet no le miró en su avaricioso afán por arrebatar a la niña de los brazos de Devon. Le retiró la camisa y las faldas que le cubrían la cara. Miranda siguió tendida, perfectamente inmóvil, durante un eterno y agonizante lapso de tiempo, tras el que tosió un poco y abrió ligeramente los ojos para volverlos a cerrar en un instante.

Linnet se echó a llorar. Enormes glóbulos de lágrimas de consuelo se deslizaron rápidamente a través de la totalidad de su cuerpo. Estrujó a Miranda contra sí, meciéndola, sosteniéndola, sin ser consciente más que de que su hija estaba sana y salva en sus brazos.

Nettie y el Terrateniente se movían cerca de ella, ambos aliviados al constatar que la niña no estaba herida. Nadie se percató de aquel hombre alto que se escabullía, alejándose de la multitud, el fuego y el bullicio. Caminó con paso seguro hacia su caballo, respirando levemente, con la mente concentrada en el único objetivo de alcanzar su montura. Estuvo muy cerca de conseguirlo. Se desplomó, boca abajo, con las manos aferradas a las riendas.

—Mamá —dijo Rebekah, tirando con fuerza de las faldas de su madre.

—Ahora no, Becky —le dijo Nettie—. Tenemos que ayudar a la señora Tyler a llevar a Miranda a su cabaña.

—Mamá, es ese hombre.

—¿Qué hombre? —inquirió Nettie a su hija.

—Ese hombre que ha salvado a Miranda. Se ha caído.

Linnet alzó la vista, apartándola de su hija dormida.

—¿Devon? —preguntó en voz baja.

—Me parece que sí. Es ese hombre nuevo que ha llegado al pueblo. El que ha corrido por el fuego. Iba hacia su caballo cuando le he visto caerse.

—¿Se ha vuelto a levantar? —inquirió Nettie.

—No, estaba ahí tirado cuando me he marchado.

—Muéstramelo —le solicitó Linnet, aferrando a Miranda contra su pecho.

Rebekah condujo a su madre y a su maestra a través del bosque, hasta un viejo sicómoro.

—¿Cómo te las has arreglado para encontrarlo? —preguntó Nettie a la niña.

—Le seguí. ¿Sabes que no hace ningún ruido al andar? ¿Ves? Ahí está.

Las mujeres se detuvieron en seco, pues incluso desde la distancia, bajo la tenue luz de la luna, pudieron distinguir el horror que un día fuera la limpia y suave piel de Devon. Nettie tomó a Miranda, mientras Linnet continuó aproximándose a él. Estaba inconsciente, con las riendas en la mano cubierta de úlceras. Buena parte de su bello pelo negro se había quemado por detrás de la cabeza, y su espalda, hombros y parte superior de los brazos eran una masa de enormes ampollas húmedas y horrendas.

Los pantalones gruesos que vestía le habían resguardado relativamente la mitad inferior del cuerpo, pero se habían calcinado en algunas zonas y los agujeros dejaban al descubierto la carne viva que había debajo. Las suelas de sus mocasines se habían desintegrado y los pies se habían quemado.

—Devon —susurró Linnet, acariciando suavemente un lado de su cara, su mejilla intacta, aún preciosa—. Devon, ¿puedes oírme?

—Linnet —Nettie colocó la mano en el hombro de su amiga—. No puede oírte. Linnet vas a tener que afrontarlo, no logrará sobrevivir mucho más tiempo con unas quemaduras tan graves como esas.

—¿No sobrevivirá? —preguntó Linnet, aturdida.

—No. Míralo. Hay sitios en los que ni tan solo le queda piel.

Linnet rozó la oreja de él con la yema del dedo. «La tersa y hermosa piel de Devon», pensó.

—Él no puede morir. No después de haber salvado a Miranda.

—No se trata de lo que nosotras deseemos, Linnet, se trata de lo que va a suceder. Jamás he sabido de nadie que sobreviviera a quemaduras de ese grado.

—Pues yo sí.

Las mujeres se giraron para mirar al Terrateniente.

—Cuando era joven, una mujer del pueblo se quemó peor que él y sobrevivió. De hecho, aún vive.

—¿Podría ayudar? —preguntó Linnet—. ¿Podría ayudarnos con Devon?

Al Terrateniente no le agradó el tono de voz de Linnet.

—A Phetna no le gusta mucho la gente y no se acerca a nadie a menos que tenga que hacerlo. Ella...

Linnet se puso en pie.

—Me traerás a esta mujer —dijo—. Quiero que vayas ahora y regreses con ella lo antes posible. Le pagaré lo que me pida, pero debe venir.

El Terrateniente frunció el ceño, pero hizo lo que le ordenaron.

Cuando se hubo marchado, Linnet tomó a Miranda de los brazos de Nettie.

—Ve a mi cabaña y tráete algunas mantas. Las colocaremos debajo de él. Creo que será la mejor forma de transportarlo —le dijo a Rebekah—. Nettie, ve a buscar a cuatro hombres y regresa cuanto antes.

—Sí, Linnet —le sonrió—. Lo haré.

Capítulo 16

—¿Señor, qué le has hecho? Y pensar que era un hombre apuesto — Butch Bather comentó, mientras miraba fijamente hacia abajo, atisbando por encima de la gran mole que tenía por estómago, observando el cuerpo lleno de quemaduras de Devon Macalister—. No veo de qué puede servir que intentemos ayudarlo. Deberíamos dejarlo ahí donde está. Sería lo más misericordioso.

—Esa es solo su opinión, señor Gather —dijo Linnet con rotundidad—. Y debo añadir que no la comparto con usted. Vamos, señores, si me echan una mano, lo llevaremos a mi cabaña.

Butch y Mooner Yarnall se intercambiaron las miradas, enarcando las cejas. Butch habló de nuevo.

—Bueno, no sé yo si eso de llevarlo a su cabaña estaría bien, sin estar casados y eso —esbozó una sonrisa maliciosa y sus ojos refulgieron sobre sus enormes carrillos—. Por supuesto todos sabemos lo que ha significado para usted —el hombre grueso miró a cada uno de los hombres presentes para asegurarse de que todos compartían su conocimiento—. Puede que otros pueblos admitan ciertos comportamientos, pero aquí en Spring Lick somos gente decente y no vemos ese tipo de cosas con buenos ojos.

Los ojos de Linnet relampaguearon con brillantes esquirlas de cristal de luz roja que incluyeron a cada uno de los cuatro hombres.

—Dudo que este pueblo conozca el significado de la palabra decencia. Sea lo que sea que piensen que saben, o crean que tienen derecho a juzgar, ahora no es el momento. O me ayudan ustedes o lo moveré yo sola. Butch sonrió.

—Si pretende asustarnos, déjelo correr. Además, me gustaría saber cómo es que se ha quemado la escuela. Tal vez usted y él le prendieron fuego para poder gozar de más tiempo libre —sus ojillos de gorrino barrieron la menuda figura de Linnet— para hacer lo que evidentemente han hecho otras veces.

—En cuanto a mí —Mooner dio un paso adelante—, no creo que me

agrade una maestra que exhibe a su amante delante de todo el mundo. Mírala ahora, exigiéndonos que lo llevemos a su cabaña para así poder continuar donde lo dejaron.

El bosque estaba oscuro, el edificio aún en llamas se oía quemar en la distancia y Linnet percibía la amenaza de los cuatro hombres. Devon necesitaba ayuda y ellos no estaban dispuestos a permitir que ella le socorriera.

—¿Sabes, Butch?, creo que lo ha estado pidiendo a gritos desde que llegó.

Mooner dio otro paso hacia delante, pero Linnet se mantuvo firme, sin permitir que el miedo que estaba empezando a sentir se apoderara de ella. El bienestar de Devon era más importante que un puñado de hombres sobreexcitados.

—Sí —dijo Butch, acercándose a ella—, yo pienso exactamente lo mismo.

—¿Qué pasa aquí? —la voz de Nettie rompió el desagradable encantamiento. Sus brazos estaban repletos de mantas, y repasó con una mirada de odio a cada uno de los hombres—. Vosotros cuatro, os envié aquí para ayudar y me da la impresión de que más bien estáis haciendo lo contrario.

Ni Butch ni Mooner se movieron, mientras que los otros dos hombres se limitaron a adoptar una postura desafiante.

—¿Por qué deberíamos ayudarla? —requirió Butch—. Además, ¿qué clase de mujer es? ¿Qué les ha estado enseñando a nuestros hijos, cuando ella misma no es mejor que una mujer de alquiler? ¿Sabes quién es ese hombre? —giró su pequeña cabeza en dirección a Devon.

—Sé perfectamente quién es —respondió Nettie—, y sé mucho más, sólo que nada tiene que ver con Linnet: es acerca de esa mujer que vive en el valle —los cuatro hombres la miraron fijamente antes de desviar la vista—. Aquel que no haya pecado que arroje la primera piedra —citó Nettie—. Vamos ya, necesitamos ayuda para colocarlo sobre estas mantas y transportarlo hasta la cabaña de Linnet.

Butch se apartó de Linnet y miró a Devon despectivamente.

—Yo no le voy a ayudar. Por lo que sabemos, podría haber sido él quien

provocó el incendio.

—¿Con su hija dentro?! —exclamó Linnet casi gritando.

Butch rió para sus adentros.

—Acabas de confirmar nuestras sospechas. Por lo que a mí respecta, no pienso esforzarme en hacer algo que no va a servir para nada. Basta con mirarlo para ver que es hombre muerto.

Nettie le replicó antes de que Linnet pudiera abrir la boca.

—Yo no veo tal cosa, y en cuanto a que fuera él quien prendió fuego a la escuela, sugiero que cuentes tus lámparas y averigües dónde estaban tus hijos cuando se inició el incendio.

—¿Estás acusando a mis hijos de haber provocado ese fuego? —miró a Nettie con desdén.

—Podría ser. No me extrañaría nada de ellos que lo hubieran hecho a posta. Y, ahora, ya estoy más que harta de oíros charlar mientras este hombre enfermo requiere asistencia. Si no pretendéis ayudar, más vale que salgáis de aquí.

Linnet se arrodilló al lado de Devon, aliviada de que los hombres se hubieran ido.

—¿Crees que seremos capaces de llevarlo nosotras, Nettie? —preguntó en voz baja.

—Sí. Envié a Rebekah en busca de Otis y Váida. Lo moveremos, tú no te preocupes. Vamos a colocarlo sobre las mantas primero.

Contemplando a Devon, Linnet comenzó a tomar conciencia de su propia insensatez. Las ampollas de su cuerpo proliferaban en número, incluso alguna de ellas había comenzado ya a romperse y la diluida solución acuosa de color amarillo que contenían transcurría formando pequeños riachuelos sobre la torturada piel. ¿Cómo se suponía que debían tratarse quemaduras tan severas? No tenía la menor idea y temía que cualquier cosa que intentara hacer fuera contraproducente. Ojalá el Terrateniente regresara ya con Phetna, la mujer que sabía tratar quemaduras. ¿Debía probar de lavar el área o el jabón causaría una infección? Todas las ampollas estaban llenas de líquido. ¿Debía tratar de darle a Devon algo de beber?

Devon no se movió ni emitió el menor ruido cuando Nettie, su marido, sus dos hijas y Linnet lo transportaron con sumo cuidado hasta la cabaña.

Su respiración era débil y forzada, sus ojos permanecían cerrados, y Linnet se preguntó si tendría alguna conciencia de lo que le había sucedido.

—Devon —susurró—, ¿puedes oírme?

Él estaba inmóvil, sin vida. El ruido de un caballo fuera de la cabaña captó la atención de Linnet.

—Ya no te necesito —oyó decir a alguien con una voz aguda y quejumbrosa.

—Te presentaré —replicó el Terrateniente.

—¡No te necesito! —repitió la voz de mujer—. No creo que él me tome por otra. Vete ya, tengo trabajo que hacer.

Al oír al Terrateniente alejarse a caballo, Linnet se quedó contemplando fijamente la puerta y la vio abrirse oscilando lentamente sin que nadie la acompañara. La cara que apareció en el umbral había sido una vez la de una mujer, pero ahora estaba tan desfigurada que nadie se atrevería a asegurarlo. Uno de sus párpados caía, soldado, sobre el ojo, de manera que solo una mínima franja de su iris penetrante quedaba al descubierto. Gruesas cicatrices blancas perforaban su mejilla tramada y estriada. La mitad de sus labios habían perdido su definición. El otro lado de la cara no estaba tan mutilado, pero su oreja y gran parte de su pelo habían desaparecido.

—Soy Phetna —dijo la voz aguda—. Me dicen que tienes aquí a un hombre que se ha quemado.

Linnet permaneció en silencio.

—Te ayudaré, a menos que seas demasiado blanda para soportar mi visión —la mujer alzó ligeramente su truncado labio superior con un aire desdeñoso.

Linnet no se inmutó.

—Si me ayudas a curar a Devon no me importa si eres un demonio de dos cabezas enviado desde el mismísimo infierno.

La mujer pestañeó, echó la cabeza hacia atrás y emitió una estridente risotada, mostrando más de aquellas cicatrices gruesas y urdidas en su cuello.

—No tengo dos cabezas, pero ya decidirás en otro momento si provengo del cubil de Satán —avanzó al interior de la cabaña—. ¿Qué estás dispuesta a hacer para ayudar a este hombre?

—Cualquier cosa —respondió Linnet en voz baja.

—¡Ja! Cualquier joven diría lo mismo, pero ya veremos si realmente lo piensas de verdad. Cuidar a un hombre quemado no es ningún dulce.

—Haré todo lo que esté en mi mano —insistió Linnet.

—Bien —Phetna asintió con la cabeza—. Pongámonos manos a la obra. Primero, consigue darle a este lugar tanta luz como puedas. No veo muy bien ni en el mejor de los casos.

Linnet avivó el fuego, encendió todas y cada una de sus velas preciosas y subió la intensidad de la lámpara al máximo. Phetna retiró la sábana de lino con la que Linnet había cubierto la espalda de Devon, y Linnet advirtió las manos de la mujer. La izquierda conservaba tan solo el pulgar y los dos primeros dedos, mientras que la derecha había cicatrizado fundiendo los cuatro dedos en un ancho apéndice corvo.

—Lo primero es hacer que le llegue el aire. No hay nada mejor que el aire puro del Señor para sanar una quemadura. Después tendremos que comenzar a lavarlo. Te diré lo que hay que hacer y tú lo harás —miró a Linnet larga y fijamente, al tiempo que alzaba las manos, aproximándolas sobremanera a la cara de Linnet—. Yo no puedo hacer mucho con esto —parecía estar poniendo a prueba a Linnet, retándola a mostrar algún signo de repugnancia, como si deseara que se echara atrás.

Linnet hizo caso omiso de las manos enarboladas frente a su rostro.

—Dime qué he de hacer.

Phetna devolvió las manos a los costados, dispuesta a concentrarse en su paciente.

—Calienta agua. ¿Tienes jabón?

—Sí, y si hace falta más, iré a pedirlo.

Phetna resopló un tenue gruñido.

—Me sorprendería que en este pueblo te ayudaran en nada.

Linnet ya había llenado la tetera de agua y aprehendió la pastilla de jabón del estante.

—¿Esta es tu pequeña? —Phetna preguntó bajito, y por primera vez su voz no sonó chirriante y estridente.

—Sí. Se llama Miranda.

Phetna se volvió dando la espalda a la niña.

—Más vale que mañana por la mañana la envíes lejos de aquí. A los niños les disgusta mi aspecto —dijo entre dientes apretados.

Linnet contestó con similar firmeza.

—Yo no crío a mi hija de esa manera. No admitiré que juzgue a una persona por su aspecto externo.

—No será fácil cuando se eche a bramar al verme.

—Diría que el agua ya está caliente—atajó Linnet—. ¿Me enseñas qué debo hacer?

Linnet cortó los pantalones de Devon para retirarlos e inspeccionó las quemaduras de las piernas, bastante menos graves que las de la espalda, los brazos y los pies.

—Más vale que te vayas acostumbrando a él porque no va a haber ni una huella de su cuerpo que no llegues a conocer al milímetro durante la semana que viene.

—¿Semana? ¿Crees que estará bien en una semana?

—Bien no —respondió Phetna—, pero empezando a curarse sí. De un modo u otro, en tres días sabremos qué va a pasar. Ahora toma ese paño y comienza a lavarlo, muy despacio y con máxima suavidad. No queremos que se rompa ninguna de esas ampollas si podemos evitarlo. El agua que contienen es el modo que tiene el Señor de enfriar la piel.

A Linnet le llevó horas limpiar el largo cuerpo de Devon, con minucioso cuidado de no hacerle más daño del que ya tenía.

—¿Deberíamos darle algún alimento?

—Aún no —respondió Phetna—. Todavía se encuentra demasiado débil para asimilarlo. ¿Ya lo tienes limpio?

—Sí —susurró Linnet, al tiempo que se sentaba sobre sus talones y escurría el paño empapado.

—Muy bien. Pues ve al manantial, trae agua fresca, caliéntala y vuelve a empezar.

Phetna examinó la expresión de la joven con detenimiento, pero Linnet no mostró ningún signo de desánimo. Tomó dos cubos y salió por la puerta sin chistar, en tanto Phetna se inclinaba sobre el joven desnudo, extendido sobre un colchón de farfollas de maíz.

—¿Estás despierto, chico? —preguntó con fiereza.

Devon emitió alguna clase de sonido y Phetna entendió que la había oído.

—Sé que te duele horrores, pero vamos a tratar de aliviarlo. Tú concéntrate únicamente en respirar y en mantenerte con vida. Esa chica te va a lavar otro poco y eso te refrescará y te calmará. Sobre todo no te olvides de respirar y no te des por vencido. El dolor cesará dentro de un tiempo y solo te quedará de él el recuerdo.

Linnet arrancó un parche de musgo del suelo y con él frotó el interior de los cubos antes de llenarlos de agua. Por primera vez sintió ganas de llorar. Había sido un día verdaderamente horrible, con las acusaciones de Devon, su pelea, Miranda a punto de morir y, ahora Devon, tumbado en su cabaña, hecho un amasijo de ampollas espantosas. Fuera lo que fuese que sintiera o dejara de sentir por Devon, ya no importaba. Lo principal era que ella se esforzaba por salvarlo.

Alzó la vista para contemplar el cielo oscuro y despejado y ofreció una silenciosa plegaria por la recuperación de Devon. Le dolían los hombros y los cubos la tiraban de los tendones de los brazos, pero eso la traía sin cuidado. Había algo más importante que unos hombros cansados.

Cuando entró, Phetna estaba sentada a la mesa, con un plato de estofado y un pedazo de pan frente a ella. Apenas evidenció percatarse de la presencia de Linnet.

Linnet se arrodilló y comenzó a limpiar de nuevo la espalda de Devon. Sus ampollas no cesaban de supurar.

—¿Es tu hombre? —preguntó Phetna con la boca llena.

—No es... No es mi marido, no, pero hace mucho que lo conozco.

—¿Qué va a pensar tu marido cuando llegue a casa y se encuentre a un hombre desnudo en tu cama?

—No estoy casada.

Phetna emitió una risotada estridente.

—Veo que el mundo no ha cambiado demasiado en estos últimos años. Me pareció que Squire decía que eres la maestra del pueblo.

—Sí, lo era.

Linnet no deseaba hablar de ello. Phetna se enteraría de todo tarde o temprano.

—¿Cómo se llama? —la mujer apartó su plato.

Linnet acarició la oreja de Devon con tierno cariño.

—Devon Slade Macalister —respondió.

—¡Slade Macalister! —repitió Phetna con un tono de incredulidad en su voz.

Linnet sonrió jugueteando con un rizo negro del cabello de Devon.

—Slade, por su padre. Recuerdo el día que descubrió que llevaba el nombre de su padre. Todo el mundo decía que Devon le amaba con locura y que sufrió lo indecible cuando le mataron —comentó Linnet antes de retomar la cura de Devon.

—¿Mataron a Slade? —Phetna preguntó en voz baja.

—Sí. Un oso —Linnet no advirtió la mueca de dolor de Phetna—. Agnes decía que Devon se parecía mucho a su padre.

—Los dos chicos se le parecían —arguyó Phetna.

De repente, Linnet alzó la vista para mirar a la mujer al percatarse por primera vez de lo que estaba implicando.

—¿Conocías al padre de Devon? ¿Conocías a los gemelos?

—Sí —dijo Phetna, al tiempo que se alejaba de la mesa y se sentaba en una silla ubicada cerca de la niña dormida—. Llegué a este territorio con Slade y los demás, y con la madre de los chicos.

—Georgina —observó Linnet, sumergiendo el paño en el agua caliente.

—Supongo que debía de tener un nombre aparte del de señora Macalister, pero nunca se me invitó a utilizarlo —comentó Phetna con desprecio—. ¿Dónde está el otro chico, el que era como ella? Oí que se había vuelto a su este querido llevándose a un hijo y abandonando al otro.

—Sí —respondió—, pero yo nunca conocí al hermano.

Phetna se mantuvo en silencio un instante, tras el cual se sonrió para sus adentros, a espaldas de Linnet.

—¿Este chico es el padre de la niña?

Linnet se volvió hacia ella y le sonrió, sin advertir ya el aspecto grotesco de su rostro.

—Sí.

—Si él se parece a su padre en lo más mínimo, puedo entender por qué lo tomaste sin esperar a la presencia de un predicador.

—Agnes dijo...

—¿Agnes Emerson? —la interrumpió Phetna.

—Sí, ¿la conoces?

—Los conozco a todos. Yo era una pizca mayor que ellos, de la edad de Slade más o menos, pero vivíamos todos juntos en Carolina del Norte. Vinimos aquí juntos, construimos nuestras casas juntos.

Linnet frunció el ceño, intrigada.

—¿Por qué abandonarías tú Sweetbriar para venir aquí?

Phetna entendió enseguida por qué Linnet sonaba tan extrañada y esbozó una sonrisa amplia.

—Yo soy una mujer fea y horrenda y él está muerto, así que supongo que nada importa ya que lo diga. Yo estaba enamorada de Slade Macalister, lo había estado la mayor parte de mi vida, y cuando se fue al norte y se casó con esa... esa mujer, creí que me volvería loca. Me vine con ellos al oeste con la esperanza de que sucediera algo, pero cuando sucedió y ella le dejó para irse al este, él tampoco me quiso. Supongo que fui una mala perdedora. Me fugué con el primer hombre que me hizo algún caso y me vine aquí.

—¿Ahora vives con tu marido?

Phetna giró la cabeza hacia otro lado, y Linnet vio que las cicatrices blancas de su cuello se volvían de color púrpura.

—Murió en el incendio, pero al fin y al cabo fue él quien lo provocó, a posta, después de haber bebido demasiado whisky. Su intención era matarme, quemar al demonio que llevaba dentro de mí, dijo, pero el viento cambió de dirección y él murió, mientras que yo seguí viva. Muchas veces he deseado...

—Su espalda parece ser la parte más afectada —Linnet interrumpió los recuerdos de Phetna, imaginando que la estaban conduciendo inexorablemente a unos tiempos que mejor restaban olvidados.

Phetna se arrodilló junto a la cama y miró las quemaduras.

—Tienen mal aspecto, pero podrían ser peores. He visto gente quemada hasta el hueso, con la piel negra cayéndose a tiras. Entonces ya no hay esperanza. Será mejor que duermas un poco. Necesitará más baños por la mañana, y pronto podremos empezar a darle de comer.

—No necesito dormir. Estas ampollas ya están comenzando a supurar

de nuevo.

—Continuarán soltando líquido durante días y tendrás que lavarlas, pero ahora vas a dormir. ¿Piensas cooperar conmigo o contestarme?

Linnet esbozó una leve sonrisa fatigada y retiró un colchón de donde se encontraba para colocarlo contra la pared. Nettie lo había traído antes.

—Tú échate en el colchón, yo me prepararé un lecho en el suelo.

—No —dijo Phetna con severidad—. Yo me quedaré en la silla. Una de nosotras debe velarlo.

—Entonces lo haré... —la mirada de Phetna la detuvo—. De acuerdo, en ese caso, mañana dormirás tú.

Linnet acercó el colchón a Devon todo lo que pudo y se tendió sobre él. Se durmió al instante.

Capítulo 17

Cuando Linnet se despertó, la luz del sol se filtraba a través del papel aceitado de las ventanas y transcurrió un momento antes de que recordara lo acontecido la noche anterior. A plena luz del día, el rostro de Phetna adquiría peor aspecto. La piel tirante y descolocada le atribuía una apariencia grotesca, y Linnet comprendió por qué vivía apartada de los demás. Los habitantes de Spring Lick nunca serían tan magnánimos para aceptar en su comunidad a alguien que no se ajustara a su idea de cómo debía ser una persona. Miranda seguía durmiendo plácidamente, un tanto afectada aún por los efectos soporíferos del humo.

Linnet se volvió hacia Devon y sonrió ante su desnudez inocente, que mostraba sus nalgas firmes y suaves, de un tono algo más claro que el resto del cuerpo. Las ampollas de la espalda se habían vuelto a cubrir de costras, por lo que Linnet se levantó, tomó los dos cubos y salió a buscar agua fresca.

—Linnet.

Linnet alzó la vista para sonreír al Terrateniente.

—Buenos días.

—No sé si tan buenos. Me temo que va llover. ¿Cómo está... él?

—Devon está resistiendo —Linnet agachó la cabeza y su mirada se perdió en su falda—. Phetna dice que en pocos días sabremos si... si se pondrá bien o no.

—¿Te entiendes bien con Phetna? Sé que a veces puede resultar algo cascarrabias.

Linnet frunció el ceño.

—A mí me parece agradable. Ayer hablamos largo y tendido.

—La gente de Spring Lick no siente demasiado afecto por ella, ellos...

Linnet lo miró fijamente con una manifiesta expresión de desagrado.

—Yo no me incluyo, desde luego, aunque admito que su cara no es algo que me agradase contemplar a diario, pero la gente del pueblo tiene ciertas creencias acerca de ella. Años atrás, se produjo otro incendio, una familia

entera se quemó. Conseguimos sacarlos a todos de la casa y Phetna acudió en su auxilio, sin embargo, todos ellos murieron.

Linnet arqueó una ceja.

—¿Te refieres a que consideraron a Phetna responsable de sus muertes?

—No sé bien si la culparon, pero se molestaron bastante con ella. El problema no está solo en su aspecto, sino también en sus maneras: no dejaba de dar órdenes a todo el mundo. Quizá si lo hubiera pedido, en vez de...

—¡¿Pedido?! —dijo Linnet, sulfurada—. ¿Al igual que yo pedí a cuatro hombres que me ayudaran a llevar a Devon a la cabaña? Se lo pedí y ellos se negaron.

—¡¿Se negaron?! —exclamó el Terrateniente—. ¿Quiénes te negaron auxilio?

—Ya no tiene importancia, la familia de Nettie me asistió. Simplemente, no deseo oír nada más acerca de Phetna. Ha sido buena conmigo y me ha ayudado sobremanera con Devon.

El terrateniente le arrebató gentilmente los dos cubos llenos de agua, y ambos comenzaron a andar.

—Lamento haberte molestado, Linnet. Solo deseaba prevenirte en caso de que encontraras su trato algo hostil.

—Todo lo contrario —dijo Linnet en tono cortante—. Ahora debo irme, he de atender las quemaduras de Devon.

El Terrateniente le abrió la puerta para que pasara, pero permaneció en el umbral al vislumbrar la forma desnuda de Devon. Su rostro palideció.

Linnet apenas consiguió contener la sonrisa.

—Phetna dice que es necesario que a las quemaduras les dé el aire.

—Sí, estoy convencido de que está en lo cierto —incapaz de mirar a la mujer desfigurada—, si bien considero que podrías cubrir... eh... parte de él.

Phetna emitió su característica risotada chillona, la cual hizo que el Terrateniente se volviera hacia ella. Aun estando preparado para aquella visión, al hombre se le revolvió el estómago inevitablemente.

Linnet advirtió su expresión y le retiró los cubos de las manos.

—Tengo mucho trabajo que hacer —dijo con frialdad—; así que, si me disculpas...

El Terrateniente no podía dejarlo correr.

—Linnet, de veras creo que deberías cubrirlo un poco. Piensa en Miranda.

Linnet lo fulminó con la mirada.

—La salud de Devon es más preciosa que la delicada sensibilidad de Miranda, si es que la tiene a su edad. No estoy criando a una florecilla frágil, susceptible de acongojarse ante la visión de un hombre enfermo desnudo. Ahora, te lo ruego, debo lavarlo.

El Terrateniente le lanzó una mirada severa, se dio media vuelta y salió dando un portazo.

El golpe de la puerta y las risotadas persistentes de Phetna lograron despertar a Miranda. Al instante, Phetna giró la cara hacia otro lado para evitar que la niña la viera. Linnet respiró bien hondo; sabía que era entonces o nunca.

—Phetna, debo atender a Devon. ¿Te importaría encargarte de Miranda, por favor? Necesitará salir al retrete de inmediato, si es que todavía no se ha hecho nada encima.

—No, no puedo hacerlo —dijo Phetna, con desesperación en la voz.

Linnet prosiguió lavando a Devon, frotando con sumo cuidado y ternura alrededor de las ampollas que laceraban su espalda.

—No tengo cuatro manos, Phetna. Bastante tengo ya con una calamidad que limpiar.

—Pero yo no la puedo llevar fuera. Habrá alguien por ahí.

Linnet se volvió para mirarla.

—Imagino que te refieres a la gente del pueblo, y estoy convencida de que estás en lo cierto. Seguro que están rondando la casa, pero hay cosas más importantes que una cara con cicatrices.

Phetna pestañeó, con uno de sus ojos tirante.

—¿Qué pasa con ella, con tu hija? —dijo, evitando mirarla aún.

—Miranda —la llamó Linnet, extendiendo sus brazos hacia la niña—, ven aquí. Me temo que Miranda se ha visto al cuidado de numerosas personas durante su corta vida. Hasta que cumplió el año, no supo siquiera quién era su madre. Vine a Kentucky junto con otros varios carromatos y cuando sobrevenían los vómitos, y sobrevenían continuamente, yo hube de

hacer las veces de enfermera, mientras otros se ocupaban de mi Miranda. En Spring Lick, Nettie siempre ha cuidado de ella durante las horas en que yo estaba trabajando en la escuela. Miranda tiene el don de hacerse con los desconocidos. Miranda —giró la niña encarándola hacia Phetna—, esta es Phetna... No conozco tu apellido.

—Hace tanto tiempo que ni yo lo recuerdo —miró reluciente la carita suave y perfecta de la niña.

—Miranda, esta es la tía Phetna. Ha venido a quedarse con nosotros. Ve con ella y te sacará afuera.

Para disgusto de Linnet, Miranda no simpatizó con el rostro de Phetna. La asustó como cuando algunos niños le ponían caras feas; así que se volvió de nuevo hacia su madre y comenzó a gimotear.

—Ya te advertí que no lo hicieras. No me cabe en la cabeza que tú soportes mirarme, pero no hay razón para que obligues a esa niña a hacerlo también —interrumpió sus quejas de repente, cuando Linnet colocó a Miranda en su huesudo regazo.

—Miranda, mírame —la niña contempló a su madre, temerosa de volver a ver a Phetna—. Bien, Miranda, tía Phetna tiene un aspecto diferente, pero no hay nada de qué asustarse.

Linnet señaló su propio ojo con el dedo índice.

—¿Ves? Ojo. Ahora el ojo de Miranda —Linnet tomó la manita de su hija y la dirigió hacia el ojo de la niña para que se lo tocara.

—¿Dónde está el ojo de mamá?

Miranda sonrió y agitó sus piecitos desnudos, divertida con el juego.

—Ahora, el ojo de Miranda.

La niña se tocó el ojo.

—Ahora, el ojo de Phetna.

Phetna se quedó helada cuando la niña metió el dedo menudo en su ojo tuerto.

—¿Ves? Miranda —dijo Linnet—, la nariz de mamá, la nariz de Miranda, la nariz de Phetna.

La criatura se echó a reír, y Linnet se volvió hacia Phetna.

—Puede que nos lleve unos minutos, pero enseguida superará la timidez. ¿Por qué no dejas que te toque la cara para que entienda que no

estás tratando de asustarla?

Phetna se sentía abrumada por todo aquello. Desde que sufrió las quemaduras, hacía doce años, jamás había permitido que nadie le palpara la cara. En realidad, ni siquiera ella solía tocar su propio cuerpo para evitar así tomar mayor conciencia de su oreja inexistente, de las gruesas cicatrices que cruzaban sus mejillas, de sus labios mutilados.

Decidió que Miranda era demasiado joven aún para formarse una opinión acerca de lo que era verdaderamente horrendo; así que sacó a la niña afuera y dejó a Linnet a solas con Devon.

Lo lavaba con ternura y, al aproximarse a su rostro, se inclinó para besar su mejilla cálida.

—Te pondrás bien ¿verdad Devon? Pronto volverás a estar en pie y nosotros seguiremos discutiendo, como siempre.

Siguió lavándolo, hablándole, alentándolo a seguir resistiendo. Se sentía libre de expresarle todo su amor y ternura porque sabía que él no podía oírla y porque sentía que el hombre indefenso que yacía bajo sus dedos distaba mucho del Devon que era el día anterior, del hombre que ella afirmó haber dejado de amar.

Phetna regresó a la cabaña estrechando a Miranda en su mano palmeada, y Linnet presenció el comienzo de la lluvia, que empezó a caer tras ellas. El rostro mutilado de Phetna se deformó doblemente al formar una sonrisa.

—Creo que va a caer una buena tromba. Squire se verá en apuros para cabalgar con la que está cayendo.

—¿Por qué ha tenido que salir hoy?

—Hoy debemos empezar a darle algo de alimento —dijo Phetna, señalando a Devon con la cabeza—, y tengo toda mi provisión de escaramujo en mi cabaña. Necesita beber té de escaramujo. Traía un saco conmigo cuando vine hacia aquí con Squire, pero su caballo corcoveó y la bolsa cayó al suelo. Ese animal estúpido lo pisoteó todo. Squire dijo que iría hoy a por más pero, por ahora, no lo he visto.

Linnet se levantó de inmediato.

—Iré a buscarlo. A ver dónde está.

Cogió su chal, se lo echó sobre la cabeza y salió de la cabaña sin más

dilación. La lluvia fría la caló hasta los huesos instantáneamente, pero Linnet se apresuró, siguiendo adelante, hacia la casa del Terrateniente. Aporreó la puerta, pero nadie contestó.

No le entusiasmaba la idea de acudir a Jule Yarnall, pero sintió que debía hacerlo si pretendía descubrir adonde había ido el Terrateniente.

Cuando abrió la puerta a Linnet, sus labios dibujaron una sonrisita de suficiencia y su rostro era un cartel que ponía «ya te lo dije». Ni siquiera la invitó a entrar; se limitó a dejar que la joven permaneciera de pie bajo la lluvia.

—¿Qué quieres? ¡Como si no lo supiera ya!

—¿Sabes dónde se encuentra el Terrateniente?

—Se marchó de caza con mi hombre, a primera hora de la mañana. Sospecho que en estos momentos deben de haberse cobijado en algún sitio para refugiarse de la lluvia.

—¿No comentó nada acerca de ir a casa de Phetna? —preguntó Linnet, tragándose su orgullo.

—¿Qué se le podría haber perdido a él en casa de esa vieja bruja? No nos gusta tenerla merodeando cerca de Spring Lick. Esa mujer es un demonio.

—¿Un demonio? —exclamó Linnet, llena de indignación, mientras el agua bajaba a torrentes por su cara—. Es una buena mujer, únicamente que está desfigurada. No hay nada maligno en ella.

—Típico de tu clase, pensar así. Pero te lo advierto: más vale que se vaya pronto o... Bueno, más vale que se vaya. Tú procura tener en cuenta mis palabras.

Linnet giró sobre sus talones y abandonó a la mujer de pie en el vano de la puerta.

—¡Apréndete mis palabras! —gritó Jule a sus espaldas.

Linnet regresó a la calidez de su cabaña.

—No consigo encontrarlo. Jule dice que se fue de caza ¿Crees que se olvidó?

Phetna dio un soplido despectivo.

—No se trata tanto de si lo olvidó, como de si no quiso acordarse. Con la cara que puso la última vez que vio al hijo de Slade, imagino que no

tendrá mucha prisa en traerle algo para que se mejore.

—Tienes razón —Linnet tendió sus manos hacia el fuego resplandeciente—. ¿Está muy lejos tu cabaña?

—¿No pensarás en ir hasta allí tú sola?

—¿A qué distancia está? —Linnet persistió.

—Óyeme, has vivido bastante tiempo en Kentucky para conocer los peligros que eso entraña. Esto no es el este. Los indios ya no acostumbran a atacar asentamientos enteros como solían hacer cuando yo era niña, pero ¿por qué crees que la gente sigue viviendo junta? No hay nada que atraiga más a los indios que una granja aislada o, mejor aún, una joven andando sola por ahí. ¿Tienes idea de lo que te harían esos pieles rojas si te capturaran?

—Sí, la tengo —contestó Linnet en voz baja—. Tengo una idea muy aproximada. ¿Puedo conseguir escaramujo en algún otro sitio en esta época del año?

—No —Phetna meneó la cabeza—. Es demasiado temprano para la rosa canina.

—Entonces parece que las únicas provisiones de que disponemos se encuentran en tu cabaña, y es evidente que es aquí donde las necesitamos.

Phetna se la quedó mirando fijamente.

—Cuando afirmaste que estabas dispuesta a hacer cualquier cosa por el chico, nunca pensé que incluyeras entre estas cosas arriesgar tu vida.

—¿Por qué insistes en que sea tan peligroso para mí cuando tú vives allí sola, siendo una mujer?

Phetna echó la cabeza para atrás y se carcajeó emitiendo un sonido estridente y roto, muy a tono con su apariencia.

—Hay una minúscula diferencia entre tú y yo, niña. Básicamente, los indios no se acercarían a mí ni de lejos. Pero existe otra razón: hace ocho años me trajeron a uno de los hijos de un jefe indio. Se había quemado y se quedaron conmigo, haciendo guardia mientras yo le atendía. El chico se recuperó y, desde entonces, los indios siempre me han estado trayendo obsequios. Raro es el día que no encuentre algo de comer delante de mi puerta. De vez en cuando, me traen a alguien más para que lo examine y, a veces, me visita el hijo del jefe. Esa es la principal razón por la que puedo

vivir allí sola, pero tú... Tú serías blanco legítimo para cualquier guerrero indio.

Linnet sacudió su chal empapado frente a la chimenea y las llamas silbaron.

—La verdad es que creo que no tengo elección. Devon necesita el escaramujo, éste se encuentra en tu cabaña, y yo soy la única persona que puede conseguirlo.

Phetna comprendió que seguir discutiendo era en vano.

—¿Siempre eres tan cabezona?

Linnet consideró seriamente la pregunta durante un instante.

—Supongo que sí. A veces hay cosas que deben hacerse ineludiblemente, y si alguien intenta impedírtelo debes mantenerte firme. Supongo que es algo que heredé de mi padre —sonrió—. Ahora explícame cómo llegar a tu casa.

Linnet escuchó atentamente las indicaciones de Phetna. Era un trayecto de once kilómetros, once kilómetros de ida y once de vuelta. Debía darse prisa, pues la lluvia, lógicamente, aminoraría su paso. La tormenta acribillaba la tierra cuando Linnet salió de la cabaña cerrando la puerta tras de sí. Fue imposible que oyera los esfuerzos de Devon por hablar, por decir «No», sus intentos por impedir que Linnet se aventurara a un viaje tan arriesgado.

El lodo del angosto camino le alcanzaba hasta los tobillos. Cubría sus zapatos por completo y se colaba dentro del cuero, anegando sus pies y formando una masa arenosa y fangosa que se metía entre los dedos. El agua le caía por la cara. Su chal de lana estaba tan empapado que comenzó a desprender un olor mohoso. Su cabellera larga y espesa, colmada de agua, pesaba sobre su cabeza y le tiraba del cuello hacia atrás.

Linnet sintió un gran alivio al divisar la pequeña cabaña a pocos metros delante de ella. Alentada, empujó la puerta de roble macizo, entró y se sentó frente a la chimenea vacía y fría. Respiraba jadeando. Los músculos de las piernas estaban tensos y tirantes, después de la dura y larga caminata en la que había tenido que luchar sin descanso contra el efecto succionador del barro, que hacía de cada paso un lastre, un reto que superar. Retiró las horquillas de su cabello y dejó que la pesada masa de pelo cayera sobre sus

hombros, para escurrirlo a continuación sobre las losas de la chimenea apagada.

Así se hallaba, totalmente desprevenida, cuando una mano agarró su melena mojada y tiró de ella hacia atrás, con violencia, en tanto la hoja fría y afilada de un cuchillo de acero acariciaba su garganta.

—¿Qué haces aquí?

—Por favor —susurró Linnet contra el cortante acero—, vine a por una medicina. Phetna me está ayudando a curar a un hombre quemado y vine a por una medicina —repitió nerviosa.

El hombre la soltó y la empujó hacia delante, de modo que Linnet fue a parar con las manos contra las rugosas piedras de la chimenea. Se dio media vuelta de inmediato para ver a su agresor. Era un joven indio vestido con unos pantalones de gamuza con flecos. Su espesa melena negra le llegaba por debajo de los hombros.

—Debo recoger el escaramujo y llevárselo al enfermo.

El joven indio la observó mientras Linnet se subía a una silla y comenzaba a tirar de los largos tallos que pendían de las vigas del techo. A juzgar por su expresión de perplejidad, parecía estarse planteando qué hacer con ella.

—¿A qué tribu perteneces? —preguntó con voz trémula.

Lo cierto era que aquel hombre no tenía aspecto de guerrero. Daba la impresión de haber entrado en la cabaña sencillamente para guarecerse de la lluvia.

Él echó los hombros hacia atrás, sacando pecho.

—Soy Shawnee —afirmó orgulloso.

Linnet sonrió y sintió retornar su seguridad.

—El hombre que se ha quemado es medio Shawnee. Se llama Devon Macalister.

El rostro del indio no mostró indicios de reconocer aquel nombre, por lo que Linnet se preguntó si Devon usaría otro apelativo entre los Shawnee.

El joven la miró.

—¿Cómo tú vuelves a poblado de hombre blanco?

—Andando. No tengo caballo.

—Mano Amarilla te llevará a poblado de hombre blanco —su expresión

indicaba que consideraba su ofrecimiento como un gran honor para Linnet.

Por ello Linnet le correspondió con una sonrisa.

—Eres muy amable. ¿Te importaría, por favor, sostener este saco mientras lo lleno?

—Hombre no hace trabajo así —la miró con desprecio.

—Oh. No lo sabía. Pensé que tal vez, al ser para alguien de tu tribu, me ayudarías.

El hombre pareció confuso por un momento, pero al fin se decidió, resignado, a sostener la bolsa de lino, mientras Linnet la llenaba de tallos de escaramujo. Ella le sonrió, pero él prescindió de ella. La verdad era que parecía poco más que un chiquillo, pensó.

La lluvia martilleaba el tejado aislando a los jóvenes que se hallaban dentro del sonido de los jinetes que se aproximaban. La puerta se abrió de golpe y el Terrateniente entró a toda prisa junto con Moore Yarnall. Los dos hombres iban armados con rifles Kentucky.

Linnet y Mano Amarilla se quedaron paralizados por la impresión.

—Linnet apártate de él, muy despacio —dijo el Terrateniente en voz baja, cautelosa.

—¡Bobadas! —dijo Linnet, y se bajó de la silla interponiendo su cuerpo de forma calculada entre los hombres blancos y el indio—. Por favor señores, permítanme que les presente a Mano Amarilla, es...

—Es un indio, y el único indio bueno que existe es un indio muerto —exclamó Mooner torciendo el gesto.

—Mano Amarilla es amigo de un amigo mío.

—Ya te dije que no era apta para vivir entre gente decente —dijo Mooner, con el rifle en ristre.

Mano Amarilla apartó a Linnet hacia un lado con determinación.

—Yo no me escondo detrás de mujer —dijo mirando fijamente al rifle que le apuntaba a la cabeza.

Mooner pulsó el gatillo, pero el rifle no se disparó.

—¡Maldita pólvora! Se ha mojado con la condenada lluvia.

Linnet volvió a situarse delante de Mano Amarilla y dirigió su mirada al Terrateniente.

—¿Piensas permitir este abuso? Ha estado a punto de matar a un

hombre inocente. ¡Te quedaste ahí de pie y le hubieras permitido que matara a una persona que no ha hecho nada malo!

—Escucha Linnet, Mooner tiene sus razones para odiar a los indios.

—¡Y yo también! —se volvió para mirar al joven—. Dijiste que me llevarías a Spring Lick en tu caballo. ¿Todavía estas dispuesto a hacerlo?

Él asintió con la cabeza de manera escueta.

Ella apoyó su brazo en el del joven.

—Sé que eres orgulloso, todo un guerrero, pero no supondría ningún honor para ti perecer en manos de un hombre blanco como él.

El indio consideró las palabras de Linnet, tras lo que asintió de nuevo con la cabeza, pareciendo mostrarse de acuerdo con ella.

Linnet se volvió hacia el Terrateniente y Mooner.

—Ya que parece obvio que no requiero vuestra protección, ¿tendríais la bondad de... esfumaros?

—Linnet, no te podemos dejar en manos de un indio.

—En ese caso, sugiero que cabalguéis detrás de nosotros, pues yo tengo intención de montar con Mano Amarilla.

—Linnet, te lo ruego —suplicó el Terrateniente—, puedes montar conmigo.

Linnet se fijó en Mooner, quien observaba a Mano Amarilla ansiosamente.

—No. Ya tengo escolta.

Linnet procuró mantener su cuerpo entre el indio y Mooner en todo momento. Cabalgó a la espalda del joven Shawnee, rodeando estrechamente su cintura con los brazos y sosteniendo el saco de escaramujo con sumo cuidado contra su cuerpo.

Linnet no podía hablar fácilmente con el joven debido al ruido que producía la lluvia torrencial, sumado al hecho de que Mano Amarilla le sacaba una cabeza de altura. A menos de dos kilómetros de las afueras de Spring Lick, el chico azuzó a su caballo con los talones para conducirlo hacia una senda que se abría frente a ellos. Linnet se volvió para ver cómo el Terrateniente y Mooner se esforzaban desesperadamente por seguirles el ritmo, pero el joven indio conocía bien el camino y estaba más habituado a la lluvia, que cegaba a los dos hombres blancos.

En pocos minutos, el joven Shawnee había conducido a su caballo hasta un terreno elevado desde el que ambos pudieron otear a los hombres de abajo, confusos y perdidos. Linnet se cubrió la boca con la mano para sofocar la risa que le causaba el desconcierto de aquellos hombres. Cuando miró a Mano Amarilla advirtió que sus labios también se curvaban en una tenue sonrisa, y lo que pudo haber sido un encuentro mortal se convirtió en una diversión inocente.

OceanofPDF.com

Capítulo 18

—¡Dios todopoderoso! Niña, ¿qué has hecho para causar tanta conmoción?

Phetna recibió a una Linnet que tiritaba, calada hasta los huesos.

—Squire ha estado aquí dando órdenes, chillando y maldiciendo con tal exaltación que la niña se ha echado a llorar y me ha costado lo mío conseguir que se calmara.

Phetna contempló a Miranda con adoración. La chiquilla estaba sentada en un taburete al lado del fuego, concentrada en recoger comida con la cuchara y llevársela a la boca.

—¿Cómo está? —Linnet se acercó a Devon dejando charquitos de agua tras de sí.

—Más o menos igual; por suerte, no nos causa tantos problemas como tú. ¿Me vas a contar qué es lo que has hecho, escapándote con un indio y trayendo la cólera sobre Spring Lick?

—¡Va! De verdad que no entiendo cómo esta gente se indigna tanto por semejantes pequeñeces.

—Los indios no son ninguna pequeñez, y si hubieras vivido en este territorio tanto tiempo como yo, lo sabrías.

—No ignoro el peligro que representan los indios. Después de todo, mis padres murieron asesinados a manos de los indios. Vi a mi propia madre... —se detuvo—. Necesito cambiarme y ponerme ropa seca, lo primero —observó antes de comenzar a desabrocharse el vestido—. Mano Amarilla es poco más que un chico y estaba ayudándome tranquilamente a recoger escaramujo.

Linnet daba la espalda a Devon, de cara hacia Phetna, y no vio cómo este, con extrema dificultad, giraba la cabeza hacia las dos mujeres. Phetna se dio cuenta y se preguntó si sería la mención de Mano Amarilla o el hecho de que Linnet comentara que iba a desvestirse lo que le empujó a realizar semejante sobreesfuerzo. Contempló sus ojos abiertos por primera vez y, con una extraña tirantez en la piel, signo de su sorpresa, contempló a Slade

Macalister justo como lo recordaba, idéntico al hombre de hacía veinte años. Tardó varios segundos en recordar que se trataba del hijo de Slade.

Lo observó con interés, pero él en cambio solamente tenía ojos para Linnet, que en ese momento conservaba tan solo una blusita de tirantes ceñida al cuerpo y unas enaguas. Los ojos de Phetna rieron divertidos. «Igualito que Slade», pensó. Hacía falta algo más que un cuerpo quemado en carne viva, un dolor insoportable y la vida pendiente de un hilo para impedirle contemplar a una bonita chica desnuda.

—¿Y bien? ¿Acaso no piensas contármelo? —insistió Phetna, tratando de contener la risa que burbujeaba en su interior, mientras observaba subrepticamente a Devon.

Linnet se quitó las enaguas húmedas y comenzó a secarse con brío usando una basta toalla de lino. Solamente llevaba la blusita y unos calzones que le llegaban justo por encima de las rodillas.

—Había un chico joven, un Shawnee, en tu cabaña. Estoy convencida de que solo entró para refugiarse de la lluvia. Creo que estaba tan asustado de mí como yo de él —deshizo los lazos de la blusa, se la quitó por la cabeza y, acto seguido, desalojó sus calzones.

—Gírate. Te secaré la espalda. ¿Crees que Miranda tiene suficiente comida?

Linnet se volvió con el cuerpo desnudo de cara a Devon, pero con la cabeza dirigida hacia Miranda. Sonrió a su hija y esta le devolvió la sonrisa, mientras Phetna frotaba la espalda de Linnet. Cuando ésta volvió la cabeza para mirar a Devon, él yacía quieto, con los ojos cerrados. Su respiración era débil, pero regular. Linnet tomó la toalla de manos de Phetna, atravesó la habitación y comenzó a vestirse con ropas secas.

Cuando Phetna volvió a mirar a Devon, este tenía aspecto de dormido, pero estaba convencida de haber visto un asomo de sonrisa en sus labios.

—Nada puede matar a un chico que todavía siente ansias de contemplar a las mujeres —musitó para sí, y respiró tranquila, pues no soportaba la idea de ver morir al hijo de Slade bajo su celoso cuidado.

Linnet se arrodilló al lado de Devon, le acarició el cabello y recorrió su oreja con el dedo.

—Tiene mejor color, ¿no te parece Phetna? ¿O son imaginaciones mías?

El rostro de Phetna se retorció formando algo semejante a una sonrisa.

—Creo que se va a poner bien. De hecho, estoy completamente segura.

—¿Lo estás? —Linnet se sintió exultante de felicidad, pero se desinfló enseguida—. Lo creeré cuando lo vea con mis propios ojos, cuando compruebe claramente que es Devon y no una muñeca de trapo.

—Oh, no es una muñeca de trapo, te lo puedo asegurar. No he estado tan segura de algo en toda mi vida —Phetna se levantó—. Bueno, basta de cotorreo. Tenemos mucho que hacer. ¿Tienes fuerzas, chica?

—Tantas como de costumbre, creo. ¿Qué hemos de hacer?

—Tenemos que levantar al chico, incorporarlo, para que empiece a beber mi té. Además, ¿te das cuenta de que no ha vaciado su organismo desde que se quemó?

En contra de su intención, Linnet se ruborizó y Phetna se divirtió de lo lindo contemplando su rostro encendido.

—Ya te avisé de que cuidar a una persona quemada no era ningún dulce. Vamos, toma esas almohadas y colócalas en ese banco, tal como te mostré.

Levantar a Devon y sentarlo en el banco supuso un largo y extenuante proceso para las dos mujeres. No podían tocar sus quemaduras y, puesto que sus pies estaban muy mal heridos, él tampoco fue capaz de prestarles demasiada colaboración. Ambas advirtieron las líneas de tensión en su rostro semiconsciente, y cómo su piel cruda y frágil tiraba amenazando romperse.

Tendieron un colchón a lo largo de la mesa y Devon pudo inclinarse hacia delante; sus costillas se henchían y se desinflaban con dificultad tras el esfuerzo. Las lágrimas acudieron a los ojos de Linnet al sentir esta el dolor de Devon.

Linnet necesitó varios minutos y una charla silenciosa consigo misma para recuperarse de la vergüenza que pasó asistiendo a Devon a aliviar las necesidades de su organismo. Phetna no la ayudó en lo más mínimo y pareció gozar cada minuto contemplando el bochorno de Linnet.

Cuando el té estuvo listo, Phetna le añadió una pizca de sal y explicó que toda el agua que Devon había perdido era salada (Linnet renunció a la idea de preguntarle cómo lo sabía) y que, por tanto, la sal había de reponerse. Devon se resistía a tragarse el té, no lo quería, se le atragantaba.

—Tienes que conseguir que lo beba —le dijo Phetna a Linnet—. Ocurre lo mismo con todos. Sólo quieren morir y es muy difícil convencerles de que no van a morir.

—Pero Devon no quiere beber más —dijo Linnet, frustrada—. ¿Cómo puedo forzarlo?

—No sé. Cada uno tiene sus métodos: tápale la nariz, amenázalo, llora, bésalo —eso lo has estado haciendo bastante últimamente—; lo que sea para hacerle beber. Piensa que esta es la parte fácil. Pronto tendrás que obligarlo a comer.

—¿Cómo puedo hacer nada si no puede oírme? Ha estado inconsciente desde el incendio.

—¡Ja! Oye tanto como tú, y apuesto a que su vista es mejor que la mía.

Linnet se quedó atónita. —Entonces, ¿por qué no dice nada?

—¡Dolor, chica! ¡Un dolor ardiente e insoportable! Lo último que deseas es mover la boca para hablar cuando todo lo que puedes sentir es tu cuerpo encendido.

—Devon —le susurró dulcemente al oído—, tienes que te beberte el té. Queremos que te pongas bien. Miranda desea conocerte. Por ahora, te ve como a una gran muñeca de trapo, no como a alguien real. Cuando te recuperes, podrías tallar una cabeza de muñeca para ella, y yo podría confeccionar el cuerpo de tela. ¿Querías hacer eso por tu hija?

Algunas palabras de Linnet debieron de ser acertadas, pues Devon al fin se esforzó por beber.

Al tercer día las quemaduras dejaron de supurar y las ampollas empezaron a secarse. Fue durante este día, mientras una Linnet exhausta se esforzaba en que sorbiera un poco de té, cuando Devon le dirigió las primeras palabras.

—Bésame —musitó con voz áspera.

—¿Qué?

Linnet dejó la taza sobre la mesa. Phetna y Miranda estaban fuera, y ellos dos se encontraban a solas en la cabaña.

—Bésame —repitió Devon, y giró la cabeza para mirar a Linnet a los ojos.

Qué maravilloso era poder contemplar una vez más sus brillantes ojos

azules.

—No beberé a menos que me beses.

—¡Devon! Pero, ¿qué dices? No he oído tu voz en tres días enteros, tu espalda está quemada más allá de lo reconocible y lo único que se te ocurren son demandas absurdas.

—Discusión no, Lynna, por favor —su cabeza se hundió y sus ojos volvieron a cerrarse.

—No, amor mío, lo siento. Te besaré.

Linnet le besó la mejilla, la sien, los párpados, todo aquello que había besado tantas veces en aquellos últimos días. ¿Habría sido consciente de aquellos besos como aseguraba Phetna, o estaba inconsciente como creía Linnet?

Al cuarto día Devon pareció haber cobrado algo de fuerza. Linnet sabía que estaba despierto y que notaba cada vez que ella le tocaba. En algunos momentos del día hubiera deseado que se la tragara la tierra, de lo abochornada que se sentía.

—Parece que va a salir de esta —dijo Phetna la tarde del cuarto día.

—Ojalá yo estuviera tan convencida. ¿Por qué no habla?

—Qué Dios nos ayude; dale un par de días más. Todos los quemados actúan igual: al principio el calvario que padecen les impide quejarse, pero pronto se recuperan lo justo para lamentarse de todos sus males. Es entonces cuando tu paciencia se pone a prueba, pero es también cuando sabes que si se sienten con fuerzas para quejarse, es que están bien.

—En este momento, preferiría oír alguna queja. Este silencio resulta ensordecedor.

—Te recordaré esas palabras más adelante.

Linnet tomó los dos cubos de madera.

—Voy al manantial.

—¿Por qué no te quedas un rato por allí? Pasea un poco, recoge algunas flores —Phetna le gritó desde detrás—. Él no irá a ninguna parte y a ti te vendría bien cambiar de aires.

La atmósfera de la primavera olía bien, sobre todo en contraste con el ambiente viciado de la cabaña; así que en vez de ir directa al manantial, Linnet se dirigió a un paraje tranquilo, bajo unos olmos. El suelo estaba

alfombrado de tréboles y las abejas colmaban el aire, ajetreadas. Sentía cierta culpabilidad por haber dejado a Devon solo, por ser capaz de escaparse, cuando él se veía forzado a permanecer encerrado, mientras los pájaros cantaban y las flores se mecían en la suave brisa.

—Linnet.

Linnet tuvo que cerrar los ojos un segundo ante aquella intrusión no deseada. No había visto al Terrateniente desde el día en que Mano Amarilla y ella se habían quedado en lo alto de aquella colina, bajo la lluvia, riéndose de él y Mooner.

—Sí —se forzó a decir sonriendo—. ¿Cómo estás?

El Terrateniente no tenía buen aspecto. Como si no hubiera dormido bien, o nada en absoluto.

Se sentó al lado de Linnet, casi cayendo, sin controlar bien sus piernas.

—Supongo que eso debería preguntártelo yo a ti. No te he visto mucho últimamente. Imagino que te quedas todo el tiempo a su lado.

—Permanezco a su lado porque Devon está seriamente quemado y me necesita. De hecho, no debería estar aquí. Es casi hora de darle de comer.

—¿Darle? ¿Le das la comida? ¿A un hombre maduro?

—Squire, Devon casi se muere, y salvando a mi hija, debo añadir. Está muy débil y no puede hacer nada por sí solo. Haría lo mismo por cualquiera que hubiera rescatado a Miranda.

—Me pregunto si es eso cierto, Linnet, o si le ayudas a él simplemente porque aún le amas.

—No creo que pueda responder a eso, ya que dudo que alguien, a excepción del padre de Miranda, hubiera entrado en aquel infierno en llamas.

El Terrateniente apartó la mirada.

—Supongo que estás en lo cierto. En aquel momento, yo no creí que hubiera ninguna esperanza de rescatar a la niña con vida, pero si hubiera sido mi propia hija, tal vez entonces... ¿quién sabe?

—Pareces agotado.

—Lo mismo se diría de ti.

Un leve tono mordaz en la voz del Terrateniente irritó a Linnet.

—¿Cómo se supone que debo contestar a eso? ¿Qué deseas saber? ¿Los

detalles exactos de la noche que pasé con Devon Macalister? ¿O son nuestras noches presentes las que te intrigan? ¿Deseas que te redacte un informe cada vez que lo toco? ¿Qué quieres exactamente? Es un hombre muy enfermo.

El Terrateniente se mantuvo en silencio por un momento.

—¿Sabes? Estas últimas semanas he descubierto muchas cosas acerca de ti. Me he dado cuenta de que no te esfuerzas lo más mínimo en llevarte bien con la gente, de que incluso pareces hallar placer en provocar chismorreos, en hacer todo lo que está en tu mano con tal de ser distinta. No te basta con ser inglesa, lo cual ya te otorga formas diferentes de por sí. No. Aún te esfuerzas por destacar más.

Los ojos de Linnet emitieron destellos de ira y su boca se cerró en una prieta línea recta.

—En Inglaterra gocé de lo que se podría definir como una educación poco convencional. Me enseñaron a aceptar a las personas por lo que son y no por lo que se dice de ellas. Tan pronto llegué a este pueblo me percaté de que la gente solo estaba dispuesta a aceptarme siempre y cuando me comportara como ellos. Jule y Ova, sin ir más lejos, deseaban que yo odiara a Nettie y a sus hijas, que me dedicara a criticar despiadadamente a personas que no estaban presentes, pero yo no podía hacerlo.

—Pero ha sido precisamente tu actitud despreciativa la que ha causado tantos problemas.

—Nunca he pretendido mostrarme desdeñosa, no era mi intención, pero tampoco comprendo por qué desearías que les siguiera el juego.

—Solo desearía que te adaptaras un poco —tomó su mano y la sostuvo entre las suyas—. Después de costear tu viaje hasta Kentucky y ofrecerte el empleo a pesar de que tuvieras una hija ilegítima, creí que querías compensarme.

Linnet se liberó de él.

—¿Creíste que comprabas a una amante? ¿O solo me querías para incrementar tu popularidad? La fama de haber recogido a dos mujeres pobres y descarriadas y haber salvado sus almas hubiera podido favorecer tu expediente y ayudarte a convertirte en gobernador. Pero yo lo estoy arruinando todo, ¿no es así? No queda bien ante los ojos de tus electores

que la mujer que «rescataste» y convertiste en la maestra de la escuela tenga a su amante viviendo con ella, ¿verdad? Estabas dispuesto a perdonar mis pecados siempre y cuando tuvieras la esperanza de que me convirtiera en tu querida, pero ahora los términos han cambiado.

—Lamentarás esto, Linnet. Voy a convertirme en gobernador de este estado y ninguna fulana de tres al cuarto como tú me lo va a impedir.

—No temas, no lo haré. En cuanto Devon esté suficientemente bien para viajar, saldré de este lugar aunque tenga que hacerlo a rastras.

—¿E irás adonde? —preguntó bruscamente—. ¿De vuelta a ese pueblo que veneras? ¿Sweetbriar? ¿Piensas correr la voz de que Squire Talbot no es lo bastante bueno para ser gobernador?

Linnet le miró con suma frialdad.

—De hecho, dudo que te mencione demasiado. Ahora, debo volver con Devon.

Linnet dio media vuelta y se alejó.

Estaba tan sulfurada cuando entró en la cabaña que cerró la puerta dando un portazo tras de sí. Tenía los ojos desorbitados y extraviados. No se percató de que Devon, por primera vez desde el incendio, estaba sentado por sí solo, con una colcha echada sobre sus rodillas, cubriendo la parte inferior de su cuerpo.

—¿Es que te ha pillado una tormenta o eres tú la que estás fraguando una en tu interior? —preguntó Phetna, sin que Linnet le prestara ninguna atención, demasiado enojada aún para ver u oír—. Miranda, cielo —insistió la anciana—, ¿por qué no salimos afuera y vemos si ya ha brotado alguno de los guisantes? —le propuso a la niña, al tiempo que le ofrecía su mano tullida.

Miranda echó un vistazo a su madre, pero como consideró que no se parecía en nada a la madre que conocía, salió de la mano de Phetna la mar de contenta.

Ni Devon ni Linnet dijeron nada cuando se quedaron a solas. Linnet tenía la mirada fija en un punto, más allá de la pared del fondo, y Devon la observaba.

—Lynna —dijo bajito, con la voz ronca—. Lynna —repitió al ver que Linnet no se inmutaba.

De repente, Linnet se volvió y se percató de él por primera vez.

—¡Devon! ¡Estás sentado!

Devon esbozó una amplia sonrisa.

—Creí que nunca te darías cuenta. Siéntate a mi lado, necesito algo para apoyarme.

Linnet se sentó con él en el banco, y Devon levantó la colcha tendida sobre sus rodillas y la extendió por encima de Linnet al tiempo que se deslizaba acercándose a ella. Linnet sintió el tacto templado de la piel desnuda de él a través de sus faldas y enaguas. De repente, había dejado de ser un cuerpo enfermo y desvalido para convertirse de nuevo en un hombre, un hombre cálido, vital e indudablemente vivo. Linnet comenzó a apartarse de él.

—No, por favor —le imploró Devon, y ella dejó de retirarse—. Dime, ¿por qué estás tan enojada?

Linnet no fue capaz de alzar la frente para mirarle.

—Tuve, por así decirlo, una disputa con el Terrateniente.

Linnet, con la cabeza agachada, no vio que Devon estaba sonriendo.

—¿Una disputa amorosa? —preguntó.

—No amo... —le miró y sonrió—. Nunca he amado a ese hombre. Me dio un empleo, eso es todo.

—Lo de Mano Amarilla te disgustó mucho ¿verdad?

—Sí, lo de Mano Amarilla y muchas otras cosas. Como cuando los hombres se negaron a ayudarnos a traerte hasta aquí. ¿Cómo pueden existir dos pueblos tan diferentes, Devon? ¿Cómo es posible que Sweetbriar sea tan distinto a este... este sitio?

—No lo sé, y creo que prefiero no tener el placer de descubrirlo. Una cosa es cierta: fue una suerte que nadie matara a Mano Amarilla porque, de haberlo hecho, en este momento este pueblo no sería más que un montón de escombros humeantes.

—¡Tenía razón acerca de él!

—Lynna, debes comprender algo. La forma de vida india nada tiene que ver con la del hombre blanco. No puedes ir por ahí, con tu bonito cuerpecito como única protección, pensando que todos los indios son personas buenas y honorables en las que puedes confiar.

¡Señor! Deseó no estar tan débil. Incluso el mero hecho de hablar lo dejaba para el arrastre; se sentía como si acabara de ser el pasto bajo las patas de una estampida de búfalos.

—Pero es que él era Shawnee.

Devon abrió la boca con una primera intención de hablar, pero enseguida la volvió a cerrar. A veces, hablar con Linnet era como intentar razonar con un árbol.

—Creo que no quiero hablar más. ¿Me querrías ayudar a llegar hasta el colchón? —para él era como si estuviera a kilómetros de distancia.

—No, Devon, debes comer. He hervido un pollo y he hecho un caldo muy sustancioso. Te daré un poco —Linnet se retiró la colcha de encima y se aproximó a la chimenea para llenar una taza de caldo.

Devon permanecía sentado; se sentía abatido. No podía reclinarsse hacia atrás ni recostarse hacia delante, y el esfuerzo de mantenerse erguido en su asiento estaba acabando con él. En el momento de sentarse, cuidando de no apoyar los pies en el suelo, se había sentido bien, pero ahora solo ansiaba descansar, dormir, no pensar, ni hablar, ni mucho menos, comer.

Linnet se le acercó blandiendo otra de esas tazas humeantes delante de él. Aquellas dos mujeres no habían hecho otra cosa que alimentarle durante lo que, ahora, se le antojaban meses. ¿No se daban cuenta de que padecía un dolor insufrible, de que la piel de su espalda estaba tan tirante que se iba a desgarrar en cualquier momento? ¿No sabían lo agotado que se sentía, que no se tenía en pie, que no podía llegar ni al excusado por sí mismo? ¿Es que no recordaban que él era un hombre? Lo único que les interesaba era verter alimentos en su garganta. De repente, sintió furia.

—¡Maldita sea, Linnet! No quiero co...

Se detuvo en seco al advertir que Linnet le estaba mirando con una expresión insólita en el rostro. Lentamente, Linnet depositó la taza sobre la mesa y se echó a reír súbitamente, de un modo que Devon jamás había presenciado en un adulto. La boca de ella se abrió de par en par y la totalidad de su cuerpo comenzó a estremecerse. Los ojos de Devon se dilataron de fascinación cuando sus piernas se volvieron de goma y Linnet se desplomó en el suelo. Su risa inundaba el aire. Mientras sus piernas se enredaban sin remedio en el largo de su falda, Linnet se apretó el estómago

con las manos. Le caían las lágrimas.

—Linnet, ¿de qué te ríes? Todo lo que iba a decir es que no quiero comer más y ni siquiera me has dejado terminar la frase.

Pero Linnet no se encontraba en posición de dar explicaciones; no le quedaba aire. «¡Maldita sea, Linnet!», esas palabras le sonaron a música celestial. ¡Se curaría! ¡Volvería a ser Devon otra vez! Nada mejor que aquellas palabras airadas para convencerla de que se iba a recuperar del todo.

Devon no podía sino contemplarla anonadado y su risa se le empezó a contagiar. Sus labios dibujaron una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Qué mujer más peregrina! Creo que nunca llegaré a entenderte.

Phetna regresó con Miranda y se quedó mirándolos a los dos: Devon estaba sonriendo y Linnet retorciéndose de risa en el suelo, entre el amasijo enredado de sus faldas, con la cara cubierta de lágrimas.

—Se ha vuelto loca de remate —comentó Devon.

A Miranda no le importaba el motivo de que su madre estuviera tan contenta, solamente que lo estaba. Corrió hacia ella y se le subió encima, y las dos empezaron a rodar juntas por el suelo. Linnet hacía cosquillas a su hija despiadadamente, mientras la niña pataleaba y chillaba de júbilo.

—Toma, chico, bébete esto antes de que se enfríe.

Devon contempló a madre e hija con sumo interés: nunca había visto a Linnet tan liberada. Apuró la taza de aquel caldo espeso caliente.

Al fin, Linnet se tumbó sobre el suelo de madera, con los costados punzantes y exhaustos por el retozo. Miranda insistió en continuar jugando, pero Linnet la contuvo.

—Me temo que no me quedan más fuerzas, Miranda.

A la postre, la niña se dejó caer al lado de su madre, satisfecha con yacer a su lado.

—Vosotras dos, ¿pensáis quedaros ahí tiradas toda la noche? —preguntó Phetna desde su elevada posición vertical—. Ese chico tuyo necesita ayuda para volver a la cama y me temo que yo soy demasiado enclenque para serle de alguna utilidad.

—Creo que todavía no se puede ir —dijo Linnet, incorporándose y mirando a Devon.

Él le echó una mirada solemne y volvió la taza boca abajo sobre la mesa para mostrarle que estaba totalmente vacía.

Linnet le sonrió.

—Por favor, no me hagas reír más. Mañana me dolerán todos los músculos del estómago.

El rostro de Devon adoptó una expresión muy seria.

—No te preocupes, te daré un masaje.

A Linnet le subieron todos los colores y oyó con gran claridad la risita burlona que procedía de Phetna. Se levantó y se acercó a Devon.

—Coloca tu brazo alrededor de mi cuello y te sostendré. Trata de no apoyar demasiado los pies.

Al levantarse, la colcha se deslizó de sus piernas y Devon hizo ademán de agarrarla, pero la dejó caer, al tiempo que le dedicaba a Linnet una sonrisa pícara.

—Olvidaba que no tengo nada que no hayas visto —y manipulado— repetidas veces.

—¡Devon!

Linnet sintió que todo su cuerpo enrojecía, incluyendo las orejas y los dedos de los pies. Miró disimuladamente a Miranda.

—Creí haberte oído decir que no estás criando a una niña, ¿cómo lo dijiste?, ¿que se fuera a acongojar ante la visión de un hombre desnudo?

Linnet fue incapaz de replicar pero, cuando Devon al fin se tendió boca abajo sobre el colchón, ella lo cubrió con una sábana, sin mirarlo, y se alargó para alcanzar un trozo de tela colocado encima de su cesta de costura.

—¿Qué haces, chica? —preguntó Phetna con una voz que delataba risa.

—Creo que la serpiente acaba de aparecer en el Jardín del Edén, y Adán acaba de ganarse su hoja de parra —sostuvo en el aire los pantalones quemados y cortados que Devon llevaba puestos la noche del incendio—: tendrán que servir hasta que tenga la oportunidad de hacer otros —dijo, evitando aún la mirada de Devon.

Capítulo 19

Butch Gather se reclinó en su silla, con las manos entrelazadas sobre su inmenso estómago.

—Si queréis saber mi opinión, tenemos un grave problema entre manos. Yo no quiero arrojar la primera piedra, pero esto no me concierne a mí solo. Me refiero a que también afecta a nuestros hijos. Sabe Dios la sarta de pecados que deben de haber aprendido de esa mujer. Yo estoy dispuesto a hacer algo. Todos me conocéis, no soy de los que se quedan sentados cuando hay trabajo que hacer.

Los demás presentes asintieron.

—Y luego está la mujer quemada —intervino Jule—. Imagino que todos recordaréis aquella ocasión en la que dejó morir a los Willis. Siempre me pareció muy sospechoso. Parecían recuperarse bien hasta que llegó ella. Y algo que también me preocupa es su aspecto. Porque, os pregunto: ¿creéis posible que una persona normal sería capaz de superar semejantes quemaduras? ¿Podría alguien que no tuviera una conexión directa con Satanás sobrevivir a un incendio como aquel?

Los asistentes permanecieron en silencio, observando a Jule, y esta empezó a entusiasmarse al advertir la atención que le prestaban.

—Bien, así es como yo lo interpreto: ninguno de nosotros ha soportado nunca estar cerca de esa mujer quemada, y con toda la razón del mundo siendo todos cristianos como somos, pero en realidad nunca hemos entendido por qué no nos gustaba. Algo en nuestro interior nos empujaba a mantenernos muy lejos de ella, y creo que es porque nosotros sabemos en nuestro interior qué es bueno y qué es malo.

—¿Y os acordáis de cuando la chica inglesa llegó a Spring Lick? Lo intentamos, todos nosotros lo intentamos, pero a ninguno nos agradó. ¿Y por qué?, os pregunto, ¿qué había en ella que nos obligaba a nosotros, gente cristiana, a mantener las distancias? —hizo una pausa y todo su cuerpo empezó a convulsionarse, poseído por el placer de tener a toda la audiencia en vilo—. Algo nace dentro de todo cristiano —prosiguió— que le permite

conocer el mal, intuirlo, y nosotros supimos que algo no andaba bien desde el principio.

Todos los presentes se pusieron de pie sin hacer el menor ruido, y Jule los inspeccionó con la mirada, de uno en uno.

Butch volvió a intervenir.

—Jule ha hablado por nosotros, así que, ahora, ¿qué vamos a hacer?

Todo el mundo permanecía en silencio, cuando Ova pareció recibir una inspiración.

—¿Sabéis por quién siento más todo esto? Por esa niña. Esa pobre criatura. La tienen embrujada. La están entrenando para ser como ellos.

—¡Ova tiene toda la razón! —dijo Jule—. Lo que deberíamos hacer es apartar a la niña de esas brujas y criarla nosotros. Tendríamos que luchar toda su vida para mantener al diablo alejado de ella, pero sería nuestro deber.

—Um... —murmuró Butch—. Están en lo cierto, señoras. Ahora todo lo que nos falta es decidir qué vamos a hacer con las dos mujeres y el hombre.

Sus ojillos brillaron al acudir a su mente algunas ideas de lo que él haría con la joven.

—Lynna, ven a sentarte al borde de la cama.

—Devon, tengo trabajo.

—¿Qué pasa si te digo que me duele mucho la espalda y que creo que tú podrías aliviar el dolor?

Linnet dejó su labor de calceta en su regazo.

—¿De veras sientes dolor? ¿Y yo puedo aliviarlo?

—¡Jesús! Ni siquiera recuerdo cómo es no sentir dolor y, sí, tú puedes ayudarme.

Se hallaban solos en la cabaña y, aunque Linnet sabía que aquello no era más que una burda artimaña, fue a sentarse a su lado y examinó las heridas que estaban empezando a sanar gradualmente.

—Podrías comer algo...

Devon volteó los ojos haciéndose el mártir.

—Por favor, no más comida.

Susurró algo que Linnet fue incapaz de oír, por lo que se inclinó para acercar el oído a su boca, instante que Devon aprovechó para besarle la oreja. Linnet se apartó enseguida, pero Devon la enlazó por la cintura con el brazo.

—No te alejes, Lynna, por favor. He estado pensando y me gustaría hablar contigo.

—¿De qué? —preguntó ella toda tiesa.

Devon la empujó a fin de tumbarla junto a él y hundió la cara en su cuello, manteniendo el brazo alrededor de su cintura y colocando una pierna sobre sus muslos. Ella forcejeó para liberarse pero, incluso estando tan débil, la fuerza de Devon superaba la suya.

—He estado pensando mucho en la noche en que hicimos a Miranda.

Ella volvió a empujar contra él con firmeza, a pesar de ser en todo momento consciente de que no deseaba alejarse de él.

—Solo deja que te hable, Lynna, ¿qué mal puede haber? ¿Recuerdas la noche que pasamos juntos? No, no te apartes. Te prometo que solamente pretendo hablar. ¿Qué crees que podría hacer en mi estado?

Linnet permaneció inmóvil, tumbada bajo su brazo, diciéndose a sí misma que debía alejarse de él, pero incapaz de forzar a su cuerpo a obedecer las órdenes que dictaba su mente.

—¿Sabes dónde desearía estar ahora? —le susurró al oído—. En la cima de una montaña, dentro de una pequeña cabaña, contigo. Dispondríamos de una buena pila de leña para el fuego y de una interminable provisión de comida y ¿sabes qué haría?

Ella no contestó.

—Quemaría todas tus ropas, hasta la última costura. Te vería andar, contemplando tu piel y tu forma de moverte, esa manera tan suave de contonearte. Entonces, después de haberte contemplado durante horas, tal vez días, te tomaría en mis brazos y te tumbaría en la cama.

Devon miró a Linnet, quien tenía los ojos cerrados. Sus labios suaves y cálidos se entreabrían mostrando el filo de sus dientes blancos.

—Me arrodillaría a tus pies, los contendría en mis manos —tus piecitos diminutos— y acariciaría los dedos uno a uno. Admiraría tu color, tu piel cremosa y blanca contrapuesta a la mía, roble y nogal, o tal

vez tú eres pino, pues eres tierna y yo soy... —contuvo la risa en la garganta.

»Mis manos recorrerían tus tobillos, para deslizarse después hacia tus pantorrillas, esas pantorrillas menudas que tantas veces he admirado, que tantas veces he contemplado cuando te levantas las faldas y hechas a correr. Tus rodillas, con sus huesos menudos y sus concavidades talladas, dando paso a tus muslos, oh sí, tus muslos. Cómo desearía tocarlos, amar su contorno firme y ¡su interior! Ese interior aterciopelado, como el de una cajita de joyas que contiene algo precioso.

»En ese momento, comenzaría a reseguir los huesos de tus caderas con las yemas de mis dedos, y mis pulgares —¿qué harían mis pulgares?—, mis pulgares se enredarían en el suave tapiz de seda, donde sus sortijas negras los provocarían, jugarían con ellos. Acariciaría la cavidad de tu ombligo y, para entonces, mi boca sería incapaz de esperar más. Recorrería el pequeño ojal con mis dientes y te mordisquearía y te acariciaría con la lengua.

«Estrecharía tu cintura con tal fuerza, que mis manos se encontrarían, cerrando el círculo a su alrededor y haciéndote abrir los ojos. Al fin contemplaría el whisky de tus ojos, el color del whisky que los comerciantes traen desde Inglaterra, como el oro pero más intenso, y tus pupilas me contemplarían, Lynna, brillarían solo para mí —Devon recorrió el cuello de Linnet con los dientes.

«Acariciaría tus costillas con ternura, como si fueran frágiles pajaritos y, después, ummm, tus senos. Su dulzura. Iría despacio, muy despacio. Primero, solo tocaría sus lados mullidos. Luego, cada uno de mis dedos, uno a uno, recorrería la jugosa suavidad de tus pechos y, lentamente, tan despacio que podría hacerte llorar, rozaría tus cúpulas rosadas.

«Lynna —susurró—. Lynna.

Devon colocó sus labios sobre los de Linnet con la delicadeza del roce, pero ella hundió las manos en su cabello y lo empujó hacia sí con brusquedad, aplastando su boca contra la boca de Devon, bebiéndola, muerta de sed, atragantándose en ella, ahogándose.

Ella rodó hacia su lado, ambos de costado, y su cuerpo se arqueó contra él. Linnet aferró los glúteos firmes de Devon y lo acercó aún más hacia ella, aumentando el dolor de su contacto, con el cuerpo sollozando por el de él.

La mano de Devon se enredó en el cabello de Linnet y empujó su cabeza hacia atrás, casi al punto de romperle el cuello, y la pasión de los dos se convirtió en una fiera, una bestia roja anaranjada.

La puerta de la cabaña se abrió de súbito, golpeando la pared y quebrando el hechizo. Linnet se volvió hacia la entrada con la respiración contenida, sin funcionar, pero no vio a nadie y supuso que habría sido el viento.

Volvía de nuevo a ser humana y corrió a cerrarla, aunque permaneció un momento en el umbral, absorbiendo el aire fresco de la primavera con el rostro, calmándose, aún sobrecogida por la emoción que acababa de experimentar.

Devon se desabrochó los pantalones para soltarlos y calmar la presión que sentía. Después, se volvió sobre su estómago sin mirar a Linnet, asombrado por la violencia de sus sentimientos.

Linnet corrió hacia afuera, esperando que el aire aclarara su mente.

—¡Linnet!

Oyó la voz de Nettie y, de repente, se alegró tremendamente de ver a su amiga.

—Nettie, cuántos días sin verte.

Se dieron la mano.

—¿Cómo está?

—Está... está... —Linnet agachó la cabeza, avergonzada.

—Entiendo que se está recuperando bien —dijo Nettie con los ojos centelleantes.

Linnet no pudo evitar reírse.

—Supongo que se podría decir que está bastante más que recuperado.

—Estupendo. Paseemos un poco. Tengo un puchero de índigo cuajándose al fuego, pero todavía tardará, así que dispongo de algo de tiempo. Linnet, me preocupa este pueblo.

—¿A qué te refieres?

—Está demasiado silencioso, y esta mañana todos se reunieron en el almacén de Butch y pasaron largas horas allí dentro. Rebekah me contó que vio entrar a algunas personas sonriendo. Cuando la gente de este pueblo sonríe, me preocupo.

—Adivino que estarían comentando que soy una vergüenza para la comunidad, que les debía enseñar a sus hijos actitudes indignas, y si es que les enseñé algo...

—No, creo que hay algo más, y el no saberlo es lo que me asusta. Rebekah quería espiarlos y yo le dije que no, pero cada vez me siento más inclinada a permitirle que lo haga.

—Nettie, por favor, no la empujes a hacer algo así. Estoy convencida de que en cuanto me vaya...

—¿Irte? —la cortó Nettie—. No estarás pensando en marcharte...

Linnet la miró con sorpresa.

—Sí, me iré de aquí. Volveré a Sweetbriar.

—Con tu hombre —Nettie afirmó rotundamente.

Linnet sonrió.

—Sí, con mi hombre. Ya sé que no es perfecto, Nettie. Parece que nunca nos hemos llevado bien, que siempre hemos estado riñendo, pero también hay muchísimas cosas que adoro de él —Linnet alargó la vista hacia el comienzo del bosque, con una expresión soñadora en la mirada—. Siempre ayuda a la gente. Se queja, pero siempre ayuda a todo el mundo y acepta a las personas tal como son, sin importarle si son blancas, indias, ricas o pobres. Nunca se deja influir por la riqueza o el color de la piel. Y es valiente. Arriesgó su vida para salvarme y ni siquiera conocía mi nombre. Y en el camino a Sweetbriar...

La risa de Nettie la interrumpió.

—Haces que suene como si estuviera a punto de abandonar la tierra para unirse a sus semejantes, los ángeles, de tan bueno que es.

—¡Oh, no! —Linnet se apresuró a corregir la interpretación de Nettie—. Es muy humano. Se pasa la mitad del tiempo enojado conmigo y la otra mitad descargando su mal humor contra Gaylon y Doll, y...

—¡Linnet! —Nettie se echó a reír y Linnet la siguió en su risa.

—Lo sé, cuando me da por hablar... He vivido demasiado tiempo en Kentucky. Hace un año, no le hubiera contado mis sentimientos a nadie. Mi niñera siempre me enseñó que era preferible guardarse las cosas dentro, que de ese modo el mundo no podía herirte, al no conocer tus secretos.

Nettie le dio una palmadita en la espalda.

—Espero que te quedes lo bastante aún para poderme hablar de tu niñera y de la época en que viviste en Inglaterra, pero ahora debo ir a remover la lana. Quizá puedas ayudarme a hilarla.

—Espero que sí —Linnet respondió con franqueza y las dos mujeres se miraron a los ojos.

—De todos modos, sigo pensando en poner a Rebekah a investigar un poco y, si descubro algo, te lo haré saber.

—No me preocupa. Esta gente es muy chismosa, pero nada más.

—Tienes más fe en ellos que yo —Nettie dio media vuelta y se alejó hacia su casa.

Linnet se volvió hacia su propia cabaña y siguió a Phetna y a Miranda, quienes, en ese momento, entraban dentro.

—Toma chico —decía Phetna—, una chica trajo esto para ti. Dijo que estaban en tu caballo —la mujer desfigurada le alargó un par de mocasines bordados con cuentas—. Te resguardarán un poco los pies.

Devon dedicó una sonrisa reluciente a Phetna, y Linnet presenció divertida cómo esta giraba la cabeza, como si fuera una joven ruborizada.

—Se lo agradezco de todo corazón, señorita Phetna.

—Señorita, no... —Phetna quiso decir algo, pero se detuvo.

Linnet pasó por su lado y comenzó a pelar patatas.

—Phetna conoció a tu padre, Devon —le informó, incapaz de mirarle a los ojos, recordando sus palabras con demasiada claridad y sus labios cerca de los suyos hacía apenas una hora.

—Algo de esto he oído, pero mi recuerdo de... de la mayor parte de las cosas —enarcó una ceja mirando a Linnet y ella apartó la vista— es vago. ¿Le conociste en Carolina del Norte?

Phetna se sentó en una silla y se quedó mirando a Devon.

—Desde luego, te le pareces muchísimo. Si no fuera por la diferencia de edad, hubiera creído que eras él.

—Cord también se le parece —dijo Linnet al tiempo que le tendía un trozo de patata cruda a Miranda—. Se mueve diferente y tiene una textura distinta, pero guarda un parecido.

—¿Quiénes Cord?

Cuando Linnet alzó la vista y advirtió la expresión de Devon, se percató

de lo que acababa de decir. Era algo que sabía desde hacía tanto tiempo, que se había olvidado de que Devon no tenía ni la menor idea de que Cord era su hermanastro.

—Lo... lo siento, no debería haber dicho eso.

Se levantó y echó las peladuras de patata en el recipiente que reservaba para los cerdos de Nettie.

—¡Linnet! —dijo en voz queda—. Explícame eso.

Linnet se sentó en el banco y les contó la historia de Cord, que Cord y Devon eran hermanos. Cuando terminó, Devon había cerrado los ojos.

—Qué necio —dijo en voz baja.

—¿Slade? —interpuso Phetna, dispuesta a pelearse en defensa del buen nombre de Slade.

—No, Cord fue un necio —abrió los ojos—. Mi padre lo habría querido, lo habría acogido en su seno si hubiera sabido que Cord era suyo. A mi padre siempre le torturó la pérdida de Kevin, mi hermano gemelo. No hubo ni una caravana de carromatos, ni siquiera un jinete, que fuera hacia el este y no llevara una carta suya para Kevin y su madre.

Linnet advirtió que Devon no mencionaba a su madre como suya.

—Mi padre siempre creyó que algún día volverían a él. Cord le podría haber ayudado.

Linnet contempló a Devon con atención y percibió el amor por su padre en su voz. Lo único que le importaba a Devon era el bien que Cord podría haberle hecho a su padre.

—Cord habría sido diferente si hubiéramos compartido a mi padre.

Linnet sonrió, pues era obvio que se había precipitado en sus conclusiones.

—Hablando de padres, ¿eres consciente de que tú lo eres también?

Devon miró a Miranda, quien se hallaba sentada en el suelo, jugando con el gatito blanco y negro.

—Resulta difícil hacerse a la idea. Es tan pequeña y... Miranda, ¿me dejas ver al gatito?

Miranda alzó la vista, sorprendida de oír su nombre de boca de aquel hombre que dormía en la cama de su madre y acaparaba tanta atención. Se puso en pie y lo miró. Eran dos pares de ojos azules contemplándose

mutuamente. Devon le tendió la mano, y ella se la quedó mirando, pero retrocedió para esconderse tras las faldas de Phetna, sonriendo, no obstante, a su padre.

—Me gusta. Es muy bonita.

—Me alegra que te agrade —dijo Linnet en tono sarcástico—. No quisiera haber de devolverla al lugar de donde salió.

Phetna exhaló media risa y Devon le sonrió de oreja a oreja.

—¿No es la mujer con la lengua más afilada que has conocido?

Phetna sonrió.

—Sí mucha lengua afilada, pero me parece —dijo, mirando significativamente a Miranda— que en ocasiones no sabe decir lo que hace falta.

Linnet se sintió ridícula y cambió de tema.

—Devon ¿cuándo piensas tallar una cabeza de muñeca para Miranda? Ya pareces tener fuerzas suficientes.

Devon le lanzó una mirada que la obligó a bajar la vista y clavarla en su delantal lleno de judías verdes.

—En cuanto me lleves a buscar una buena pieza de madera.

—Dime qué necesitas y te lo traeré.

—¡Venga! Lo mejor sería que me trajeras un pedazo de roble o una pieza de nogal seco.

Linnet no entendía qué tenían de malo aquellas dos maderas y frunció el ceño en señal de frustración.

—Mira —Devon se dirigió a Phetna antes de volverse de nuevo hacia Linnet—, estoy tan harto de estar aquí dentro, que voy a empezar a tallar las paredes... ¡con los dientes! ¿Por qué no salimos un rato?

—¿Ahora? No podemos.

—¿Por qué no?

—Tus pies están aún en carne viva, y tengo que cocinar y...

—Vosotros dos id —dijo Phetna—. Miranda y yo nos encargaremos de todo lo que hay que hacer aquí.

Linnet abrió la boca para protestar.

—Vamos, Lynna, se diría que tienes miedo de estar a solas conmigo —dijo Devon con un tono de complicidad en la voz—. ¿Qué mal puedo

hacerte en mi estado?

Linnet se esforzó por no sonrojarse de nuevo.

—Por supuesto que podemos salir. No te temo, Devon Macalister.

Comenzaron a salir juntos, Devon avanzaba muy despacio, soportando el dolor. Cuando llegaron a la parte frontal del porche, Devon hizo una pausa: tomó un serrucho pequeño y acarició el pelo en la sien de Linnet.

—Yo tampoco te temo a ti, Linnet... Macalister.

Ella lo adelantó sin decir nada, pero se sonrió al darle la espalda.

—Espera un minuto. No puedo ir tan rápido.

Linnet se volvió hacia él y advirtió la expresión de sufrimiento en el rostro de Devon, que se esforzaba por caminar penosamente sobre sus pies quemados. Lo tomó del brazo y él se apoyó en ella.

—Devon, creo que no deberías haber salido. No deberías andar aún.

Devon agachó la mirada para sonreír a Linnet. Fue una sonrisa un tanto torcida por el dolor, pero era una sonrisa al fin y al cabo.

—Pasar un día de primavera fuera, en compañía de la preciosa mujer a quien amo me hará mucho bien. No me privarías de ese placer, ¿verdad?

Linnet le dio un golpecito en el hombro con la cabeza.

—No, Devon, no sería capaz de negarte nada.

—¡Oh, no! Creo que este día promete ser especialmente placentero.

—No sigas por ese camino, o recibirá un empujón en tu espalda dolorida.

—¿Mi espalda? Recuerdo una noche que pasé tumbado sobre mi espalda mientras una inglesita...

—¡Devon!

Devon se rió, pero dio el tema por zanjado. Cuando al fin alcanzaron el campo de tréboles, Devon se sentó aliviado.

Linnet le quitó los mocasines y advirtió que sus pies se habían agrietado en diversas partes y estaban sangrando. Se le saltaron las lágrimas ante aquella visión.

—Ven aquí, tontina, y deja de poner esa cara. Acércate a aquel álamo blanco y córtame una rama.

No resultó muy fácil conseguir una pieza de madera que cumpliera con sus especificaciones exactas. Linnet comenzó a descubrir entonces la faceta

artística de Devon, a comprender la cantidad de tiempo y reflexión que dedicaba a cada una de sus tallas.

—Te advierto que, sin mis herramientas de tallado, esto va a quedar bastante tosco.

Mientras se sentaba a su lado, Linnet arqueó las cejas, pero no comentó nada. Se alegraba de verlo mejorado, moviéndose.

Cuando Devon tuvo la pieza de madera en las manos, sacó su navaja y empezó a tallar mientras hablaba.

—Dispuse de mucho tiempo para pensar mientras estuve ahí en cama, Lynna, y reflexioné acerca de las cosas que me dijiste la mañana del incendio.

—Devon, yo...

—No me interrumpas. Tú tuviste la palabra y ahora me toca a mí decir la mía. Nunca en la vida había tratado a alguien como te traté a ti, y lo siento mucho por más de una razón. Imagino que siempre sentí un profundo sentimiento hacia ti, pues de otro modo no me hubiera enfrentado a Lobo Moteado. No podía permitir que muriera alguien que, como tú, se preocupaba por los demás cuando su propia vida estaba a punto de terminar. No puedo decir que te amara, pero no hay duda de que sentía algo por ti. Entonces, cuando te libraste de toda aquella mugre que llevabas encima y emergiste como una chica tan preciosa, supongo que me sentí traicionado. Creo que estaba orgulloso de mi nobleza, por haber arriesgado mi vida por salvar aquella cosita horrenda, pero cuando descubrí que no eras fea, me sentí como si te hubieras reído de mí. Creo que no sé expresar mis sentimientos demasiado bien.

—Vuestro Thomas Jefferson no se hubiera expresado mejor.

Devon parpadeó desconcertado, pues nunca había oído hablar de aquel tal Jefferson.

—Bueno, supongo que eso significa que me entiendes. Yo... lamento sinceramente lo que te he hecho. Imagino que no hay mucho que pueda hacer ya, no después de haber dicho que nunca podrías volver a sentir nada por mí, pero quiero que sepas que lo siento de corazón y que deseo que seas verdaderamente feliz con tu Squire.

—¡Mi...! —Linnet empezó a decir, pero cambió de idea y continuó con

voz triste—. Seguro que lo seré, puesto que es un luchador.

—¿Un luchador?! Ese no sabría cómo luchar contra un niño de cuatro años. Ha vivido toda su vida entre algodones.

—¿Y tú no? Me refiero a que ¿no has tenido siempre todo lo que has deseado en la vida?

—¡Diablos, Linnet! ¿Cómo puedes decir eso cuando la mujer a la que amo más que a mi propia vida quiere a otro?

—Claro que tú nunca le has pedido que se case contigo ¿a qué no? Puede que dijeras que te casarías con ella cuando descubriste que había dado a luz a tu hija, pero no se lo has preguntado desde entonces, desde que ella ha tenido tiempo de pensar y de percatarse de que no puede evitar amarte.

Los ojos de Linnet emitieron un destello al mirar a Devon. Al principio, Devon la observó con escepticismo, hasta que empezó a comprender sus palabras; entonces se relajó y comenzó a dibujar una lenta sonrisa.

—En ese caso, ¿crees que tal vez si se lo pidiera ahora, ella consideraría casarse conmigo?

—Me atrevería a suponer que consideraría seriamente tu proposición, sí. Devon amplió su sonrisa.

—Si es así, ¿dónde tengo los mocasines?

Linnet frunció el ceño, desconcertada.

—Detrás de ti, pero ¿para qué los quieres ahora?

—Oh, los necesito —dijo al tiempo que se volvía hacia atrás y recogía uno—. Debo ir a pedirle a Phetna que se case conmigo. Nunca soñé que aceptara, pero ahora que tú me has abierto los ojos, yo...

—¿Phetna?! —exclamó Linnet—. ¿Phetna?!

Linnet no entendía nada, pero antes de que fuera capaz de decir nada, Devon la embistió, tiró de ella y la estrechó contra su pecho.

—Devon... —consiguió decir Linnet entrecortadamente.

Devon aflojó un poco la presión, pero no demasiado.

—Lynna, ¿te casarás conmigo y vivirás conmigo y pasarás cada noche de tu vida conmigo?

Linnet empujó su pecho para apartárselo y alzó la vista para mirar en sus felices y brillantes ojos azules.

—¿Qué clase de proposición es esa? ¿Pasar cada noche contigo? Ningún caballero osaría jamás mencionar algo como... algo como las actividades nocturnas a una dama.

Devon se sintió algo perturbado y se puso muy serio.

—Yo no soy un caballero y, además, ha pasado mucho tiempo.

Linnet se echó a reír, con la cara hundida en el pecho desnudo y suave de Devon.

—Prefiero mil veces tu honestidad a cualquier caballero de delicado perfume y fino atavío. Espero que nunca dejes de desearme, Devon.

Devon se cansó de hablar; echó la cabeza de Linnet hacia atrás y besó su boca ansiosa y dulce. Ninguno de los dos advirtió a los dos hombres que los observaban desde el bosque.

A Linnet le costó trabajo hacer entender a Devon que deseaba que su noche de bodas fuera algo más que un rápido revolcón sobre un manto de tréboles y, aunque Devon puntualizó que, de hecho, ya habían compartido una noche de bodas, permitió, no obstante, que Linnet ganara la discusión.

Los dos regresaron a la cabaña felices y risueños, pero lo que vieron y oyeron dentro de la casa quebró su dicha.

Capítulo 20

Miranda estaba llorando. Tenía el cuerpo cubierto de enormes pegotes de barro y, cuando vio a su madre, pataleó contra Nettie para desprenderse de ella y echó a correr hacia su madre. Linnet la acarició para calmarla y comenzó ella misma a temblar al percibir el pavor de su hija.

—¿Qué ha ocurrido aquí? —inquirió Devon, lleno de furia.

—Empezaron ellos —dijo Nettie—, los más jóvenes arrojaron barro a Phetna y a la pequeña, llamándolas brujas.

Nettie se inclinó y comenzó a dar toquecitos con un paño al hilo de sangre que se deslizaba por el rostro de Phetna, procedente de un corte profundo que esta presentaba a un lado de la frente.

Devon se arrodilló al lado de la mujer y le arrebató el paño a Nettie.

—Me parece a mí que les arrojaron algo más que barro.

Phetna permaneció sentada, sin decir una palabra, mientras Devon atendía su herida.

Linnet consiguió que Miranda se tranquilizara gradualmente, y el sosiego retornó a la cabaña. Phetna dirigió su rostro tortuoso hacia Devon, y le miró con unos ojos acuosos que brillaban a causa de las lágrimas.

—Tú podrías haber sido mi hijo —dijo en voz queda.

Devon la miró un segundo y le dedicó una tierna sonrisa, antes de proseguir limpiando su herida.

—Menos mal que no lo fuiste, porque tengo la impresión de que me habrías *curtido* la piel a base de bien cada vez que me hubiera portado mal, y estoy seguro de que, a estas alturas, todavía no hubiera sido capaz ni de sentarme.

Phetna emitió su característica risotada estridente.

—Sí, menos mal. Tuviste suerte.

Pasaron horas antes de que la cabaña retornara a la normalidad. Nettie regresó a su casa, por lo que solamente quedó Devon para ayudar a Linnet a bañar a Miranda. Por supuesto, la niña aprovechó la inexperiencia de su padre y se las arregló para empaparlo a él y a la mitad de la cabaña.

El corte en la cabeza de Phetna había de coserse, y ella no permitió que nadie excepto Devon lo hiciera. Rendidas al fin, Phetna y Miranda cayeron en un sueño profundo.

Durante la noche, Linnet oyó cómo Devon salía con paso renqueante hacia fuera. Como no regresó de inmediato, Linnet salió a buscarlo y lo halló sentado en el borde del porche, con la cabeza en las manos.

Linnet trató de hablar con un hilo de voz.

—Parece que hoy has conquistado a tres mujeres.

Devon ignoró la gracia.

—Tenemos que hacer algo, Linnet. Son demasiados, y yo no me siento con fuerzas suficientes para enfrentarme a todos ellos.

Linnet se sentó a su lado.

—No estás solo. Yo estoy aquí contigo.

Devon la contempló iluminada por la luz de la luna.

—Tú ya has tenido que luchar suficientes batallas hasta ahora. Esta vez tendrás a alguien que cuide de ti. Vamos a abandonar este lugar. Mañana nos volvemos a casa.

—¿Casa? —preguntó Linnet en voz baja—. ¿Te refieres a Sweetbriar?

—Sí, nos iremos a casa, a Sweetbriar, y nos llevaremos a Phetna con nosotros. ¿Te parece bien?

Linnet se sintió pletórica, feliz y reconfortada.

—Perfecto. Me parece perfecto.

—Ahora más vale que vuelvas adentro, antes de que olvide que eres mi futura esposa, y todas las excusas ridículas que me has dado esta tarde para no hacerte el amor, y te tome aquí y ahora, en este mismo porche.

Linnet vaciló un instante, pero enseguida se levantó y regresó al interior de la casa. Contempló de nuevo a Devon desde el vano de la puerta, pero él estaba de nuevo inmerso en sus pensamientos.

La mano del Terrateniente temblaba incontroladamente mientras se servía otra copa. En sus ojos vacíos no había otra cosa que colores y formas: rojo, naranja, amarillo y figuras negras. Aquella pequeña ramera le había convertido en el hazmerreír del pueblo. Todo el mundo se mofaría de

él.

Se volvió a mirar al indio que tenía maniatado en una esquina de su cabaña. Así que Linnet consideraba que podía reírse de él con su amante, ¿no era cierto? ¿Cómo creían ellos que se había granjeado el título, sí, el título, de Terrateniente, si era un ser tan insignificante?

Llenó su taza de peltre. El whisky ya no le quemaba la garganta. De hecho, parecía haberse tornado totalmente inmune a sus efectos, excepto por el hecho de fortalecer su furia cada vez más y más. Recordó Boston y el haberla salvado. ¿Dónde estaría ella ahora de no haber sido por él? ¿Y qué había hecho ella jamás para agradecersele debidamente?

Recordó cómo había besado a Macalister, no solo con los labios, sino con la totalidad del cuerpo. Dejó la taza sobre la mesa dando un golpe. Por Dios que algún día le besaría a él del mismo modo. Se volvió hacia el indio y advirtió el odio que ardía en sus ojos azabache y la idea de que éste estuviera sintiendo una emoción similar a la de él mismo le devolvió la sonrisa.

¿Qué hacía aquel indio espiando a la joven pareja? ¿Tal vez su única intención fuera la de presenciar el acto que todo indicaba que estaban a punto de realizar? Pero no. Debía de ser algo más, pues el indio estaba tan concentrado que ni siquiera oyó los pasos pesados e indiscretos del Terrateniente detrás de él, ni el silbido de la empuñadura de su pistola al descender para asestarle un golpe en la cabeza.

El Terrateniente alzó su taza a la salud del indio.

—¿Qué hacías ahí fuera, chico? No pareces uno de esos jóvenes bisoños que tienen que robar para probar su hombría. No, tú llevas alguna otra cosa en la cabeza —apuró las últimas gotas de whisky—. Te aseguro que yo también tengo mis planes. Para empezar, una mujer a la que debo pagar con la misma moneda. Desearía darle algo de lo que ella me ha dado a mí. Uno no se siente muy hombre cuando ha sido utilizado por una mujer.

«¡Serpientes de cascabel! Eso es lo que son todas las mujeres. Mienten y te utilizan. Pues bien, ésta —trató de extraer más whisky de la botella vacía—, ésta no va a ganar la partida —dijo arrastrando las palabras—. No señor, esta no va a ganar. Me va a pagar por todo lo que he hecho por ella y no se volverá a reír de mí. Lo único que tengo que hacer es sacar a

Macalister de en medio —aun borracho, se percató de que los ojos del indio se encendían al oír aquel nombre y consideró la evidencia durante un minuto.

»Así que conoces a Macalister ¿no es así? Tiene sentido, con eso de que es medio indio... ¿Sabes hablar inglés, indígena? —el hombre atado y amordazado asintió brevemente con la cabeza.

»¿Dónde vamos a ir a parar? Indígenas que hablan inglés. A la que nos descuidemos, el gobierno estará construyendo escuelas para que los animales aprendan a leer y a escribir. Te sacaré la mordaza, chico, pero no trates de hacer ninguna tontería o con gusto te hundiré los dientes y la cara de una patada —el Terrateniente desató la mordaza del hombre.

«Ahora dime: ¿cómo te llamas?

—Oso Loco —dijo el indio.

—Muy bien, Oso Loco, ahora tú y yo vamos a mantener una laaarga charla.

Cuando Linnet abrió los ojos, lo primero que vio fue la cama vacía de Devon. Suspiró con resignación. Prefería cuando estaba inmovilizado, antes de su paseo hasta el campo de tréboles, antes de haberse pasado la noche sentado en el porche. Se colocó las manos detrás de la cabeza y fijó su mirada en el techo. Phetna y Miranda aún dormían; los hechos terribles de la tarde anterior las habían dejado exhaustas.

Hoy, pensó, todos abandonarían ese horrible lugar. Devon las conduciría de vuelta a Sweetbriar. Nettie era la única razón por la que lamentaba marcharse de Spring Lick pero, después de todo, en casa la esperaban muchos amigos y pensar en ellos la hacía sentir mejor.

—¿Dónde está el chico?

Desde su lecho, Linnet miró a Phetna, que estaba acostada en otro colchón prestado, situado en el suelo, al otro lado de la habitación.

—No lo sé. Ahora que le has dado los mocasines, me temo que no parará quieto —trató de impedir que su resentimiento aflorara en su voz, pero no lo consiguió del todo.

Phetna sonrió.

—Más vale que aprendas cuanto antes que a un Macalister no lo puedes retener en una botella, confiando en que él esperará tranquilamente a que tú la destapes para ir adonde él quiera.

—Supongo que no —Linnet le devolvió la sonrisa—. Únicamente es que me había acostumbrado a saber dónde estaba en todo momento. Anoche se pasó horas sentado en el porche, pensando en sus problemas. Es decir, creo que fueron horas. No le oí regresar.

Phetna se sentó en la cama.

—Cuidar de sus mujeres es el deber de un hombre. Ahora debo despabilarme y comenzar a preparar la comida.

Linnet dibujó una sonrisa soñadora.

—No deberíamos preparar demasiada comida, pues nos vamos a casa hoy mismo —no advirtió que el rostro de Phetna adquiría una expresión sombría.

—¿Os vais todos a Sweetbriar?

Linnet se volvió sobre su estómago y alzó la vista hacia Phetna, quien ya se había puesto en pie.

—Nosotros nos vamos, todos nosotros. Devon especificó especialmente que quería que tú vinieras.

Phetna se sentó en el banco.

—Él no quiere a una vieja como yo.

Linnet se levantó de la cama y comenzó a doblar la colcha.

—Devon sabe exactamente lo que quiere, y no hay tiempo de discutir con él porque tenemos mucho que empaquetar.

—Supongo que no me importaría mudarme a Sweetbriar. Tengo algunas cosas en mi cabaña que necesitaría llevarme.

—Por supuesto —dijo Linnet—. En realidad, no hay tanto que hacer aquí, estoy segura de que Miranda y Devon me echarán una mano. ¿Por qué no te vas a casa y empiezas a hacer el equipaje? Nosotros nos reuniremos allí contigo en cuanto lo tengamos todo listo.

Phetna puso una expresión parecida a una sonrisa.

—Eso haré. ¿Seguro que no me necesitas aquí?

—No. Cuanto antes esté todo listo, tanto aquí como en tu casa, antes podremos partir.

—Estoy de acuerdo.

Antes de que Linnet pestañeara, Phetna ya salía por la puerta. Linnet sabía exactamente cómo se sentía la mujer, pues ella se sentía igual.

Linnet comprendía que Devon necesitara pasar algún tiempo a solas consigo mismo, ya que no había podido disfrutar ni de un segundo de intimidad durante casi una semana y, además, sabía lo mucho que detestaba estar encerrado entre cuatro paredes. Sin embargo, cuando llegó el mediodía y él todavía no había regresado, Linnet comenzó a preocuparse. Se dirigió al bosque y paseó tranquilamente por los alrededores, esperando encontrárselo, en cualquier momento, dormido bajo un árbol. Hilvanaba en su mente la reprimenda que le iba a soltar e imaginó cómo él la atraería a sus brazos y la abrazaría para acallarla.

Linnet se sintió mayormente alarmada cuando volvió a la cabaña y comprobó que Devon no había regresado. Completamente absorta en su inquietud, se las arregló para darle la comida a Miranda, aunque ella, por su parte, se sentía demasiado nerviosa para probar bocado. Las pocas pertenencias que ella y su hija poseían estaban empaquetadas. Se negó a llevar consigo nada que no fuera estrictamente esencial.

Cuando llamaron a la puerta, Linnet abrió al Terrateniente y ambos permanecieron un momento parados, mirándose mutuamente a los ojos. El Terrateniente echó un vistazo por encima del hombro de Linnet y advirtió los fardos cuidadosamente liados. Apartó a la chica para entrar en la cabaña.

—Así que nos dejas.

—Sí—respondió ella, de repente percatándose de que se había olvidado de él por completo.

—Entiendo que ni siquiera tenías intención de comunicarme tus planes.

—Yo... —Linnet alzó el mentón y se encontró con su mirada—. Mi conducta ha sido imperdonable y te pido disculpas. Todo ha sucedido tan deprisa que ni siquiera he tenido tiempo de pensar.

—Entiendo —gruñó—. Supongo que te refieres a que tu antiguo amante ha regresado de pronto a tu vida y te has vuelto a enamorar perdidamente de él. ¿Sabes? Las jóvenes como tú me dais lástima. No importa lo que un hombre os haga; si se os mete entre ceja y ceja que lo amáis, continuáis creyendo en él a pesar de lo que os siga haciendo.

—No sé a qué te refieres.

—¿Ah, no? Pues mira a tu alrededor. Has empaquetado todas tus cosas y estás lista para marcharte y, sin embargo, ¿dónde está tu joven mozo? —sonrió al ver que ella no respondía—. ¿Ves, Linnet? Al igual que ya te abandonó en una ocasión, así ha vuelto a hacer. No tenía ninguna intención de casarse contigo. ¿Por qué iba a hacerlo? ¿Por qué razón debería cargar con una mujer y una niña cuando aún tiene todo el mundo a sus pies? Es joven y apuesto, y las mujeres le adoran; así que, ¿por qué debería renunciar a todo eso?

—No deseo escuchar ni una palabra más. Te ruego que te marches.

El Terrateniente se sentó en el banco frente a la mesa y se reclinó con toda pachorra.

—¿Me estás echando de mi propia cabaña? ¿Debo recordarte que todo lo que supuestamente te pertenece es mío? Incluso fui yo quien pagó por el nacimiento de Miranda —se enfrió su mirada—. ¿Qué piensas hacer ahora que se ha marchado y te ha abandonado? ¿Piensas seguirle hasta Sweetbriar? ¿Perseguirlo como haría la cualquiera en la que te has convertido?

—No tengo intención de seguir escuchando tus insultos. Si bien es cierto que desconozco dónde se encuentra Devon, me niego a dar crédito a ninguno de tus comentarios insidiosos acerca de él.

—Los creas o no, son ciertos. Esta mañana acudió a mí y me cambió esto por algunas provisiones, suficientes para alcanzarle hasta Sweetbriar.

Linnet observó el cuchillo de Devon que el Terrateniente sostenía en la mano.

—No te creo.

—Deberías preguntarle a Nettie si todavía tienen el caballo de Macalister. Ya no está con ellos porque él se lo llevó, y varias personas de Spring Lick le vieron alejarse montado en él.

—¡No te creo! —era todo lo que Linnet parecía capaz de decir, una y otra vez.

Él se rió de ella.

—Estás en tu derecho. Ahora debo irme. Tú piensa bien en lo que te he dicho y pregúntate a ti misma si de veras deseas criar a Miranda con un

padre como él —se detuvo en la puerta—. Por cierto, ¿obtuvo lo que quería de ti?

Los ojos de él repasaron detenidamente cada parte de su cuerpo, pero ella se mantuvo firme y no le respondió.

El Terrateniente cerró la puerta tras de sí y se marchó riéndose.

—No lo creo —dijo Linnet—. Ignoro que problema tiene Devon, pero sé que no es un mentiroso.

Nettie echó una generosa cucharada de su precioso té en un cazo.

—Yo no lo conozco, así que no puedo opinar. Todo lo que sé es que, esta mañana, su caballo había desaparecido.

—Él no se escabulliría de noche de esa manera. Simplemente, sé que no lo haría.

«Y yo sé cuánto necesitas creer en él», pensó Nettie.

—¿Qué piensas hacer ahora? Ahora que él se ha ido.

—No... no lo sé. Debo ir a casa de Phetna. Llevará esperándome todo el día —miró hacia fuera a través de la puerta abierta y vio que el sol comenzaba a ponerse—. Se hace tarde. No sé qué hacer.

Rebekah entró corriendo en la estancia, sin aliento.

—¡Lo he descubierto, mamá, lo he descubierto!

—Está bien, tranquilízate Rebekah —dijo Nettie—. Siéntate y cuéntanos todo lo que sabes.

Linnet osciló su mirada desconcertada de madre a hija.

—Nettie, no habrás... —comenzó a decir.

—Desde luego que sí: la envié a investigar —la interrumpió Nettie, sonriendo a su hija con cariño—. Esta niña tiene un talento especial para escuchar... a través de las grietas.

A Linnet le desagradaba la idea, pero necesitaba desesperadamente descubrir qué había impulsado a Devon a huir de Spring Lick tan de repente.

—Oí al Terrateniente hablando con la señora Yarnall. Se estaban peleando o, como poco, discutiendo. La señora Yarnall dijo que quería que se hiciera algo con la señorita Tyler y el señor Macalister, y el Terrateniente

le dijo que ya había hecho algo —la niña miró a las dos mujeres para comprobar que seguían atentamente todas sus palabras.

—¿Qué dijo él? —la pinchó Nettie.

—El Terrateniente dijo que había vendido al señor Macalister a los indígenas.

—¡A los...! —Nettie dio un grito ahogado con los ojos desorbitados.

Linnet, por su parte, aparentaba mantener la calma.

—¿Qué más dijo, Rebekah?

—Eso es, más o menos. Dijo que había visto a este indio en el bosque y que lo había atado... y dijo que el indio estaba observándolos a usted y al señor Macalister... ¡besándose! —la chica escrutó a su maestra con una mirada inquisitiva.

—¿Qué más? —insistió Linnet, haciendo caso omiso de la curiosidad de la niña.

—Dijo que cuando llevó al indio a su cabaña, descubrió que había estado buscando al señor Macalister por todas partes; que quería matarlo, pero que no tenía ni caballo ni pistola para llevarlo con su gente.

—Así que el Terrateniente le facilitó lo necesario para llevarse a Devon —concluyó Linnet.

—Sí, señora.

—Bueno —Nettie soltó la respiración contenida—. En ese caso, supongo que no hay nada que nosotras podamos hacer.

—Podemos seguirlo —dijo Linnet con la mirada fija en Nettie.

—¿Tú y yo? —preguntó Nettie con incredulidad—. ¿Dos mujeres solas en el bosque? Nadie en este pueblo estaría dispuesto a acompañarte, y mi Ottis no regresará hasta la semana que viene. ¿Quién te va a ayudar?

—No lo sé —Linnet se puso de pie—. Todavía no sé qué es lo que voy a hacer, pero no puedo permitir que secuestren a Devon —se detuvo en la puerta y giró la cabeza para volver a mirar a Rebekah.

—¿Por casualidad oíste el nombre de ese indio?

—Ah... sí: Oso Loco.

En un primer instante, Nettie creyó que Linnet se iba a desmayar. Su rostro perdió todo color, sus ojos se tornaron vidriosos y sus rodillas hicieron ademán de doblarse.

—Linnet, ¿te encuentras bien?

Linnet sacudió la cabeza como para expulsar su sobrecogimiento.

—Debo irme. Debo ir a buscarlo.

Nettie trató de protestar pero Linnet se marchó de inmediato, con lo que ella se resignó a volver al pan que aún tenía por amasar.

—¿Crees que irá tras ese indio que se llevó al señor Macalister?

—No, claro que no —contestó Nettie a su hija—. Tendrá tiempo de pensarlo un poco y se dará cuenta de que es imposible. Ninguna mujer podría atravesar el bosque sola y eso lo sabe incluso Linnet.

—¡Pues yo lo haría! —exclamó Rebekah—. Yo lo iría a buscar. ¡No dejaría que un indio se llevara a mi hombre!

—¡Tú, chitón! —le ordenó Nettie con severidad—. Tú no sabes lo que dices. Hay cosas que una mujer no puede hacer, y cabalgar en mitad de la noche tras un puñado de indios salvajes es una de ellas. Aunque a veces Linnet no parezca saber dónde está su sitio, al menos tiene un mínimo de sentido común como para...

Se detuvo y se quedó mirando fijamente a la masa de pan.

—¿Qué pasa, mamá?

Nettie se frotó las manos en el delantal.

—Linnet carece de sentido común cuando se trata de ese hombre. Sería capaz de hacer lo que ha dicho. Va a irlo a buscar, tan seguro como que me llamo Nettie. Rebekah, termina de amasar el pan y deja que repose hasta que aumente de volumen.

—Pero mamá, yo quiero ir a ver cómo hablas con la señorita Tyler.

—Conociéndola, más bien será ella quien me hable a mí.

Capítulo 21

La puerta de la cabaña de Linnet se encontraba abierta. La mujer estaba sentada a la mesa, silenciosa, contemplando a Miranda con la mente ausente, mientras la niña se entretenía jugando con su gatito.

—Bien, ¿de dónde vas a sacar los caballos?

Linnet alzó la vista y ambas se entendieron.

—Voy a robarle uno al Terrateniente.

Nettie sonrió contra su voluntad.

—¿Crees que podrían ser dos?

—No —dijo Linnet con suma seriedad—. Es un problema mío, y tú no puedes venir conmigo.

—Me gustaría saber por qué no —Nettie estaba indignada.

Linnet la miró con parsimonia.

—Me supondrías un estorbo. Me preocuparía por ti a cada momento y, además, no sabes montar ni disparar demasiado bien.

Nettie la miró pasmada un momento y después se rió.

—Vaya, desde luego, no tienes pelos en la lengua, ¿eh?

—No. No tengo. Se trata de una empresa muy seria. Oso Loco odia a Devon y me odia a mí. Si no lo libero, los dos perderemos la vida.

—¡Señor! —Nettie se sentó en la silla—. No sé cómo puedes quedarte ahí sentada hablando de la muerte con tanta serenidad.

—Temo que mi aplomo sea solo aparente. La vida de Devon está en juego, y existe una posibilidad de que pueda salvarlo, muy pequeña, lo sé, pero mientras quede un resquicio de esperanza, aprovecharé la oportunidad.

Nettie suspiró.

—De acuerdo, no puedo ir, pero cuidaré de Miranda.

—No, voy a llevarla con Phetna. Esta gente podría hacerle daño si la dejo aquí. No se atreverán a ir a casa de Phetna.

Nettie la contempló con admiración.

—Nunca he conocido a nadie con una mente tan serena como la tuya. ¿Qué puedo hacer para ayudarte?

—Puedes ayudarme a robar el caballo.

Nettie sonrió para sus adentros.

—Lo haré con sumo gusto, más del que te imaginas.

Esperaron hasta la negra noche antes de aproximarse al corral del Terrateniente al amparo de la oscuridad. Nettie sostenía a Miranda a cierta distancia, mientras Linnet se colaba entre las barandas.

Una vez estuvo dentro del corral, Nettie ya no podía verla y comenzó a preocuparse de que algo andaba mal. Los caballos caminaban silenciosamente, sin perturbarse por la presencia de Linnet. Hubiera podido jurar que vio el brillo del cabello de la chica bajo el vientre de uno de los caballos, pero se dijo que no debía serlo. Al cabo de lo que se le antojaron horas, Linnet salió por la entrada tirando de las riendas de un caballo.

—¿Por qué has tardado tanto? —susurró Nettie.

—Silla —fue la respuesta escueta de Linnet—. Debo irme ya. Adiós... amiga.

Las mujeres se dieron un abrazo.

—Buena suerte, Linnet, te deseo toda la suerte del mundo y, por favor, ten mucho cuidado.

Linnet montó de un saltó en la silla colocada sobre el alto caballo negro.

—¿Estás segura de que sabrás manejar a este animal? —preguntó Nettie al tiempo que alzaba a Miranda para entregársela a su madre.

—Por descontado.

—Voy a echar de menos tu manera de hablar —dijo Nettie enjugándose las lágrimas de los ojos con el dorso de la mano, pero Linnet ya empezaba a alejarse, con la mente concentrada en el viaje que tenía por delante.

—¿Dónde está el chico? —fueron las primeras palabras de Phetna, al ver llegar a Linnet con Miranda dormida.

—El Terraten...iente... —se atragantó con el nombre— lo entregó a Oso Loco.

—¿Oso Loco? ¿No es ese el indio que mató a los tuyos?

—El mismo, pero no se llevará a nadie más de mi familia —le dio la niña a Phetna.

—No estarás pensando en ir tras él, ¿no?

—Voy a ir tras él, sí.

—¿Sola? Creía que tenías más sentido común, pero ya veo que no.

—Por favor, Phetna, ya he mantenido esta discusión con Nettie.

Phetna permaneció por un instante en silencio antes de hablar.

—Muy bien, irás tras él, pero no irás tú sola.

—Tú no puedes venir conmigo, Phetna. Eres demasiado...

—Ni se te ocurra mencionarlo. No soy yo quien va a acompañarte, sino Mano Amarilla.

—¿Mano Amarilla? ¿Se encuentra aquí?

—No. No está aquí, pero lo estará. Tengo una señal que puedo utilizar en caso de necesitar ayuda. Tú desmonta y acomódate. Mano Amarilla llegará en menos que canta un gallo.

Dentro de la cabaña, Phetna tomó un cuerno de ciervo de la repisa de la chimenea y salió fuera. Lo sopló varias veces en todas las direcciones y la espera comenzó.

Entretanto, Phetna preparó paquetes de comida, harina de maíz y carne seca, mientras Linnet escribía en el interior de la cubierta de la Biblia de Phetna. Redactó su testamento nombrando a Phetna tutora de la niña.

—Si en dos semanas no he regresado, puedes...

—¡Chitón! —la cortó Phetna—. Me haré cargo de la niña hasta que tú vuelvas y no voy a pensar en ello de otra forma. Ahora, toma, cómete esto y no hables tanto.

Linnet desenvolvió las cuatro tallas de Devon con mucho cuidado.

—Las he traído por si...

—Por si no volvías a Spring Lick, sí. Ahora come y calla. Luego te daré algo que tengo para ti. Creo que podría serte de utilidad.

Ninguna de las dos mujeres advirtió la llegada de Mano Amarilla. Era como si de repente se hubiera materializado de pie, en el interior de la cabaña.

—Estoy aquí —dijo en voz baja.

Linnet le explicó lo sucedido a Devon y el joven la escuchó atentamente.

—No te pido que me acompañes —le dijo con dulzura—. Iré yo sola.

Él chico sacó pecho.

—¿Cómo tú lo vas a encontrar? ¿Cómo entiendes rastro?

—Yo...

—Mujer no entrenada para hacer esto. ¿Montar tú a caballo?

—Sí.

—Entonces, vamos ahora. Demasiado tiempo ya hemos perdido.

Apenas sus palabras habían salido de la boca, Linnet estaba fuera, montada en su caballo. Phetna se acercó a ellos y le tendió a Linnet un rifle, pólvora y balas.

—¿Sabes usar esto?

—Sí.

—Entonces, ve con la bendición del Señor y regresad todos sanos y salvos.

Cuando se hubieron marchado, Phetna se sentó en su mecedora y contempló a Miranda, que dormía. En realidad, parecía una causa perdida; aquellos dos jóvenes detrás de alguien tan astuto como Oso Loco. Phetna suspiró y recordó que aquel debería haber sido el día en que todos habían de partir hacia Sweetbriar.

Cerró los ojos y reclinó la cabeza hacia atrás. Sweetbriar y sus días de juventud, la época antes del incendio. Aún era capaz de recordar todos y cada uno de los rostros de Sweetbriar.

«¿Seguirá siendo Doll tan feote como siempre?», murmuró para sí. «Ah, Doll...» Él sí que serviría de ayuda para encontrar al chico de Slade. Doll y Gaylon, y Lyttle, todos estarían dispuestos a ayudar. Sonrió imaginando la visión formidable de Agnes Emerson empuñando un rifle de dos metros de largo. Ningún indio se atrevería con ella.

De repente, Phetna se irguió en su asiento, tiesa como un palo. Sweetbriar. Aquel nombre retumbó en su cabeza. Bajó la vista hacia su regazo y estiró las piernas para mirarlas.

—Un pelín atrofiadas —dijo en voz alta—, pero servirán.

Comenzó a meter provisiones en un saco. Por primera vez pensó en un aspecto positivo de su cara: al menos nadie, ni blanco ni rojo, la atacaría durante el viaje. No señor, nadie la molestaría. Sonrió imaginándose que sorprendía a Doll Stark por la espalda y lo hacía saltar del susto. ¡Señor! No se había sentido tan bien desde hacía doce años, desde antes del incendio.

—Vamos, Miranda —tomó a la niña dormida en brazos—. Tenemos

cosas que hacer.

Phetna se había ido; los tres enmascarados que más tarde llegaron a escondidas en la oscuridad de la noche y quemaron su pequeña cabaña nunca supieron que se hallaba vacía. «Hágase su voluntad», clamó una voz de mujer, sin percatarse del reflejo de duda en los otros dos pares de ojos.

Linnet siguió a Mano Amarilla en silencio. En ningún momento le dio razón alguna que pudiera inducirle a dudar de ella ni provocar en él ningún sentimiento de repulsa hacia la debilidad de las mujeres blancas. Linnet se mostraba infatigable, como si no fuera humana, en su determinación por seguir a Oso Loco y al hombre que este llevaba prisionero. Se detuvieron una vez, para dormir cerca de un arroyo, y Mano Amarilla observó que la chica tenía el sueño ligero, como si se arrepintiera de dedicar aquel tiempo a la necesidad del descanso.

El terreno se presentaba agreste, cubierto de espesa maleza. En una ocasión, se vieron obligados a atravesar una ciénaga y más tarde hubieron de detenerse a retirar las sanguijuelas que se habían adherido a las patas de sus caballos. Linnet llevaba los brazos cubiertos de arañazos y las mejillas acribilladas de picaduras de mosquito, y aun así no aparentó sentirse incómoda en ningún momento.

—¿Nos estamos acercando a ellos?

Estas fueron las primeras palabras que se habían pronunciado entre los dos en veinticuatro horas.

—Sí —respondió él—. Oso Loco es descuidado. No cubre su rastro. Piensa nadie le sigue.

—Desde luego —miró en la distancia—. No tiene ningún motivo para creer que alguien le seguiría.

—Vamos, no hables más ahora.

Cabalgaron sin descanso durante dos días más. El vestido de Linnet comenzaba a rasgarse y a hacerse harapos. Su pelo estaba sucio, apelmazado y enmarañado con hierbajos y ramitas, y aun sus ojos brillaban febrilmente mientras mantenía su mirada fija hacia delante, esperando ver a

los hombres de Oso Loco y a Devon en cualquier momento.

Mano Amarilla decidió que pararan a comer algo de carne seca y unas cuantas fresas silvestres. Se hallaban sentados una frente al otro, con el rifle cargado al lado de Linnet, cuando de repente ella advirtió un leve movimiento cerca de la pierna de Mano Amarilla y al instante vio a una serpiente mocasín preparada para atacar. Linnet tomó el rifle y disparó de inmediato. Sus años de entrenamiento y práctica de tiro se materializaron en un disparo tremendamente preciso.

Mano Amarilla se quedó mirándola pasmado y luego desvió la vista hacia la serpiente muerta, al lado de su pie. La recogió con la mano antes de devolver la mirada a Linnet.

—Has salvado mi vida —dijo en voz baja—, pero nos has matado a los dos. Ven, tenemos que esconder. Tal vez no nos encuentren.

Linnet comprendió lo que sus palabras significaban: estaban realmente cerca de Oso Loco y sus hombres. Se diría que apenas habían transcurrido unos pocos segundos, cuando su plácido campamento se halló rodeado de indios.

La mente de Linnet se vio transportada al día en que aquellos mismos hombres degollaron a sus padres y la capturaron a ella.

Mano Amarilla y ella estaban escondidos, apretados la una contra el otro, entre un macizo de zarzamoras. Las afiladas espinas aguijoneaban la piel de Linnet. De repente, lo vio todo claro: Oso Loco los encontraría y los mataría, al igual que probablemente había hecho ya con Devon. No podía salvarse de aquel hombre, pero sí salvaría a Mano Amarilla.

Apartó al chico de un puntapié y se arrojó rodando por la leve inclinación, para terminar aterrizando a los pies de Oso Loco.

El indio esbozó una sonrisa burlona, se agachó y tiró del pelo a Linnet para forzarla a ponerse en pie. Se volvió hacia los demás sin decir nada, empujando la cabeza de Linnet hacia atrás hasta el punto en que esta amenazaba con desencajarse del su cuerpo. Los otros cuatro indios sonrieron, al tiempo que Oso Loco echaba a Linnet sobre el lomo de su poni como si fuera un saco de patatas y montaba detrás de ella.

Cabalaron durante horas, mientras el espinazo del poni golpeteaba el estómago de Linnet. Cuando se detuvieron, Oso Loco la empujó fuera del

pequeño caballo y Linnet trató con todo su empeño de aterrizar de pie, pero las rodillas le fallaron y cayó desplomada en el suelo.

Un palo afilado y una voz estridente de mujer la forzaron a alzar la vista. Una horrible sensación de *déjà vu* acudió a ella cuando vio a la misma mujer que la golpeó en el campamento de Oso Loco, años atrás. No tenía la sensación de que hubieran transcurrido ya casi tres años. De hecho, parecía como si nunca hubiera abandonado aquel sucio campamento. Miró a cada una de las caras que la observaban, esperando encontrar un par de ojos azules, pero no vio ninguno.

Oso Loco le tiró del pelo, y ella se puso en pie frente a él. Comentó algo a las mujeres en su propia lengua, y estas se carcajearon tontamente al unísono, acercándose a Linnet muy despacio, con una mirada amenazadora. Se detuvieron cuando un hombre anciano, de cuerpo enjuto y pellejos colgando, llegó corriendo al campamento. Parecía muy nervioso y no dejaba de señalar a Linnet y, a continuación, a algo que sostenía en la mano, sacudiendo a su vez los brazos en dirección al lugar donde habían capturado a la chica.

Oso Loco agarró el objeto que sostenía el viejo y lo restregó en la cara de Linnet. Ella lo reconoció como la bolsa que Mano Amarilla llevaba colgada del costado. Emitió un grito ahogado al suponer que debían de haber capturado al chico. Oso Loco le arreó una fuerte bofetada y Linnet apenas consiguió mantenerse de pie.

Oso Loco gritó algunas órdenes a las mujeres, quienes empujaron a Linnet contra el suelo y le liaron las manos con ásperas y cortantes tiras de cuero sin curtir. A continuación, le doblaron las piernas hacia atrás y le ataron las manos y los pies juntos, forzando a su cuerpo a formar una dolorosa contorsión en forma de bucle. De ese modo, las mujeres la alzaron y, mientras la balanceaban hacia delante y hacia atrás —apenas sosteniéndola en sus manos—, Linnet oyó acercarse a unos jinetes. De repente, Oso Loco ladró una orden y las mujeres se apresuraron a arrojar a Linnet dentro de una oscura choza vacía, dejando a Linnet aturdida por la fuerza del golpe. Cuando recuperó la respiración, advirtió que se hallaba de nuevo en la misma clase de casucha de techo bajo en la que estuvo después de que sus padres fueran asesinados, solo que esta vez no existía la

esperanza de que un mestizo de ojos azules acudiera en su ayuda.

OceanofPDF.com

Capítulo 22

—Hola, muñeca embreada.

Linnet era incapaz de moverse, con las piernas dobladas hacia la espalda y los pies atados a las manos, pero conocía aquella voz, la conocía tan bien que se atragantó con las lágrimas que inundaron su garganta al oírla. La dicha la embargó al descubrir que estaba vivo. Tal vez no por mucho tiempo, pero vivo.

—¿Puedes darte la vuelta?

No le resultaba fácil y Linnet se sentía como un pez dando coletazos fuera del agua, pero antes moriría que desistir en su empeño por girarse de cara a Devon. Le llevó un momento conseguir verlo.

—¡Devon! ¿Qué te han hecho?

Devon trató de sonreír, pero no logró que sus labios se deslizaran por sus dientes secos.

—Se han divertido un rato conmigo. ¿Qué haces aquí? Deberías estar a salvo, con Miranda. Acércate.

Linnet se apresuró a desplazarse por el suelo hasta llegar a tocar a Devon.

—Bésame —le pidió con la voz ronca—. Te necesito.

Linnet se ahorró las preguntas, pero encontró que su beso parecía más bien una búsqueda y, cuando notó el interior de su boca seca, casi agrietada, entendió que lo que necesitaba era su humedad, más que cualquier otra cosa. Devon soltó su boca y sus ojos se iluminaron por un instante.

—¿Un viejo truco indio? —le preguntó Linnet.

—No. Solo un truco Macalister. Linnet, ¿qué haces aquí? No deberías.

—Eso ya lo has dicho. Devon, llevo un cuchillo. Por poco dio un salto al mirarla, a pesar de que su cuerpo también estaba atado hacia atrás, formando un semicírculo, como el de ella.

—Lo llevo en la parte interior del muslo, pero no se me ocurre cómo hacerme con él.

Devon parecía tener dificultades para pensar con claridad o con

prontitud.

—Rápido. Debemos movernos con rapidez. ¿Crees que podrías colocarte boca arriba?

—Pero, ¿cómo voy a alcanzarlo?

—Con mis dientes —respondió él. Linnet se las arregló para colocarse hacia arriba y resistió el dolor de los músculos tensados, esforzándose por no aflojar. Utilizando los dientes, Devon le levantó la falda y las enaguas muy por encima de la cintura, a fin de exponer el cordón que sujetaba sus calzas de lino a su talle. Estaba atado con un nudo, que Devon era incapaz de deshacer.

—¡Maldita sea, Linnet! ¿Quién te mandaría abrocharte con un nudo?

Linnet sonrió en la oscuridad al oír sus palabras. Al fin, Devon agarró el cordón con los dientes y tiró de él con fuerza, consiguiendo no solo romper el cordón, sino también desgarrar gran parte de la tela de lino. El cuchillo que Phetna le había dado a Linnet se hallaba en la parte interior del muslo, en una funda sujeta por una correa. La empuñadora había rozado la parte suave del muslo opuesto, produciendo una roncha roja e irritada.

Durante un breve instante, Devon contempló su cuerpo, el destello marfil de su piel en la oscuridad, y enseguida agachó la cabeza para retirar el cuchillo de la funda con la boca.

Linnet se sintió languidecer a causa del esfuerzo... ¿o tal vez no fuera solo por el esfuerzo? Se volvió sobre el estómago para que Devon pudiera cortar la atadura que unía sus pies a sus manos. Disfrutó del placer de poder estirarse de nuevo. Devon dejó caer el cuchillo de la boca y reposó su mejilla sobre la arena fría del suelo, demasiado fatigado para cortar el cuero que amarraba las manos de Linnet. Tras un instante, dijo:

—Lynna, corta mis ataduras por favor.

Linnet frunció el ceño ante su tono de voz. Estaba herido, y cualquier muestra de jovialidad le suponía un esfuerzo supremo.

—Rápido, Lynna, rápido.

—Sí, Devon.

Las manos de Linnet seguían atadas al dorso, por lo que tuvo que palpar por el suelo para hacerse con el cuchillo. Devon no se movió ni un centímetro cuando ella se acercó a su espalda y tanteó con el cuchillo para

situar la hoja bajo la tira de cuero que unía sus manos con los pies. Cuando hubo cortado la ligadura, Linnet trató de reprimir sus impulsos de desesperación al notar que Devon no había modificado su forzada posición curva.

—Temo que mi cuerpo ha pasado demasiado tiempo así. ¿Puedes desatarme las manos?

No fue fácil para ella superar su miedo y controlar el pulso al tiempo que trataba de serrar el cuero crudo con aquella pequeña navaja. Las ataduras estaban tan apretadas, que a duras penas fue capaz de encontrar un hueco a través del cual deslizar la hoja.

—No temas hacerme daño —susurró Devon—. Podrías amputarme la mano y ni me enteraría. Trata de darte prisa.

Linnet notó que la hoja lo rozaba una vez, pero Devon no se inmutó, por lo que ella comprendió que hablaba realmente en serio cuando había insinuado que carecía de sensibilidad en las manos.

Una vez desatado, movió los brazos muy despacio, con dificultad.

—Dame el cuchillo. Linnet, escúchame —le dijo al oído, mientras cortaba el cuero de las muñecas—: ya hace mucho tiempo que estoy aquí y no... no estoy muy bien. Prométeme una cosa: si caigo en el camino, déjame. Sigue tú sola y déjame atrás. No quiero que vuelvas a caer en manos de Oso Loco. ¿Me oyes bien?

—Perfectamente —dijo en voz baja.

—Entonces, ¿cuento con tu palabra?

Linnet estiró los brazos hacia delante y se frotó las muñecas.

—No. Ahora dame el cuchillo y te sacaré eso de los pies.

—Lynna, por favor.

—Devon, no malgastes mi tiempo.

Linnet retiró las ataduras de los tobillos de Devon y, al tocarle los pies, le pareció que estaban húmedos y se dio cuenta de que era sangre. No disponía de tiempo para llorar, así que se concentró en lo que tenía que hacer.

—¿Puedes andar? —le preguntó.

—No si tú puedes cargar conmigo.

Linnet contuvo la respiración mientras cortaba un lado de la pequeña

choza. Sacó la cabeza y oteó el perímetro bajo la tenue luz del día que comenzaba a perder intensidad. Los hombres de Oso Loco eran gente holgazana, no siempre se molestaban en apostar guardias y, ahora que Oso Loco había abandonado el campamento para ir en busca de Mano Amarilla, se habían descuidado aún más.

—Tenemos vía libre —le informó Linnet al tiempo que le tendía la mano.

Él la tomó y ella lo sostuvo para ayudarlo a ponerse en cuclillas; el rostro de Devon era una máscara que ocultaba todos sus pensamientos y sensaciones. Hizo una señal afirmativa con la cabeza a Linnet y esta salió delante y avanzó hacia el interior del bosque. Al contemplar a Devon por primera vez fuera de la oscuridad de la choza, comprobó que sus quemaduras, casi cicatrizadas, se habían vuelto a abrir. No le preguntó qué le había hecho Oso Loco.

Con dureza en sus ojos y sin mediar palabra, Devon llamó la atención de Linnet y le indicó que siguiera adelante, al frente. Caminaron despacio durante una hora. Linnet era consciente de que Devon no sería capaz de resistir la marcha por mucho más tiempo. «Si pudiera llevarlo yo...», pensó cuando llegaron a la ribera de un río. Varios troncos flotaban en la superficie del agua. Presentaban hendiduras y orificios que indicaban que estaban destinados a la construcción. Linnet dejó vagar su imaginación. Se preguntaba qué tipo de catástrofe debía de haber causado la pérdida de tan valioso cargamento, qué les pudo pasar a los colonos que con tanto esmero habían preparado esos troncos para construir su cabaña. De repente, una idea acudió a su cabeza, interrumpiendo sus cavilaciones: ella no podía transportar a Devon, pero el agua sí.

—Devon, si te ayudo a meterte en el agua, ¿crees que tendrás fuerzas para agarrarte a uno de esos troncos?

Devon asintió con los ojos vidriosos.

Logró andar hasta la orilla apoyándose en Linnet, que lo sostuvo tanto como le permitió su propia contextura endeble. Por su forma de respirar, Linnet dedujo que, al principio, el agua fría le produjo dolor. La parte superior del cuerpo de Devon estaba desnuda, solamente vestía sus gruesos pantalones de lana y no llevaba zapatos. A pesar de todo, a medida que fue

adentrándose en la parte honda del río, el frío anestesió sus músculos doloridos y el agua limpió sus heridas. La flotabilidad del agua relajó la presión de las plantas desolladas de los pies, y Devon se sintió muy aliviado.

—Qué lista es Lynna —dijo al tiempo que dejaba que el agua sostuviera su cuerpo a flote.

—Cuando yo era niña, mi institutriz me obligó a aprender de qué modo debía actuar en caso de encontrarme en compañía de hombres ensangrentados y malheridos en las agrestes tierras de Kentucky.

El rodeó un tronco con un brazo y la miró arqueando una ceja, no muy convencido de si bromeaba o hablaba en serio.

—No hables más. Pronto empezarán a buscarnos —dijo al tiempo que recostaba su mejilla sobre la tosca corteza del tronco, descansando por primera vez en cuatro días.

Flotaron en silencio durante horas, mientras el sol se ponía y la noche se cernía sobre ellos. En algún momento, Devon pareció dormir, y Linnet le veló, preparada para sostenerlo si se escurría del tronco.

—Algún día cuidaré de ti —susurró él una vez, cuando Linnet creía que estaba dormido.

—Eso me gustaría —dijo ella, acariciándole la oreja.

Oyeron caballos a lo largo de la ribera, andando con suavidad, casi inaudibles. Devon bajó el brazo del tronco y empujó la cabeza de Linnet hacia sí, colocándola bajo su pecho, entre el tronco del árbol y su cuerpo. Ella contuvo la respiración por temor a hacer ruido. Mucho después de que el sonido de los caballos dejara de percibirse, Devon aún la retenía, apretujando el cuello dolorido de Linnet. Al fin la soltó despacio, y Linnet se impulsó hacia atrás para retornar a su lugar, junto a él. Lo miró desconcertada.

—Tu pelo —dijo Devon escuetamente—. Demasiado brillante —y descansó sobre la corteza del tronco.

Cuando amaneció, Linnet comenzó a plantearse la necesidad de detenerse en algún lugar, a fin de comer y descansar.

—¿Devon? —le llamó con ternura.

Él abrió los ojos, claros, brillantes, de azul deslumbrante.

—Temí que fuera un sueño —dijo, sonriendo con el nácar de los dientes blancos contrastando con la piel morena—. Pensé que, si abría los ojos descubriría que en realidad tú no estabas aquí, que solo había sido producto de mi imaginación.

Linnet colocó la mano sobre la suavidad ondulada y espesa de su pelo negro.

—Eso es en parte verdad, porque a partir de ahora no conseguirás librarte de mí ni en sueños.

Devon amplió su sonrisa.

—Cuando salgamos de esta, hagamos más Mirandas.

—¿Es que no sabes pensar en otra cosa?

—Ha pasado...

—No me lo digas... mucho tiempo, sí.

Devon le sonrió sin contestar nada.

—Devon —dijo ella con una expresión seria—, no sé qué hacer ahora. Necesitas secarte y descansar, y ambos tenemos que comer algo.

Devon alzó la frente y miró a su alrededor.

—Todavía no nos hemos alejado suficiente de Oso Loco. Creo que deberíamos permanecer en el río más tiempo. ¿Lo podrás soportar?

—Sí. Si tú puedes.

—Sí —dijo, antes de volver a cerrar los ojos.

Por la tarde se puso a llover, y Linnet se alegró de ello, pues su cuello y sus manos se estaban quemando con el sol. La piel oscura de Devon parecía inmune a los efectos de la luz solar, y se alegró de que las úlceras que quedaban expuestas estuvieran comenzando a sanar. A la caída de la tarde, cuando la lluvia cesó, Devon ayudó a Linnet a remar con los brazos hasta la orilla. Linnet no podía creer lo mucho que se había debilitado a causa de la falta de alimento y de las veinticuatro horas que llevaba manteniéndose a flote, desplazándose río abajo con la corriente, agarrada a un tronco.

Devon se hundió en un blando lecho de hojas secas.

—Anda, mujer, tráete algo de comer —dijo con los ojos cerrados.

Linnet le miró de pie, desde arriba, al tiempo que él abría un ojo, divertido.

—Pagarás por esto, Devon Macalister —le dijo, pero él cerró el ojo y

sonrió plácidamente mientras ella se alejaba despacio hacia el bosque.

La tierra salvaje de Kentucky era un paraíso de caza, frutas silvestres y frutos secos. Colmó el vuelo de su vestido con moras carnosas y maduras y regresó con Devon. Él comía despacio, sorbiendo y saboreando el jugo de cada mora con detenimiento, mientras que ella se atiborraba la boca con ansiedad.

Linnet se detuvo y lo contempló atentamente.

—¿Cuánto hace que no comes?

Se encogió levemente de hombros.

—Varios días. He perdido la noción del tiempo —la miró con una expresión tierna y cariñosa—. No esperaba verte allí, Lynna. No deberías haber venido.

—Una vez te perdí porque creí que no existía ninguna esperanza entre nosotros, así que no estaba dispuesta a permitir que nos volviera a pasar lo mismo. Además, el Terrateniente dijo que habías huido y me habías abandonado.

Devon no replicó, mostrándose de repente muy interesado en una mora.

—Sé que fue él quien... Sé lo que hizo.

—Supuse que lo sabías —contestó él mientras se metía la mora en la boca—. Ahora, alejémonos de este río y durmamos un rato. Mañana empezaremos a andar.

—Pero ¿cómo? Tienes los pies destrozados.

Devon se inclinó hacia delante, estirando el dorso para cubrir el espacio que los separaba, y abarcó en la mano un revoltijo húmedo de faldas y enaguas.

—Si mal no recuerdo, llevas encima bastante ropa como para confeccionar cien pares de mocasines y, tal vez, un par de camisas, también.

—Sí, desde luego —se puso de pie, se levantó la falda y desató el cordel que fruncía la primera enagua a su cintura.

Devon la miró de hito en hito, sin pronunciar palabra.

Linnet rasgó la tela a tiras y vendó los pies de Devon, tratando de no ver el horrendo desastre en que se habían convertido. Cuando él se levantó, Linnet desvió la mirada de la expresión estoica que adoptó. Había ocasiones en las que Devon adquiría una presencia ausente, de apariencia Shawnee.

No fueron muy lejos, y Devon le enseñó a cubrir sus huellas a cada paso.

Al fin se detuvieron y buscaron cobijo al amparo del saliente de un barranco. Linnet retiró las vendas de los pies de Devon y se durmió plácidamente en sus brazos.

Algo cosquilleó su nariz y ella se la frotó antes de abrir un ojo. Devon le besó la boca flácida y blanda de sueño, y las manos de Linnet se deslizaron alrededor de su cuello.

—No, dulce pajarito, aquí no. Debemos continuar —Devon alzó la vista hacia los árboles que sobresalían por encima del precipicio—. No me siento a salvo. Alguien nos sigue, y está cerca.

—¿Quién? —preguntó Linnet con los ojos abiertos como platos.

—No lo sé. Vayámonos deprisa, sin hacer ruido.

Los pies de Devon habían comenzado a encostrarse y Linnet supuso que el nuevo vendaje no le serviría de mucho.

Los dos avanzaban despacio, con fatiga, aunque Devon estaba más acostumbrado a aquel paso semiligero que Linnet. Ella se sentía mareada y se limitaba meramente a seguirlo, sin hacer preguntas, sin noción alguna de dónde se hallaban. En ocasiones se detenían y ella casi parecía oler el aire.

—Devon —empezó a decir, pero él la silenció con una mirada severa.

Linnet era de sobras consciente de lo atronadoras que resultaban sus pisadas comparadas con las de Devon, cuyos pasos, sigilosos y ligeros, apenas se percibían, aun siendo de peso superior. Se detuvieron una vez más a comer bayas, pero Devon daba la impresión de que estaba en guardia en todo momento, vigilante y preocupado, en tanto Linnet, con las manos temblorosas, trataba de meterse tantas moras en la boca como podía.

—Vamos —le instó Devon con una voz suave, apenas audible, y Linnet miró lastimosamente los arbustos colmados de fruta madura.

Al anochecer, examinaba la espalda cubierta de cicatrices de Devon, cuando la tierra empezó a dar vueltas y más vueltas, y se sintió pesada y, de pronto, liviana. Sus rodillas cedieron y se desplomó en el suelo.

—¡Linnet! —Devon sostuvo su cabeza en sus brazos—. Linnet— repitió, y ella abrió los ojos, sobresaltada.

Trató de erguirse, pero Devon la retuvo con firmeza.

—¿Me he desmayado?

—Sí —respondió frunciendo ligeramente el ceño—. Me temo que te he forzado demasiado. ¿Ves esas rocas de allí?

Linnet alzó un poco la cabeza y asintió.

—¿Serás capaz de llegar hasta ellas?

—Desde luego —trató de sentarse de nuevo, pero Devon la contuvo y la miró con un destello de furia en los ojos.

—¡Linnet! Estoy harto de tus «desde luego» —dijo imitando su pronunciación nítida—. Supongo que a veces olvido que eres europea y no has nacido para esta vida. Deberías haber tenido suficiente tino para hacerme saber que no te quedaban fuerzas. Por una vez en la vida, deja de tratar de cargar tú sola con todo y vete hasta esas rocas. Pienso construir un techo sobre nuestras cabezas.

—Pero ¿y tú, Devon? Tú eres el que está herido —tocó el brazo de él cubierto de costras—, y no has comido más que yo.

—Cuando salgamos de esta, voy a llevarte a conocer a mi bisabuelo. Él tenía tanto miedo de que mi sangre blanca me hiciera demasiado blando, que casi me mató cuando me sometió a los rituales de la madurez. El incendio y Oso Loco no son nada, comparados con las pruebas que aquel hombre preparó para mí.

—¡Pero no es posible! Antes del incendio no tenías ni una cicatriz.

Devon agachó la cabeza para sonreírle.

—Me alegra descubrir que te fijaste bien.

Linnet desvió la mirada.

—Mejor voy hacia esas rocas.

—Dime, ¿todas las chicas inglesas sois iguales?

—Ni muchísimo menos. Temo que yo represento una deshonra para la entera nación inglesa. Si mi padre hubiera sabido las cosas que he hecho desde que te conocí, no me cabe duda de que habría renegado de mí como hija —se sentó, apoyada en una piedra grande y lisa, mientras contemplaba a Devon, que se afanaba en partir ramas de los árboles para el techo.

—Lynna —dijo con dulzura—, háblame de tu familia. ¿Por qué abandonasteis Inglaterra, con todo el dinero que teníais?

Linnet le contó en voz baja la historia de su lujosa infancia, de cuando lo tenía todo a su alcance. Pero al quebrar el negocio minero de su padre,

éste se marchó sin mirar nunca atrás, como si, en realidad, ansiara empezar una nueva vida en una nueva tierra.

—¿Es eso de haber tenido tantos sirvientes lo que ha provocado que seas tan mandona? —Linnet ignoró el comentario—. Te advierto que no vas a tener una gran casa, ni gente que te atienda, si te quedas conmigo —observó Devon casi a modo de amenaza—. Mi madre...

—No todas las personas ricas están cortadas por el mismo patrón, ni todos los indios, ni tampoco los tenderos. Si hubiera poseído riquezas, podría haberme casado con alguno de mis pretendientes ingleses. Y tal vez tu madre tuviera otras razones para marcharse, aparte de su pasión por las prendas de seda. Tal vez le asustaba la idea de que sus hijos crecieran para ser perseguidos por los indios, que a su marido lo pudiera matar un oso, o que sus amigos ardieran en incendios intencionados —giró la cabeza hacia otro lado, tratando de controlar su enojo.

—Tal vez —susurró Devon, mientras se ocupaba afanosamente en componer un techo.

Transcurrió un buen rato antes de que Linnet se decidiera a hablar de nuevo.

—¿Qué ha pasado con la persona que nos seguía?

—Nos seguía, no. Todavía nos sigue, me figuro. Nos ha estado siguiendo desde que nos alejamos del río. Si fuera uno de los hombres de Oso Loco, a estas alturas ya habría realizado algún movimiento, pero no lo es. Se limita a seguirnos, por lo que deduzco que solo le mueve la curiosidad.

—¿Cómo puedes oírlo? Yo he estado escuchando y no he oído nada.

Devon la miró como si, en aquel mismo instante, a Linnet le hubieran salido tres nuevas cabezas.

—¡Señor! Hace más ruido que un búfalo. Debe de ser un hombre corpulento, pesado. Camina con las piernas rígidas; probablemente un hombre blanco.

Linnet lo miró extrañada y, a continuación, sus ojos escrutaron el perímetro del bosque.

—¿Dónde se encuentra ahora? —preguntó en voz queda.

—Se alejó hace un rato, justo después de que te desmayaras. Imagino

que fue a por comida o quizás se cansara de espiarnos. Sea como sea, no me gusta nada la idea de dejarte aquí sola.

—¿A mí? Pero si no tengo nada que pueda robar.

Devon la miró divertido, y ella sintió que las mejillas le ardían.

—Supongo que es culpa mía —dijo, al tiempo que colocaba tres ramas con tiento sobre las rocas—. Estos últimos tres años debería haberte tenido a mi lado, enseñándote bien qué es exactamente lo que tienes que se pueda robar.

Linnet alzó la vista para mirarlo y le sonrió; de repente, se sintió feliz.

—Tú quédate aquí quietecita. Iré a buscar algo de comer. Permaneceré a una distancia audible, así que si mueves un pie de ahí, lo sabré, y también me enteraré de si alguien viene. ¿Me has comprendido?

—Sí.

Devon se adentró en la espesura y su piel morena y sus pantalones oscuros se fundieron en el verdor rico y profundo de los bosques de Kentucky. Linnet no recordaba haber cerrado los ojos, pero fue consciente de abrirlos al contacto del beso de Devon.

—Toma —volcó varias clases de bayas en su falda—. He atrapado un par de conejos, pero no quiero encender un fuego aquí fuera, de noche.

Linnet se comió las bayas con glotonería. Incluso en la oscuridad, supo percibir el agotamiento de Devon. Éste se tendió —su cuerpo apenas cabía en el pequeño refugio— y atrajo a Linnet a sus brazos. Ella yació despierta junto a él por unos minutos, escuchando su respiración silenciosa, aspirando su aroma de tierra. La lejana remembranza de un baile al que acudió a los catorce años vagó en su mente. Lucía un vestido de satén blanco con una sobrefalda de seda amarilla y una rosa del mismo tono prendida en el cabello. Recordó a todos aquellos jóvenes esbeltos y apuestos, inclinándose educadamente frente a ella: «Miss Linnet, ¿me concedería el honor de este baile?». Las palabras resonaron en su cabeza, mientras ella se acurrucaba más cerca de Devon.

—Lynna.

—¿Sí? —susurró con los labios casi rozando los de Devon.

—Me has dicho que no antes, pero me gustaría hacerte el amor ahora mismo. ¿Me lo negarás otra vez?

Linnet no le respondió, pero empujó su cabeza para bajar su cara a su nivel. Estaba hambrienta de él, y su miedo, el largo viaje con Mano Amarilla y ver a Devon herido, sufriendo, todas estas cosas se habían conjurado incrementando la ferocidad de su pasión, la vehemencia y la desesperación.

—Shhh, amor —la tranquilizó y besó sus sienes, y Linnet sintió sus propias lágrimas rodando por sus mejillas.

Devon comprendió sus lágrimas y deseó ser capaz de prometerle que no tenían sentido, pero no pudo. Bromeó con ella, y le tomó el pelo, sin dejar que se percatara del peligro que él sabía aún presente. Oso Loco era un holgazán, y Devon dudaba que los hubiera seguido hasta tan lejos, pero no podía estar seguro. No deberían haberse detenido aún, al menos no en tierra, en lo alto de un árbol quizá, pero no permitiría que ella se diera cuenta de lo cerca que todavía podían estar de la muerte. Tanto si Linnet era consciente de ello como si no, lo cierto es que estaba al borde de la extenuación y, por el momento, él se encontraba demasiado débil para llevarla a cuevas.

—Te quiero, Lynna, no lo olvides. Te amo.

—Sí, Devon, sí.

Pero Linnet ya no deseaba palabras de amor, ni ningún tipo de emoción, lo único que le interesaba era el peso y la sensación del hombre que tenía encima. Sus manos surcaron los costados de Devon, rozando sus costillas con las puntas de los dedos. Su mente se volcó en una vorágine cuando Devon la tocó. Deseaba chillar por el placer, el deleite de él. Arqueó su cuerpo para encontrarse con el suyo y lo atrajo hacia sí, aproximándolo, queriéndolo cerca. Gritó una vez, y él oyó su grito que debió haber acallado, pero su propio éxtasis era demasiado agudo, demasiado exquisito, para interrumpirlo.

Él se sostuvo por encima de ella, mirándola, admirando su rostro y su cabello bañados por la palidez de la luna. Ella sonrió como una gata, soñadora y lánguida. Devon realizó un leve movimiento y los ojos de Linnet se abrieron de súbito, y sus piernas ciñeron con fuerza el cuerpo de Devon.

—¡No! No me dejes.

No lograba saciarse de él. Ya la había abandonado una vez... Ahora, no

se resignaba a vivir sin él.

—Nunca, amor mío, nunca. No me moveré en toda la noche si tú no quieres. Pero, ¿así no te aplastaré?

Linnet cerró los ojos y de nuevo volvió a esbozar su sonrisa gatuna.

—Me las apañaré para resistir el dolor —susurró.

Pronto se quedó dormida, satisfecha, con la mente completamente desprovista del concepto de peligro.

Capítulo 23

Eran las primeras horas de la mañana cuando la tensión de Devon la despertó. Él se apartó de ella girando sobre sí mismo, con los ojos escrutando el espacio gris a su alrededor, al tiempo que se enfundaba los pantalones. Una mirada de advertencia bastó para prevenir que Linnet se moviera o hablara. Devon desapareció en la penumbra y ella se volvió sobre su vientre; observó y escuchó, pero no logró ver ni oír nada. El sol comenzó a iluminar el día, los pájaros se llamaban unos a otros, pero Linnet seguía sin ver nada. Empezó a relajarse y sintió que se iba quedando dormida.

—Así que volvemos a encontrarnos.

Linnet abrió los ojos, pero no alzó la mirada, pues conocía de sobras aquella voz, y la temía.

—Imagino que Mac me oyó venir.

Linnet volvió la cabeza y alzó la vista para ver la forma blanca y radiante de Cord Macalister. Se aferró a sus enaguas y las apretó contra su cuerpo, pues Devon las había extendido sobre ella para cubrir su desnudez.

—No tienes por qué mirarme así —le sonrió, y Linnet se sintió enternecida a pesar de sí misma. El parecido de Cord surtía aquel efecto en la mayoría de mujeres.

—¿Qué haces aquí? —logró preguntar desde su posición indecorosa.

—Os vi flotando río abajo. Me dio la impresión de que necesitabais ayuda.

—Pues fue una falsa impresión —se oyó decir a Devon.

Linnet no le notó aproximarse y, por la cara de sorpresa de Cord, él tampoco. Algo extraño cruzó la mirada de Cord por un segundo, tras el cual esbozó una sonrisa perezosa.

—Mac, me alegra verte de nuevo. Al menos, más que la última vez —emitió un sonido destinado a ser una risa.

Linnet no lograba interpretar la expresión del rostro de Devon. Su mirada se había endurecido en sus ojos crispados, sus piernas se entreabrían con una actitud implacable.

—Traje unos cuantos pájaros —continuó Cord—. Pensé que os vendrían bien.

Devon asintió con un breve y único movimiento de cabeza, y Linnet comprendió que lo hacía pensando en ella más que en él.

Las cinco aves ensartadas, jugosas, sobre el fuego se le antojaron a Linnet como la imagen más hermosa del mundo. Cord le dedicó una amplia sonrisa, mientras ella desencajaba la pata de un pájaro: negra y crujiente por fuera y rosada, caliente y succulenta por dentro. Cord se sirvió un ave entera, pero Devon permaneció inmóvil todo el tiempo, observando a Cord, cauteloso y desconfiado. Linnet no debía decir nada. El conflicto era entre hermanos, y ella no tenía derecho a intervenir.

Cord se relamió un dedo, examinando al mismo tiempo la mitad del pájaro que le quedaba.

—Vamos Mac, esta no es manera de recibir a un hermano perdido hace tanto tiempo —observó a Devon, percatándose de que este no mostraba ningún signo de sorpresa—. ¿Se lo has contado?

—Sí —respondió la aludida—. Devon, ¿te apetece comer algo?

Devon prescindió del ofrecimiento de Linnet.

Cord se rió entre dientes.

—Se diría que el chico teme quitarme la vista de encima, podría largarme contigo... otra vez —se dirigió a Linnet, mientras sus ojos centelleantes se apartaban de su rostro para titilar brevemente sobre su cuerpo, sobre un retal de hombro desnudo, expuesto por una rotura en la manga—. Lo que no parece saber es que vengo a hacer las paces con él. Dispuse de mucho tiempo para pensar en lo que pasó y decidí que las mujeres son más fáciles de conseguir que los hermanos y, si a él no le importa, me gustaría empezar otra vez de cero.

Linnet miró a Devon, pero su rostro se mostraba inexpresivo. Sabía bien cuán difícil resultaba perdonar a alguien por algo que parecía imperdonable. Ella se levantó y le tendió la mano.

—¿Paseamos?

Él se puso de pie, reacio a alejarse de Cord, a perderle de vista. Se hallaban a cierta distancia de su pequeño campamento cuando Devon decidió hablar.

—Linnet, si crees que vas a convencerme de...

—No tengo intención de hablar siquiera —le interrumpió—. Únicamente deseaba un poco de intimidad. Creo que hemos malgastado casi tres años de tiempo que debemos recuperar de algún modo. Se me ocurrió que tal vez desearías besarme.

Devon sonrió torciendo la boca.

—Debo confesar que, tal vez, me agradaría hacerlo —dijo remedando el acento y la manera de hablar de Linnet.

La estrechó en sus brazos y la revoleó y, luego, la sostuvo presionándola contra él, sin percatarse de que soportaba todo su peso, pues los pies de Linnet no tocaban el suelo del bosque.

—Me alegro de que haya pasado —dijo hundida en su cuello.

—¿El qué? ¿Los malos tiempos?

—Sí —los dientes de ella mordieron una pizca del cuello de Devon, mientras su lengua saboreaba la tersa piel de él.

—¡Dios mío, Linnet! —se agachó, colocó el brazo detrás de las rodillas de Linnet y la alzó—. No quiero dejarte ir nunca. No quiero perderte de vista jamás.

Ella sonrió, pero con una felicidad poco natural, demasiado feliz.

—Nunca pensé que lograríamos superar todos nuestros malos momentos, ¿y tú?

Devon colocó sus labios sobre los suyos, con la boca abierta, tragándola, arrastrándola fuera de sí misma. De repente, Devon se apartó y Linnet advirtió un destello de ira en sus ojos.

—Sé qué tratas de hacer, Linnet Blanche Tyler.

Ella le miró, anonadada.

—No sé a qué...

—Oh sí, sabes muy bien a qué me refiero, y ya puedes borrar esa cara de inocente. Eres tan inocente como... como, bueno, como no sé qué, pero sé qué tratas de hacer, y más vale que lo olvides.

Ella se arrolló en sus brazos, acariciando su hombro con la mejilla.

—¿Qué quieres decir?

Devon la apartó de sí para que lo mirara a la cara.

—Vamos a ver. Sé muy bien que algunos hombres permiten que sus

esposas les dicten lo que han de hacer, pero yo no soy uno de ellos, y ya puedes irte haciendo a la idea desde ahora mismo. Puede que te hayas pasado media vida en la escuela, pero yo no soy lo que se dice un tonto y sé ver más allá de tus pequeñas artimañas.

—Devon, no tengo ni la menor idea de a qué te refieres. ¿Serías tan amable de explicármelo?

—Intentas hacerme hablar acerca de lo miserable que fui contigo y de cómo tú me perdonaste, porque, de la misma forma, pretendes que yo perdone a Cord, después de todo lo que me ha hecho.

—¿Y eso sería tan terrible?

—Para empezar, yo no perdono fácilmente. Cuando alguien me la juega, no se me olvida por las buenas.

—¡Oh, muy bonito! ¿Qué pasaría si yo sintiera lo mismo respecto a ti? Devon dibujó una sonrisa burlona.

—A ti te influye el hecho de quererme en tu cama.

—¡Devon! —exclamó Linnet con una expresión azorada.

—Pero yo no albergo ese tipo de sentimientos hacia Cord. Si de veras desea mi perdón, tendrá que probarse a sí mismo antes de que yo le llegue a considerar mi hermano.

Linnet apartó la vista de su mirada, descubriendo que resultaba realmente complicado mostrarse desdeñosa con un hombre que la sostenía en sus brazos a una considerable distancia sobre el suelo.

—Creo que eres totalmente injusto.

—Y yo creo que tú eres *totalmente* mandona —le mordisqueó la oreja—. ¿Crees que hicimos otro bebito anoche? Yo ni siquiera tenía idea de ser tan potente como para darte un bebé después de una sola velada nocturna.

Linnet le miró con desprecio.

—Estoy descubriendo nuevas facetas de tu personalidad que no me agradan.

Devon pareció desconcertado por un segundo.

—A veces me alegro de no entender todo lo que dices. ¿Sabes que casi he olvidado cómo leer?

—¡No!

Devon sonrió de oreja a oreja, satisfecho de haber logrado que Linnet se

volviera a mirarlo de nuevo.

—Vamos, regresemos. Empiezo a tener hambre.

—Entonces, ¿hablarás con Cord?

—Tal vez —respondió sin intención de comprometerse—. Vamos.

Devon la depositó en el suelo y ella le siguió, observando las quemaduras de su espalda, aún abiertas.

Cord les contempló mientras se aproximaban, esperando en silencio alguna señal por parte de Devon. Los dos hombres se miraron fijamente. Eran muy diferentes y, sin embargo, el mismo fuego ardía en ambos pares de ojos.

—¿Has notado algún indicio de Oso Loco? —le preguntó Devon, al tiempo que se sentaba sobre un grueso lecho de hojas, apoyaba la espalda contra las frías rocas y alcanzaba uno de los pájaros asados.

Cord se relajó.

—Nada. ¿Fue él quien te quemó?

—No —Devon comía despacio para no alterar su estómago en ayunas—. Eso me pasó en Spring Lick.

Linnet sabía que Cord sentía curiosidad y que Devon no diría nada más.

—Devon entró corriendo en un edificio en llamas para salvar a mi hija.

Cord osciló su mirada entre Linnet y Devon.

—Hija, ¿eh? Supongo que eso me convierte en tío. Linnet trató de no sonrojarse, pero no logró evitarlo. Se estiró para alcanzar otra porción de ave asada.

—No comas más de eso —le ordenó Devon.

—Pero tengo hambre...

—¡Linnet! Llevas muchos días sin digerir alimentos, no debes atiborrarte de golpe.

Sabía que tenía razón. Deseaba comer más, pero se reclinó contra la roca y cerró los ojos. Era un placer que otro tomara las decisiones, para variar. Los insectos zumbaban a su alrededor y se quedó dormida, sin despertarse siquiera cuando Devon la tumbó, colocando su cabeza en su regazo. Le acarició la frente y la contempló, consciente de lo agotada que estaba y de lo mucho que necesitaba que alguien cuidara de ella.

—Se diría que está reventada —dijo Cord en voz baja—. Habréis

pasado de todo.

Devon asintió.

—Oso Loco me tuvo unos días prisionero, me arrancó algo de piel y luego apareció Linnet... —agachó la vista hacia la chica y la miró con admiración—. Acudió en mi ayuda. Cabalgó durante días sin descanso.

—¿Cómo logró seguirte el rastro?

—Mano Amarilla la acompañó, aunque no entiendo cómo capturaron a Linnet y no a él.

—¿Mano Amarilla? —Cord arqueó las cejas y miró a Linnet dormida—. Cuesta creer que ese chico estuviera dispuesto a ayudar a ningún blanco, después de lo que le ocurrió a su madre.

Devon acarició el cabello de la joven y le cubrió los hombros con su brazo protector.

—Linnet tiene un encanto especial, innato.

—Sí que es cierto —Cord sonrió ampliamente—. Saldré fuera y vigilaré por si acaso a Oso Loco se le ocurre alguna idea.

Devon asintió y observó cómo aquel hombre corpulento se alejaba. Cubrió media cara de Linnet con el roce suave de la palma de su mano, acariciando su ceja con el pulgar, pensando en lo agradable que resultaba hallarse junto a ella, estar a salvo. Apoyó su cabeza en la roca y durmió.

Sólo el bosque supo de los cuatro indios que acechaban a los dos hombres y a la mujer. Sólo el bosque tenía ojos y oídos.

Capítulo 24

No se produjo ningún sonido capaz de despertarlo o alertarlo. En un instante se quedó dormido. Al siguiente, notó que una afilada hoja de acero se apretaba contra su garganta. Devon abrió los ojos para encontrarse con la mirada de Oso Loco; en su atisbo resplandecía un fanático fulgor de violencia que celebraba su triunfo sobre la presa. El cuchillo perforó la piel de su cuello y un reguero de sangre caliente y espesa brotó de la herida.

Linnet se despertó al notar que el cuerpo de Devon se tornaba tenso, rígido. Percibió el peligro y permaneció inmóvil. Únicamente volvió un poco la cabeza, y un enorme nudo se formó en su garganta al descubrir la sangre en el cuello de Devon. Notó que la mano de él sujetaba su hombro con fuerza y se mantuvo en silencio.

Devon habló al indio en voz baja con palabras que ella no entendió, pero el fuego en los ojos de Oso Loco se avivó, y este agarró a Linnet del cabello y la apartó de Devon tirando de él.

—¡No, Devon, no! —gritó Linnet cuando Devon se abalanzó sobre ella.

La costilla de él, a modo de escudo, desvió la hoja del cuchillo que, de otro modo, se le habría hundido profundamente en el costado. Oso Loco golpeó al hombre que había acuchillado a Devon y el hombre se desplomó en el suelo. Oso Loco no deseaba perder a Devon tan pronto, le apetecía utilizar sus propios métodos para acabar con él. Devon habló al indio con voz baja y grave, pero sus palabras parecieron molestar a sus ojos negros, que se tornaron aún más febriles. Linnet incluso hubiera jurado ver una mueca de risa en su boca. De nuevo, ataron sus manos con tensas tiras de cuero crudo.

—Lynna, yo...

Ella le miró a los ojos y vio más dolor en ellos que el que jamás vio después del incendio. Su mirada era atroz, demente.

—Devon, por favor, no te culpes.

Oso Loco le asestó un fuerte puñetazo en las costillas que la hizo caer sobre sus rodillas y vio cómo los otros tres hombres sujetaban a Devon

mientras este forcejeaba para acudir en su ayuda.

Los indios los sacaron de su fresco cobijo entre las rocas y los entregaron al sol abrasador del día. Linnet gritó al ver a Cord con el cuello seccionado de lado a lado. Sintió la mirada fija de sus ojos ciegos y hubo de girar la cabeza hacia otro lado, agachándola, con los ojos cerrados, mientras los indios la empujaban haciéndola pasar a su lado. Sus lágrimas empezaron a brotar espontáneamente cuando oyó a Devon susurrar «hermano» al pasar junto al cuerpo sin vida del que fuera Cord Macalister.

Oso Loco la arrojó sobre la silla del caballo y montó detrás de ella. El brazo grasiento del indio estrechó la cintura de la mujer, cortándole la respiración. No osaba mirar a Devon por temor a encontrar en sus ojos la confirmación de lo que sabía bien que les iba a ocurrir. «Te lo ruego, Señor, haz que pase rápido. » Pensó en Miranda y Phetna, en que la niña crecería sin volver a ver nunca a su madre. Y en Devon; al menos había podido disfrutar de una noche más a su lado. Alzó la cabeza y extendió su mirada a través del bosque. Su padre siempre fue un hombre valeroso, todos los Tyler lo eran, y ella no pensaba deshonorar su memoria ahora que se enfrentaba a su propia muerte. Pronto todo llegaría a su fin, y ella se reuniría con Devon en otro mundo, un mundo sin peligros ni pesares. Elevó el mentón y se mantuvo erguida. No defraudaría a sus antepasados ni al hombre al que amaba mostrando un solo signo de cobardía.

Devon la observó y se le revolvió el estómago al imaginar lo que Oso Loco haría con su preciosa Linnet. Había tratado de negociar con aquel hombre, convencerlo de que se olvidara de ella y lo prendiera solo a él, pero el indio no estaba dispuesto a hacerlo. Ojalá no la hubiera vuelto a ver jamás. Lo habría preferido antes que verla conducida hacia aquel destino. Su pequeño mentón alzado hizo que el estómago de él se retorciera aún más, obligándolo a apartar la vista de ella.

Ya había anochecido cuando alcanzaron el nuevo campamento de Oso Loco. En vez de colocar a los dos prisioneros en una de las chozas, el indio los ató a dos postes, separados entre sí por una distancia de un metro. Los custodiaban dos hombres que llevaban garrotes de guerra bajo sus brazos marrones, mientras los otros hombres empezaban a hablar y a reírse, pasándose varias jarras de whisky casero de uno a otro. Linnet solo trató

una vez de hablarle a Devon, pero al percibir el dolor en su voz al responderle, no dijo nada más.

Permanecieron allí de pie toda la noche, mientras las mujeres pinchaban a ambos con pequeños palos afilados, y los hombres los contemplaban sentados.

—¿Será por la mañana? —musitó Linnet con la voz rota, respirando hondamente, tratando de calmarse frente a los cientos de punzadas de dolor que sentía en el cuerpo.

—Sí —respondió con una voz muy grave—. Lynna, yo... quiero decirte que...

Linnet se torció contra las ataduras, tratando de mirar hacia él.

—Por favor, no digas nada. Sabía lo que podía ocurrir cuando partí de Spring Lick.

Devon miró hacia adelante, hacia los majestuosos árboles que se erguían frente a él, y oró a los dioses de su bisabuelo. Rezó para que le confirieran el poder de resistir no el dolor, sino la pérdida de Linnet, para que le otorgaran la fortaleza necesaria para soportar verla padecer.

Un disparo retumbó en la densidad del bosque. Devon alzó la cabeza y divisó una forma de sombra fuera de lugar. Había algo familiar en aquella silueta, la manera en que aquella larga y delgadísima sombra, aquel fino brazo, se desplazaba cauteloso y lánguido. Parpadeó para despejar sus ojos borrosos. ¡No! ¡No podía ser!

Cuatro indios acudieron corriendo hacia el lugar donde surgió el disparo, con arcos y flechas y armas de mano: pobre defensa contra los larguísimos rifles Kentucky.

—¿Qué ocurre? —preguntó Linnet, pero Oso Loco la acalló rápidamente con los ojos.

Se oyó otro disparo y uno de los indios cayó al suelo, con un enorme agujero de bala en el pecho. Linnet cerró los ojos y trató de hundir la cara en su cuello, cualquier cosa que pudiera aislarla del horror que se extendía a su alrededor. Así pues, no se percató de que Oso Loco alzaba el brazo con una afilada hacha de acero dirigida directamente a la cabeza de Devon, ni tampoco vio al hombre que atravesó a Oso Loco con una horca.

Devon se inclinó hacia ella.

—¡Linnet mira! ¡Levanta la vista! —le gritó.

Había mucho ruido; gritos, chillidos y gente gimiendo. No quería mirar.

—¡Linnet!

Su cabeza se alzó siguiendo las órdenes de Devon, a tiempo de ver a Agnes Emerson propulsada por el retroceso de un rifle de dos metros. Desconcertada, Linnet miró en derredor. ¡Estaban todos allí! Sweetbriar al completo había invadido el campamento indio. Esther y Doll, Wilma y Floyd, Lyttle y Agnes, Phetna, Gaylon, Corinne... Mano Amarilla estaba con ellos y otros a quienes no conocía. Se echó a llorar emitiendo enormes sollozos que parecían desgarrar su ser. ¡Sweetbriar! ¡Precioso, maravilloso Sweetbriar! Todos habían venido cuando más los precisaba, cuando ambos necesitaban su ayuda más que nunca.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Wilma Tucker, al tiempo que cortaba sus ligaduras.

Linnet no era capaz de hablar, solo de llorar, y Wilma atrajo a su amiga hacia sí y la abrazó con alegría.

—¿Qué vamos a hacer con este par? —bramó la voz de Agnes.

Linnet miró por encima del hombro de Wilma y advirtió una sombra que era Devon, elevándola por encima del suelo. Cuando él la tomó en sus brazos, Linnet humedeció su cuello con sus lágrimas y lo abrazó con fuerza tratando de frenar su temblor.

—Estoy bien, Devon, tranquilo, estoy bien.

—Vaya, vaya, pareja. Parece que habéis abandonado vuestras contiendas, al menos por un tiempo.

Linnet se volvió hacia la inconfundible voz de Doll, que se hallaba de pie junto a Gaylon. Devon alzó la mirada y relajó la presión con que estrechaba a Linnet. Ella le sonrió, se soltó de él y corrió a estrujar a Doll, a quien consiguió casi derribar con su euforia. Las risas comenzaron a extenderse en tanto todos se abrazaban unos a otros.

Corinne prendió a Linnet y la atrajo hacia ella.

—Espero que no me guardes rencor por haberte mentido.

—No —Linnet respondió con sinceridad—. Lo pasado, pasado está. Lo que cuenta es que todo haya terminado bien.

Corinne hizo pucheros y giró la cabeza hacia otro lado cuando Worth

Jamieson intervino para presentarla con orgullo como su mujercita.

—¿Qué te pasa, chico, temes perderla otra vez?

Linnet se volvió y vio a Devon merodeando a su alrededor.

—No se le puede culpar —continuó Gaylon—. Si yo encontrara a mi moza vestida de esa guisa, correteando suelta por el bosque, también me preocuparía.

Linnet echó un vistazo a su ropa hecha jirones. De un lado, la falda de su vestido se había rasgado de abajo arriba, hasta el muslo. Un hombro y medio cuello habían desaparecido.

—Vosotros dos, vejestorios, no habéis cambiado ni pizca; siempre metiendo las narices donde no os llaman —dijo Devon exagerando su acento sureño.

—¿Donde no nos llaman, ¿eh?! —estalló Doll—. Vaya, pues cuando nos enteramos de que los dos estabais...

—¡Vosotros, jóvenes, ya basta! —ordenó Agnes—. Por si nadie lo ha notado, no estamos aquí pisando sobre un lecho de rosas, que digamos —todos reaccionaron a sus palabras, reparando en la carnicería que los circundaba.

—Cord —dijo Linnet—. Mataron a...

—Lo sabemos —Esther le dio una palmada en la espalda—. Al menos fue una muerte rápida. Nosotros lo enterramos.

—Está bien —dijo Agnes—. Ahora vamos a enterrar a estos. Esther, tú y Corinne llevaos a Lynna y a Mac a algún sitio para que descansen —lanzó una mirada a Devon—: y a ti ni se te ocurra discutirme. Tu espalda es tan horrenda que me duele solo de verla.

—¡Pues deberías ver sus pies! —saltó Linnet, pero se calló al notar el silencio de todos, hasta que Doll se echó a reír.

—Vamos, Corinne, llévalos a alguna parte. Y no les causes ningún conflicto, como hiciste en el pasado —instó Doll a su hija.

—Vamos, papá —replicó Corinne—, ahora estoy casada con Jonathan —se volvió hacia Linnet—. Tengo un hijito.

Linnet casi se puso a hablarle de Miranda, pero se reprimió. Devon no se separó de ella más de un paso y la tuvo de la mano en todo momento. Ella precisaba aquella actitud reconfortante por su parte, pues aún temía

despertarse de un sueño y encontrarse atada a un poste, con Oso Loco danzando a su alrededor.

Los demás pronto se unieron a ellos, y Agnes señaló a un hombre alto y delgado, de pelo rubio, que Linnet no conocía.

—Ese es Lester Sawrey, llegó a Sweetbriar cuando tú ya te habías ido.

Lester tenía aspecto de ser un hombre de importancia.

Lyttle fue con Jonathan hasta donde se encontraban los caballos, a unos pocos kilómetros de distancia, y los demás se sentaron alrededor de una fogata. Cuando Lyttle y Jonathan regresaron con las provisiones, todos empezaron a comer.

—¿Cómo está Lincoln? —Linnet preguntó a Esther por el niño al que ella misma había ayudado a nacer.

—¡Señor! —dijo Agnes—. Esther ya ha tenido otro desde que te marchaste. Si Mac no vuelve pronto al almacén y mantiene a Doll ocupado, esta mujer se va a gastar de tanto dar a luz.

Esther ocultó su rostro, pero Doll puso una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Cómo supisteis lo que había ocurrido? —preguntó Devon, mirando a todos de uno en uno.

—Phetna —respondió Doll, indicando a la mujer con la cabeza—. Ahí estaba yo tan tranquilo, sentado en mi porche, ocupado en mis propios asuntos: tallando y trabajando, como de costumbre —sus ojos danzaron alegremente—, cuando de repente esta mujer mete su fea cara en mis narices y me sonríe. No me llevó ni un minuto reconocerla. Siempre fue tan fea que a un hombre le salían canas con solo echarle un vistazo, y no ha cambiado ni gota.

Se detuvo y repasó a su audiencia.

—Más tarde, alguien comentó que se había quemado en un incendio, así que, cuando tuve la ocasión, la observé con más detenimiento y, ¿sabéis qué? Creo que decían la verdad, pues, bien mirado, ahora no es tan fea como yo la recordaba.

Todos, y Phetna la que más, se rieron a carcajadas, y Linnet intuyó que la mujer debía de sentirse feliz de volver a formar parte de un grupo de gente. Ocuparon el resto del día hablando, los hombres preparando refugios rudimentarios para la noche, y recordando los días en que todos habían

vivido juntos en Sweetbriar.

Linnet se acordó de Cord y pensó en lo feliz que se hubiera sentido de haber escuchado a Devon llamarle hermano. Agnes adivinó su pena y le habló de Cord. Le contó que le preocupaba hacerse viejo y que tal vez lo sucedido había sido lo mejor. Linnet no dio crédito a sus palabras. Por su parte, se alegró del último día que habían pasado con él, pues le brindó la oportunidad de guardar buenos recuerdos de Cord.

De forma insólita, la gente no le hizo muchas preguntas sobre su vida lejos de Sweetbriar, y Linnet pensaba qué debía de haberles contado Phetna. Al imaginar todo lo que podía haberles explicado, la sangre acudió a sus mejillas. El sol comenzaba a ponerse y aquel largo día estaba llegando a su fin. Linnet se tumbó, contenta de que hubiera pasado ya, de hallarse definitivamente a salvo, pero lanzó una mirada nostálgica hacia Devon. Justo la noche anterior, la había pasado en sus brazos. ¿Cuánto tiempo habría de transcurrir antes de que pudieran compartir otra noche juntos? Por alguna razón, la perseguían las palabras que el Terrateniente dijo con respecto a Devon. Había obtenido lo que deseaba de ella, así que ¿por qué debería querer casarse? Cuando Devon fijó la mirada en sus ojos, Linnet desvió la vista hacia otro lado.

—Creo que ha llegado la hora —dijo Doll, intercambiando una mirada con Agnes.

—Y yo creo que tienes razón.

El resto del círculo suspiró con resignación, evitando encontrarse con los ojos de Devon y Linnet. Lentamente, todos se fueron poniendo en pie.

—No —dijo Agnes—. Vosotros dos quedaos donde estáis. Esto es algo que debemos hacer tanto si nos gusta como si no.

La gente se dirigió al interior del bosque, y Devon tomó la mano de Linnet.

—¿Qué crees que dirían si me deslizara en tu fardo de dormir esta noche?

Linnet liberó su mano.

—No, por favor. Ya hube de soportar suficientes habladurías en Spring Lick.

—¡Le tengo! —exclamó Gaylon.

Ambos alzaron la vista y vieron al hombre sosteniendo un rifle largo que apuntaba directamente a la cabeza de Devon.

—¡Gaylon! —exclamó Linnet al tiempo que hacía ademán de levantarse, cuando advirtió algo detrás de ella y se volvió para descubrir a Agnes, apuntándola a ella también con un rifle.

—¿Se puede saber qué demonios pasa aquí? —preguntó Devon, empezando a ponerse en pie.

Jonathan le empujó de vuelta sobre su asiento con una sonrisa burlona y con más fuerza de la necesaria.

—Doll, tú eres el que tiene más labia, así que explícaselo tú —dijo Lyttle.

—Bien. Pues veréis: Sweetbriar era un sitio pero que muy pacífico hasta que aquí nuestro amigo Mac se trajo a esta inglesita a casa —Doll sonrió ante la expresión ceñuda de Devon—. Desde entonces todo ha ido patas arriba. Mac ocupa media vida fuera del pueblo, o bien siguiéndola, o bien tratando de alejarse de ella. La otra media vida que pasa en Sweetbriar, está de tan malas pulgas que no hay quien viva cerca de él. Y, después, esto. Un buen día, Phetna aparece de sopetón montada en una mula, contándonos una historia espeluznante que apenas nos atrevemos a creer, pero que ella insiste en que es cierta. Y por si eso fuera poco, lleva a una niña en la silla que, según mantiene, os pertenece a vosotros dos.

Linnet agachó la cabeza, incapaz de mirar a los ojos de ninguno de ellos.

—Pues eso, que no está nada bien —dijo Agnes—. No está bien que ocupéis vuestras vidas vagando uno detrás del otro y causando problemas en dos pueblos, pero que comencéis a hacer bebés sin estar siquiera casados, eso sí que pasa de castaño oscuro, eso ya va en contra del Señor, y creemos que no se debe permitir.

—¿Y qué es lo que pensáis hacer exactamente? —Linnet pudo oír, casi tocar, la ira y la hostilidad en la voz de Devon.

—Decidimos solucionar el asunto por nuestra cuenta —prosiguió Doll—. Ayudar a deshacer el mal que ya se ha hecho.

—¿Y cómo es eso? —Devon preguntó bruscamente.

—Aquí Lester, si lo recuerdas, es un predicador, y os va a casar. Y si no

estáis de acuerdo, temo que nos veremos obligados a hacer algo al respecto —comentó mirando significativamente de reojo a los hombres armados.

Linnet observó las caras conocidas de las personas que en ese momento blandían rifles, horquillas y guadañas, y no pudo evitar dudar de las verdaderas intenciones de esa gente.

—Más vale que no lances amenazas que no pretendas cumplir, viejo —dijo Devon con una ira que saturaba su voz y se reflejaba en cada línea de expresión de su rostro—. No me agrada que nadie me dicte lo que he de hacer, ni, mucho menos, con quién me he de casar. Yo tomo mis propias decisiones cuando a mí me place, y nadie me va a decir cuándo es eso.

—Dispárale —Linnet dijo en voz baja, y todo el mundo la miró. Sus ojos emitían aquellos destellos rojos sobre los que Jessie y Lonnie siempre bromeaban—. Ya me has oído: dispárale. No os podéis imaginar por todo lo que he tenido que pasar desde que conocí a este hombre, y aún se ha pasado toda esta última semana jurando que me amaba y que deseaba casarse conmigo, y todo para que ahora descubra que me ha estado utilizando por su propio interés.

—¡Linnet! —dijo Devon tomando su mano—. Eso no es cierto. Sabes que lo que dices no es cierto.

—Todo lo que sé es que te niegas a casarte conmigo.

—No es eso. Es que no me agrada que me obliguen.

—¿Y yo te estoy obligando? Considero que he derrochado increíbles dosis de tolerancia y paciencia contigo.

Devon la miró fijamente y se echó a reír. La abrazó y la achuchó contra él, quedando atrapados sus brazos tiesos entre su cuerpo y el pecho de él.

—Ya vuelves a hacerlo.

Linnet sonrió emparedada contra el hombro de él.

—No tengo ni idea de a qué te refieres.

Él la asió y la separó de sí para hablarle a la cara.

—Me parece que me va a llevar un buen tiempo enseñarte que el hombre es el cabeza de familia.

—¿Familia? —preguntó con los ojos como platos.

Devon se giró hacia el cañón del rifle de Doll.

—Ve a buscar a Lester. Estoy listo.

Doll sonrió y bajó el arma.

—¡Ya iba siendo hora, diría yo!

La boda se celebró en silencio, ambientada únicamente por los sonidos del bosque y unos pocos pucheros procedentes de las mujeres, aunque a Linnet también le pareció ver asomar una lágrima en un ojo de Gaylon. Corinne y Esther confeccionaron coronas de flores para cubrir los desperfectos en el vestido de Linnet y un ramillete que la chica portó con sus manos temblorosas. Una vez tomada la decisión, a Devon no pareció inmutarle la gravedad del acontecimiento, si bien Linnet advirtió que sus manos se habían enfriado de repente.

—Ya puedes besarla.

Devon la tomó de los hombros y la besó con fuerza. A Linnet le preocupó un poco que Devon se mostrara tan aliviado al terminar la ceremonia. Cuando Lyttle la giró para besar su mejilla, Linnet imaginó una breve escena de tardes tranquilas frente al fuego en las que Devon le explicaba lo que había sentido durante su boda poco común.

Volvieron a comer sentados alrededor del fuego, pero ni Devon ni Linnet se miraron, ambos presa de una timidez repentina. Dos horas después de la ceremonia, Lyttle y Jonathan les mostraron un refugio que habían construido ese mismo día; no quedaba muy lejos de donde se encontraban acampados los demás.

—Creímos que, después de lo que habéis pasado, os vendría bien que os dejáramos en paz —explicó Lyttle—. Pero os advierto que, cuando volvamos a casa, os espera una verdadera serenata.

Devon sonrió y retiró la manta a un lado para admitir a Linnet. Aún no se miraron mutuamente, con los ojos ocupados en ajustarse a la oscuridad.

—Siento todo lo que ha sucedido —empezó Devon—. No me refiero solo al acoso de Oso Loco, sino a todo. Trataré de compensarte y de ser bueno para ti.

Linnet le miró muy, muy seriamente.

—¿Significa eso que siempre serás un marido perfecto y que no te enojarás por la menor cosilla que haga, y...?

Un fugaz destello de enojo cruzó la mirada de Devon.

—¡Maldita sea, Linnet! Yo... —se desprendió de ella cuando percibió la risa en sus ojos—. ¡Ah! Qué mujer más peregrina.

La risa jovial, triunfante de Linnet colmó el aire dentro y fuera del rudimentario refugio de hierba.

—¡Cállate, Doll! —Agnes respondió al comentario burlón del hombre, si bien no tenía nada de qué preocuparse, pues ni Devon ni Linnet estuvieron en condiciones de oír ningún sonido durante mucho, mucho tiempo.

RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

JUDE DEVERAUX



Jude nació el 20 de Septiembre de 1947 en Fairfale , Kentucky. En 1954, cuando Jude contaba 7 años, su familia se mudó a otro lugar e inmediatamente echo de menos a la gran familia que dejaba atrás. Aislada de ellos descubrió el arte de la narración. Comenzó a crear su propio mundo poblado densamente por historias con ajustes históricos y proezas fantásticas. La heroína, una muchacha pequeña, valiente, decidida a la que llamó Jude.

Aquella imaginación viva ha catapultado a esta talentosa autora a los puestos más altos de ventas. Nadie puede escribir romances históricos como Jude Deveraux combina los paisajes de ensueño medievales con protagonistas memorables y actuales para romances legendarios que han llegado a ser su sello personal. Jude ha creado una tradición de gran éxito de ventas. Cada una de sus novelas sobrepasa a la anterior en reconocimiento y ventas. Hasta hoy tiene más de 30 millones de libros vendidos. Ha encabezado 25 veces la lista de bestsellers del New York Times. Se hizo famosa en los años 80 por los "Anales de los Montgomery", que ganó el premio Romantic Times para la mejor serie histórica romántica.

Actualmente Jude Deveraux vive con su hijo, Sam, en Carolina del Norte y en la ciudad medieval de Badolato, Italia. A ella le gusta cocinar, leer asesinatos misteriosos, y hacer fotos a Sam. Algunas de las cuales han ganado premios.

SWEETBRIAR

Linnet se adentra en las salvajes tierras de Kentucky, dejando atrás todo vestigio de su vida londinense, pero un repentino y feroz asalto a la caravana en la que viaja la despoja de sus

compañeros de trayecto, dejándola sola, a merced de la feroz tribu de los Shawnee.

Cuando un apuesto guerrero con sangre inglesa en sus venas la reclama, Linnet comprende que está a salvo. Sin embargo, los celos de un poderoso jefe indio obligarán a la pareja a emprender la peligrosa huida que pondrá en riesgo sus vidas y su singular amor.

* * *

Título original: *Sweetbriar*

© 1983 by Jude Deveraux

ISBN: 84-473-4820-2

Depósito legal: M-I0707-2006

OceanofPDF.com